



El centro ampliado de Santiago en la novela chilena del siglo XX

Hacia una Antropología de la novela

Memoria para optar al Título de Antropólogo Social

Resumen: en la perspectiva de que no se necesita citar o hacer conversar a antropólogos explícitamente para realizar una tesis de antropología, y de que en la misma línea se puede desarrollar un pensamiento antropológico propio, esta memoria –que intenta un acercamiento poco recurrente en la disciplina a cierto tipo de autores, los novelistas- consiste en una aproximación experimental y un recorrido por un muestrario de 19 novelas chilenas escritas a lo largo del siglo XX en las que aparece de una u otra forma manifestado Santiago. Se intenta hacer una síntesis de cada una de ellas de modo que se observe cómo aparece Santiago, específicamente lo que dimos en llamar centro ampliado de Santiago. Ya sea una calle, una persona en esa calle, un atardecer en esa calle, una conversación en esa calle, una situación en esa calle, lo que sea en esa calle... todo ello es, figurativamente, Santiago. Los autores de las novelas son nuestros informantes, y a la información agregamos un hilo conductor interpretativo en cada una de las novelas, cosa de irlas comprendiendo a cabalidad, con un énfasis de mirada en la ciudad. Cómo aparece la ciudad, cómo sale. Con esto, se busca establecer una relación entre antropología y novela, hacer una antropología de la novela, y por qué no, novelizar un poco la antropología.

Palabras clave: *Santiago, centro ampliado, novela, ciudad*

Camilo Razeto

Profesor guía: Daniel Quiroz

Profesora tutora: Francisca Márquez

Santiago, Abril 2015

Índice

Introducción.....p. 4

Desarrollo

Juana Lucero – Augusto D’halmar - 1902.....p. 14

Palpitaciones de vida – Fernando Santiván - 1909.....p. 18

El crisol – Fernando Santiván - 1913.....p. 23

Un perdido – Eduardo Barrios - 1918.....p. 27

El roto – Joaquín Edwards Bello - 1920.....p. 31

El socio – Jenaro Prieto – 1928.....p. 35

La chica del crillón – Joaquín Edwards Bello - 1935.....p. 37

La sangre y la esperanza – Nicomedes Guzmán - 1943.....p. 41

Mañana los guerreros – Fernando Alegría - 1964.....p. 46

La derrota – María Elena Gertner - 1965.....p. 51

Patas de perro – Carlos Droguett - 1965.....p. 56

Novela de navidad – Enrique Lafourcade - 1965.....p. 61

Frecuencia modulada – Enrique Lafourcade – 1968.....p. 65

En el fondo – Enrique Lafourcade – 1973.....p. 68

Santiago cero – Carlos Franz - 1988.....	p. 73
La secreta guerra santa de Santiago de Chile – Marco Antonio de la parra – 1989.....	p. 77
Mala onda – Alberto Fuguet - 1991.....	p. 82
Oír su voz – Arturo Fontaine Talavera – 1992.....	p. 86
La patrulla de Stalingrado – Radomiro Spotorno - 1994.....	p. 90
Conclusiones.....	p. 96
Bibliografía.....	p. 104
Índice nexos.....	p. 106
Anexos.....	p. 110

Introducción

Lo hecho se puede resumir en esta frase: “Me leí estos libros, con énfasis en la ciudad, y miren lo que encontré”. Esta memoria es un recorrido por un muestrario. Un muestrario que consiste en 19 novelas, ordenadas respecto a su primer año de publicación. Cada novela revisada es una pieza única. Tal y como un paseo por el bosque, o mejor un paseo por el museo, se pretende hacer un recorrido por un muestrario, o si se quiere, la lectura de esta tesis corresponde a un recorrido por un muestrario, de manera que uno se detiene frente a una especie de árbol en particular, o a una obra de arte en especial, y de ella se refieren sus particularidades, armando un relato con ella y con lo que puede haber de interesante en ella. Así con las novelas. Se extrae lo relevante de ellas, en torno a un énfasis central que es la aparición de Santiago en cada novela. Por lo tanto, se hablará –cada capítulo se centra en cada novela- de cómo aparece Santiago en cada novela. Ese es el tema central. Qué es Santiago. Dónde se da Santiago. Y sobre todo cómo se manifiesta Santiago en la novela del siglo XX. Eso en términos laxos, pues es una tesis exploratoria, en un terreno creemos nuevo. Y no en todas las novelas existentes: se seleccionaron 19. ¿Cuál fue el criterio? Que hablaran del centro de Santiago, que el centro urbano de Santiago allí apareciera. ¿Cómo se delimitó esto? En un libro de Carlos Franz se escogen 20 novelas para hablar del centro. Nosotros nos basamos en él y seleccionamos 15 de esas 20 novelas. Desechamos 5 porque aparecía muy poco en ellas o porque no las pudimos encontrar. Para complementar, elegimos 4 más en base a nuestra propia búsqueda, incluyendo recomendaciones de académicos y amistades sapientes. El índice se puede observar como tabla donde salen todas las novelas escogidas, con sus autores y años de publicación. Elegimos dejar afuera un montón de otras novelas, porque no tenían puesto su énfasis en el centro de Santiago o porque aparecía muy

poco en ellas. Esto es: nuestro criterio fue que, además de hablar del centro de Santiago, en ellas apareciera de modo bastante perceptible una nutrida visión de ciudad. No nos servía sólo que en tal novela apareciera la calle Estado y luego la trama siguiera como si nada. Necesitábamos que la ciudad fuera un poco protagonista en cada novela, que hubiera una perspectiva de ciudad en ellas, y esto lo encontramos en las 15 novelas escogidas del repertorio de Franz, sumado a las 4 más que encontramos nosotros. Ciudad-protagonista, nuestro criterio. Obviamente que esto se fue definiendo además con la lectura. Y decíamos que en ellas tenía que aparecer especialmente el centro, y esto fue así. Pero no sólo eso. La lectura de estas 19 novelas nos obligó a ampliar el radio de registro. Porque en ningún caso aparecía solamente el centro. Si no queríamos correr el riesgo de destruir cada novela seleccionando sólo aquello referente al centro de Santiago, teníamos que ampliar nuestro registro incorporando lugares importantes –que fue nuestra opción por un asunto de integridad narrativa, que ya sobre la marcha nos comenzó a interesar. Fue así como pudimos establecer un *centro ampliado* en base a los lugares que aparecieran en las novelas escogidas. Si el centro urbano forma un triángulo rectángulo en la intersección de la Panamericana con la Alameda, cuya “hipotenusa” virtual fuera el río Mapocho, el centro ampliado significó un círculo –virtual también- que incluyera ese triángulo que es el centro y también –en cuyos bordes estuvieran- el Cementerio general, el Cerro Blanco, La Quinta Normal, Estación Central, El parque O`Higgins, la calle Matta, parte de la comuna de Providencia, el cerro San Cristóbal y el barrio Bellavista. Y todo lo que estuviera entre estos y el centro histórico. Un centro ampliado. Ahora bien, como insinuamos, no quisimos ceñirnos exclusivamente a una mirada de los lugares, pues la lectura de las novelas nos enseñó que Santiago no es tan sólo un lugar. Y además muchas veces se habla de un Santiago genérico, que no tiene que ver

necesariamente con un lugar en especial. Pudo haber sido un Santiago en otra parte, una ciudad en el aire. Una perspectiva de ciudad tradicional puede verse afectada.

Como dijimos, dejamos fuera algunas novelas. De la lista de Franz, éstas fueron: *El museo de cera* de Jorge Edwards, de 1981; *La revuelta* de Sonia Montecino, de 1988; *Estrella distante* de Roberto Bolaños, de 1996; *Cita capital* de Guadalupe Santa Cruz, de 1992 y *La voz del torrente* de Joaquín Díaz Garcés, de 1921. Las tres primeras porque aparecía poco y nada de Santiago, las dos últimas porque simplemente no pudimos dar con ellas, no las ubicamos. De las recomendadas, dejamos fuera *Palomita Blanca* de Enrique Lafourcade, de 1971; *Solo un día del tiempo* de Braulio Arenas, de 1984; *La ciudad anterior* de Gonzalo Contreras, de 1991. También porque aparecía poco de Santiago. Además nos leímos *Martin Rivas* de Alberto Blest Gana, de 1862, para tener un antecedente y una idea de los orígenes de la novela sobre Santiago en Chile. También nos leímos *Tengo miedo torero* de Pedro Lemebel, del año 2001, pero no alcanzamos a incluirla, por tiempo y espacio. Tanto para *Chicago chico* de Armando Mendez Carrasco, de 1962, como para *El río* de Alfredo Gómez Morel, de 1962, no nos alcanzó el tiempo de lectura. Lo mismo nos pasó con José Donoso. En cuanto a poesía, leímos los poemarios *La Ciudad* de Gonzalo Millán, de 1970, y *El paseo Ahumada* de Enrique Lihn, de 1983. Nos hubiese gustado incluirlos, pero no nos dio el tiempo, ni el espacio, ni el foco. De todas maneras, conviene decir acá que ninguno de los textos revisados carece de prosa poética.

A modo de introducción y acompañamiento al tema que abarcamos, y para que se tenga una idea de lo que también rondaba por la cabeza del tesista, bebimos también de otras fuentes. Nos leímos *Geografías* de Benedetti, *Istanbul (ciudad y recuerdos)* de Orhan Pamuk, *Los dublínenses* de James Joyce y *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino. Estos libros referentes al

tema ciudad y literatura. Además, nos leímos *La vida instrucciones de uso* de Georges Perec, libro que –y esto sería poco decir- nos sirvió para ordenarnos. También, de corte más teórico, en referencia a la imaginación, *Pensar la imaginación* de Cornelius Castoriadis.

Y es que en un principio queríamos realizar esta tesis en términos de imaginario, de imaginario literario urbano. Pero decidimos alejarnos de esta discusión en favor del contenido de las novelas. Sin embargo, nos sirvió mucho pasar por ella, en términos de apertura y disposición mentales. Y bueno, muchas otras cosas fueron las que cambiamos *de* proyecto de memoria *a* memoria en sí. Hagamos una somera y superficial recapitulación, sobre todo de lo rescatado, sin dejar de enfatizar que el producto de la memoria, esta tesis, es un recorrido por un muestrario y pone casi exclusivo ahínco en el contenido de las novelas, en lo que de ellas se extrajo para armar un multi-relato nuestro coherente, en referencia al centro ampliado de Santiago:

En cuanto a antecedentes, valoramos tres fuentes fundamentales. De la primera nos quedamos con que “ciudad y literatura, son las dos creaciones de la cultura humana que salvan del olvido al hombre” (Iriarte, 2001; 2). De la segunda, nos quedamos con que existe una arquitectónica perdida pero capaz de valorar lo esencial por sobre lo secundario, esto es, lo bello, lo sublime, lo íntimo por sobre el mero funcionamiento de sistema (Kosik, 1998). Por último, de la tercera nos quedamos con la lista de novelas –de la que hablábamos- en referencia al centro de Santiago, que sirven al autor para destacar imágenes literarias (Franz, 2001; 79).

Respecto al planteamiento del problema, nuestra pregunta principal se reformuló así: ¿De qué forma aparece el centro ampliado de Santiago en la novela chilena del siglo XX? Por su parte, el objetivo principal fue explorar de qué modo aparece Santiago en la novela chilena del siglo XX. En los objetivos específicos, insertábamos unas categorías, que, por nuestra

metodología y formato de tesis, luego resultaron un tanto infructuosas, así que a pesar de que clasificamos casi todo lo fichado con ellas, las desechemos para no ser tan esquemáticos –a la hora de escribir y realizar este producto final- y sólo quedaron como referentes-guías. Estaban ahí sin ser utilizadas más que para no perderse. Para tener marcos, pero ligeros. Pues no nos convencieron del todo en tanto categorías de análisis. A pesar de ello, algo podemos seguramente decir de ellas en las conclusiones. Fueron definidas operacionalmente en el proyecto de memoria (p. 13). Éstas eran: atmósfera urbana, vida social, conmemoraciones y movilizaciones, patrimonio y monumentalidad, paisaje y arquitectura. Pero como dijimos, con el tiempo fueron desechadas. En vez de esto, nos enfocamos en la exploración –una exploración más general- de lo que puede ser Santiago visto desde las novelas, y el modo en que éste aparece, de una manera más laxa, menos clasificadora, más acorde a lo que las novelas nos decían y al mundo que creaban y recreaban –ésta es una característica que la lectura de las novelas nos brindó, nuestras categorías se disipaban, se mezclaban, se difuminaban, se evaporaban, se derretían-. En este sentido, cada novela nos dictaminaba una forma particular de verla y de tratarla, y esto profundiza el hecho de que cada capítulo sea diferente. Novela distinta, capítulo distinto, mundo distinto. Por esta vez. Lo único común a todas vendría a ser la aparición de Santiago y el sello personal del tesista. Esto unido deviene en un hilo conductor interpretativo que genera una especie de visita guiada por el muestrario de novelas. Interpretativo en tanto se pretende comprender y hacer comprender las novelas, y en tanto se da una versión de ellas.

Además, planteábamos ser un aporte a la reflexión en torno a la noción de imaginario, que no vamos a tratar teóricamente pero en lo que sin duda pretendemos ser un aporte implícito (léase una visión cuasi y/o pseudo inductiva: no se sabe lo que es y se pretende dar cuenta de él con el tratamiento directo de contenido, como aflorando, esto es, durante el proceso y de ningún modo

tratándolo y/o delimitándolo explícitamente): intuimos que aparece constantemente un y/o unos imaginarios, sin que hablemos de ellos realmente.

También pretendíamos avanzar en la reflexión del aporte que tiene la literatura para dar a la antropología, lo que sin duda esperamos haber logrado, también por lo general de manera implícita. Sin embargo, no entramos tampoco en la discusión de lo que es la literatura, aunque podamos aportar a ella. No nos interesan los a priori ni las definiciones por el momento. Preferimos partir de que todo es brumoso y confuso. Una cita de una de las novelas revisadas nos complementa: “no se puede definir a priori lo literario; eso lo descubren y redescubren los escritores cada vez” (Fontaine, 1992; 139). Ahora, si debe haber una definición a posteriori, somos amigos de que ésta sea abierta, incluso de que no haya definición. En todo caso nuestro énfasis va a estar puesto en la novela, que definiremos sucintamente.

Respecto a la metodología, ésta consistió en la lectura comprensiva de 26 novelas, su fichaje (recolección de información relevante -acorde a la pregunta principal-, y esto es, marcación de la o las páginas donde salen extractos relevantes y posterior copiado-trasvasije-transcripción de estos al computador, con número(s) de página incluido(s)), selección de 19 novelas, lectura y relectura de las fichas (incluido un proceso de condensación: selección de lo más relevante dentro de lo relevante) y posterior elaboración y escritura de los capítulos de esta tesis, consistentes en el tratamiento –una a una- de cada novela en particular. Esto último, consiste en armar un relato coherente que dé cuenta de cómo aparece Santiago en cada novela chilena del siglo XX tratada, relevando lo que para el tesista es lo principal, sin perder y/o dejar totalmente de lado el hilo de la trama y/o el contexto que proporciona la obra, aunque sea tratándolos someramente, pues estos aportan –aprendimos- a una visión de ciudad. En suma, todo

lo que en la novela dijera relación con ciudad era relevante. De ahí se empezaba a escribir el capítulo y se iba seleccionando información de la ficha, y viceversa.

Respecto a la teoría de antemano, como se verá, esta tesis es pobre. Por opción. Esta NO es una memoria teórica. Si bien en un principio quisimos tocar el tema del imaginario y de la literatura, estos se dejaron de lado. No encontramos un constructo teórico que nos convenciera. Excepto quizá un poco el de Castoriadis y su imaginario, que aunque vago, nos sirvió de algo, a manera de nutrición intelectual y de idea general, y fue lo que abordamos en nuestro proyecto de memoria. Tampoco cabía un amplio desarrollo teórico en esta memoria. Es una cuestión de foco. Además no necesitábamos mucho más. Pues quisimos ser en un principio abiertos. Y también es una tesis exploratoria. Preferimos privilegiar el contenido, entrar de lleno en él sin marcos teóricos explícitos, y en eso consiste esta memoria. Queda un paso que dar, motivo de otra ocasión, respecto a la teoría, pero no es éste el lugar ni el momento, por un tema de espacio y de tiempo, pero particularmente de foco. Preferimos ser exhaustivos en el contenido, en el material, en lo que dicen las novelas. No teorizar sobre ellas. Éste es un campo nuevo, falta mucho que entrar en él para poder teorizar, si es que alguien así lo desea, con tal de tener una teoría firme y completa. Y muchas veces lo que se dice *en teoría* es tan obvio que no vale la pena decirlo. Ya se sabe. Y lo otro que nos llamó profundamente la atención fue la idea de simplificar, ante todo, simplificar, con miras a una tesis más ligera, más inclusiva, más abierta y más liviana, que tenga su foco en el contenido y en lo que de él se pueda decir, su tratamiento. Y para los efectos de esta memoria, no servía mucho más. ¿Qué es lo que necesito definir a priori?: Santiago, capital de Chile. Sobre todo novela: “historia ficticia escrita.” Siglo XX: periodo que va desde el año 1900 al 2000. Es tarea de esta tesis aportar en el campo de esas definiciones, y lo hemos hecho especialmente en relación al concepto que se tiene de Santiago. Santiago no es sólo una ciudad,

un asentamiento humano urbano de población grande donde predominan especialmente la industria y los servicios, que se caracteriza además por tener construcciones más o menos permanentes que estimulan un estilo de vida sedentario. Es mucho, pero mucho más que eso. O si se quiere, su definición es mucho más profunda. Toda esta tesis tiene al menos implícitamente los ojos puestos en eso. Postulamos que Santiago no cabe en una definición de diccionario; de una línea, de un párrafo, de una hoja. Las 100 hojas de esta tesis pretenden justificar este postulado, junto a los anexos. Es el aporte que las novelas nos pueden dar.

Y en eso nos aporta la lectura de estas novelas, la lectura que nosotros hacemos, y la interpretación que de ellas realizamos. Nos alejamos del positivismo, y entramos directo en la hermenéutica y la interpretación. Y he ahí otro concepto que se nos renueva de un modo inasible aún con la inmersión en las novelas: en términos simples, interpretación de algo, que es comprensión de algo y dar su versión de ese algo. Cada una de aquellas, incluso párrafos de aquellas, nos recrea ese entendimiento de una nueva forma. Pues a nuestro modo de ver, y por ahora, es el contenido el que hace a la forma. Se empieza leyendo e interpretando. Después se teoriza. Y como quisimos abarcar gran cantidad de novelas, la teoría no cabe en esta tesis. Además se habría necesitado mucho más tiempo y espacio. Son muchas sí, las líneas de reflexión que pueden surgir de ella, eso sí, y esperamos esbozar algunas en las conclusiones.

La idea es producir efectos en el lector, reflexiones, interpretaciones. Estimular pensamientos. Es un tejido tupido. Y para eso solicitamos una apertura epistemológica y una suspensión del juicio. Pedimos al lector además respeto y honor a esta síntesis de 100 páginas, a esta forma de realizar una memoria; cautela y dedicación al leer, para que todo se entienda bien y no haya enredos. Lentitud y relectura si es necesario.

Un par de cosas más a tener en cuenta. Exceptuando una que otra cosa en las conclusiones, no se establecieron relaciones entre las novelas: se toma cada novela en su unidad esencial. Esto por apelar a una mayor comprensión –preliminar, si se quiere-, respetuosa con los márgenes que propone cada autor. Se pueden hacer relaciones, sí. Pero no hubo ni tiempo ni espacio ni foco para ello. Y creemos también, sí, es una tarea secundaria. No menos importante. Pero es otro paso. Profundizamos al menos en el primero. Se intenta eso sí, mantener un hilo narrativo, al menos en el tema y en el estilo.

Otra cosa: corresponde hacer explícita desde ya una idea que deambula por gran parte de esta memoria -al menos al comienzo, pues la idea es que luego tome ribetes insospechados en la imaginación del lector-: la idea de que no sólo habitamos la ciudad, en este caso Santiago, si no de que la somos, somos la ciudad, somos Santiago. Y asimismo, la idea de que -a modo figurativo- todo lo que está y/o ocurre en la ciudad, es la ciudad, es Santiago

Además: a modo de analogía, los escritores autores de las novelas escogidas fueron nuestros informantes. De ellos se obtiene la información –le damos status etnográfico a la novela-, por lo tanto no queda más que agradecerles. No sólo la brindaron, si no también lo hicieron de una manera bella, íntima, sublime, como lo es la escritura de la novela. He aquí un incipiente esbozo de Antropología de la novela. Se nos perdonará eso sí la nula inclusión de antropólogos a la tesis. No necesariamente una tesis se hace antropológica por citar o hacer conversar a antropólogos de forma explícita. No nos quedaba espacio ni tiempo ni tampoco era la intención. Y además comulgamos con el desarrollo de un pensamiento propio. Se nos perdonará no entrar en la discusión teórica acerca de la novela, que fácilmente puede caer en un tema de opiniones y de sacadas a colación de ejemplos. Preferimos partir a trabajar con el material mismo. Lo mismo

se nos perdonará no esbozar siquiera el contexto de producción de las novelas revisadas ni las supuestas corrientes literarias a las que pertenecen en cuanto a estilo: Internet está siempre disponible para los curiosos. Ahora bien, si tuviéramos que identificar una corriente que las identifique a todas las novelas revisadas, diríamos que es el realismo. Solo eso.

Lo otro: como la tesis consta de muchas citas textuales y no textuales, elaboramos un sistema de citas distinto del tradicional para las memorias para ahorrar espacio: ponemos en el título de cada capítulo además del nombre de la novela el autor, el año de publicación y el año de edición entre paréntesis. Así, cada vez que citamos nos referimos a esa novela, a ese autor, a ese año de publicación y a ese año de edición. Solo agregamos al final de cada cita o grupo de citas, textuales o no, el o los números de páginas.

También: se nos dispensará asimismo por hacer una utilización excesiva de anexos, pero la cantidad de material relevante e interesante a agregar era cuantiosa. Permiten tener una idea más completa y acabada de las intenciones de esta tesis, así como de lo escrito relevado sobre Santiago en las novelas revisadas. Aun así, mucho material quedó afuera.

Por último, espero que se evalúe esta tesis por lo que tiene, lo que promueve, lo que provoca, lo que hace, y no por lo que no tiene, no promueve, no provoca o no hace. Por lo que se dice, no por lo que no se dice. Por lo que hay en ella, no por lo que falta.

Desarrollo

Juana Lucero – Augusto D’halmar – 1902 (ed. 1969)

1897. Todo parte en Juana Lucero con la muerte de su madre. Corre julio y el día esta lluvioso. Mientras el carro fúnebre avanza, mujeres, hombres y “chiquillos mirones” presencian el cortejo. Para Juana, es todo un “viaje por la gran ciudad” hacia el cementerio. De pronto, pasan sobre el Mapocho, que aparece “negro, mugidor, acrecentado por los continuos aguaceros de ese mes riguroso”, seguramente por el puente La Paz. Se atasca en la línea “un carretón lleno de maderas”, pasa un tranvía: “tras los vidrios empañados por un rocío brillante” se adivinan las cabezas de los pasajeros y sus periódicos; por una acera pasa una señora con una niña muy elegante, cuyo vestido llama la atención de Juana.

Así aparece de lleno Santiago por primera vez, al comienzo del libro, con la muerte como telón de fondo. Ya en el cementerio, Juana lee las inscripciones de las lápidas, juega con las hojas secas, mientras se acercan a “la muralla acribillada de cuadrados como una colmena”: los nichos, con sus flores. Allí, en un hueco vacío, entierran a Catalina, la madre de Juana (p. 30-33). Ésta, es acompañada por su tía Loreto, con quien va a vivir a partir de entonces. En su casa hace las de sirvienta y tiene encuentros sobrenaturales con su madre:

La casa de misía Loreto Garrido, allá en esa parte colonial de la calle Santo Domingo, tenía algo de claustro y muy poco alegre. Una mampara con vitraux de colores muy oscuros, daba entrada al zaguán; después del patio, un corredor con gruesas pilastras donde había algunas flores en maceteros, y atrás, una huerta reducida, tan triste y desoladora como un Sahara en miniatura (p. 37).

Los domingos eran importantes para Juana, cuando salía con su tía a la misa de las nueve en la Catedral, lugar y práctica que salen especialmente detallados (anexo 1.1). En noche buena, también, se dijo, hubo muchos desordenes en la Alameda, y puestos de venta. Además, se describen los recuerdos de Juana juntos con sus vivencias en torno a las noches de año nuevo, alguna pasada y la actual, sobre todo en tanto impregnación de emociones ligadas a los fuegos artificiales, como un sentir a la vez individual y colectivo (a. 1.2). Se habla además de una chiquilla que está enferma y que por eso la miman y la llevan al teatro y a la Plaza de Armas.

Mientras su tía está de vacaciones en la costa, Juana es enviada a vivir a la plaza Yungay, donde una amiga de aquella, misiá Pepa. Omitimos aquí pero reproducimos en los anexos, un precioso *cuadro costumbrista* de la Plaza Yungay (a. 1.3). Juana ahí se sintió dichosa, era como estar en el campo, además que no la hacían trabajar. Pero no todo fue felicidad: diversos personajes la atosigan en secreto hasta que uno de ellos, el jefe de familia, la viola. Llega a asquearse de la ciudad:

En la nausea enorme que la ahogaba, ella extendía su asco a su propia persona, a la casa maldita, a la ciudad... ¡al mundo entero; porque el mundo era, sin duda, todo así...! No volvía más la vista al firmamento, pues supo, por fin, cuál era la causa oculta que impide a la humanidad, eternamente, llegar a remontarse hasta los astros. (p. 123)

Ante esto, en secreto también, decide fugarse con otro de aquellos que la atosigaban, Arturo Velázquez, novio de una hija de misiá Pepa. Aunque no deja de frecuentar a su novia oficial, éste arrienda una pieza en el centro para que Juana y él vivan. Misiá Pepa y misiá Loreto, sin saber sobre su paradero ni complicidad con Arturo, la calumnian a más no poder. Y así conoce al amor, que para el autor es siempre un vicio. Invoca a nuestra *noble Alameda* para ilustrar en ella este

vicio, con los amoríos que ahí se encuentran en la noche, y cuestiona que el amor pueda ser alimento del alma. Pero pasa el tiempo y ella igual se enamora de Arturo y en una ocasión juntos salen de paseo al Parque O'higgins:

Con su madre salieron poco, apenas conocía la ciudad del lado de la **Quinta**; con su tía no pasaron de la Catedral; su más larga excursión fue cuando se iban a casa de misiá Pepa. Ahora era lo mismo, seguía tan ignorante de Santiago como tres años atrás; por la ventanilla leía sorprendida letreros de calles, admiraba palacios, iglesias, plazas, esa visión giroscópica que va objetivando en la pupila el color de una pilastra, la silueta de una estatua o la ojiva de un campanario.

Velazquez, escandalizado de aquella inconcebible **huasería**, citábale nombres diversos, nombres gloriosos o simplemente elegantes:

-Esta es la calle Amonátegui... Por donde vamos ahora sí que conocerás la Alameda de las Delicias... Esa estatua a caballo es el general San Martín... Ahora entramos por Dieciocho... ¡Fíjate cuando pasemos por la quinta de Cousiño...!

Y ella seguía divisando planchas en cada esquina: Vidaurre... Olivares... Las Heras... Diez de Julio... Avenida Tupper... Al cabo el carruaje llegó ante la reja del Parque; habiendo vuelto la cabeza el cochero, Velázquez le hizo seña para que se detuviera. (p. 142-143)

En el anexo 1.4 encontramos una descripción de gran parte de esa tarde y ese lugar. El resto ocurrió así: Juana le cuenta a Arturo que estaba embarazada y éste decide enviarla a un burdel de clase. No se dice donde exactamente está éste, pero se desprende que está muy cercano al centro.

Ahí rehace su vida y se convierte en prostituta. Un sábado va al centro con Bibelot, prostituta amiga, de compras. Pasan por la calle huérfanos, por Agustinas, por “la masa verde y los rojos ladrillos de fortaleza del cerro Santa Lucía”, por el Teatro Municipal, por la calle Estado... por el Banco de Chile, “donde entran o salen gentes atareadísimas”, por “el vetusto caserón” del Obispo Larraín Gandarillas, “sólida arquitectura colonial”, por Ahumada. En el anexo 1.5 puede encontrarse la narración de ese paseo, su incursión en la *crème* santiaguina, su estadía en el casino tomando helados, las historias de dos prostitutas compañeras versionadas por Bibelot, su paso por la Catedral, donde Juana ya no encuentra a Dios, y bastante más.

En un episodio de su ida al centro con Bibelot (p. 216), Juana se mira en una galería de espejos y se encuentra cambiada. Esto puede querer decir: el centro te cambia, o estar en el centro te cambia, o en el centro te das cuenta de que cambias. Como sea, hay un cambio, que deriva posteriormente incluso en un cambio de nombre: de Juana pasa a llamarse Naná. Ahora Naná tiene que abortar. En el viaje hacia donde la matrona, se realza especialmente el paisaje:

Con desagradables tumbos cruzó el carruaje todas esas calles pequeñas y feas, para desembocar en el señorial paseo, ennoblecido por el otoño, anciano artista que apaga los crudos verdes y encanece los follajes, donde entremezcla hojas amarillas como láminas de oro viejo, las cuales esmaltándose con el calor tibio del sol, toman visos violetas, púrpuras desvanecidos, grises finísimos, verdes de una refinada tenuidad. Porque no hay nada en que obre tan delicadamente la pátina del tiempo, como en las hojas de los árboles. Inclínase uno hasta el suelo y en una rama marchita que el viento ha desgajado, puede estudiar la armonía más completa y la más rica coloración.

Naná, desde la ventanilla, miraba huir los troncos, cual fuertes columnas de algún enorme templo que tuviese por cúpula la bóveda del firmamento. Las copas se veían envueltas en una liviana gasa de la que condensara el hálito de la tierra húmeda, amaratando las ramas casi desnudas. A lo lejos naufragaba el sol en las ondas rojizas del poniente, diluido el confín del horizonte en una polvareda de fuego que hacia llamear las cúpulas de los cristales, tal como si las iluminase una hoguera inferior. En cambio, las cordilleras apagaban ya sus tonos cálidos, y la nieve transparente de las cumbres parecía un encaje de plata sobre el terciopelo azul profundo de las montañas. (p. 231-232)

Todo termina el día de los muertos, cuando Naná decide ir de visita a donde yace su muerta madre, el cementerio, nuevamente, solo que esta vez al final del libro. Para tener una idea de qué pasa en torno al cementerio en el día de los muertos, por favor leer el anexo 1.6. Es una “avalancha” de gente la que visita el cementerio. Santiago *es* orfandad, servicio, amor y prostitución.

Palpitaciones de vida – Fernando Santiván – 1909 (ed. 1909)

Los primeros latidos de Santiago en este libro de novelas cortas se dejan sentir en la primera de ellas, homónima al libro, en el cerro San Cristóbal. El personaje principal se recuesta “a media falda” del cerro, “a la sombra de un arbusto” esperando a su amada. Hay un aire fresco pero un “sol quemante de primavera” que “junto con la agitación de la caminata”, le “hacían palpitar con violencia la sangre, tanto que se la podía oír correr bajo la piel en rondas lentas”. (p. 7). Santiago *es* sangre.

El cerro San Cristóbal es vida, “campo”, “soledad”, “infancia”, “ternura”, “pájaros”, “lagartos”. De ahí se ve, “niebla de sol” entremedio, “resplandor del valle”, “resplandor de la ciudad”, la cordillera de la costa; y la ciudad: “estensa, plana, perdiéndose de vista en la lejanía con su hacinamiento de techos, de cúpulas, de altas torres variadas” (p. 9). Y el otro cerro:

Solo el cerro Santa lucía, gracioso de líneas, verde-oscuro, poblado de vejetacion, con sus eucaliptus de ensueño i sus pinos meditabundos, con sus fuentes i cascadas, i sus escondrijos húmedos, silenciosos, como si invitara mudamente a los amantes, interrumpe la monotonía luminosa del panorama. (p. 9)

De abajo llega un “ruido complejo, confuso”: “un carruaje”, “un tranvía”, “un vendedor ambulante”, “aullidos de perros”, “cantar de gallos”. “Laxitud creciente se fue apoderando del cuerpo del joven i la imaginación cobró vuelo”: todo lo que nos debe pasar a nosotros también, en este inicio.

Con su amada se conocieron esperando el carro Recoleta-Cementerio. Luego entablaron una “charla íntima”, una “charla suave de espíritus”. Santiago también *es* espíritus:

-Y tiene que hacer todos los días este viaje!

Ella rió.

-Cuatro veces. Dos en la mañana: ida i vuelta. Dos en la tarde. Casi una hora de camino, de *extremo a* extremo de la ciudad. Pero no *se* le hacia mui cuesta arriba, nó. Por las mañanas de sol lo hacia de a pié; era tan entretenido venirse mirando los escaparates de las tiendas, mirando trajes bonitos de otras mujeres, respirando esa atmósfera de abandono, de oculta angustia de tantos pechos oprimidos por inconfesadas pasiones. I despues, el tránsito por la alameda, una delicia! La superficie plana, estensa, perdiendose de vista en la lejanía, las estatuas de los heroes, el perfume de los árboles, ahora que

estaban tan lindos con el fin del invierno, vísperas de primavera, echando nuevos brotes. Se iba lentamente, preparando la lección, mirando el libro, mirando el cielo, mirando los edificios, tan bellos, ocultando sus misterios de elegancias, apenas entrevistas alguna vez por algún balcón semi-abierto ... En la noche, el camino era otra cosa, ella sola por las calles mal protegidas de su barrio, casi en los arrabales. Sentía miedo! (p. 12-13)

Conversando en el carro pasaron por el centro, que nos interesa destacar:

Cruzaron *de* este modo el centro, el corazón de la ciudad: la calle del Estado, la Plaza de Armas. Volvían los paseantes de la retreta. Mujeres elegantes, vaporosas; grupos de jovencitas parleras, acompañadas por jóvenes estudiantes del Código, los serios del día; ruidos de sedas, nieblas de encaje; risas, pasión... ¡Ansia!. . . Los vieron pasar, vagamente esbozadas sus siluetas, procesión interminable a lo largo de las aceras, los miraron curiosos desde la ventanilla del tranvía, sin envidia, felices de esta quietud que *los* iba envolviendo con inmensa malla traidora, mas unidos al sentirse extranjeros a aquellas jentes que apenas los percibían en su loca turbulencia, de placeres i vanidades. Bruscamente penetraron a calles mas oscuras, mas solas. Prosiguieron la charla. Al llegar al río admiraron juntos los juegos de luces en la oscuridad, luces lejanísimas, luces próximas, luces móviles, luces quietas incrustadas en la tiniebla.

-¿Qué lindo, *no?*

-¡Lindo, lindo! (p. 14)

Y una vez establecido el amor, se reúnen seguidos en el San Cristóbal, la ciudad a sus pies, como tantas amistades y amoríos hacen hoy en día. No sé si sería correcto decir que Santiago estaba más cerca de la “naturaleza” antes que ahora (la concentración excesiva de construcciones puede alejar al humano de la naturaleza, pero por eso mismo puede hacer que éste la requiera más

y salga más a los cerros y parques), en fin: “¡Matar el perfume que nos llega de las flores, cerrar los oídos a las músicas del viento, matar los ojos para la contemplación de los colores *en* la naturaleza, todo ello sería, eso sí, un crimen!” (p.20). Santiago también *es* parques y cerros.

Pero parece que la ciudad misma no deja concretar ese amorío: “la ciudad parecía evaporarse, diáfana, ligera, bañada en niebla i en vaguedades” (p. 24), y, suspensivamente, lo aniquila: “la ciudad inmensa”, “el valle se teñía de sombras”, “un vaho oscuro parecía levantarse de la ciudad”, “nuevas luces (...); nuevas sombras”, “ruidos aislados” (p. 24).

Pausa larga; angustiosa, i con no se *qué* de dulce a la vez. Las tinieblas, subían; las luces aumentaban, se multiplicaban, frías, vívidas. Ruido confuso de ciudad, hervidero sordo i distante. La tiniebla parecía ir cobrando vida, ajitando en su seno monstruos, misterios i dolores; era un solo gran monstruo negro de centenares de ojos lucientes e inmoviles. (p. 25)

Hasta que al final se los traga:

I continuaron el descenso, continuaron, pero aun antes de llegar, Daniel no pudo ménos que detenerse para amenazar con el puño a esa mancha negra que se extendía a sus piés, a la ciudad inmensa cuajada de luces inmóviles, i que se los tragaba, se los tragaba para siempre, como una ancha boca monstruosa, como una ancha boca de tumba! (p. 26)

Varias de las demás novelas cortas tienen un tratamiento de la ciudad parecido. Una mujer se aleja por la acera, “apegada a la muralla”, se siente “el aire de la calle” (p. 75). Pero en cuanto a desenlace, *Mala sombra* se le parece: Aurelia, pobre, encuentra trabajo en el centro, y termina siendo tragada por éste. También está “la semioscuridad de la calle” (p. 77), “la vasta ciudad” (p. 78), “el ruido y la vorajine de esa ciudad que no conocían i que les producía un vago i extraño terror i una admiración injenua que las hacía abrir los ojos para esclamar “¡ah, la ciudad, ah!”...”.

“la ciudad temida i maravillosa”, “ese monstruo” (p. 79-80), etc. Pero lo que atrapa a Aurelia en definitiva es la ostentación y la “brillantez” de la riqueza, “aquel ambiente de supra elegancia i de dilapidación que vagaba por los escaparates de los grandes almacenes del alto comercio santiaguino” (p. 84), “la vida moderna (...), la superficialidad i el engaño” (p. 88), primero en el hecho de la compra compulsiva de artículos de ropa y luego, de su desaparición en la “gran metrópoli”, que primero la cambia y luego se la traga, violentada por la figura de alguien que la secuestra. Su madre, que la buscó y la esperó todo ese tiempo.

comprendió la amargura i el veneno que traía el corazón destrozado de la hija; i al ver los ojos, con la mirada fija obstinadamente, i con dureza, en un punto indeterminado, comprendió que la vida entera de su Aurelia habia quedado prendida en las zarzas traidoras del pasado, i que en aquella pobre alma ya no habia mas inocencia, ni habría mas alegrías, ni esperanzas, ni ensueños!...

Entonces, por primera vez en su vida, la dulce cabeza de la anciana se tornó dura, e irguió el busto para lanzar palabras candentes de maldicion, con la vista en la sombra que parecia penetrar por las ventanas, desde las vecinas mansiones opulentas, desde la ciudad moderna, perturbadora i falaz:

-¡Maldita sea! ¡maldita sea!

Despues se echó a llorar... i lloró hasta el día de su muerte! (p. 92-93)

No se sabe qué fue de Aurelia después, pero el episodio significó el llanto de su anciana madre... ¡hasta el día de su muerte! Todos sus sueños para con Aurelia, se vieron frustrados...

Adjuntamos en los anexos, algunos extractos interesantes de otras novelas cortas incluidas en *Palpitaciones...: Primavera* (a. 2.1), *Días grises* (a. 2.2), *El amor al campo* (a. 2.3) y *Pascua*

amarga (a. 2.4). En esta última, un poco más optimista, al protagonista le parece que un lago que había en el Forestal abre su boca para sepultar todos los falsos ruidos del mundo.

El Crisol – Fernando Santiván - 1913 (ed. 1913)

Esta novela está centrada un poco más en el sujeto, y tiene un aire a *Martin Rivas*. Santiago *es* sujeto. Bernabé Robles es nacido y criado en el campo, pero estudia para herrero fundidor en la Escuela de Artes, internado en Santiago. La historia ocurre durante su cuarto año, año en que debe egresar. Para hacer este año, llega de sus vacaciones con su familia en el campo, a la Estación central. “La gente caminaba atropellándose hacia la gran puerta de salida”. Se recalca su soledad, y su desconcierto:

La capital producíale cada vez que regresaba del campo, mareante impresión de grandeza y de vacío. En vano se repetía la muy trillada frase de que “Santiago no es más que una aldea grande”. El contraste de la ciudad con el terruño de paz idílica concluía siempre por desconcertarlo.

Se mencionan las “mansiones lujosas” que habría en las “calles céntricas” y “el complicado movimiento de la capital”, que lo conmueve. Luego de hospedarse en un “hotelito” vecino a la estación

Tomó el camino de la Escuela. Los transeúntes se paseaban por la Alameda con lentitud, como si sintieran la deliciosa sensación de haber dejado atrás uno de esos fatigosos días de marzo en que el sol incendia las calles y la atmósfera asfixia y aniquila la voluntad. (p. 7-8).

“Los árboles de la Alameda, que el poniente doraba, le evocaron una vez más los atardeceres de la vida campesina que acababa de abandonar” (p. 9). En la av. Ecuador se encuentra con una señora amiga dueña de una cigarrería. Luego:

Cuando salió a la calle, había cerrado ya la noche. La Avenida Ecuador extendíase ancha y oscura, flanqueada de casas pobres, irregulares y bajas. Uno que otro farol de luz tristona rasgaba las tinieblas, sucediéndose a largos intervalos en la calle sombría. Sólo a lo lejos se veía un poderoso foco de luz eléctrica que formaba círculo blanco en la mancha negra de las tinieblas.

Más allá se proyectaban, detrás de una muralla, sombrías siluetas de galpones, como grandes tortugas en reposo, y las altas chimeneas que semejaban centinelas taciturnos y vigilantes.

Era la Escuela de Artes y oficios. El joven apresuró el paso y un parpadeo fugitivo veló por un momento la expresión de confianza que expresaban sus ojos grandes y ardientes.

(p. 12-13)

Iba a ser un gran año para Bernabé en esta ciudad, difícil, de convulsiones y realizaciones. Le iba bien en los talleres y tenía una amistad que devino en amor platónico: el apoderado de Bernabé en la Escuela de artes era Don Augusto Blume, para quién los padres de Bernabé trabajaron en el campo. La hija de Don Augusto era Adriana, de quien hablábamos, que se dedica al arte, a pintar, hecho extraordinario en la vida santiaguina de aquella época: una artista mujer. Al respecto, las señoritas de sociedad “llevan una vida muy...”

-Muy tonta, ¿verdad? ¡Vaya Ud. a comprender esas cosas! –murmuró la joven con un dejo de tristeza-. Pero la culpa no la tiene mamá, que es alma bondadosa y recta. Son los amigos, las costumbres sociales, ya tradicionales en nuestro medio. No es “chic” dedicarse a embadurnar telas con esos colores chocantes e incomprensibles (p. 29).

Como sea, Bernabé se veía intimidado por “las grandes casas santiaguinas, con sus portadas impenetrables, el silencio aristocrático, el brillo de limpieza” llevado al extremo, y una “refinada superioridad intelectual” que se desprendía de sus estantes de libros y hermosas telas. (p. 15-17).

He aquí una descripción del ambiente de comienzos de año en la Escuela de Artes:

Bernabé subió al segundo piso, a los dormitorios. De los patios y corredores se elevaba el destemplado y sordo murmullo de voces de alumnos que charlaban en grupos o se perseguían corriendo y gritando bajo el sol. Algún compañero lo saludaba al pasar llamándolo por su nombre; los novicios del primer año vagaban por los corredores con aire desorientado y receloso, las manos en el bolsillo, encogidos dentro de sus trajes que pregonaban de lejos el corte provinciano; otros se afirmaban en los pilares o descansaban en los escaños mirando con respetuosa deferencia a los más antiguos, que hablaban y reían alegremente. (p. 38)

Luego de una discusión con un ex ministro de guerra, Atilano Becerra, en casa de Adriana, que realizaba las virtudes del liberalismo (a. 3.1), Bernabé se va enojadísimo y

Haciendo proyectos de venganza llegó hasta el Santa Lucía, vagó sin rumbo por callejuelas desconocidas durante largo tiempo, y por fin fue a parar, sin sentirlo, a la Plaza de Armas. Salía en ese momento de la capilla de Sagrario un matrimonio elegante. Mujeres curiosas se apretujaban para ver pasar los novios. Cupés, victorias y automóviles

cruzaban en interminable procesión frente a la capilla para recoger a los invitados que salía en hacinamiento de sombreros de copa, levitas, trajes de seda y mantillas. Bernabé se mezcló al grupo de espectadores y observó con rabia el desfile. ¡Cuántas mujeres hermosas, caritas de vírgenes de Murillo, de madonas de Rafael, delicadas, de pieles suaves, de manos de princesas! A todas, a todas las odiaba, porque pertenecían a otra raza, a la de los altaneros, a los opresores. Nunca podría llegar hasta ellos... Nunca podría gozar el trato de esas mujeres de belleza ideal, refinadas por siglos de cultura y ociosidad. Eran para ellos, para el grupo de petimetres que se pavoneaban bajo los reflejos altivos de sus sombreros de copa, grupo de imbéciles y vanos, de ignorantes e inútiles... Y sintió un impulso de locura. Sus narices se dilataron como las de Caupolicán que olfateara en el aire la sangre de los enemigos. Hubiera deseado saltar en medio de ellos, corvo puñal en mano, y degollar a todos esos Atilanos Becerra; en seguida, coger por la cintura aquella esbeltas mujeres y huir con ellas quizás donde, a beberles la hermosura, como lo hicieron sus antepasados con las huincas soberbias, arrebatándolas en sus malones como presas de guerra, para ocultarlas en la profundidad de las selvas (p. 117-118).

La ciudad aparece de esa manera, como causa y efecto de un odio insospechado hacia las élites. Después se juntó con unos amigos en la cigarrería ya mencionada y luego

Salieron. En la calle se respiraba atmósfera pesada. Por la avenida, escasos transeúntes transitaban bajo el sol crudo y relampagueante. Ligeró vaho de basuras en descomposición subía desde el empedrado, lleno de polvos y hoyos. Una mujer del pueblo, desgreñada, la cintura suelta bajo la blusa sin abotonar, cruzaba perezosa, con movimientos lentos y provocadores de bestia ahita, con un cántaro de licor en la mano.

Sólo al pasar delante de las cantinas, se notaba vida de modorra, de pesadilla; por las puertas de los oscuros bodegones aparecían siluetas de bebedores, sucios rostros de patíbulo, alzando vasos enormes, rezongando interminables discursos idiotas. (p.128)

Luego deciden ir a un burdel, el Hotel Milanés.

Hay, además, en la novela, incidentes dentro de la Escuela de Artes: un verdadero movimiento social contra las injusticias (a. 3.2). Y también se consume el amor entre Adriana y Bernabé. Todo termina apaciblemente en la Quinta Normal (a. 3.3), donde éste y su mejor amigo, Enrique Aninat, se encuentran, luego de reuniones y separaciones, encuentros y desencuentros.

Un perdido – Eduardo Barrios – 1918 (ed. 1965)

Un perdido es la historia de un perdido en Santiago, después de haber vivido cerca de Quillota e Iquique. De fondo está la idea de que Santiago te hace perderte, de que te embolina la perdiz. También de origen provincial, Lucho, huérfano, debe emigrar a Santiago, a casa de sus abuelos paternos, con 17 años. Pasa por la Escuela militar, lo echan, está de flojo un tiempo en casa de sus abuelos, luego encuentra trabajo en la Biblioteca Nacional, se fuga de la casa de sus abuelos para iniciar amoríos con una mujer en una pequeña pieza del centro de Santiago, es abandonado por ella y, loco de amor, deja su trabajo y se va a vivir con unos artistas a la Av. Matta. El relato está muy marcado por la sensibilidad del protagonista. Santiago es un lugar donde te suceden cosas.

La casa de sus abuelos queda en Esmeralda. Es una “mansión moderna”, “presuntuosa, burguesa”, de “fachada gris”, en una “pequeña plazuela sin nombre”, “en ese regazo colonial y

pintoresco, por milagro conservado en pleno centro de Santiago” (p. 150). Para una mayor descripción de la zona, leer anexo 4.1. Para los habitantes de esta casa, el hecho de que Luis destacara en la Escuela Militar los henchía de orgullo, y utilizaban este pretexto para caer bien en sociedad, vanagloriándose de haber “recogido” a un chiquillo pobre y huérfano, sin que hiciera falta por ejemplo en la Parada Militar, un “ahí va Lucho” en voz alta para que los demás escuchasen. Además, algunos domingos iba con sus tías a las carreras, al teatro o al Parque.

La Escuela militar no es descrita arquitectónicamente. Sólo sabemos que se encontraba en la calle Dieciocho. Pero es para Luis una cárcel de la cual solo quiere huir: “brutalidad mecanizada, disciplina, obediencia ciega y nada más”. Por lo tanto, todo lo que estuviera afuera le atraía enormemente y le hacía idealizar: “ciudad plena de libertades, gentes afectuosas y contentas y corazones que sin duda latían para el amor y la ternura” (p. 163). En el anexo 4.2 encontramos una descripción de cuando los cadetes vuelven a la Escuela después de vacaciones.

Pero lo echan de ahí por fingir una enfermedad y vuelve a vivir donde sus abuelos continuamente. He aquí una descripción de un día de lluvia:

Pegaron las frentes al cristal del balcón. Los edificios veíanse a través del rayado vibrante de la lluvia; en el horizonte, hacia el fin de la calle, el cielo intensificaba su gris hasta convertirlo en pizarroso azul; abajo pasaban presurosos los paraguas empapados y chorreantes, dejando sobresalir, de sus límites negros, apenas pies y trozos de piernas humedecidos; corría el agua turbia por las cunetas; una vieja envuelta en un chalón frisado arrastraba los zuecos; y el tranvía partía en líquidas virutas las charcas que anegaban los rieles. (p. 178)

En ese tiempo, de vago, se iba a veces a la Plaza de Armas a meditar “con mayor despejo. Mas novelesco soñaba entonces, en realidad” (p. 187). También un amigo pintor lo invitaba a un trago: “Iban ya por la Alameda, iluminada y llena de movimiento. Entraron a una pastelería”. “Veían desde allí, en frente, la iglesia de San Francisco, abierta”, adonde entra “un negro reguero de beatas”, “como ratas a la cueva” (p. 190-191). Un paseo por la Quinta dejamos en el anexo 4.3. La calle, con sus detalles, es una constante en la narración, junto a descripciones climáticas y paisajísticas:

Por momentos, Lucho mira la calle; pasa veloz y silencioso un ciclista, o sonajera una carretela de pan, o el tranvía, desde cuya imperial desierta un chico harapiento lanza flechitas de papel a los transeúntes. Mundo de pequeñeces encantadas en la dulzura del largo crepúsculo de enero. Hasta que, insensiblemente, al sol ha reemplazado la luna llena, y es de noche y hay que despedirse. (p. 213)

Citas como esa abundan, la ciudad está muy presente siempre. Algo aparece también sobre su trabajo en la Biblioteca Nacional: “La voz se apaga allí como dentro de un baúl, el olfato se asquea por el tufo de los libros polvorientos, y la luz, contagiada de vejez, adormece las retinas” (p. 230, a. 4.4.). Y vuelve a ir nuevamente a la Plaza de Armas (a. 4.5.), donde conoce a su amada: ésta, afuerina, se sienta al lado de él y, después de un rato, le pregunta la hora, a lo que él contesta viéndola en el reloj de la Intendencia. Hay mucha descripción, mucha realidad. Van a comer juntos a una cocinería de mala muerte (a. 4.6.). Luego pasean, haciendo de Santiago un tema, declinando con el atardecer.

Y paseando por las avenidas, charlaron mucho, de Santiago, sus paseos y sus peligros, del oficio de aparar, de cómo las fábricas iban desplazando a las zapaterías poco a poco.

Hasta que el sol se puso y la cordillera, dentellada y cubierta por las nieves de un otoño prematuro, se tiñó de sangre como la dentadura de una fauce rota, enorme y fantástica (p. 240).

Así inician un amor y se van a vivir juntos. Por las tardes, cuando Lucho sale del trabajo, van juntos a las afueras, Los Leones o Ñuñoa. Hasta que ella lo engaña con otro y se escapa. Él cae al licor y desea destruir la ciudad (a. 4.7). Conoce a unos mendigos y ladrones. No quiere salir del centro, haría cualquier cosa “menos volver a su casa”, se pierde: “¿Qué rumbo tomar? Cualquiera.” (p. 287-288, a. 4.8).

Hasta que acude donde su amigo pintor y vive un par de meses con él. A veces frecuentan juntos la bohemia en una taberna, un “antro inmundo y rufianesco”, (“Servían el café, los ponches y los licores mujeres horripilantes, a la vez camareras y prostitutas a quienes la hombrada borracha sentadaza sobre los muslos y manoseaba en forma tosca y obscena” (p. 291)), donde se conversa sin tregua, de la muerte por ejemplo, y luego se ríe, sin tregua también. Lucho conoce también el ambiente que rodea a un retratista (ambos ambientes a. 4.9.).

Hasta que se van a vivir juntos a la casa de otro artista, un escultor, en un barrio de Av. Matta, que en ese entonces era desamparado (a. 4.10). Así termina el libro. Manifiestos y sistemáticos en él, son las vicisitudes por las que el protagonista pasa, unidas a una imagen de la ciudad que hace prevalecer en sus descripciones el gentío, el rebullir, la multitud y el anonimato callejeros. Es una ciudad que te marea. Esto en contrapunto con su idílico lugar de origen, infancia y adolescencia, el campo. Contraste, todo esto, vivido *en* la ciudad.

El conocía un mundo, todo un mundo, los tipos más diversos y opuestos entre sí, antagónicos por el carácter, por la educación, por la fortuna, por las circunstancias de la

vida; él había experimentado la presión de todos los ambientes acaso: el abrigado y puro del hogar tierno, el artificial de la milicia, el avariento y juguete de los convencionalismos de sus abuelos Bernales, el pasional y vicioso de las prostitutas, el deforme y monstruoso de los pícaros, el soñador de los artistas, el sórdido y angustiador de la miseria. En todos marchábase, más o menos vendado, hacia una meta ineludible y única: la muerte. (p. 305)

Santiago *es* encuentros y desencuentros, venturas y desventuras.

El Roto – Joaquín Edwards bello – 1920 (ed. 1990)

Santiago es en *El Roto* un “baluarte colonial, clerical y reaccionario”, “la capital amodorrada, catedralicia y apática”. Su historia transcurre casi por entera en una zona importante, la zona de la Estación Central, pero ésta es contrastada siempre con el Santiago genérico. En específico, el lugar protagonista es un prostíbulo de la calle Borja, en un “barrio sórdido, sin apoyo municipal”, cochino y hediondo, “barrio hirviente, lleno del ruido de las máquinas, los motores, la gritería de los pilluelos y vendedores ambulantes”, que empieza al costado oeste de la estación central misma. Ésta, “grande y férrea estructura”, “es soberbia”:

Un reloj, colocado en el centro del triángulo que abarca todo el frente del edificio, marca las horas con la impasible constancia de las cosas mecánicas, en tanto pasan bajo él palpitantes locomotoras, transpirando vapor, sudando por sus poros de metal, enviando hacia el cielo en penachos esponjados el humo turbulento y espeso que parece ser el alma del barrio. Innumerables postes contrahechos, negruzcos, del telégrafo y alumbrado se destacan por todas partes sin simetría, cual si espontáneamente brotaran del asfalto

onduloso. Los potentes pitazos y el estrépito que sacude las casas al rodar de los trenes arrancan un eco a la serenidad bucólica de los viñedos, potreros y arboledas, que empiezan en la Quinta Normal y más allá, por la Avenida de los Pajaritos. En la plaza y en las callejuelas vecinas hay multitud de pensiones o fondas sospechosas, a dos pesos el rato, o tres pesos la noche, con criadas jóvenes y complacientes que por las tardes se destacan en las puertas, sonriendo a los transeúntes de manera extraña.

Las calles del barrio vecino a la estación, “se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno, cubiertas de harapos, desperdicios de comida, chancletas ratas podridas”. Y están llenas de prostitutas. “El barrio es nuevo”, “se siente olor a campo”, y hay escaso contacto con la “parte verdadera de la capital”. “La gente tiene un sello propio, característico”, es un “rincón sensual” lleno de “sucias madrigueras”, “casi invisibles”, “como conviene en una ciudad que sólo tolera al roto en la fiesta patria”. Es un arrabal bravío, a pasos de la Alameda y colindante con la estación, donde “la noche trae la remolienda que lo hace vibrar entero con toques de vihuela, zapateo de cueca, tamboreo y gritería destemplada”; en especial sábados y domingos, pero también en la semana, “flota la influencia asesina del licor”.

La chiquillería da la nota riente de esas calles; de cinco a quince años se les ve, cínicos y traviosos, jugando, vendiendo periódicos o llevando maletas pequeñas hasta los coches; saltando sin sombrero ni zapatos, se ponen negros, los pies se les endurecen y alargan. La estación les llama, les atrae con fuerza; conocen los nombres de las locomotoras, se saben de memoria el horario de los trenes que llegan regularmente, envueltos en su calina, como a decir que son la razón misma de esa vida febril y enérgica que transformó a la ciudad.

Estos trenes llegaron “a despertar la Alameda apacible y franciscana, con sus acequias de pueblo” (p. 2-6).

Todo esto al principio del libro (a. 5.1). En este sentido, es evidente el énfasis del autor en marcar un escenario de fondo. Lo demás es la historia, en la que no ahondaremos, pero que es un continuo drama de prostitutas, y sobretodo del *roto chileno*, personificado en Esmeraldo y en Fernando; aquel por *ser alguien* en el arrabal que amaba, éste en su pugna imposible con y contra *el poder* que aborrecía. Lo interesante es que se cruza con el devenir de una ciudad, porque al final, por un escándalo y polémica que adquiere ribetes nacionales (el asesinato de un hijo de ricos e ilustrados), muere el sórdido barrio a manos de la ley y de nuevos propietarios, y desaparece con él el roto. Se *sanea* la zona (a. 5.2).

En el libro aparece también la calle Matucana:

La ciudad se animaba. Dos mujeres, sentadas en la acera, hacían frituras en tarros que habían contenido parafina. Obreros embozados comían peques o huevos duros. Algunos leían El Chileno. Los tranvías llegaban a la plazuela atestados de trabajadores. Las campanillas de los tranvías mezclaban sus sonos con el voceo de los chiquillos descalzos. ¡El Chileno! Por fin llegaron (p. 18).

Y la calle Estado: “la arteria elegante, cuajada de luminarias, donde la gente le pareció más fina, delgada, ágil y discreta, como alada. ¡Ah, si ella pudiese salir sola, ya sabría ser elegante! Hija de la ciudad (...) [que] le daba a ella un afinamiento especial”. La calle San Pablo también aparece. Otras descripciones en anexos 5.3., 5.4., 5.5. En cualquier caso, lo que interesa rescatar son las ideas de vorágine y de máquina, ligadas a la estación y a la locomotora: a Esmeraldo

La ciudad se le aparecía por vez primera con su aspecto verdadero; comprendía la fuerza de ese mar humano cambiante y caprichoso, que tuerce los destinos e impone a la historia. La ciudad, que conocía más que todo por su potente órgano digestivo que traga y vomita de la mañana a la noche, le llenaba de ansias. Comprendía su pequeñez en esa inmensidad (p. 32).

“Su vida parecía amarrada a esa arteria ardiente de la ciudad. Ya pensaba aprender para palanquero” (p. 34). Pero también, en paralelismo, ligadas al centro, “región impenetrable, de otra raza”, “el corazón de Santiago [, que] le producía siempre miedo” a Fernando. Es la vorágine y la máquina del *poder*, “de la garra de la bestia” (p. 125), personalizadas en Madroño (un político influyente), en Carabineros y en El Mercurio, que terminan por acabar con *el roterío* de la calle Borja. Fernando es encarcelado injustamente. Sin embargo, quizá a modo de compensación (Fernando era padre postizo de Esmeraldo) y porqué no, de advertencia para una excesiva sobre-preocupación de parte de cualquier eventual ingenuidad, al final, a cuchillada de Esmeraldo muere Lux, el periodista caritativo que intentó por todos los medios *salvarlo de la ignominia e ilustrarlo*, cuando lo único que aquél deseaba era volver a su hogar para ser el rey, ya no solamente de la calle: ahora también de La Gloria, burdel de la calle Borja. No se sabe del paradero posterior de ese roto, que luego de apuñalarlo escapa gracias al tren que justo se interpone entre él y sus perseguidores. *Esa máquina, su querida máquina*, juega a su favor: su lugar, su zona, su Estación Central, lo defiende. Santiago también se sabe defender. Y vaya que esto corre para ciertos sectores.

No quedaban más que la estación , la alameda; la mole gris llena de estridores, envuelta en la calina, que liga pueblos y ciudades con sus venas brillantes y el paseo ancho que trae

y lleva la vida santiaguina, remudando los barrios. Miró a la estación con un suspiro; su sombra parecía agrandarse, estirarse para ampararle. Se fue lentamente. (148-151)

Como predestinando lo que vendría, antes de aquel episodio final, Esmeraldo se encuentra con Ofelia, trabajadora sexual de La Gloria, al lado de donde él, su madre y su hermana vivían:

Echaron a andar. Esmeraldo quería saber, quería hablar de los suyos, encontrarles; una curiosidad amarga le picaba. A su alrededor mariposeaban los recuerdos de todo su pasado. Atravesaron la Alameda y llegaron a la calle *Esperanza*. La lluvia seguía cayendo; la luz empañada de un farol bailaba en los baches (p. 153).

El Socio – Jenaro Prieto – 1928 (ed. 1988)

En *El Socio* Santiago es escenario de una mentira con consecuencias verdaderas. Es una ciudad que no aparece tan marcada en términos de calles y avenidas o lugares precisos, pero que sí aparece en términos psicológicos, como una urbe que te puede atrapar muy profundamente por una mentira, por una falacia, por justamente una ficción. El protagonista, Julián, con tal de ser alguien en sociedad, inventa que tiene un socio con mucho dinero, inglés inmigrante. Y eso lo va llevar de la base a la cima de la sociedad, para caer nuevamente a la planta, al final. Como ambiente encontramos esto:

[Del correo] La gente entraba y salía precipitadamente, rozándole al pasar. Sin embargo, ¡qué solo se sentía! No tenía nadie que le tomara en cuenta, que le prestara ayuda... ¡Nadie! Ni un socio ficticio que le sirviera para excusarse de aceptar un negocio inadmisible. (...)

Entre el ruido de los tranvías y de las bocinas de los automóviles la campanita de una iglesia llegaba hasta sus oídos, vaga y tierna como un recuerdo de su niñez.

Las notas tímidas del Angelus, henchidas de paz aldeana y de crepúsculo, se perdían en el negro ajeteo de la calle. Ambiente impuro de ciudad, focos parpadeantes, hombres minúsculos agobiados de preocupaciones, mujeres pintarrajeadas que sonrían provocativamente... de hambre, autobuses, tranvías, coches, automóviles –gigantesca fauna de ojos luminosos, de cuyo pecho jadeante surge una “jazz-band” de ruidos estridentes, campanillas, graznar de pájaros salvajes, explosiones, roncós “klaxons” y chillidos de cerdo agonizante.

Solo el cielo color malva evoca a Julián la suave melancolía del crepúsculo. (p. 23-24)

Así aparece, como caos, Santiago, como lugar de caos. Caos que luego se trasladaría a la cabeza de Julián. Resulta imprescindible la pregunta: en un sentido abierto ¿Es la mente también ciudad? A lo cual se puede anotar que sí, y esto se percata en tanto tiene efectos reales. Ahora, la ciudad también es la mente de los ciudadanos. Y esta mente va a estar personalizada en *El Socio*, por Julián, que inventando un personaje, crea un orden de realidad del cual casi todo Santiago es parte. Pues todo el mundo habla de Mr. Davis. Jenaro Prieto ejemplifica y retrata en su novela el poder de una ficción.

Lo demás es cómo aparece literalmente la ciudad en la novela (con el fantasma de Davis siempre dando vueltas): Julián siente una mirada que lo sigue a distancia: “Sólo al entrar en la muda callejuela, con sus árboles desnudos, con sus pozas que le eran tan familiares, con sus casitas borrosas e indolentes que se niegan a tomar su alineación en la acera,” se siente libre de ella. También: “Había llovido. De los aleros, de las ramas, de los alambres de teléfono, caían

todavía gruesas gotas” (p. 43-44). Asimismo: “Sumido en sus disquisiciones, Julián avanzaba, con aire de triunfo, haciendo resonar sus pisadas en la muda calleja.” “Más allá, en otra casita vieja que rebalsaba de la línea de los demás edificios, se escuchaba una tos seca de anciana, el llanto interminable de un chiquillo, o el monótono balanceo de una cuna”. Ve en una ventana una silueta femenina que resultó ser un individuo “gordo y ridículo”. A medida que se acercaba a su casa, “la acera estaba más deteriorada” y se fijaba en salvar los charcos de agua (p. 45).

La ciudad es la despedida a su esposa e hijo en la estación de trenes (a. 6.1). Es su andar por una neblina densa, es la soledad de la calle; es en definitiva su propia soledad (que le hace crear a Davis). Son dos obreros que pasan, es la luz “amarillenta, espesa, sucia, con olor a alcohol, a humo y pescado frito” del bar Mussolini, son sus dos zapatos negros, sus “dos cucarachas”, que entran en él (p. 107-108, a. 6.2). Es el edificio de la Bolsa, algunos discuten, otros callan, el comienzo de la “rueda”; la voz tenor del martillero que grita: “¡a 29 próxima se venden cien Lllaguas! ¡a 20 se compran!” (p. 111, a. 6.3).

Como sea, en términos globales y a lo largo del libro, poco se podría comprender sin la existencia de Davis, que aparece -¿en una alucinación?- al final y enfrenta a Julián (a. 6.4). Éste se mata, pero el acusado del delito es Davis, el supuesto inexistente, que nadie logrará pillar. Davis representa el mundo bursátil del dinero financiero y especulativo, que, si no mueve a todo Santiago, lo hace en muy gran medida. Que, si no es el lugar donde se mueve todo Santiago, es donde se mueve gran parte de él. La crítica es obvia.

La chica del Crillón – Joaquín Edwards Bello – 1935 (ed. 1997)

(...) fue suprimida la Fiesta de los Estudiantes, a causa del exantemático. Era de los pocos estremecimientos alegres de la capital. La fiebre de la miseria avanza con su paso temblequeante. En las calles se ven caras hoscas, ruinas de fábricas, empujadas a la fosa común, y nosotras –chiquillas con gusto a leche- estamos felices de hacer la parodia de las flippers, de ahorrar la plata de la ropa blanca para tomar cocktails de pisco, para marearnos con cigarrillos malos y hacernos odiar, a la salida del cabaret, por los cesantes que toman nuestros abalorios por joyas verdaderas. La fiebre acecha a nuestra risa en la calle, en la plaza, en el tranvía. En la casa del lado ha muerto un niño; toda la noche se oyeron gritos y sollozos de mujer (p. 27)

Esta cita sintetiza el meollo de la novela, en su establecer relaciones entre la miseria y una supuesta opulencia. Teresa, la protagonista, es una rica arruinada que debe trasladarse de su palacete en Dieciocho a la calle Romero, rodeada de cités y conventillos, debido a la enfermedad de su padre, viudo. Pero no toma esta situación con tristeza; más bien se le abre un mundo de percepciones, adquiere una nueva sensibilidad para con la ciudad, que raya en la crítica.

Todo muy mezclado. Entrar en Santiago es entrar “en la desoladora educación, en la civilización y en la mentira de la capital” (p. 28). Alameda con Libertad, cerca de su casa: el barrio, pasada cierta hora, da miedo. “Los autos de la Estación Central parecen bandoleros esperando la ocasión” (p.36). (“-Y le diré, es barato.”) En el barrio de Compañía, se radican “toda la gente bien, la gente tip-top, los diplomáticos, la empleomanía, el alto comercio”. “La capital se ensancha para la cordillera” (p. 47)

Así, de cómo se puede pasar del espacio público al privado. De cómo se podría conformar un imaginario del suicidio y un supuesto pensamiento colectivo adjunto a él. De cómo ocurre una

mañana en La Vega. Todo eso en tres páginas (a. 7.1). Vagando, Teresa visita su antigua casa, se encuentra con su soledad y mira las estrellas (que ojo, se ven), piensa en que pasaría si se suicidara (todo Santiago hablaría de ella y de ello), y llega a la Vega (que la hinchada de esperanza). También en la voz de alguien: “los edificios modernos divididos en departamentos, son conventillos de ricos;” “para gozar de Chile es preciso tener estas casas rodeadas de jardines y holgados patios [Recoleta]” (p. 69). Sobre la actitud:

(...) Mi tendencia ingenua y comunicativa no sirve para una ciudad tan complicada y ceremoniosa como Santiago.

Cuando yo hablaba, procurando disipar la tristeza y ver rostros contentos, lo que observaba a mi alrededor eran ojos macucos y reconcentrados, sorprendidos de mi interna alegría, como si mi felicidad fuera una traición al medio. Reír es la peor afrenta que se le puede hacer a un santiaguino, y creo, como dice la pitusa, que lo que le hace falta aquí son inyecciones de chivato. Cualquier síntoma visible de alegría es juzgado por el público como un ataque. Suscita resistencia y antipatía. Por eso es mejor aparentar la gravedad triste. Ya que aplastaron mis bríos, deben comenzar a quererme. (p. 71)

Con la muerte de su padre:

Chile está más a tono con el dolor y la muerte. La felicidad es perseguida como traición. Basta que muera alguno en la familia para que descubramos la existencia de un vasto mundo funerario y adivinemos el enorme sentido que la muerte tiene en esta ciudad, donde todo predispone para emprender el paso del río Aqueronte. Dicen que somos país de hospitales, de asilos, de asistencias, de boticas, de operaciones y de camillas. Por eso,

el algodón, el olor a yodoformo, las cataplasmas y las vendas nos animan en forma extraordinaria. Además, nos reconcilian. (p. 80-81)

También: “En Santiago se hablan pestes de todo el que no sea viejo figurón o nulo, de tal manera que algunas veces experimentamos las mayores sorpresas, topándonos con personas buenas y simpáticas, a las que teníamos por malvada” (p. 83). En cualquier caso, Teresa indaga en las relaciones y situaciones sociales de Santiago. En el anexo 7.2. adjunto su opinión sobre los piropos y el matrimonio. En el 7.3. una impresión del camino al cementerio y de éste mismo.

La ciudad aparece de este modo: “Porque, mire usted: a veces, yo voy de compras y escucho cantares en las casas, y veo a los obreros que están comiendo en familia; otras veces, andando por estas calles, los veo como beben o bailan en los cabarets...” (p. 88). De este:

Adiviné que eran las doce por los ruidos rutinarios del barrio: sentí los pasos más apresurados de los obreros que vuelven a almorzar; del vendedor de helados con su carrito y su timbre, que llegaba vacío; de la cartonera, cuya puerta se cierra con un ruido especial, y el largo sonido de las sirenas en las fábricas (p. 92).

Además de este: “En los tiempos antiguos nuestra capital era un solo convento: de ahí los nombres de las calles: Claras, Monjitas, Teatinos, Compañía, Merced...” (p. 92). Como sea, hay un miedo latente en Teresa, una percepción de lo terrible:

La capital se está vaciando; desaparece su espuma; las calles se llenan de vagos; toman un aire vulgar, decadente. En mi barrio vaga un olor a guano, a basura y a vino barato. La vida, por aquí, es violenta y viciosa; las criaturas tienen aire cínico; parecen viejos y

viejas; han perdido la riqueza fisiológica en el hambre y la prisa con que lo aprendieron todo; oír las discusiones de estas chiquillas descalzas produce escalofríos.

En la Alameda, a la luz del día, los rateros arrebatan paquetes, carteras, sombreros, a los transeúntes. Hace poco vi pasar preso, con grillos en las manos, a un muchachote macizo, desnudo de la cintura para arriba, todo ensangrentado. Convivimos en medio de la fiera humana, cuya ferocidad es de nuestra propia culpa. Se siente cómo hierve la población de los arrabales; si hasta ahora todo va bien, es porque me creen pobre como ellos. Anoche escuché gritos de mujer otra vez, en una pieza arrendada, al costado opuesto de donde vive la cartonera (p. 98).

Una percepción que al parecer sólo desaparece con su desaparición: en Viña del Mar conoce a Ramón, dueño de un fundo; se enamoran y se va a vivir con él.

La sangre y la esperanza – Nicomedes Guzmán – 1943 (ed. 1985)

Años 30. Narrada en primera persona, cuenta la historia un niño de ocho años, Enrique Quilodrán, en el seno de una familia de clase baja. Su padre es tranviario y dirigente y su madre trabaja en casa. Viven en un conventillo en la calle Mapocho: “arrugado, polvoriento, el barrio era como un perro viejo abandonado por el amo” (p. 15). La novela narra las vicisitudes por las que aquél pasa en un contexto proletario: lo que le pasa a él y lo que pasa a su alrededor. La cantidad de situaciones narradas que podrían hablar de Santiago son innumerables. Cada hecho da cuenta de él: huelgas, juegos con amigos en la calle o en el río Mapocho, muerte del padre de un amigo, muerte de ese amigo, muerte de la hermana de ese amigo, interacción con una niña

cautivante, relaciones con un mendigo, más huelgas, muerte de un compañero de curso, callejos varios, castigos, enfermedad de su padre, amoríos de su hermana, falta de pan, mitines, marchas, etc. Lo que quizá más enfatiza la obra es que si bien las condiciones son precarias, los lazos familiares, amorosos y comunitarios parecen inquebrantables. Hay un doctor, un “tío” y un clérigo que colaboran en eso. Hay un movimiento que colabora a eso.

Un día especial: “Era el día de pago de los tranviarios. Y el frente del depósito bullía de hombres y mujeres uniformados. Los vendedores de dulces y frutas ofrecían sus mercancías con voces desarticuladas” (p. 33). Llegaban a la situación también gitanos con un oso y unos monos bailarines. Otro día: “La calle, arrugada, tenía una cara de vieja dolorida, con amarillentas canas de sol estriadas por la frente. Un carretón pasó brincando a nuestro lado. El agudo extremo de una huasca silbó sobre la cabeza del tío” (p. 42); como si los días tuvieran su aspecto y su carácter, ligados a los sentimientos. La ciudad va apareciendo de ese modo:

La chiquillería, en la calle, apisonaba hacia el cielo el aire con la planta de sus gritos. Corriendo por García Reyes, en competencia en que participaban masas de chiquillos, con las frentes y las manos envueltas en pañuelos, imitando a los campeones pedestres, olvidé de veras mis brumas.

La noche coceó luego a la vera de nuestros juegos. Se encendieron los focos de San Pablo y del depósito tranviario. La calle Andes comenzó a pestañear con los ojillos de pulga que, a su largo, semejaban los faroles de gas. Allí donde la obscuridad animaba sus perros, se alzaba la lumbre potente de nuestros gritos y chillidos. Desde el conventillo del "Guatón San Juan" venían, brincando, las voces agudas de unas chiquillas... (p. 60-61).

Se utiliza la narración para mezclar ciudad e individuos, en este caso luces y gritos, para confundirlos y hacerlos un solo ente. Se caracteriza siempre el aspecto de comunidad, con sus devaneos y quehaceres, sin idilios vanos, donde pasa de todo:

Llegaban ya los tranvías del servicio de "ahorrados". De pronto, el cruce de calles se alumbró con resplandores de fiesta. Rugían y rechinaban las ruedas en las curvas sin alquitranar. Había tacos. Blasfemias. Gruesas voces de maquinistas. Campanilleros. Los aseadores, negros de tierra y aceite se trepaban como gatos a los vehículos. Nosotros, tras ellos, nos colgábamos en racimos de las pisaderas. Otros nos metíamos al interior de los carros a recolectar boletos usados, que, después, jugábamos al hachita y cuarta. Los aseadores no descansaban, en su tarea de limpieza, levantando el piso de los pasillos y manipulando con las escobillas aceitosas en los motores. Las cobradoras nos espantaban inútilmente.

-¡Zafen, miéchicas, palomillas del diablo!...

-¡Para abajo, chiquillos jodidos!...

Lanzaban puntapiés a granel.

-¡Lárguense, ladillas, después les cortan las patas!... -chillaba una veterana con un lunar peludo en la nariz.

-¡Sáquese la araña de las ñatas, señora, será más mejor!... -le gritó uno de los nuestros, entre el tumulto de risas y de burlas.

Era esa hora en que la garganta infantil se hace estrecha para soportar el impetuoso paso de las voces y los gritos.

Se trezaban apuestas a quién se lanzaba cuando el tranvía se deslizaba a mayor velocidad (p. 61-62).

Hay bastantes descripciones ambientales y climáticas: cambios de estación, frío, calor, lluvia, sol, viento, eucaliptus y gorriones, musgo. Santiago también es eso: “El sol se acurrucaba junto a mis pies, lo mismo que un gato, ronroneando. Las charcas se emocionaban de cielo y oro. Y pasaban silbando los carretoneros, huasqueando, de pie en sus vehículos saltones, los caballos famélicos, esmirriados” (p. 173). Se hace uso de prosa poética y se mezclan los elementos humanos con los no-humanos. De esa forma, adquiere vida, la calle puede reír.

“San Pablo ardía de humanidad y de ferretería en movimiento: percalas, tiras, golpe azul de tranvías en galope. Allí, en la esquina de Cumming, las agencias anunciaban: "El Cóndor", "La Victoria"” (p. 176). Detalle, mucho detalle:

Martina se balanceaba en su silleta, chupándose el pulgar de su diestrecilla, mientras yo trataba de encontrar relación entre el zumbido de la tetera casi hirviente y el rumor que los trenes hacían por las noches al pasar por la vía no lejana (p. 163)

Es la relación que se puede dar entre el interior y el exterior de la casa. Cuando su padre enferma, éste lee *La conquista del pan*, justo cuando éste último hace falta. Es la miseria. Miseria, mucha miseria. Sobre todo porque, a la miseria del proletariado se le suma la del cesante pampino albergado en Santiago. Tranviarios y trabajadores del pan se unen en huelgas y mitines, y éstos a la vez se unen con los nortinos, que son cada vez más. Aquí un cántico (¡Viva la federación obrera!):

Contra el feroz grito de guerra

que resonando siempre está,

de la paz el glorioso estandarte

los obreros debemos alzar...

un No más cañones ni fusiles,

abajo el arte destructor,

no más cantos ni gritos de guerra

que despiertan el odio feroz...

Fraternidad, noble y querida,

tú en la tierra debes reinar...

En el anexo 8.1 y 8.2 encontramos descripciones de la situación obrera. Es paupérrima, hay suciedad y hambre, harapos y piojos, muertes. Y en el anexo 8.3 encontramos el acontecer de una marcha en la Alameda en la que se pide trabajo. En ellos se puede apreciar la narrativa poética de Nicomedes. En ella se derrama sangre, hay opresión por parte de los mandamases. Y se encara que son los mismos gobernantes que el pueblo eligió, que le dio el poder. Y quizás ahí radica la esperanza del pueblo. Entonces las mujeres se enojan con tanta muerte derramada y al otro día de la marcha gritan por el barrio a viva voz: -¡Abajo los comeaguas! ¡Abajo los comeaguas!

Enrique se pone a trabajar en una fundición, mientras su padre está enfermo por un golpe durante la represión en la marcha, y gana cinco pesos, que entrega a su madre. Ésta se percina,

por consejo de la abuela. Y ya no hay nada que pueda detener entonces a Enrique, por su conciencia de la sangre derramada, y por sus manos, la esperanza:

Yo no podía soportar el peso de mis sentimientos. Las lágrimas se me aferraban ya a las pestañas.

Salí. Tras de mí, el pecho de un hombre pareció liberarse de un moho tormentoso en un sollozo grueso, crujiente, sollozo de acero desvalido que tapió la mentira azul de mi infancia.

Afuera, más allá de la escalera, la calle parecía más ancha. El sol pateaba los ámbitos, desencadenando su instinto de espeso oro. No había otoño en aquel momento. El aire estaba lleno de rumores. Como agua. Como río. Oloroso a sangre confortante de eucalipto. El mediodía lucía el pecho robustamente azul de un cielo puro, sin nubes, sin brumas.

Debía haber hombres en la calle. Chiquillos. Mujeres. Pero mi vida la sentí, de pronto, sujeta solamente a mis manos y a mi corazón. No ya los temores. No ya nada que no fuera esa fuerza grandiosa de hierro chorreando fuego, vida y estrellas en los moldes del trabajo.

Miré mis manos. Manos de palmas con ampollas secas, donde el callo cobraba ya sus dominios. Y no vi nada, nada, sino el reflejo del sol, concentrando su noble existencia en los espejos calientes que me rodaron de los ojos, cobardes ya para luchar al sentimiento (p. 289-290).

Mañana los guerreros – Fernando Alegría – 1964 (ed. 1997)

La historia de Mario, nacista, hermano de Elisa, es secundaria y se intrinca con la historia, principal, de Juan Luis y de Elisa misma, novios. El contexto lo da el año 1938, año de la matanza del Seguro Obrero y del triunfo del Frente Popular, ambos retratados en la novela. Comienza con la muerte del padre de Elisa y Mario. La ciudad de Santiago es el escenario.

-No hay taxis; estuve buscando un taxi, pero no hallé ninguno. En esta ciudad de mierda todo el mundo se acuesta con las gallinas.

(...) Mario no respondió; se alejó con su paso corto, muy medido, y atravesó la calle. Solo se oía el golpe metálico de sus tacos en la vereda (...). Algo se advertía en la calle que, sin razón, le hizo pensar en el fondo de un estanque. Todo se hallaba detenido, como moldeado en hielo: la luz de los viejos faroles, la sombra de los gigantescos plátanos orientales sobre el pavimento gris, la bóveda rojiza del cielo sobre la mole negra del San Cristóbal y, lo más notable, algo como el presentimiento de las gentes que debían transitar allí y que se ocultaban rígidas, equívocas, esperándolo a él con intenciones ocultas. Nada parecía dar muestras de vida y, no obstante, todo en el filo del amanecer alentaba sordamente, con cierta muda crueldad incomprensible (p. 22-23).

Mario va a morir en esa matanza. Juan Luis es la antípoda figura humilde de un revolucionario de izquierda. Al comienzo, las calles aparecen “vacías, heladas, transparentes”. “En una esquina había dos hombres conversando”:

[Juan Luis] Estaba cerca. El campanario de los franciscanos dio pesadamente la hora y detrás del golpe de hierro que se quedó vibrando oyó el rumor del río: era un correr de piedras, veloz, hecho con la misma escarcha que sostenía las luces y las sombras en las paredes de las viejas casas de ladrillo. Y consciente de ese pujo de vida que mantenía,

como una arteria secreta, el pulso de la ciudad en el suburbio, pensó de repente en Elisa, que estaría esperándolo... (p. 25).

Único ruido es el del campanario y el del río. Ciudad que parte quieta, adormilada; y la historia de Juan Luis y Elisa transcurre insegura e indecisa al comienzo, segura y decidida al final, lo mismo que la ciudad. *Gobierna el León*. Así:

Se venía encima la mañana y una bruma levemente gris se colgaba de los balcones de los hoteles y de las tiendas y parecía ascender con el vaho de humedad que emanaba del pavimento. Corrían ya los autobuses y los tranvías. Se alzaban con estrépito las cortinas metálicas de los almacenes. Las calles se iban llenando de gentes arropadas y friolentas que caminaban con gran rapidez. Desde los viejos edificios de coro pardo salían espesas columnas de humo. Pequeñas luces se encendían y apagaban en los balcones mientras el sol iba lentamente deshaciendo la bruma (p. 32-33)

La novela es un continuo in crescendo tensionado del amor en la ciudad, en términos amplios. Del fulgor y de la fuerza. A Juan Luis le sonrío una camarera, se dirige a la Universidad, en el Parque Forestal lo invade una sensación de paz, percibe el roce de las hojas bajo el suave viento de la mañana invernal (p. 32-33), en la Universidad hay movimiento, se grita “AVANCE, AVANCE, AVANCE” (p. 41). Santiago se llena de jóvenes terroristas:

(...) en dos palabras, terroristas eran los jóvenes chilenos que, devorados por la angustia de una vida de barrio sin esperanza, con la chaqueta parchada y los pantalones rotos, salían a las calles del centro de Santiago y febriles, buscaban su camino dándose de golpes contra las paredes, arañando barreras policiales, demoliendo estatuas universitarias, baleándose en íntimos salones, conspirando en quintas de recreo, arriesgando el pellejo en

células revolucionarias presididas por el piojo exantemático, apremiados todos por un tiempo que pasaba esfumándose, implacable (p. 43).

Y Juan Luis era uno de ellos. En el intento frustrado de lanzar una bomba a un cuartel nacist, la ciudad queda suspendida en el aire, como encendida:

A la hora del crepúsculo, en momento de lenta conflagración, la ciudad de Santiago se había quedado suspendida en el aire y se encendía toda, vibrando como una chispa en la altura cristalina del cielo invernal, y brillaban con suavidad de bronce las copas de los árboles y resplandecían los cristales y los alambres y los metales de buses y tranvías, reverberaban los edificios y los campanarios, se estilizaban los cerros con aristas de fuego. Algo, parecido a una exaltación profética, afloraba en las cosas y en el rostro de las gentes y se quedaba temblando a través del cielo. Iba a encontrar cauce esa carga repentina en las manos de los terroristas, pero el cauce iba a ser tan extraño como la belleza de ese fuego oculto que ahora iluminaba a la ciudad por un segundo tan sólo antes del anochecer. (p. 48)

Hay una imagen poética en el anexo 9.1 que simboliza la separación de Elisa y Juan Luis por un tiempo. Ella queda sola en el Forestal. Él se dedica a la causa. Y al principio como vaticinando, luego *cotidianizando*, otro personaje le habla a Elisa:

-No sé- dijo al fin y, sin transición, añadió-: Algo tiene esta ciudad de mierda cuando ya acaba el invierno, algo que fascina: algo frío y luminoso en la copa seca de los árboles, en los helechos y en las rocas de los parques vacíos; en los escaños, en los teatros y, particularmente, en los acomodadores vestidos de rojo y de verde, como bomberos; algo de azul y blanco en las palomas que se cagan en el Teatro Municipal. Frenético y, al

mismo tiempo, débil. ¿Has visto algo más sentimental que esas fuentes de soda donde la gente está sentada con abrigo mirando por la ventana? Mira cómo van los viejos en auto al Barrio Alto. No pueden ir sino a una cita con mujeres macizas y elegantes. A refregar perfumes. Lavanda con Chanel cinco. Hasta que sólo queda la guata pelada. En invierno Santiago es ciudad de crónica roja, de crímenes que se cometen en la cama.

(...) Ese café, por ejemplo, mira, entre callejones de adoquina aplastado por las murallas del cerro, envuelto en enredaderas, con aire de posada colonial. Entra y verás. Hay allí dos hermanas viejas, vírgenes de toda virginidad, que hacen dulces chilenos: siéntate ahí, no hay más que un par de mesitas y unas sillas de mimbre, y te servirán chocolate y te pondrán un ramito de albahaca y, a veces, unos claveles rojos en un florero adornado de ángeles gordos en pelota. ¿Quién crees que cae por ahí? Las parejas que salen de esa casa con el escudo de armas en la puerta y que llegan con olor a sábanas todavía pegado en la piel (p. 56-57).

También ese es Santiago. Aquí una visita de Aguirre Cerda a la secretaría del Frente Popular en Independencia, en donde Juan Luis era activista.

Hombres y mujeres salieron atropellándose, dando gritos, empujándose para acercarse a Aguirre Cerda, que se había calado el sombrero y, con el pucho en la boca, trataba de subir a su automóvil. ¡Viva! ¡Abajo! Corrían los chiquillos y los perros, se resbalaban las mujeres en el barro de la calle y caían riéndose y maldiciendo. La luz del pequeño farol de la esquina no bastaba para alumbrar ese pedazo de suburbio agitado por la oratoria revolucionaria. Era una exaltación de jolgorio, pero animada por un sentimiento criollo que parecía emanar del suelo y del cielo nocturno, del clamor de gentes y cosas

convirtiéndolo en popular señorío de la calle. Se gritaba ahí con voces conventilleras, y esas voces no se quedaban lejos del corazón de la ciudad; se irían pegadas al candidato, como esos tarros que se atan a los autos de los recién casados (p. 194).

Pero lo más importante, es quizá el énfasis que el autor hace en el invierno (con “esa dureza tan típica de Santiago, dureza de hielo opaco que baja como un aliento sordo desde la cordillera y se queda pegado a las moles de cemento” (p. 101)), como periodo de letargo e incubación de la nueva primavera (“del joven guerrero en los atardeceres de Santiago. Nuestra ciudad lenta, de suaves colores, con un eco de risas adolescentes” (p. 67)), en que florece el pueblo y gana el Frente Popular. También Elisa se junta de nuevo con Juan Luis y van a tener un hijo. La narración, no exenta de sucesos en donde la ciudad aparece una y otra vez, es como contención para un climax que llega al final. En el anexo 9.2 encontramos la *cuestión social* del momento. En el 9.3 un funeral y el 21 de mayo. En el 9.4 el triunfo de Pedro Aguirre Cerda. Todo con énfasis en la ciudad.

La derrota – María Elen Gertner – 1965 (ed. 1965)

Trinidad vivía en Bilbao cuando su marido, conductor de taxi, fallece. Luego, producto de la actividad a que se va a dedicar, dueña de pensión, se cambia de casa reiteradas veces, a Diez de Julio, a Quinta Normal, a Recoleta, hasta que se establece definitivamente en la calle Bascuñan, cerca de Antofagasta, a un costado del Club Hípico. Pero va a renegar del lugar casi siempre:

Trinidad Isazmendi odiaba ese polvo gris, pegajoso, de la calle Bascuñan; ese polvo que parecía burlarse de los alargados perfiles de sus abuelos enmarcados por una moldura de

oro. Pero se sentía demasiado cansada para gritar, llorar o realizar un gesto mínimo de rebelión. Cansada de luchar contra la mugre y la pobreza, contra las cuentas de la luz y del gas, contra los almaceneros gordos, contra los pensionistas de “medio pelo” que reclamaban por la sopa de fideos y la carne como suela de zapato; cansada de mudarse, de tiempo en tiempo, a una casa más miserable por la cual le cobraban un alquiler módico, de la Avenida Diez de Julio a Quinta Normal, de Quinta Normal a Recoleta, de Recoleta a la calle Bascañan cerca de Antofagasta, barrios populares, insalubres, que olían a sudor y a cantina. (p. 7-8)

El sentir de Trinidad va a estar ligado al lugar en que vive y a la gente y objetos que le rodean, de los cuales constantemente reniega, por su identificación de *estirpe superior*. Y se encara continuamente con el arrepentimiento de haberse casado con un tipo de menor clase que ella, al cual más encima cuando se dirigía al Mercado pillaba tomando en un bar de la calle Bandera. Con este hecho se enoja y le ordena trabajar (a. 10.1). Luego éste se muere y ella queda viuda, pasando a dedicarse a ser dueña de pensión, por consejo de su cocinera, Brígida. Vive en barrios pobres y está rodeada de pensionados sin mucho dinero que digamos. Este sentir va a expresarse de forma contradictoria en toda la novela, entre un dejarse ser y un arrepentimiento, encarnados tensionadamente en Trinidad por su pertenencia/no-pertenencia a determinada clase y a su apellido, Chazarreta (a. 10.2). Está el peso de la educación recibida. Y quizás el destino frustrado que ella siente que vive. Ella expresa además en alguna ocasión: “¿Es realmente una clase social lo que me aleja de ellos, o es falta de caridad, un corazón reseco?” (p. 54). Porque también aparece la iglesia como vehículo de resarción. Va a haber un constante asomo de culpa, culpa que finalmente le gana la guerra.

“Perdón, mamá..., perdón”, se dijo, estrujando el trapo amarillo, examinando con huecas pupilas la salita sórdida, polvorienta. Las moscas revoloteaban circundando la pantalla de flecos; el hedor del gasógeno se arrastraba a ras del suelo por la calle Antofagasta, allí donde la brisa no soplaba, donde la hierba moría abortada, quemada por los orines de los perros sin sueño, por ese sol en el cenit que hacía fulgurar pedazos de vidrios quebrados y latas de conservas vacías (p. 22).

Es probable que sentires de contradicciones como éste (o parecidos) abunden en Santiago. No lo sabemos. Tampoco sabemos las implicaciones que pueden llevar consigo y aunque se puede especular con probable certeza, sin duda serían éstas muchas y diversas. Pero en esta novela se narra cómo Trinidad lo encara. Sumando el hecho *vergonzoso* de que ella se mete en amoríos con uno de los pensionados, que *más encima* es ciego. Gran parte de la historia redunda en esta relación que al mismo tiempo que le da seguridad a Trinidad la desestabiliza por el hecho de contradecirse con lo que le enseñaron de chica y que tanto le pesa (a. 10.3).

A ella, por no ser rica –ni el testamento de sus tías Chazarreta de la calle Compañía le favorece; esa ruinoso mansión, junto con el cité de Vicuña Mackenna, fueron legados a la Iglesia– y por tener que encontrar casas grandes para la pensión accesibles económicamente, le toca vivir en barrios pobres, marginales, periféricos al menos en esa época. Pero su disyuntiva psicológica está quizá en el centro de Santiago, y no entraremos en las implicancias que esto puede tener, como dijimos, aunque sin duda son de toda índole. Esto de los diferenciales entre clase-capital y aspiraciones-expectativas no puede ser un tema menor. ¡Cuánto de Santiago ha sido hecho en base a ésta contradicción! Y la lectura de esta novela nos lleva a enfatizar que esto se podría dar no solo en términos *macro* de disposición de barrios en el Gran Santiago, sino que además en

términos *micro* de cada una de las personas, es decir, a nivel biográfico, y también a nivel meso-comunitario como en una pensión.

Todo esto nos podría llevar a otra discusión: como la ligazón de Trinidad con su (antigua) clase se da también en base a objetos domésticos –que recuerda de la casa de sus padres, que ya no posee, que heredó (“dos bandejas y una tetera de plata labradas, el retrato de mi abuelo materno, un abrigo de nutria viejo y una copia de *Las Meninas*.”(p. 32)), que sabe que existen en la clase alta-: ¿Cuánto de Santiago se da en estos objetos? Si la ciudad fuera del antejardín para afuera, esto no importaría, pero sabemos que esto no es así –la ciudad es tanto lo público como lo privado-. Los objetos también son la ciudad: muebles, cuadros, teteras, bandejas, pianos, etc. Una ciudad que en base a ellos ella Trinidad anhela. Ahora, la ciudad es también la gente: cómo le encantaría a Trinidad ocupar los modales que aprendió de chica y moverse en cierto círculo social, como su prima Paz Isazmendi. Y la ciudad es también los lugares (¿qué son ellos?); entonces la ciudad es también la relación entre los objetos, la gente y los lugares, pero da para largo. Son sólo atisbos de posibles análisis.

Para retratar mejor el problema de Trinidad:

Trinidad obedeció a la Brígida, y se fue a una casa con ocho habitaciones amplias. Mirando hacia el pasado, aún podía contemplarla: “Al comienzo, esos inmensos cuartos, amoblados con unas camas, unas sillas desvencijadas y unos roperos adquiridos en una tienda de objetos usados, me aterraban. En el día no me atrevía a transitar sola por Diez de Julio; me herían las palabrotas de los tipos que entraban y salían empujando puertas de batiente, los guiños de mujeres que deambulaban por los comercios de baratijas, sorteando los triciclos que cruzaban la calzada; creía que iba a vomitar al ver aquellas veredas

convertidas en basurales, y a los niños descalzos correteando en medio de la podredumbre. Por las noches no dormía, oyendo hasta el alba el rechinar de los vehículos, la música que venía de los bares, las risas y las reyertas de las parejas que se detenían bajo mis ventanas...” (p. 33-34).

Sobre la ciudad y la aparición de la Iglesia como medio de cubrir su culpa:

Oscurecía afuera. El rugido de un jet sobrevolando el aeropuerto de Los Cerrillos, perdiendo altura para aterrizar, hinchó de vibraciones el inmutable cielo de verano. Los chiquillos del barrio jugaban a la pelota en la vereda; la campana de la iglesia tañó con melancolía. “Mañana iré a confesarme, y comulgaré en la misa de ocho –se prometió Trinidad-. He caído en falta porque me he alejado de los sacramentos...” (p. 69).

Sobre una fallida visita que Trinidad hace a su prima en Providencia: anexo 10.4. Sobre una situación que retrata un periodo de estabilidad y seguridad para la protagonista y su compañero ciego:

Rodrigo descansaba boca abajo, y el cuarto nadaba en una claridad líquida que no provenía de la ventana; una claridad que exudaban los muros, lechosa, sedante. Afuera renacían los pregones, el rodar de carretelas, el rudo vocerío, inaugurando la mañana.

(...)

Se sentía plena de energías. El ruido del agua en los techos de calamina rescatava aquellas sensaciones vivificantes adheridas a otros otoños ya remotos, le devolvía la savia de los años secos; el amor era un animal domesticado que dejaba de aterrarla (p. 121).

De cómo un paseo de domingo a un matrimonio en la iglesia se transforma en una crítica a los días domingos en general: anexo 10.5. De cómo todo termina:

En la calle renacían las moscas, el hedor del gasógeno, el calor, el smog y la lámina gris contaminando el asfalto. Un ruido que se repetía, y al que aún ella no se familiarizaba, ululó en el horizonte: otro jet acercándose al aeropuerto. Y nuevamente la noche allí; una noche con su significado total de incomunicación y sordera. El telón había caído. No más pelucas de hilo de oro, ni torrecillas de utilería, ni la frase adecuada al acto tercero o al acto segundo. La soledad royendo en los cuartos mal alumbrados, la soledad atisbando entre las sábanas, elaborando espejismos... (p. 220).

Patas de perro – Carlos Droguett – 1965 (ed. 1979)

Bobi va a vivir en la calle Salesianos, en la comuna de San Miguel, cerca de Gran Avenida, con su familia. Es un ser mitad humano (de la cintura para arriba), mitad perro (de la cintura para abajo). “¡Un perfecto monstruo!” lo llamaron en la botica. Su madre casi ni aparece en la novela, aunque fue ella la que lo mando a la botica en busca de aspirinas. Su padre es un borracho alcohólico que le pega y lo obliga a ir al matadero en busca de carne. Y lo exhibe:

Hacía calor y la avenida estaba llena de gente, gente que los conocía, gente que se había detenido en la calle a mirarlo alborozada cuando era pequeño, gente que lo había visto en la botica cuando su madre lo envió a comprar aspirinas y alcohol alcanforado, gente que conocía a la matrona o había bebido semana a semana con su padre en el bar y restaurant La Paloma. (...) [El padre empieza a pedir plata en un sombrero mientras lo exhibe....],

de manera que la gente que pasaba, la que se bajaba de los autobuses y la que venía de la cárcel, la policlínica o el regimiento, tenía, instintivamente, que dirigir la mirada a ese muchacho mitad perro que sustentaba a un viejo que olía a podredumbre y a desinfectante. Eso fue una noche y otra noche, una mañana y otra mañana. Recorrieron todo el barrio San Miguel, llegaron hasta San Bernardo y Nos, estuvieron en Lo Espejo y se subieron al tren que bajaba de Rancagua, tomaron después una victoria y se hicieron llevar al cerro San Cristóbal; en la subida, junto a la caseta del funicular, pululaba la gente ávida de atracciones y de novedad. (p. 28)

El autor también lo exhibe (es el protagonista de su novela), como una manera de metaforizar al individuo, y por extensión, a la sociedad y a la ciudad –que aparece mucho a lo largo del libro-. Es un personaje mitad humano mitad animal, y si extendemos la metáfora a la ciudad, ésta es una ciudad mitad humana mitad bestial, mitad razón mitad fuerza. Es el énfasis que el autor le da a su novela. De hecho, el protector de Bobi, que es el narrador principal durante toda la novela, y que es el que cuida de Bobi y se hace cargo de él luego de pedírselo a su familia, se pregunta en torno a una mujer cuyo nombre no recuerda: “¿Qué habrá sido de esa mujer que tenía nombre de ciudad? ¿Y qué ciudad era, Dios mío? No recuerdo, no recuerdo nada. Buscaré casa. Después buscaré mujer. (p. 38)

Es la ciudad. Una ciudad complicada e infinita: “... sin mirar siquiera, se fue caminando y la calle se hacía más ancha y las casas se apretujaban al infinito...” (p. 48). Es Santiago. Bobi vive con su protector en el mismo barrio San miguel. Pero se trasladan tres veces de casa, primero cerca del San Cristobal, luego a Lira a pasos de la Alameda, y finalmente a la misma casa anterior del barrio San Miguel. Porque los problemas persiguen a Bobi, y el protector tenía

la esperanza de que cambiándose de barrio, desaparecerían los problemas, por un tema de ambiente. Pero no es así. Tienen que encontrarse con la ley, la policía y la educación. Un abogado, un teniente y un profesor. Los mismos siempre, lo persiguen con dramas, independiente de donde estén. Sin embargo, se avizoran salidas, tendenciosas y nada más que momentáneas, más bien medios para un fin, la libertad: El comunismo –“Bobi es el mejor discurso subversivo que se habrá escrito nunca” (p. 163)- y el cristianismo –Bobi carga la cruz y se sacrifica por los demás (p. 267). La marcha y la misa. Y siempre está la duda de si no estarán ocupando a Bobi...

Con el primer cambio de casa hacia el cerro San Cristóbal, avistamos un intento del autor por sumergirnos en la bestialidad, en lo indomable (“ahí la ciudad se abre animosamente hacia el campo, está rota la ciudad en ese punto y el campo entra por el cementerio”; “es bonito ese barrio, en las noches de verano las estrellas son más grandes y más tranquilas en un cielo delgado y silencioso”). Y con él se atisba un ímpetu por “ganar la partida” (p. 70). Con el segundo cambio de casa hacia el centro, avistamos un intento del autor por dotar a Bobi de razón, de darle humanidad (“la luz del negocio de la esquina iluminó todo su cuerpo, que se veía más alto y más delgado, caminaba con las manos en los bolsillos y el cigarrillo humeando en los labios” (p. 169)). Se observa un Bobi más seguro. Y finalmente se cambian al antiguo barrio nuevamente, donde lo toman prisionero. Luego vuelve a vivir con sus padres. La novela termina con la libertad de Bobi, en su interacción con otros perros y algunos niños mendigos, cuando su ex protector visita un parque y encuentra un puñado de colillas de cigarrillos supuestamente fumados por Bobi. Todo esto es como la *formación* de Bobi, de una persona, de la ciudad.

Pero lo que más nos interesa es el tratamiento que hace Droguett de la marginalidad y la deformidad. Ok, Bobi puede ser una metáfora de la ciudad, pero hay una ciudad también que es ajena a esa deformidad, que margina.

(...) de constatación a plena conciencia de que todo lo que ocurría, todo lo que le estaba ocurriendo desde hacía varios meses, y lo que quizás podría ocurrirle en los meses venideros, no eran una injusticia, una persecución, un proceso lento vejatorio, lentamente estudiado y calculado, sino más bien una consecuencia fatal, una especie de resultado aritmético arrojado por su cuerpo, al cual eran naturalmente ajenos no sólo sus padres, no sólo el profesor y el teniente, sino todo el mundo, la calle entera, el barrio, la ciudad (134)

La ciudad entera es ajena a la suerte de Bobi, no hay culpables. Es un destino el que se vive entonces, un destino solitario, que hace emanar de Bobi “esa soledad frágil” (p. 12). ¡Cuánto ser se siente en esa situación hoy en día! Pero no hay odio, al menos no en Bobi.

Además de por la forma de escribir -una escritura bastante automática, no por eso delirante-, el autor hace un intento por describir el caos santiaguino: “millares de pies, millares de pies bajo la desolada mirada del invierno, ahí afuera, todos ahí afuera, ignorantes y lúcidos, egoístas y cerrados, abotonados hasta arriba” (p. 54); “madres gastadas, como se gasta el ruedo de un vestido o el taco de un zapato, madres rotas, pulverizadas por la vida, traspasadas por los sobresaltos, los sinsabores, las ilusiones muertas, madres deshechas” (p. 99). “gente enfiestada y olvidada, sonaban ruidos alegres, carcajadas, voces, voces sueltas, chistes que se entreabrían, conversaciones amistosas que se entretejían entre los vestidos y los encajes, miradas, miradas intensamente negras, miradas verdes, miradas azules en las últimas luces de la plaza” (p. 121).

Además de ser un homenaje a esa parte animal que habita en cada uno de nosotros, asimismo la novela es una apología de la vida de los perros callejeros de Santiago. Al realzarla, se le da *dignidad*, se le concede algo así como *condición de humanidad*.

(...) y él iba al parque a juntarse con los perros. Decía vagamente, pero con seguridad, que sólo los iba a mirar y me confesaba que no seguía a cualquier perro cuidado o con collar, o simplemente perfumado y exclusivo, no, él esperaba a aquel perro que trota junto a las alcantarillas, olisqueando tarros de basura y montones de desperdicios, los seguía bajo el tibio sol o la lluvia, pues habían comenzado ya los días malos. Cuando había neblina, atisbaba a través de los vidrios hasta que pasaba el primer perro, cogía la gorra, alzaba los brazos para despedirse y se iba un poco agachado a la calle. Un día regresó feliz y me gritó desde la puerta, que todavía no cerraba: ¡Los perros ya no me odian! (p. 178).

Pero la institucionalidad vigente sí lo odia –y/o le tiene miedo- y lo persigue: *la gente*.

No se trata de lo que yo quiera, no cuentan mis deseos, sino los de ellos, tú lo sabes bien, dijo y miraba con repentina preocupación hacia la calle. Nos iremos al barrio nuevamente, pienso que no debimos salir de ahí, eso fue un pequeño error. Al menos, dijo, sirvió para que supiéramos que en otros barrios hay también gente malvada o, si tú quieres, gente que tiene miedo, y me preguntó de repente: ¿Por qué causo miedo yo? (251)

Otra cosa: el protector no es un ser muy realmente social, vive para Bobi. Las consecuencias de esto y de su papel como protector se me escapan, pero probablemente vayan en la senda de que es el observador de toda la aventura. Ahora, se podría pensar que su protección, su caridad, fueron *en vano*. No creemos que esto haya sido tan así. Por último, recomendamos leer algunos anexos

(n° 11), sobre todo el 11.3, en el cual se puede observar a la *monstruosidad* de la mano con la *ceguera*. Horacio el ciego, amigo de Bobi, comulga con él.

Novela de navidad – Enrique Lafourcade – 1965 (ed. 1988)

La ciudad era grande, luminosa. El aire, arriba, se llenaba de pájaros. Iba a dejar de llover. La cordillera tenía menos nieve... No como antes, en que la nieve llegaba casi hasta abajo. ¿Dónde ir? Todo Santiago era de ellos. Calles, plazas, parques... Meterse en una micro, y a viajar se ha dicho... A la Quinta Normal... Pero ya el Rubí conocía la Quinta... Y había mucha competencia, y una vez los corrieron unos cabros, a peñascazo limpio... Y allí fue cuando un perro mordió al Rubí... La plaza de Armas... ¡Eso sí que era lindo! El domingo, tocaban música... Pero, lo que es la mala suerte... No podían ir a la Plaza... Cada vez que iban un carabinero los agarraba, y venga el asunto de llamar a la Visitadora, y no sé qué otra cosa, aunque por suerte la tal Visitadora no venía nunca. Una mujer enorme, blanca, con dos grandes maletas. A la Plaza, ni pensarlo, a pesar de que el Rubí se reía solo escuchando a la banda... Y había más globos... Si encontrara de nuevo al Juanito... Tenía que ayudarlo el Juanito, porque ya no daba más... El Rubí, y el asunto de que no sabía hablar... Y había que tener un oficio en la vida, ¡que diablos! No iba a andar todo el tiempo pidiendo limosna... (p. 49-50)

Santiago es todo de ellos. *Novela de navidad* es una historia de un grupo de *pelusas*, niños vagabundos, que mendigan, que roban y también cantan en las micros. Duermen por lo general bajo el puente Pio Nono, aunque también duermen en recovecos en otras partes de la ciudad: Plaza Italia o la iglesia de San Francisco. Su mayor deseo es irse a vivir al norte, a Coquimbo,

donde no hiciera tanto frío, y para eso juntan dinero día tras día –para comprarse un bote- y se lo pasan a Don Jaime, el Trompa, para que se los guarde. Pero Don Jaime es un canalla y se gasta toda la plata, siendo perseguido por los niños y muerto al desbarrancarse del cerro Santa Lucía, así que sus aspiraciones se ven frustradas. No les queda más que celebrar pobremente la navidad debajo del puente. Pero lo hacen juntos cantando.

Conocen el centro de Santiago y sus alrededores como la palma de sus manos: el parque Forestal, la calle Ahumada, el cerro Santa Lucía, Estación Central, San diego, Bandera, Recoleta, el Mercado, etc. Pero sobretodo, su lugar bajo el Puente Pio Nono, y el río Mapocho: “el agua era un constante rumor, un murmullo, como el de un grupo de gentes clandestinas, un murmullo de lentas e interminables conspiraciones” (p. 210). Ellos y el río se funden. Son uno, interminable torbellino que pasa por la ciudad. Que vaga por ella. Que canta en ella. Que mendiga por ella. Que roba en ella. Es como si el río mismo se esparciera por la ciudad, y a pesar de que tiene amigos, también tiene enemigos. Hay toda una ligazón con el agua. Su sueño es comprar un bote para irse en él desde Valparaíso al norte. Y casi todos los días los pasan en función de eso. Alguna vez escondieron una lata de sardinas que nunca encontraron. Uno está tentado a preguntarse si no estará todo esto ligado a algun sueño frustrado de Santiago de tener mar. Si el bote y la lata de sardinas, ambas imposibles, se relacionan como símbolos con ese posible anhelo santiaguino.

-Cuando seamos grandes.

El Alelí miró hacia lo alto del puente Pío Nono. Pasaban los estudiantes de la Escuela de Derecho, mujeres con bolsas de verdura, automóviles.

-Cuando tengamos el bote –agregó el Juanito, mordiéndose los labios.

(...)

El Juanito y el Alelí se revolcaban entre las hierbas húmedas, bajo los sauces, con los ojos llenos de imágenes, aguas verdes, olas de perfiles espumosos, grandes peces dorados, y un puerto, las colinas de Valparaíso, subiendo y bajando, móviles. Navegaban... (p. 39-40)

Se observa un profundo compañerismo entre ellos, dado por el día a día en las malas y en las buenas. Porque a veces lo pasan bien:

-¡Ogima, anosrep! –chillaba el Rubí, riéndose, y tirando de una manga al Cocoliso, el cual, a su vez, se rió. Y cuando se rió el Cocoliso, se rió el Alelí. Y con el Alelí se rió el Juanito. Y comenzaron a correr, con los brazos abiertos, haciendo zumbir los motores, con las alas desplegadas, y la boca que emitía el ruido de motor, y las ametralladoras. Y el Juanito parecía que iba a chocar con el Alelí, y ¡ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta...! Y el Alelí, parecía que iba a chocar con el Rubí y con el Homero, y ¡tra-ca-ta-ca-ta-ca-tra-ca...! Y el Homero y el Rubí con los brazos abiertos, también saltaban y corrían con sus ametralladoras, y sus desplazamientos caprichosos, al sol, sobre las baldosas de la calle Huérfanos, entre los transeúntes de esa mañana de noviembre, luminosa, y con olor a aceite quemado, a petróleo quemado, a calles húmedas de agua de riego. (p. 179)

Es un Santiago infantil oculto, marginal. Son niños, mucho de sus vidas pasa como un juego, con fantasías como la del bote. Fantasía que de no ser por la canallada y engaño del *Trompa* quizá se hubiera hecho realidad, porque de juntar plata lo hacían. Él, gordo, se la gastaba en ropa y sándwiches. Podría haber aquí una analogía con el capitalismo que engorda a costa de la pobreza. Que escapa y se esconde (a. 12.1.). Uno se preguntará cuánto escapará de la justicia popular. “¡Por fin! ¡La estatua de Pedro de Valdivia!

La calle Merced.

¡Merced!

-¡Que no se escape!” (p. 190-191)

Ellos lo encuentran y se hace justicia; herido, antes de su muerte:

Un animal moribundo, de jalea, de guinda, despavorido, observando la noche llena de niños, la noche de la ciudad de Santiago, a principios de diciembre, cálida, con flores, con sus jacarandas azules, sus paulonias celestes, sus madre selvas y palos borrachos, donde flotaba el polen del eucalipto, y las calas inodoras y cerosas andaban en vela. La noche de buganvillas en los alcázares falsos. ¿Qué iba a hacer? Herido, acosado. (p. 198)

“Y la luna allá abajo, en Santiago, la luna contra la torre de Santo Domingo. La ciudad soñando” (p. 193).

¡Nos engañaste, *trompa!* –acusó el Juanito.

¡Nos hiciste giles, *trompa!* –agregó el Alelí.

¿Dónde cresta está el bote? –gritó el “Pechito”.

¡*Trompa* maricón! (p. 199)

Se escucha al filo de la noche. Santiago *es* traición. El bote no está:

[se pusieron a llorar todos los niños: Juanito] sintió que la injusticia era de este mundo, que era para ellos. Que la navidad había llegado, que estaba allí, y que la iban a pasar allí, debajo del puente. Y que Coquimbo, lejano, dorado, mágico, se desvanecía para siempre. Gritaban todos entre lágrimas, unidos, juntos, bajo el puente. Y los perros lloraban. Era el

“todo es dolor”, la gritería del pánico y la desesperanza. Demasiado puros, con su capacidad de deslumbramiento intacta, establecían el orden secreto de las cosas, incorporándose en la sociedad clandestina del dolor, cuando este orden se advertía roto, exterminado. Era el orden de unos cuantos sueños de niños, el orden de lo inasible, de la felicidad amenazada, de la felicidad puesta a prueba. Desposeídos, junto al agua, en la tarde de color, entraban en una nueva comunión, la del dolor que se reparte como panes y vinos y peces. Un nuevo canto para los de corazón limpio. Bienaventurados los niños que lloran porque ellos verán a Dios. Un canto que los destrozaba. Bienaventurados los niños cantores de Santiago, la noche de Navidad, porque ellos verán a Dios. Porque ellos verán a Dios. (p. 206-207)

Quedaron en silencio. En efecto, la ciudad parecía cantar. Los barrios: Vitacura, Quinta Normal, San Miguel, Matucana, Ñuñoa, la Reina, Conchalí, la Granja, Vivaceta. La ciudad velaba cantando. (p. 216-217)

Santiago es dolor y canto. Para un mayor detalle de la vida de estos niños, leer anexos 12.

Frecuencia modulada – Enrique Lafourcade – 1968 (ed. 1977)

Esta novela de Enrique Lafourcade es una novela caótica y sorpresiva. Así es también el Santiago que aparece en ella. Así también lo sugiere el comienzo:

Las manos apretadas, unidas, eran uno solo, sin miedo, no tenían miedo, porque eran dos que dialogaban, que consumían un monólogo, un absoluto entendimiento, una excitante sorpresa de las calles, donde sus pies envueltos en granela iban arrastrándose poco a poco,

lentos en su andar, lentos, cuadra tras cuadra, hasta la avenida donde pasaban a veces grandes automóviles, luces, gritos, sonidos, grandes vehículos o unas carretelas llenas de verdura con un niño cantando en lo alto, o pasaban camiones enormes, roncós, unidos, arrastrando otros camiones rojos, con chimeneas que echaban humo, o pasaban –ellos los habían visto otra vez, otro amanecer sentados en el pasto-, pasaban unos caballitos chicos, cuatro, seis caballitos pequeños al trote, haciendo sonar el pavimento con sus cascos, unos caballitos con sus monturas llenas de flores (p. 10).

Caótica porque son tres o cuatro tramas las que se urden a lo largo de la novela, prácticamente sin toparse, y sin contar algunas mini historias que también aparecen. Y sorpresiva porque no son historias usuales, son más bien un tanto heroicas. Dado esto, es un Santiago desordenado y sorprendente.

Una historia es la de un personaje anónimo enamorado de Alicia, a quien espera siempre en el Parque Japonés, al parecer hoy parque Balmaceda. Ella llega corriendo a dónde él: “-¡Voy muy apurada! – me dijiste, como si te hubiese interpelado. (...) -¡Voy muy apurada!- insististe”; como si se quisiera figurar con esto la rapidez de la vida santiaguina y la dificultad para estar juntos. Alicia, además, tenía que cruzar el río Mapocho por el puente Santa María para verse, para concretar el amor. Pero, “este parque es hermoso, Alicia. Siempre lo fue, siempre lo será. Creo que no existe en todo Santiago algo más hermoso” (p. 13). En él fue donde se conocieron y donde compartían las mayores horas juntos.

Este personaje anónimo vive en Santa Isabel, casi tocando General Bustamante, con sus padres (su padre trabaja en una sombrerería). Su vida gira en torno a Alicia, en su espera: “-¿Cuánto tiempo hacía que me esperabas?

-Hoy, dos horas...

-No, no quiero decir eso... ¿Cuánto tiempo que me esperabas aquí, en el parque, o en las calles, paseando por Santiago?” (p. 30).

Quizá cuantos esperan de forma similar a su amor aquí en Santiago. Hasta que llega Alicia

...después de tanto tiempo solo, después de una soledad tan fuerte en Santa Isabel donde había tanta gente cantando los viernes, y había bailes y malones, y beneficios, y pandillas en las esquinas, y rayuelas, y en el restaurante La conga ponían la radio y se juntaban los Botinelli a tomar pilsener y chops y a reirse y a escuchar los partidos de futbol (p. 23).

Más detalles de ese barrio y su gente en anexo 13.1. De su familia en anexo 13.2. Por lo demás, Santiago aparece en altos y bajos: “...cuando (uno) se incendia y arde en gritos de felicidad, cuando su dicha es una de las mejores dichas de Santiago” (p. 63), “sentado cuando hace un frío terrible y se encienden las luces y Santiago se pone peor que nunca” (p. 185), en función de las apariciones de Alicia. A veces frecuentan “un extraño sitio, un lugar hallado por los dos, el restaurante Venecia, en la calle Pío Nono esquina de Dardignac, una casa de cena y bar, vieja, sombría, oscura, con algo de bodega, frecuentada” por vecinos del barrio, estudiantes, muchachas, obreros (p. 221-222). Y en clara referencia a Lewis Carrol, e intentando rescatar lo prístino e inocente de la infancia:

-¡Ahora, te voy a llevar a un país!

-¿Cómo se llama ese país?

-¡El país de Nunca Jamás!

Vuelta a ascender y a caer. Por escalones y grietas y túneles, atravesando puentes, envuelto en rumores, fritos, bocinas, íbamos por las calles buscando ese país... (84)

Alicia y su novio buscan y descubren también un Santiago, un Santiago perdido, que solo pueden encontrar a través del amor, si hay amor.

Otra historia dentro de la novela es la de Pincky, seudo poeta semi perdido, que conoce la ciudad de cabo a rabo (a. 13.3): él *sabe* su ciudad. También está la de Rosario, al parecer un traficante de drogas, que recorre continuamente la ciudad (Catedral con San Martín, Matucana con Mapocho) seguido de un par de compañeros. Frecuentan bares, restaurantes y a veces prostíbulos (a. 13.4.); él también *sabe* su ciudad. Además está la historia de Spartaco, grupo revolucionario que planea instaurar un régimen de izquierda sobre Santiago y Chile. Comandados por el Doctor (Germán Andrade) se juntan en el Café Haití de la calle Ahumada, hacen una concentración en el teatro Baquedano (a. 13.5.), una fiesta en Vitacura, y planean llenar los lugares emblemáticos de Santiago (El Mercurio, La moneda) con explosivos, y cambiarle el rostro a “ese Santiago feo, desordenado, lleno de gente” (p. 252). “Nunca volverá a ser como era”, pensaba el Doctor (p. 343).

Como sea el autor pone énfasis en narrar una ciudad múltiple y plural. En el anexo 13.6 también un extracto que sintetiza bastante bien el parecer del autor en torno a Santiago: los mismos dos niños que aparecen en la cita del comienzo de este capítulo.

En el fondo – Enrique Lafourcade – 1973 (ed. 1973)

Tratemos un capítulo con más crudeza. Dejemos que los extractos a continuación nos den una idea del Santiago de *En el fondo*, novela parecida en estructura a *Frecuencia modulada*:

El bar hervía de gritos, mozos con bandejas, jugadores de cacho, ebrios, que cantaban en la barra; otros, corriendo a los excusados apretándose el vientre; otros, frente a grandes platos de sopa de pescado, o comiendo empanadas con botellas de vino tinto, o fuentes de papas fritas con ají... Gordos y flacos, pálidos y purpuras, viejos y jóvenes... (...). Afuera, la oscuridad, la tarde fría, las muchedumbres. (p. 29)

Macabeo atravesó la calle encogido, arrastrando los pies. Estaba lloviznando. Tenía que ponerse a llover ahora... Y la humedad le entraba por los zapatos. (...) Y él, entonces, se iba a andar por el barrio, las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, los hombros muy levantados, atravesaba las bodegas, los depósitos de la E.T.C. y se quedaba mirando largo rato los *trolleys* enormes. (...) Y él, casi siempre, a los sábados en la tarde, o el día domingo en la mañana, cuando había sol, se iba a sentar en una piedra frente a el depósito de *trolleys* y había que ver como llegaban los diablos, enormes y avanzaban y tocaban y retrocedían, y algunos recién pintados, sin rasmilladuras... Y montones de empleados, todos riéndose, todos de uniforme, elegantes, recién pagados. (p. 33)

A las cuatro de la mañana, Santiago era otra ciudad. Silenciosa, mágica. Algunos perros a caza de olores y sabores. Ratas en los tarros de la basura. Carabineros envueltos en sus capotes, dormitando. Los edificios del centro, oscuros. De pronto, una ventana encendida. (...). El instante en que tenía que ir a su lugar, a su cuarto en la Alameda al llegar a Brasil. Y se iba, tenía ya su camino en medio de la noche, entre la arena del amanecer, su camino como el de los zorros o los conejos, por allí, cada día, con su orden de visiones. Ahora, el

viejo mendigo. Allí, los niños durmiendo. En la esquina, el bar y el mozo estrábico barriendo la vereda. Más adelante, los últimos pederastas que rodeaba a un viejo profesor tímido y angustiado. La iglesia, ¿cuál de ellas?, llamando a alguien. La luz gris, oscura primero, luego gris... Y nadie, ningún amigo. Todos desaparecidos. Y las calles que se reiteraban. Las putas en la esquina de Amunátegui... (p. 59-60)

Pasaban los camiones de la basura. Los lecheros. Salía humo de una chimenea. Comenzaban a cocer el pan. Las putas le seguían, fumando y riendo, envueltas en sus tapados de piel de conejo. El cuerpo iba oscilante. Caña y tonel oscilaban con los primeros vientos del día. Allí estaba la casa, por último. Primero, la avenida desierta, llena de hoyos, las barricadas, los chonchones amarillos... Antes se iba por el medio de la avenida, entre los plátanos, medio a medio pisando sobre el maicillo, mirando el suelo, las pozas en agua, un pañuelo roto, un gorrión congelado. Y estaban las estatuas a quienes él saludaba o injuriaba, con una venia las saludaba una por una desde San Martín hasta José Miguel Carrera. Pero no siempre. A veces se enfurecía con ellas. Y las estatuas se ponían rígidas, marciales, a su paso. Incluso, José Miguel Carrera tenía la costumbre de seguirlo con los ojos. Ahora, lleno de hoyos, de fosas enormes, de piedras y alto de tierra y barreras de madera y lata y una noche se cayó a un hoyo, y estuvo allí hasta que lo sacaron en la mañana, y dicen que era la estación número no sé cuánto del nuevo ferrocarril subterráneo... Aumentaban los peligros. (p. 61)

Tal vez convertir a las ciudades no tenía sentido. Las ciudades estaban llenas de abominación. Sembrar sobre las piedras, sobre las baldosas de la plaza de Armas, eso... (p. 83)

Y le miró a los ojos y vio los ojos de un cordero inocente. No era el cordero loco, como temía. Y ya no sintió miedo. Y se fue con él. Atravesaron las avenidas de nuevo, los alminares, el templo de Diana, la tumba de Mausolo, las columnas de Baalbec, la aguja de Cleopatra, las pirámides y el Taj Mahal, las capillas góticas, mayas, los altares de sacrificios aztecas, las pequeñas iglesias románicas, los cajones de cemento. (p. 84)

Ya, frente al Banco, nueve y media de la mañana, comenzó a mirar, sonriente. Faltaba poco. Las tiendas iban abriendo, una a una. La vieja con las revistas y los atlas estaba en la esquina. Los vendedores ambulantes de cordones de zapatos, de maletines, de dulces chilenos... Las fuentes de soda, las librerías, los restaurantes, los bares... Faltaba poco y todo el centro de la ciudad era de él. ¡Miles de zapaterías! ¡De sastrerías! ¡Un día más de afanes! ¡A trabajar! Y ya tenía sus clientes fijos. (...) Avanzó por Ahumada, abriéndose paso, pisando fuerte con sus pies planos. Pesaban ahora las maletas... (p. 102)

Llegaba en una motocicleta al atardecer. Todo comenzó esa mañana en que Eudora quiso ir al centro, de tiendas, a mirar. Y se arregló bien, se puso su traje sastre, ese que nunca se había puesto. Y se peinó los cabellos negros, gruesos, con un moño alto. Y se veía elegante, de taco alto, con sus largas piernas. Miró por la calle Puente y en una fuente de soda, cerca de la plaza de Armas, se tomó una leche con vainilla. Entonces, se dio cuenta que al fondo, en el extremo del mesón, un muchacho la observaba. Tenía un libro abierto y desviaba la vista para mirarla y ella sintió esos ojos y lo miró una vez, no, fueron dos veces. Y estuvo segura. Era “él”. (p. 132-133)

Él prefería andar, irse aproximando al centro, por esa hermosa calle San Diego, llena de sorpresas, de vendedores, y traficantes, con carretelas, camiones, autobuses, y tiendas de

ropa, bares y ahumaderos, panaderías y hoteles de viajeros y de prostitutas. Con elástico andar, hacia la avenida Matta, que parecía una rambla catalana, con sus parques y sus bancos. (p. 158)

Con el reloj y el dinero se arrastraron hacia la Estación Central, deteniéndose en cada bar, en cada fuente de soda, que encontraban. Aquí era una caña de blanco. En el otro, una chicha picante, vinagre. En aquél, una pilsener. La noche los iba envolviendo. Filoteo orinó aún dos veces más. Santiago seguía vivo, cada vez más colmado de vehículos, de luces, vendedores, niños, perros, muchachas de blanco, con botas y grandes abrigos, matrimonios, parejas tomadas de la mano o la cintura, señores graves de anteojos que iban de prisa... Todos iban de prisa. Era el viernes y había que apoderarse de algo, ejercer como un derecho a ser felices. Pasaban pequeños autos de estudiantes, gritando.

-Vamos en busca de los placeres...

-Sí, Filoteo (p. 178-179)

Encontramos Santiago también en los anexos 14. *En el fondo* es una novela que apela a una cotidianeidad de sus personajes, a una realidad que se anida *en el fondo* de Santiago. Un *loco* que cambia todos los días billetes por monedas y monedas por billetes, para proveer de cambio a los negocios –metáfora quizás de la *loca* circulación del dinero. La vida de algunos habitantes pobladores de Cerro Blanco, que terminan siendo echados. La preparación de una junta por parte de Pincky –el mismo de *Frecuencia modulada*- a la que supuestamente concurrirían todos sus ex compañeros y a la que él mismo no llega.

Santiago cero – Carlos Franz – 1988 (ed. 2008)

Santiago es sujeto de un drama de amor que se tensiona entre la confianza y la desconfianza, atravesado por la política, enmarcado en tiempos de dictadura. Franz escenifica este drama en el espacio ciudadano. Santiago, figurativamente, *es* el drama y *lo vive* al mismo tiempo. El narrador-protagonista, con tal de conseguir el amor de su mejor amiga, que por entonces pololea con Sebastián, otro personaje clave, artista y revolucionario -y podríamos decir que enemigo del protagonista anónimo-, se pasa al bando de *los malos* y espía a la joven pareja hasta que desbarata esa relación con la ayuda de un agente conectado con el gobierno militar. Con esto, consigue el amor de su amiga, pero a costa de inmersarse en el mundo del seguimiento a cualquier posibilidad de revolución, a individuos y células izquierdistas, y termina por ser el jefe de la sección de *sapeo* del gobierno militar, sin que su luego esposa sepa. Cuando lo sabe, se separa del protagonista y vuelve a entablar relaciones con Sebastián, quien está en Europa exiliado, a donde ella también entonces se dirige. Ella, Raquel, podría simbolizar la ciudad de Santiago, en disputa por ambos bandos, personificados en Sebastián y el protagonista. Primero la dominaría Sebastián, después la dominaría el lado oscuro, la dictadura, el protagonista agente de la inteligencia estatal, y luego, con el desvelo de las atrocidades y avizorando una alegría por venir, Sebastián, que vive en Europa pero que estimamos regresa, de la mano de Raquel. El protagonista es condenado a trabajos forzados en una isla.

Hay una serie de cartas que son claves en el desarrollo de la trama. Primero, las cartas que Sebastián inventa para seducir a Raquel. Son cartas que escribiría un supuesto amigo de éste desde Europa. La confiscación de estas cartas por parte del protagonista, son el medio que este tiene de romper la relación entre Sebastián y Raquel, al entregárselas a otro personaje, Blanco, el

agente que trabaja en la inteligencia, que devela que las cartas son inventadas y que tal amigo no existe, contándole a Raquel esto. Ahí se destruye la relación de pareja y empieza otra entre el protagonista y Raquel. Constantemente, eso sí, Sebastián le envía cartas a Raquel desde Europa diciéndole que se venga/vaya. Pero éstas son confiscadas por el protagonista y su red de influencias. Finalmente, Sebastián se pone en contacto con Raquel por medio de Yolita, otra amiga, y aquella abandona al protagonista y viaja a Europa a juntarse con Sebastián.

Toda esta explicación de la trama es importante para entender la atmosfera en que se desarrolla la novela, y por ende cómo se define Santiago. Santiago en vilo, en un limbo. Aquél es un caldo de complejidad e incertidumbre, de disputa. Es Santiago en inflexión. Y así se expresa en la novela, sobre todo por el énfasis en la pregunta acerca del Santiago que se desea y que se puede obtener. Aledaño a esto, está el hecho clave de que todos los personajes son estudiantes de Leyes de la Universidad de Chile. Esto implica que aparte de que en sus manos va a estar la dimensión legislativa del país, el lugar en el que se encuentran es quizá el nodo más importante de Santiago: Plaza Italia. Pero observemos algunas pistas para entender este Santiago.

El principio está dado por la imposibilidad que encuentra el protagonista de confesarle su amor a Raquel:

Tuviste que salir de la escuela, cruzar el parque y sentarte de espaldas contra un árbol para intentar serenarte. (...)

“¿Era esto lo que quise decirle en nuestras caminatas por las mañanas húmedas de Bellavista, cuando al cruzar una esquina cualquiera –la azul de la frutería- la retuve por el brazo sin poder más de entusiasmo y la palabra desconocida y terrible se me quedó en la punta de la lengua?” (p. 36)

“Era una ciudad muerta para los afectos [la que] les había tocado” (p. 42). “Solo cuando llegabas a la mampara de la calle Ejercito N°330 el silbido se te atragantó como el de un pájaro baleado y caíste a tierra”, después de haber caminado como “novios” “por las calles oscuras” (p. 39). Y la participación de Raquel en una obra de teatro que dirigía Sebastián empieza a concretar esta imposibilidad de amor, a ser una amenaza: “¿Una amenaza a qué? No lo sabías aún. Al estado de cosas, quizás. Al statu quo. A esa forma que tenía el tiempo entonces de no pasar. Por las vidas, por la ciudad, por vuestra relación” (p. 32). Sebastián era un ser excéntrico y atractivo: “Una sombra del extrovertido director pasaba sin saludar a un compañero que se lo cruzaba en cierto punto remoto de la ciudad. Una sombra abstraída, madurando minuciosamente algún dilema”. Una sombra que el protagonista en una ocasión sigue: se encuentran (Sebastián y el protagonista) en los entretechos –“el lugar más misterioso del edificio” de la facultad-. Para llegar a ellos hay que pasar por lo más alto de la torre del reloj:

La maquinaria desgranaba un pesado tic-tac. Asomando la cabeza a través de los números romanos calados en la esfera de metal, podía dominarse Santiago. La ciudad demasiado diurna, el río color chocolate, la estrella de avenidas que convergían en la plaza, en el monumento al soldado desconocido. Esa estatua insignificante, de tintero, puesta sobre la vacía tumba del héroe. Atrás tuyo, un portón corredizo comunicaba con los vastos entretechos.

(...) La rigurosa arquitectura del edificio se transformaba aquí arriba en un laberinto de viguetas, muebles caducos, banderas apolilladas.

Era “un laberinto de vacilantes anaqueles”: aquí estaban todas las tesis y manuscritos viejos. Desde aquí también *podía dominarse Santiago* (p. 48-50); aquí empieza la disputa por el amor,

pero también por Santiago. Es un Santiago que está en suspenso. Y parte ganando Sebastián. El protagonista *cae al licor* y frecuenta los bares de la Alameda y además los empieza a seguir:

Los seguías. No les perdías pisada. Sin prever que en ese juego de esquinas oscuras, salidas cubiertas y puntos fijos, te ibas a convertir en agente de una causa mucho más secreta que la tuya. Ignorando, hasta que fue tarde, que era imposible en esos años seguir a alguien por Santiago, con los motivos que fuera, sin entrar inadvertidamente en una red. En un sistema de seguimientos y vigilancias en el que tú mismo terminarías acechado por otro y éste por uno más, hasta llegar a quién sabe qué vigilante central que los seguía a todos. (p. 71)

Pero aunque la visión de Sebastián acerca de Santiago fuera muy optimista y utópica (“la seguí por el parque con el verso de la nueva ciudad. La que iba a estar llena de parques como ése”):

La del próximo milenio, el nuestro, compadre, ahí a la mano. ¡Un Santiago mucho más hermoso de los que éste podría ser o soñar! Pero aquí mismo, lleno de cafés y jardines, de fuentes y de teatros. Toda la urbe construida sobre terrazas en las laderas de los Andes y el valle libre, surcado de canales navegables, sembrado molinos y bosques de macoña hasta el mar...

Raquel se encargó de aterrizarla. Santiago era “como un pozo. Un agujero perdido en las cordilleras, tajeado por una acequia”. El Santiago que podría ser, el que debería ser según Sebastián, según Raquel “no lo veremos”: “ahí fue cuando me pegué la vacilada auténtica con Santiago (...): con Santiago nica...”. “Con su amor entendí que este país, por mucho pino que le pongamos, está en su punto muerto y tiene pena para rato. En Santiago: negro es la palabra, y el número... yo sé por qué te lo digo, es cero” (p. 83-86). “Es que vivimos (...) en una ciudad

donde nada dura. Santiago tiene pinta de campamento... Un día vamos a amanecer en un pueblo fantasma” (p. 64-65). ¿La opción que le quedaba a Sebastián? Irse. Así fue como tramó el cuento de su amigo en Europa y las cartas que éste supuestamente le enviaba. Para engatusar a Raquel.

Después de hacer el amor, se perdían en lejanos paseos a pie, hundiéndose en Santiago. Y tú los seguías. Sebastián iba traduciéndole la ciudad a Raquel. Le descubrió las casamatas vacías del antiguo matadero de Franklin y la hizo aguzar el oído: aún se escuchaban los ecos de viejas masacres. Le mostró de noche, empequeñecido por la distancia, el gigantesco hangar iluminado de la Estación Central. Podía ser la capilla de una animita puesta a la entrada de Santiago. La animita de algún enorme difunto, del que, según Sebastián, todos los habitantes de la ciudad eran deudos. (89)

Mientras el narrador-protagonista los seguía y espía, por amor a Raquel: “Esa red invisible tendida sobre Santiago, en la que habías entrado sin darte cuenta, se cerró sobre ti una tarde de lluvia” (p. 90). Así, el agente Blanco lo contacta y juntos desbaratan todo el plan de Sebastián. El narrador se queda con Raquel, y distan siete años para que Raquel vuelva con Sebastián. La historia termina con un protagonista perdido (deambulaste por Santiago), seguramente sin entender mucho (en una “nube negra”), presenciando una toma y una represión policial en su ex facultad. Y alguien apuntándole “¡cuidado con ese, un espía, un sapo!” (p. 143). Para mayor información leer anexos 15.

La secreta guerra santa de Santiago de Chile – Marco Antonio de la Parra - 1989 (ed. 1990)

La obra narra las aventuras de Tito Livio Triviño, un publicista que vive la decadencia del “boom”, que descubre que su padre ha sido doble *agente* de Dios y del Diablo. Una vez desaparecido éste, debe ir en busca de una/la *letra perdida*, y contactarse con algunos personajes para encontrarla, y más bien seguir su destino. Pero no vamos a entrar en la historia, que es muy rara, vamos a ver cómo aparece Santiago en ella: es una ciudad sucia, fea, que inquieta, que produce miedo, es oscura e intrigante, ingenua e inocente; por debajo de ella, subyacente, ocurre una secreta guerra santa entre el bien y el mal, por la cual debe atravesar el protagonista, que nunca comprende bien de que se trata, y nosotros tampoco. Primero la calle Independencia y la plaza de armas:

La calle independencia se le vino encima, fea hasta rabiarse, fea hasta la inmundicia. Jamás la usaría como locación para comercial alguno. ¿Quién compraría algo que se consume ahí? Mas de pronto ¡paf!, un gran mural con el *detergente de la gente*. (...).

Si alguien no le decía nada era su padre. Se limitaba a pasarse una mano por la cara cuando almorzaban juntos en el Chez Henry o en el Faisan D`Or, frente a la plaza de armas que él parecía idolatrar por su persistencia y que Tito odiaba (la enfermante docilidad de sus palomas, su estrechez de plaza de pueblo, el aspecto descuidado de la catedral, los jubilados que se ponían insignias pinochetistas en la solapa, el olor a tintura para el cabello de los viejos artistas de variedades ofreciéndose frente a la Vicaria de la Solidaridad para un contrato fugaz, la micro llena de carabineros, el vozarrón de un predicador trastornado que insistía que el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina.

(p. 18)

Luego La Vega y sus alrededores, y el barrio Diez de Julio:

La mañana de La Vega es la mañana de La Vega. Es el sol que debuta en esta primavera y se asoma por entre los visos de las nubes reacias a abandonar su pastoreo de cielo. Es la música del Ejército de Salvación entre la humedad de los fruteros y las floristas de la Pégola junto a la piscina techada. Es también los camiones enormes, con los pionetas encaramados como simios a las barandas de madera, bajando sobre sus cabezas cubiertas por sacos que remedan capas medievales, las mercaderías que alimentarán ese sábado la semana santiaguina. Y es sobretodo el olor a cloroformo en la mano del cantante de boleros, el silbador de América que no ha parado de silbar el repertorio completo del Trío Los Panchos y se viene bajando de la citrola sosteniendo a un vacilante Tito Triviño. Lentes oscuros, rostro refleja la torre de la iglesia de Recoleta mientras van andando como si llevaran un borracho, el chico y el flaco, hacia un bar restaurant que sin pretensiones luce en su frontis el simple título de *El Cielo* junto al logotipo de *Pilsener Cristal* (p. 61). A esa hora el barrio Diez de Julio no tenía gusto a nada. Sólo avisos colorinches, chillones, amarillo con letras rojas, letras blancas con fondos verdes, rojos, naranjas, logotipos de bujías, neumáticos, repuestos de todo tipo de automóviles: el rombo de Renault, el león de Peugeot, el signo de la Citroen, viejos testimonios de una discutida hegemonía en el mercado automotriz chileno, invadido en los últimos años de esa jerga nipona que hacía que cualquier sobremesa pareciera conversación de samurais. Casas antaño de una digna presencia de clase media, ahora pintadas como canarios locos, como loros ciegos, descascarados y vueltos a pintar encima, para de nuevo desplumarse en un irisado continuo, casi infinito (p. 95).

También algunos pensamientos e imaginaciones en torno a Santiago, donde se trata la identidad:

Pensó si acaso Santiago sería todo así, un amontonamiento de pequeños rincones de imitación tomados de la memoria caprichosa de un turista empeinado en recordar la foto postal en su propia ciudad, impidiéndole tener personalidad propia, impidiéndole pensar, evitando toda posibilidad de que las calles se encuentren a sí mismas, de que la ciudad se sienta en su casa, destruyendo el aire familiar con que sus habitantes pudieran empezar a relacionarse, para de nuevo parecerse a París, a Londres, a Nueva York, a cualquier parte de América Latina menos a Chile, menos a Santiago (p. 128).

Se imaginaba en una infestada Quinta Avenida, perdido en una peligrosa y anónima multitud. Pero de paso se había también olvidado que estaba en Santiago de Chile y que la noche era un espacio baldío, tierra de nadie donde otros habitantes se descolgaban (p. 129).

En el anexo 16.1. encontramos una caminata del protagonista desde el entonces edificio Diego portales hasta la calle Cienfuegos, por la Alameda. Ve algunos pelucones, hippies criollos, pegando carteles, algunos carabineros haciendose los lesos. Se acuerda de una estupenda muchacha comunista que amó, y que quizá estuviera muerta. Observa a una pareja extrañamente abrazada, a una gorda ebria bailarina. Se encuentra con unos vendedores ambulantes que lo atosigan y con quienes empieza a huir de los pacos. Teme. Se pregunta cómo caminar: “la única marcha posible era la del miedo.” Hasta Cienfuegos. Más impresiones sobre Santiago:

Esta es una ciudad arrasada por la peste, imaginó, sólo le faltan los cadáveres. La locura, el crimen, el delito, corren sueltos por sus calles y se llevan todo asomo de estructura, todo canon, toda ilusión de orden. No era la primera vez que sentía así a Santiago (p. 141)

Un rayo de luz se filtró: afuera estaba el día, la ciudad y su estúpida inocencia con su marcha ingenua frente a asesinatos de los que nadie sabría, frente a una secreta batalla que sería ignorada, sobre la que quizás alguien algún día pudiese escribir o relatar en alguna borrachera, cuando ya a nadie le afectara, cuando de nada sirviese, amparado en la desautorización del alcohol o de la literatura (p. 183).

Se detuvieron delante de la Alameda. El tránsito de mediodía se encargaba de contaminar prolijamente el aire haciendo grisácea la mirada, irritante, carraspeadora cualquier bocanada que se diera (p. 184).

El título *La secreta guerra santa...* es una alegoría a la guerra interna oculta vivida en dictadura, no explícitamente llevada a cabo por el Estado militar, en la que ingenuamente se involucra Tito:

Miraron pasar un camión militar lleno hasta el tope de conscriptos armados.

-¿Los vio? – Seguía Freud Romero –Esos son los protagonistas de la guerra pública, la que vive bajo la paz aparente. Bajo la guerra pública está la guerra sucia, la clandestina, y bajo esa guerra oculta, está la secreta guerra santa de Santiago de Chile, la que usted está presenciando, Triviño. A veces se mezclan ¿sabe? Algunos de los nuestros deben incorporarse a las otras. Ellos habitualmente las confunden. Los vuelve locos el poder, el lujo, la fama. A mí también me gustó en su tiempo. Yo podría haber sido un tipo muy importante ¿sabe? (p. 187).

Santiago terminaba de anochecer, los negocios descendían sus cortinas metálicas con ruido de guillotina que decapita el día y deja la calle muda hasta mañana, hasta que el sol rescate a gotas la vida que parece sostenerse a medias en una ciudad taciturna, hasta la siguiente noche opaca, inhibida, la de los tiempos duros, toquequedada, de este Santiago

sin noche propia. Ciudad de provincia, internado de curas de los de antes, campamento militar al que le falta sólo el toque de corneta. La nostalgia de cuartel para toda la urbe (p. 223).

Miró al suelo, las viejas baldosas de las que ya no encontraba por ninguna parte, remplazadas por los ediles por los famosos adocretos, piezas de dudosa calidad, menos gusto y franco peligro para los paseantes. Uniformaban el centro de Santiago eliminando todo vestigio de una historia anterior. ¿No era ese un anhelo demoniaco?

Todo Santiago duerme o se apresta a dormir sin saber nada de su propia noche (p. 226).

El vehículo avanzaba a través del despertar de la ciudad: Plaza Baquedano. Reconoció el monumento al General, los militares que han salvado el país. Le irritó la soberbia de la estatua, los sucios edificios Turri, el río exiguo que descansaba de sus crecidas de invierno. (..) Cruzaban el Mapocho. Delgado y apenas distinguible sobre su lecho aparecía desproporcionado el canal para ese hilo de agua sucia. Nadie te conoce como te portas de repente (p. 280).

Mala onda - Alberto Fuguet – 1991 (ed. 1992)

En Mala onda abunda un existencialismo y un desencantamiento. En un principio, Matías, el protagonista viene llegando de Río de Janeiro donde estuvo de gira de estudios, con palmeras playa y amor, y llega a Santiago, lo que le significa un gran contraste: en éste “lo único que hay son tréboles rascas y rotondas interminables e inútiles, plagadas de autos que dan vueltas y vueltas” (p. 51). Esto, implícitamente en la novela, le lleva a hacerse muchas preguntas sobre

Santiago, y a verla como una ciudad aburrida. Pero no tanto. Más bien, lo que quiere es desafiar a esa ciudad aburrida, hacerla entretenida. Matías pertenece a la clase alta, pero apoya las causas sociales y además es bastante rebelde. *Mala onda* es una novela donde Matías desafía a Santiago.

Y es que hay una *mala onda*, una “mala onda que lo está dominando todo de una manera tan sutil que los hace a todos creer que nada puede estar mejor, sin darse ni cuenta, sin darnos ni cuenta aunque tratemos”. Era una sensación, por la dictadura, por su familia, por sus amigos, por la ausencia *de minas*. “Era como si no pudiera estar acá”. La novela narra una semana en la vida de Matías, quizá su semana crucial, en términos existenciales. Y es que tiene algo de miedo, algo de asco, de cansancio, una desconfianza que le estaba haciendo daño, que no lo dejaba tranquilo (p. 84-85). Sensaciones que por lo general se disipan cuando está en altura. En la altura de su departamento (“Por lo menos está despejado, sin demasiado smog, el sol se ha vuelto de un tono naranja a espaldas de la Torre Entel y la Costanera es sólo una larga manguera de luces blancas que avanzan hacia aquí” (p. 44); “Santiago se ve bastante raro, todo despejado y claro y verde y lleno de árboles con las hojas nuevas y flores y hasta la cordillera se ve entera, cero smog, con un buen poco de nieve allá...” (p. 86)); de un cerro (“[Santiago] Parece un montón de legos iluminados, esparcidos al azar. Legos que se hubieran derrumbado después de un temblor. Se ve bien desde acá arriba. Una ciudad eterna. Todas esas lucecillas naranjas y amarillas, interminables, perfectas” (p. 69)); del mismo San Cristóbal:

Me acerco a la orilla y miro hacia abajo. Ahí está todo Santiago: mi barrio, lleno de árboles y edificios blancos, con balcones y ventanales, el Club de Golf Los Leones, con sus trampas de arena, esa cicatriz que es la Avenida Kennedy, el hipermercado Jumbo, el

cerro Calan y su observatorio plateado, la cordillera que termina abrupta y seca allá por donde vive Cox (p. 105).

Y también en un bautizo de un sobrino que parece más funeral de la mafia: “no puedo sino reconocer que nos vemos bien, atractivos, envidiables, todos en tonos pastel, contra ese fondo increíble. Llega uno a pensar que Santiago es una de las ciudades más bellas y luminosas del mundo” (p. 140). El fondo es la cordillera. Pareciera que el autor nos quiere indicar algo en torno a una cierta altura de miras en relación a Santiago. Que es quizá la que busca Matías.

Por Providencia: “Providencia con Lyon, Paseo Las Palmas, el epicentro mismo, está repletísimo, como tiene que ser. Es uno de los pocos lugares que salvan. Puros edificios nuevos y locos y cantidad de gente conocida comprando ropa o dando vueltas” (p. 91). Donde vive una cultura del shopping y del plástico y de la comida rápida. En realidad busca a Antonia, su ex. Por las noches frecuenta además algunos bares de la zona, uno en especial, donde tiene un amigo. Corre 1980. Están arreglando La Moneda y el papá de su mejor amigo trabaja en unos de esos edificios “feroces” que dan a ella. En cuanto a Recoleta, en palabras de Antonia es un barrio horroroso. Como sea, es en el centro donde se da el desenlace de la novela, el término de sus dudas existenciales y quizá un reencantamiento *con el mundo*. Donde busca borrar esa mala onda.

Se escapa de casa y después de pasar equivocadamente por unas poblaciones llega al centro, donde se encuentra con una crudeza que lo hace despabilar. Aparte de la densidad de automóviles y de gente que allí hay, también hay pobreza, putas y protestas reprimidas. Con todas sus dudas a cuestas y su necesidad de vivir otra vida, se encuentra con una ciudad muy distinta a la del barrio alto. Llega a la Alameda; hay taxis, micros y colectivos; fuentes de soda, música de los Bee Gees; en el paseo Ahumada un camión cisterna lava los adoquines y

banquetas. Casi todo está cerrado. Camina. Niñas harapientas hurguean en los tarros de basura... Y así se le va abriendo un Santiago distinto. Se le empieza a abrir un Santiago distinto... en Huérfanos hay una patrulla militar estacionada... Cuarenta minutos para el toque de queda... Se queda esa noche en un hotel (tiene plata, se la robó a su padre). Ver Anexo 17.1.

Al otro día sigue *turisteando* por Santiago centro. Va a 21 de mayo, barrio que encuentra más antiguo y menos cuidado que el resto del centro. Se decide comprar un sombrero. Y es un Santiago distinto sobre todo por la hora en que lo visita, ya que siempre está en clases a esa hora (“La calle se veía repleta de gente y me emocionó eso de estar viviendo algo que no me corresponde” (p. 261)). Tiene que cobrar el cheque en el banco de Chile, que tiene más facha de biblioteca que de banco (ver a. 17.2.). En Ahumada con Huérfanos sigue la patrulla militar de la noche anterior. Al ver una foto de Pinochet con lentes oscuros en la primera plana de un diario español, se quita los suyos. También se quita el sombrero de gánster que se había comprado. También se había comprado una chaqueta elegante, dejando a un lado la chaqueta de tweed de su madre. Digamos que va madurando. “Enfrento algo más seguro el Paseo Ahumada”. La calle está repleta, suena el cañonazo de las doce del cerro Santa Lucía, entra al Burger Inn, con los vendedores ambulantes de Ahumada hay un caos... (p. 265). Ver anexo 17.3.

El centro está en tensión, me fijo. Hay demasiada gente y todos miran a todos. Por el tipo de mirada, uno sabe quién vota SI y quién NO. En todas las esquinas hay pacos. Y perros policiales que olfatean. En el suelo, hay panfletos pisoteados: Vamos mal, mañana peor; Frei vende patria; NO al fascismo, SI a la justicia.

En un portal ya venden la Constitución de 1980, incluso sin haber sido aprobada. Se lustra los zapatos (p. 271-272, a. 17.4.). Se compra un libro de Salinger, sale a Bandera, dobla por

Agustinas y se para frente a una agencia de turismo a mirar unos afiches; luego a Ahumada y “el ambiente está realmente irrespirable”, hay corresponsales de prensa extranjeros esperando un baneo. Alguien lanza miles de panfletos desde un edificio. Llegan *los pacos*, se mete al café Haití, que estaba lleno de viejos a favor del SI. Ahí se encuentra con su abuelo, inesperadamente, y con él entran al Club La Unión. Conversan. Se va el abuelo y llega el padre (aquél le avisó que estaba ahí). Juntos se van a una elegante casa de masajes y prostitución en Plaza Italia, y pasan juntos junto a dos prostitutas una noche de sexo y drogas. Luego se entera de que hubo un quiebre familiar, que su madre le pidió el divorcio a su padre, y que sus hermanas se fueron a vivir a otro lado. Deciden vivir juntos –padre e hijo- en el mismo departamento de Providencia. Al otro día, Matías sube el cerro San Cristóbal como tantas otras veces, pero esta vez deja al parecer definitivamente la mala onda atrás y ve una luz en el horizonte. Por cierto, relata que el SI ganó y que mucha gente celebró al frente del entonces edificio Diego Portales. En otra parte había reflexionado: “Civilización, pienso” (p. 252).

Oír su voz – Arturo Fontaine Talavera – 1992 (ed. 1992)

Años 80. Santiago es un Santiago ligero.

Poco antes de llegar a esa fortaleza colorada y como de cuentos que alberga el Regimiento Tacna, corriendo por la Panamericana, se fijó en el perfil del centro: la torre Entel, la sombra de los edificios altos y apiñados, la cúpula grisácea de la iglesia de las Sacramentinas, que para él, que no conocía Sacre Coeur en Montmartre, tenía un misterioso aire ruso, el cerro detrás, boscoso de un lado y mordido por un derrumbe anaranjado del otro, y la Virgen, tan blanca e irreal, junto a dos antenas como lanzas

pintadas de rojo y blanco. Y en un entusiasmo le pareció, por primera vez en su vida, que Santiago le gustaba; que tenía un alma (p. 29-30).

“La gente no ve televisión porque se aburra sino porque la están viendo los demás” (p. 42). Aliro Toro es el nuevo millonario más rico de Chile y tiene sus oficinas en la calle Huérfanos (p. 52-53). Para Adelaida, el barrio Bellavista es la rive gauche de Santiago (p. 66). Un militar entrevistado por Pelayo valora los árboles de Santiago: “Aquí, casi para donde usted mira encuentra arbolitos a la orilla de la vereda o en los bandejones centrales de las calles principales, ¿no es así? (p. 69). El mismo militar:

Un mar de juniors llevando o trayendo sobres de papel café, o paquetes o maletines de plástico. Eso tiene sentido. Pero toda esta gentuza descorbatada, ¿quiénes son? ¿de dónde vienen? ¿Por qué están aquí? Otra oleada de oficinistas de trajes pobretones y manos húmedas. Olor a ajo. Olor a fritanga. Olor a humo de aceite de motor de bus. Olor a pizzería. A tienda de jabones, a farmacia. Y a zapatillas nuevas, a café express, ahora, a ropa usada y desodorante ambiental. Otra racha fétida e indeterminada. El tableteo del taladro neumático, el chirrido de los escombros deslizándose, de pronto, por el tubo de latón, al rechinar de una pala mecánica yendo y viniendo, un estampido inexplicado aquí, una detonación allá, el repiqueteo entre los andamios, su contrapunto, el chiquichaque de alguna otra máquina por ahí. Y el olor a barquillos, a monedero de ciego, a caja de televisor nuevo o a bolitas de plumavit y esponjas de goma, a humo de aceite mal quemado, otra vez (p. 73-74).

Entre medio de la gente y los gritos de vendedores ambulantes, Pelayo sufre paranoia: “Soy la única persona de cuello y corbata en toda la cuadra. No me gusta la idea. Y eso que estoy en

pleno centro”, mientras un orador religioso grita: “-¡No he venido a conseguir vuestro aplauso o admiración. He venido a advertiros para que el día del Juicio no os coja de sorpresa!”. Pelayo: “Es increíble lo que cuesta avanzar por el centro a esta hora” (p. 75-76; a. 18.1).

Son formas en que aparece Santiago. La historia principal es la de Pelayo y Adelaida, amantes que se juntan a escondidas (frecuentemente en un hotel llamado Constantinopla), alrededor de la cual cobran vida otros personajes y otras historias. Pelayo, por ejemplo, exitoso periodista, es llamado a liderar un nuevo canal de televisión, lo cual le contacta con altos poderes. En el Banco Central de Chile, por ejemplo,

Esas boiserías, esos muebles de cuero negro y respaldar alto y tieso, esas ventanas que dan a la plaza de la Constitución y de las cuales se divisan las proporciones serenas de La Moneda, quedaban envueltos por el aura que les confiere el saber que desde ellos, que desde esos precisos muebles, sobre esa alfombra gris, se ejerce el monopolio de los medios de intercambio. Y todo lo que conlleva (...). El edificio del otro lado es el palacio de gobierno, La Moneda, y eso, aparte de tener una razón histórica –se construyó como casa de fabricación de la moneda, es decir, en la época, como un Banco Central en germen-, alcanza hoy a su vez un contenido simbólico. Las dos caras del poder, de La Moneda: el monopolio de la violencia y el de la fabricación del dinero (p. 112).

En otra reunión, los altos directivos recuerdan la crisis del 29, cuando los “vagabundos” de las minas casi se tomaron Santiago. “Cuando las hordas de cesantes y hombres miserables y andrajosos se apoderaron de Santiago. Fue a-troz. Algo i-ne-narrable” (p. 122).

En otra ocasión, Pelayo solo en un bar del centro, tiene una reflexión en torno a la madera, el árbol y la serpiente, gracias a la cubierta de la barra (Anexo 18.2.). En otra, en el bar La

Oropendola (Providencia), un amigo le cuenta que se está juntando con la mujer “que tiene los pechos más comovedores de cuantos se pasean por Santiago” (p. 143). Cuando con Adelaida van al campo, “el suelo era una esponja que se hundía bajo sus inadecuados zapatos santiaguinos” (p. 151). En otra ocasión ocurre la siguiente percepción:

Pelayo se percató que desde hacía algún tiempo, en realidad desde que se había incorporado al proyecto de televisión, empleaba a menudo su ojo, sin querer, como una cámara. Le ocurría en lugares tan distintos como el paseo Ahumada o la barra de La Oropéndola (p.161).

Una vez, Pelayo y Adelaida van juntos a la heladería Coppelia, corriendo el riesgo de ser reconocidos (p. 164). Otra, Pelayo “cortó por el paseo Huérfanos y entró a una galería que, colmada de gente llevando bolsos y portadocumentos, y vibrando con las estridencias de un rock ambiental, se internaba por una torre recién terminada,” llena de televisores prendidos (p. 198). Otra vez, Adelaida: “Lo besé y se bajó del auto. Lo vi detenerse unos cincuenta metros más allá, a la orilla del cerro Santa Lucía, bajo un ceibo sin hojas. Me hacía señas”. Sintió que lo quería de un modo terrible, a Pelayo (p. 207). Otra vez, la calle de día, y la calle de noche:

Acá, una bruma espesa y picante envolvía a los santiaguinos de abrigo y bufanda. Recorrían el aire súbitos, inciertos, fluctuantes resplandores, causados por el rebotar de la luz en diminutos residuos en suspensión, en las vidrieras, los gases de la combustión de los motores, las evaporaciones y las carrocerías (p. 231).

La inminencia del toque de queda los sacaba de ahí a escape. Atravesarían entonces la ciudad hechos una exhalación, a la hora en que la mayoría de los semáforos sólo se prendían con luces amarillas intermitentes, y el alarido de alguna sirena rasgaba nítido el

silencio de la noche, poblado de ladridos de perros y aullidos de gatos, que se mezclaban al ruido del motor de uno que otro automovilista que, como ellos, iba rezagado (p. 237).

En otra ocasión, en torno a La Vega:

Pelayo replicó que por qué no iba a La Vega o al Mercado Central, lugares tanto más pintorescos y baratos. El solía acompañar a Mágara a hacer sus compras a esos lugares. Recordaba la fascinación de Pedro un día que, en las inmediaciones de La Vega, se habían encontrado con un hombrecillo que vendía pájaros en jaulas hechas de varillas: chercanes, chirigües, loicas, codornices, tricagües... Adelaida le dijo que La Vega quedaba un poco lejos, no era tan barata como se decía y le cargaba ir porque ahí a una le pellizcaban el traste. Con ello quedó zanjada esa discusión. (243)

Son pequeños destellos en que/como Santiago aparece en esta novela de más de 400 páginas: el cielo azul en un paseo por Lyon (p. 260-261), una instalación artística de video en el barrio Bellavista (p. 262), “el cerro del zoológico” en una enrostrada que Adelaida hace Pelayo porque éste se metió con otra mujer. Así aparece Santiago, una ciudad presente en la novela, pero no más que eso. Una ciudad ligera, incluso cuando el autor narra una manifestación/protesta en la calle: quizá porque pretende inmersarse en la visión de los altos directivos, que en este caso tienen vista privilegiada de la toma de la calle y están seguros (ver a. 18.3.).

La patrulla de Stalingrado – Radomiro Spotorno – 1994 (ed. 1994)

“En el hotel Mistral, de la calle París, fueron encontrados los cuerpos de Carlos Mauricio Delgado Robles, 40 años, separado, abogado, y de María Gloria Fernández Caxu (a) “Jenny”, 25

años, soltera, sin oficio conocido” (p. 9). Así parte esta novela. Cacarlos, miembro de un grupo de amigos que se autodenomina la patrulla de Stalingrado, muere. Ésta, sin él, inicia un periplo de juerga y viajes por Santiago, a modo de duelo y despedida. Santiago *es* un atardecer:

Como sobre sí misma, uniforme y tercamente, la ciudad continúa atardeciendo. Solo un suave resplandor sanguinoso, hacia el poniente, ha teñido la sucia felpa gris del cielo. En los inviernos de Santiago de Chile la temperatura baja bruscamente, apenas se oculta el sol. La gente sube el cuello de sus abrigos y quiere llegar cuanto antes al protector olor de la parafina de sus estufas.

“En un atasco de microbuses, antes de cruzar el río Mapocho” (p. 19) empieza el circuito. A raíz de la muerte de su amigo, tienen muchas conversaciones –ahora son sólo cuatro: Juan Pablo, Aníbal, el Nene y el Maestro-, en las que aparece Santiago de múltiples modos. Corren ya los años noventa, sus inicios:

-Me gusta cruzar el río y volver al centro. Siempre que voy a la ribera norte... ¿Se podrá decir así: Ribera Norte y Ribera Sur de Santiago?

-¿Rive gauche y rive droite?... No, Nene. En Santiago nunca se ha usado... Es que el Mapocho no da como para tener riberas...

-Pero a mí me gusta... En la Ribera Norte de Santiago hay demasiadas iglesias, demasiadas hospitales, demasiados cementerios y es como antigua. Siempre al cruzar el Mapocho hacia el norte me da la impresión de volver a los tiempos en que mis padres eran jóvenes, con autos gordos y tranvías. Tiempos que, obviamente, no conocí. Al principio me gusta sentir esa sensación, pero al rato me baja angustia y la sensación de

estar atrapado... y entonces me alivia cruzar el Mapocho y volver al centro, a mi tiempo... (p. 21).

-¿Encontraste cambiada la ciudad?

-El centro, salvo unos pocos edificios y calles peatonales nuevas, lo encontré igual. Para arriba, Apoquindo, Las Condes y esos barrios, sí han cambiado. Pero Santiago sigue siendo igual a Santiago. Y tú, ¿cuánto tiempo pasaste afuera?

-Cuando llegué de Israel, hace ya unos cuantos años, la ciudad estaba vuelta loca con la historia del “boom económico”. Un departamento bueno costaba lo mismo que si estuviera en la mejor parte de Manhattan. Entonces me di cuenta que este país estaba más loco que nunca. Inmediatamente convencí a mi padre para que vendiera su casa, un chalet con mucho terreno, muy bien situado. Se lo compraron en medio millón de dólares al contado. Imagínate. Iban a construir un edificio que al final no hicieron. Hoy vale la quinta parte, su valor real, el que siempre tuvo... (p. 23-24).

-Ya llegamos al puente. Es triste la parte norte de Santiago, es vieja y fea. Casi nunca vengo por aquí. Uno se mueve por un circuito de recorridos establecidos, que es una parte ínfima de la ciudad y de ese circuito sale muy poco. Me parece que cada vez que cruzo el Mapocho es para enterrar a alguien, acontecimiento que, a medida que envejezco, es cada vez más frecuente, hasta que me toque a mí tomar el último taxi. Gran parte de los santiaguinos vamos a cruzar alguna vez este río con los pies para adelante. Cruzar el Mapocho en esta zona y tomar Avenida la Paz es como cruzar el río Estigia...

-Yo me crié aquí... (p. 26).

No sólo se habla de la ciudad, ésta es además escenario por donde deambulan los personajes:

La oscuridad se ha hecho del todo y el centro de la ciudad se ilumina con su luz propia, hecha de escaparates, de anuncios, de las nuevas farolas un poco cursis, copiadas del modelo de las antiguas farolas eléctricas que, a su vez, imitaban a las remotas farolas de gas y cuya luz cae sobre las nuevas baldosas de las aceras, dispuestas como para simular un antiguo empedrado. La ciudad tiene ya cinco siglos y puede, al fin, imitarse a sí misma.

El grupo, después de dejar los autos en el estacionamiento y caminar un poco, se detiene a reflexionar, al borde de una de esas veredas del centro de la ciudad por donde circulan los maridos que no quieren volver todavía a sus casas, los escolares rezagados que vagabundean, los provincianos que pasean disimulando su emoción, las mujeres que acuden a las citas amorosas, los empleados recién perfumados que vigilan nerviosos su aspecto en las vitrinas, “listos para el combate” y repentinamente curados de la fatiga laboral. Hay la tensión eufórica del atardecer. La ciudad, domesticada por tres lustros de férrea dictadura, sojuzgadas sus noches por el Toque de Queda, aún no sabe muy bien qué hacer con su libertad recién recuperada. Es que es viernes y está la alegre promesa que siempre traen sus noches (p. 29).

Caminan por el Barrio Cívico, la plaza de la Constitución (a. 19.1), pasan por afuera del edificio del Seguro Obrero (a. 19.2). Aníbal y el Nene discuten si los taxistas son en todas las ciudades del mundo reaccionarios y fascistas. Visitan “El Biógrafo” por la calle Villavicencio. Juan Pablo, les enrostra a los otros patrulleros que hayan salido de colegios “paltas” y que como mucho “bajan” al centro. Aníbal dice que Santiago, como todo el continente, está dividido en

razas: indios y mestizos dominados por un lado y blancos europeos dominadores por el otro; insiste en que en Chile y Santiago hay un apartheid.

Los patrulleros, ya entrada la noche, se codean con el dueño de un elegante burdel, detrás de cuyo escritorio cuelga una fotografía de Santiago de noche, tomada probablemente desde lo alto del cerro San Cristóbal. Cuando salen del burdel, al amanecer, el Maestro le comenta a Aníbal que le gusta esa hora, y esa luz azul y fría que purifica la ciudad de los fantasmas de la noche. Aníbal le contesta que el único problema es que los fantasmas de la noche son ellos. Se dirigen al Mercado; el Maestro comenta que el Parque Forestal se parece “a los Champs Elysées”. Pasan por la vieja cárcel de Santiago, “una cárcel dentro de otra cárcel” (“-si la desdicha humana fuera una energía que pudiera utilizarse, el sufrimiento encerrado en ese edificio podría mover una turbina para alimentar de electricidad este barrio. –y varios barrios vecinos, Maestro...”). El mercado, a esa hora, “ofrece un variopinto espectáculo” (p. 124-126, a. 19.3). Pasan el resto del día descansando en el departamento del Maestro.

Ahí el Maestro cuenta un sueño que tuvo, en que un satélite se deposita en la Alameda. Luego dan una caminata por “el barrio más hermoso de Santiago”, hasta el Azócar, en calle Bulnes, ya anocheciendo. El Maestro, dueño de la palabra, les cuenta que de chico visitaba a sus abuelos que vivían ahí. Habitantes originales que mandaron a construir esas mansiones, en el barrio “de los salitreros”. Cuenta cómo las clases altas en América y en Santiago particularmente deben, para escapar de los arribistas, desplazarse de barrio en barrio, algo así como inaugurando barrios. Las clases altas además se renuevan muy rápidamente y necesitan demostrar que ahora – en cada entonces- son los dueños:

-La estructura de la ciudad es la expresión de esta huida continua de las clases altas, perseguidas por las clases inmediatamente inferiores. Y el resultado es una ciudad heterogénea y caótica, donde todos los estilos arquitectónicos tienen cabida, todas las

ideas europeas de los últimos dos siglos encuentran expresión arquitectónica, incluido el indigenismo, pero sin que ninguna idea llegue a cuajar del todo, ordenando en torno a ella a la ciudad o, al menos, a un sector de ella, sino más bien las casas y edificios se yerguen aquí y allá, solitarios e inconexos, esparcidos desordenadamente a lo ancho del valle de la Gran Depresión Central, conformando una especie de mercado persa de las ideas arquitectónicas y del pensamiento en general, como una gigantesca metáfora de la cabeza heteróclita e irresoluta de sus habitantes...

Según el Maestro, cada recambio de clase debe inaugurar un nuevo barrio. Y añade que, irónicamente, adonde viven ahora (la clase alta, a principios de los años 90) les llega todo el aire sucio de la ciudad. Y otro miembro de la patrulla agrega lúcidamente: “-Por eso todo el mundo está preocupado. Si la mierda se fuera hacia los barrios populares, al sur y al oeste de la ciudad, el problema de la contaminación no preocuparía a nadie” (p. 151-155, a. 19.4.).

Por último/para finalizar, rescatamos algunas anécdotas interesantes: el Maestro califica de posmoderno el edificio cubierto de espejos que está en una esquina de la Plaza de Armas y que refleja la Catedral por un lado y el edificio de Correos por el otro (p. 160). Y Juan Pablo o Aníbal, comentándole al Nene, que a la salida de todos los cementerios de las grandes ciudades chilenas –van camino al cementerio al funeral de Cacarlos- siempre hay un bar llamado Quitapenas o algo parecido, y que son todos espantosos (p. 179). Finalmente, luego de que la patrulla visitara la costa central, en el viaje de vuelta, el Nene y el Maestro conversan y conceptúan Santiago –en un epílogo que merece ser revisado- como “la ciudad sucia, caótica y sin esperanzas...” (p. 207-208, a. 19.5).

Conclusiones

Hemos realizado una visita guiada por el *museo* de la novela chilena del siglo XX en relación a Santiago, específicamente a su centro ampliado. Por un muestrario de novelas, con énfasis de ciudad. Cada capítulo fue dedicado a cada obra. Y hablamos de un Santiago amplio, abierto, de definiciones amplias y abiertas, cuestión que nos sugirió el abordaje de las novelas. En ellas encontramos Santiago en abundancia y de mil formas. Es un Santiago sujeto a discusión, no con pretensiones de verdad, si no con miras a nutrir una cosmovisión. A veces es un paseo por alguna calle, otras un helado en alguna parte, otras una pareja en el Santa Lucía, y otras una discusión dentro de una casa. Y así millares de formas de ser Santiago. Hemos pretendido ser un aporte en la comprensión que se tiene de Santiago, proporcionando un sinnúmero de imágenes literarias que ocurren en Santiago, y que, como esbozábamos, de un modo figurativo pueden ser Santiago. Una aventura, una cena, una protesta, un paseo, una juerga, un drama, un amorío, un temor, un dilema, una vida. Todos ellos pueden ser Santiago. Y puestos en plural, constituyen lo que en definitiva es Santiago. Sospechamos que con esta visión se pueden reforzar enormemente los vínculos socioculturales y fortificar asimismo la idea de identidad. No con miras a excluir, sí con miras a incluir. Todo Santiago es todo Santiago. Es cierto, nos focalizamos en su centro ampliado, y esto hace que Santiago adquiera un algo particular; se supone, un rasgo distintivo. Pero esto sólo es cierto si es un rasgo que adopta forma de plural y de multiplicidad –debiéramos decir infinitud, porque es imposible abarcarlo todo-, y si no establecemos barreras separadoras entre el centro histórico, lo que dimos en llamar centro ampliado y el resto de Santiago. Con la certeza de que Santiago es una infinidad de manifestaciones siempre en renovación y de que no existen muros que la dividan en fragmentos, podemos dar por hecha una conclusión en

perspectiva de largo plazo, quizá de recambio generacional. Pues también podemos decir que en La Vega se ponen siempre los mismos vendedores y que un 11 de septiembre la Villa Francia se cierra en sí misma. Que nada cambia y que está dividido. Sugerimos que no es así. Y es esta una sugerencia que parte de la lectura de las novelas escogidas, todas ellas escritas con lo que estimamos son muy buenas intenciones de parte de los autores. Porque tienen sus narraciones y escrituras puestas en una perspectiva de cambio y de unión, a corto, mediano y largo plazo, de Santiago. Que todo lo malo desaparezca y que todos nos unamos. Pues todas las novelas revisadas retratan problemas y dilemas de toda índole; al hacerlo –y esta es una hipótesis- se pueden hacer cargo de estos problemas y ayudar en sus soluciones, aunque no siempre termina ocurriendo lo deseado –y esto último puede ser un modo estratégico de enfatizar que las soluciones en definitiva están en las manos de los lectores. Pero todas ellas, sin excepción, narran dramas. Que son dramas que le pueden ocurrir a cualquiera. Al escribirlos y publicarlos para ser leídos, los novelistas se hacen cargo de un gran problema, lo internalizan, le dan curso y con esto narran sus posibles soluciones. Y aunque aparentemente no cambia nada, sí cambia en la mente de los lectores, que se pudieron sentir identificados con ese gran problema, digamos problemas con muchas aristas. Y todos sabemos que si algo cambia en la mente, puede cambiar en lo que se suele llamar realidad externa: la pobreza, por poner un caso. Y quizá no se solucione la pobreza en un corto o mediano plazo, pero sí se puede vivir mejor con ella gracias a las novelas que hablan de ella, y a un largo plazo, ayudar a solucionarla –teniendo siempre en cuenta el contexto histórico-. Y esto ocurre para cualquier tema, para cualquier gran problema o problema con muchas aristas. Pues en definitiva lo que hacen las novelas es acompañarnos en la vida y contribuir a hacerla, si no mejor, al menos *vivable*. Contribuir a un buen vivir.

Ahora bien, esta es una máxima que no debe ser dejada de lado por una antropología de la novela. En cuanto a una función de la novela. Y por otro lado, lo hacen de una manera que pretende tocar –o lisa y llanamente las toca- las emociones y engatusar el gusto de los lectores, estimular sus percepciones, enriquecerlas, lo mismo sus sentidos. Esto no puede dejarse de lado.

Ahora bien, en cuanto a lo que encontramos en las novelas, en sus contenidos, decíamos que son una infinidad. Y sólo tomando en cuenta las 19 novelas. En una síntesis reduccionista al máximo y quizá no del todo correcta: la orfandad y la prostitución en *Juana Lucero*, el miedo y las pulsaciones de vida en *Palpitaciones de vida*, el surgimiento dentro de la sociedad en *El crisol*, la “perdición” en *Un perdido*, el drama del roto chileno y la prostitución en *El Roto*, la invención de un partner económico en *El socio*, el no acomodamiento en la sociedad de *La chica del Crillón*, la vida de una familia de clase obrera en *La sangre y la esperanza*, los dilemas políticos y amorosos en *Mañana los guerreros*, los dilemas psicológicos de clase en *La derrota*, lo mitad humano mitad animal en *Patas de perro*, la vida de “los pelusas” en *Novela de navidad*, la ciudad caótica atravesada por el amor, la juerga, la poesía y la política en *Frecuencia Modulada*, algo similar en *En el fondo*, el amor y el espionaje del Santiago de la dictadura en *Santiago cero*, una supuesta secreta guerra santa en *La secreta guerra santa de Santiago de Chile*, la historia de un adolescente en plena momento existencial en *Mala onda*, la historia de dos amantes y algo de economía de *Oír su voz*, la historia de un grupo de amigos juergueros en *La patrulla de Stalingrado...*

Es curioso, pero se dio la casualidad de que empezáramos nuestro recorrido con una muerte, la de Catalina, madre de Juana Lucero, y termináramos el mismo con el avistamiento de Santiago, en el viaje de vuelta desde la costa que la patrulla de Stalingrado realiza, concibiendo

una ciudad sucia, caótica y sin esperanzas. Podemos interpretar esto como un nacimiento. Incluso podemos decir que parte de las intenciones del autor (Spotorno) es hacer a un personaje conceptuar la ciudad de esa manera, para que no sea así. Y nuestra opinión es que Santiago, ahora, no es ni sucio, ni caótico y tiene esperanzas. Eso nos sugiere que Santiago nace de nuevo, luego de esta visita guiada. Y pensándolo bien, fue un poco la intención involuntaria de esta memoria: hacer renacer Santiago.

Nos encantaría realizar un segundo recorrido por la muestra, destacándolo todo. Y de seguro el lector que leyó y quiere leer de nuevo y lo hace encontrará otras cosas que antes pasaron desapercibidas. Podríamos también destacar cualquier anécdota de lo escrito, donde todo es importante: un carretón lleno de maderas, un lugar lleno de colillas de cigarros, un edificio cubierto de espejos. El cambio de nombre de Juana a Naná, la monstruosidad de la mano de la ciega, la cabeza heteróclita e irresoluta de la cabeza de sus habitantes: todo eso es Santiago. Pero ya destacamos mucho; no queremos destacar nada ahora: todo es importante, y saber por qué es una de las claves inefables que nos proporcionó el trabajo con las novelas revisadas.

Algo parecido pasa con una posible lectura histórica de las novelas revisadas. Es difícil encontrar un carretón con madera en el centro de Santiago, incluso en la periferia. Ya no hay tranvías, tenemos Transantiago. Pero no terminaríamos nunca. Es tarea de otra tesis. Lo mismo pasa con las líneas de reflexión posibles, no caben acá. Sólo podemos esbozar: marginalidad, anonimato, muchedumbre, inclusión-exclusión, existencialismo, ciudad como monstruo, prostitución, la vida en la bolsa de valores, la insatisfacción, la vida obrera, el amor, la política, la muerte, la pertenencia a la clase alta, la oposición bestia-humano, la pobreza, la multiplicidad, la vida en una población, el espionaje, la traición, el absurdo, la aventura, el amor de nuevo, la mala

onda, la vida de amantes, la economía, la cultura, la juega, y así. Estas son sólo algunas. Piénsese en lo omitido y en la cantidad de novelas no revisadas. En el hecho de que sólo tratamos un centro ampliado de la ciudad. Da para mucho. Así como también da para disquisiciones acerca de la historia, de la ficción, del mito, de la cocina, del patrimonio, de la literatura, en fin.

Ahora bien, a modo didáctico, entendimos que todo el mundo novelesco recreado por los escritores informantes era nuestra otredad. A él debíamos tener acceso y así fue. Pusimos nuestra mirada en cada uno de los mundos de las novelas retratadas como si fuesen otros mundos. Y vaya el nivel de enriquecimiento cultural que obtuvimos, sean mundos conocidos o desconocidos por nosotros, todos ellos se vieron íntegramente complementados en su comprensión por la lectura comprensiva y fichaje de las novelas escogidas, así como por la escritura de esta memoria, que pretendió ser síntesis y/o producto final. Si algo además concluimos, es que hay que estar abierto a cualquier forma de decir las cosas. Y lo otro: a nuestro parecer, por mucho que sea ficción, la novela exuda *realismo*; más allá de que exista o no la señora Berta y de que diga o no que su vecino tiene una gallina o no, la novela se preocupó de eso, antes que siquiera naciese la antropología. Hay una preocupación que era novelesca y que la antropología hizo también suya.

Para finalizar, a modo de ejercicio –algo así como una elongación final en este recorrido para relajar y no atrofiar los músculos-, retomemos las categorías que dijimos que desecharmos en la introducción, pero que sin duda estuvieron latentes. Sólo para ilustrar cantidades y algo de calidades. Lo que más encontramos fue referido a la atmósfera urbana. Las novelas hacían uso de a veces intensas y extensas, a veces tenues y exiguas descripciones que hablaban del ambiente urbano. Recurrir a esta categoría por parte de los autores revisados es una constante: en su gran mayoría por intentar ilustrar y hacer identificar en el lector un contexto de espacio-tiempo al

drama narrado. Es donde más claramente se hacía visible la ciudad en términos concretos, en tanto lugar, en un entendimiento de sentido común, quizás popular. Se definía el lugar por ya sea la hora o la luz del sol o de las estrellas o la luna, por estar abierto tal comercio, por una persona que pasa. Ahora bien, nosotros extendimos en muchos casos también esta atmósfera urbana al drama mismo. Es el drama el que hace de contexto a la ciudad, también. La historia de amor de *Martín Rivas* envuelve a la ciudad, y ésta es una percepción que nos ocurrió en cada novela revisada. Es decir, cada novela sirve de contexto para Santiago. Entera.

Y es que lo que dimos en llamar atmósfera urbana resultó ser una categoría que abarcaba a las demás. Inclusiva. La vida social, las conmemoraciones y movilizaciones, el patrimonio y la monumentalidad, y el paisaje y la arquitectura, pueden caber dentro de la atmósfera urbana. Todo ello puede ser atmósfera urbana. Y es que la verdad la lectura de las novelas nos destruyó todo intento de clasificar en categorías. No era tan fácil y simple como pensábamos. Con cada lectura –palabra, frase, párrafo- aparecía una posibilidad nueva de clasificar y posibilidades también de subdivisiones. O bien se mezclaban las categorías: en un párrafo aparecían 3 de las 5. Y esto fue sólo el comienzo, después las cosas se volvieron irritantes y el enredo que iba a suscitar iba a ser de proporciones gigantescas. Desechamos la opción de categorizar y dejamos que cada novela nos embadurnara con su relato. Si se quiere, novelizamos también la antropología. Y las clasificaciones en el proyecto propuestas fueron relegadas. En ningún momento se debe pensar que se hace más o menos antropología por hacer una investigación con o sin categorías. No es ese el punto. Nos sirvieron en su momento –como referentes-guías, y a su manera, estuvieron latentes-, pero no para este producto final. El punto es que para qué ceñirse a categorías que no son más que palabras que pretenden ser síntesis de palabras, que pretenden englobar situaciones, si la lectura de millones de palabras –sin supra-distinción, sin jerarquización, palabras que

perfectamente podrían ser también categorías pero que no tienen o no les concedimos ese afán- en la que nos inmersamos con la lectura de las novelas revisadas nos dio una visión mucho más acabada, plena, satisfactoria y nutritiva, con énfasis en el centro de la ciudad de Santiago como tema principal, con énfasis en el siglo XX, sí. Pero también con énfasis en el relato como forma y medio de describir realidades: relato que cuaja como novela. Salen temas, sí, tratarlos aquí, imposible. Esto no nos impidió realizar ciertas interpretaciones. La antropología de la novela con énfasis en ciudad que intentamos hacer nos reveló ser como una inmersión a un baúl lleno de ovillos de lana listos para ser tejidos. Y realizamos un tejido distinto por cada novela distinta, a razón de no perder la trama, en la medida de la voluntad, nuestra, y creemos de los autores tratados, y los unimos en esta memoria, por fecha.

Las segundas categorías más encontradas fueron las de vida social, y las de paisaje y arquitectura, casi por igual. Luego las siguieron las conmemoraciones y movilizaciones y finalmente el patrimonio y la monumentalidad. Pero, como esbozamos, estas clasificaciones distaron de ser exactas, y las posibles interpretaciones son múltiples y diversas, así como infinitas, por mucho que la posibilidad humana pueda dar con un número limitado. Es decir, dejamos que las novelas mismas nos ofrecieran su manera de entender y tratar la ciudad, cosa de obtener una ciudad percibida, más que una ciudad categorizada. La lectura comprensiva de las novelas nos planteó, y esto ya lo apuntamos pero creemos que es necesario repetirlo, una apertura a las percepciones, cuestión más laxa y menos esquemática, pero sobretodo mucho más profunda. Esto implica un dejarse nutrir por la realidad que abren las novelas y estar atento a lo que los sentidos puedan decir, a las sensaciones que se puedan ver provocadas, a las sensibilidades que puedan ser tocadas. Implica abrirse a lo que las figuras literarias puedan decirnos –metáfora, sinécdoque, etc- e implica abrirse a lo que la imaginación nos pueda proveer. Es decir, se amplía

el campo de lo posible, y de lo imposible también. La novela es arte: amplía el universo. Implica abrirse en definitiva a lo que la subjetividad del autor nos quiere plantear. Y el novelista además busca establecer diálogos en torno a fronteras, por lo que todo lo referente a comunicación, flujos, integración, choques y relaciones de todo tipo, debe ser puesto en observación, en entredicho. No hay que perder de vista que por otro lado las novelas son relatos, y además, que tratan con personajes, no con personas: hay nichos por explorar, ya sea en torno a la narrativa, ya sea en torno a la ficción, y ambos con todas sus implicancias. Como sea, la novela presenta las cosas de otra manera, de una manera otra, e invita claramente a que uno también lo haga, a que uno entre al juego de otra manera, que haga las cosas de otra manera. Que los mismos hábitos, de todo tipo, pero también de investigación, cambien. Y si esto último implica –entre otras cosas- dejar de trabajar con categorías preestablecidas, bueno, pues que así sea.

Todo esto nos entregó y enseñó el tratamiento con novelas. Esperamos haber sido un aporte a la antropología urbana, a una antropología de Santiago. Esperamos haber sido también un aporte a una comprensión de una evolución de una ciudad que, por otro lado, ansía y requiere ser pensada y repensada. Por supuesto, estas conclusiones pretendieron ser más preguntas que respuestas: ventanas abriéndose al futuro, diálogos con un futuro. Todas éstas, asimismo, debe tener en cuenta una antropología de la novela. Por nuestra parte, fuimos por lana y además de obtenerla salimos trasquilados: comenzamos antropologizando la novela, y terminamos además por novelizar la antropología. Esta memoria, recorrido -visita guiada- por un muestrario, fue el producto de ese proceso, su resultado.

Bibliografía

- Alegría, F. 1997. *Mañana los guerreros*. Lom ediciones, Santiago.
- Arenas, B. 1984. *Solo un día del tiempo*. Zig-Zag, Santiago.
- Barrios, E. 1965. *Un perdido*. Zig-Zag, Santiago.
- Blest Gana, A. 1986. *Martín Rivas*. Andrés Bello, Santiago.
- Bolaños, R. 1996. *Estrella distante*. Anagrama, Barcelona.
- Castoriadis, C. 1998. *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Eudeba, Buenos Aires.
- Calvino, I. 1994. *Las ciudades invisibles*. Siruela, Madrid.
- Contreras, G. 1993. *La ciudad anterior*. Planeta, Santiago.
- De la Parra, M. A. 1990. *La secreta guerra santa de Santiago de Chile*. Planeta, Santiago.
- D'halmar, A. 1969. *Juana Lucero*. Nascimento, Santiago.
- Droguett, C. 1979. *Patatas de perro*. Seix Barral, Barcelona.
- Edwards, J. 1981. *El museo de cera*. Bruguera, Barcelona.
- Edwards Bello, J. 1990. *El roto*. Universitaria, Santiago.
- Edwards Bello, J. 1997. *La chica del Crillón*. Universitaria, Santiago.
- Fontaine Talavera, A. 1992. *Oír su voz*. Planeta, Buenos Aires.
- Franz, C. 2001. *La muralla enterrada*. Planeta, Santiago.
- Franz, C. 2008. *Santiago cero*. Punto de lectura, Santiago.
- Fuguet, A. 1992. *Mala onda*. Planeta, Santiago.
- Gertner, M. E. 1965. *La derrota*. Zig-Zag, Santiago.
- Guzman, N. 1985. *La sangre y la esperanza*. Zig-Zag, Santiago.
- Iriarte, H. 2001. *La ciudad y la memoria poética*. Bogotá, Colombia. *Barrio taller Año 7, Doc. No. 9*.
- Joyce, J. 1988. *Gente de Dublín (Dubliners)*. Andrés Bello, Santiago.
- Kosik, K. 1998. *La ciudad y lo poético*. México. *Nexos, revista*.
- Lafourcade, E. 1973. *En el fondo*. Planeta, Barcelona.

- Lafourcade, E. 1977. *Frecuencia modulada*. Monte Avila, Caracas.
- Lafourcade, E. 1988. *Novela de navidad*. Universitaria, Santiago.
- Lafourcade, E. 1997. *Palomita blanca*. Ercilla, Santiago.
- Lemebel, P. 2001. *Tengo miedo torero*. Planeta, Santiago.
- Lihn, E. 1983. *El paseo Ahumada*. Minga, Santiago.
- Millán, G. 1994. *La ciudad*. Cuarto propio, Santiago.
- Montecino, S. 1988. *La revuelta*. Ornitorrinco, Santiago.
- Perec, G. 2013. *La vida instrucciones de uso*. Anagrama, Barcelona.
- Prieto, J. 1988. *El socio*. Lord Cochrane, Santiago.
- Santiván, F. 1913. *El crisol*. Zig-Zag, Santiago.
- Santiván, F. 1909. *Palpitaciones de vida*. Universitaria, Santiago.
- Spotorno, R. 1994. *La patrulla de Stalingrado*. Planeta, Santiago.

Índice anexos

Anexos 1

1.1.....	110
1.2.....	111
1.3.....	112
1.4.....	116
1.5.....	118
1.6.....	122

Anexos 2

2.1.....	127
2.2.....	128
2.3.....	128
2.4.....	129

Anexos 3

3.1.....	130
3.2.....	132
3.3.....	133

Anexos 4

4.1.....	134
4.2.....	135
4.3.....	135
4.4.....	136
4.5.....	136
4.6.....	137
4.7.....	138
4.8.....	138

4.9.....139

4.10.....140

Anexos 5

5.1.....141

5.2.....144

5.3.....146

5.4.....147

5.5.....147

Anexos 6

6.1.....148

6.2.....148

6.3.....149

6.4.....149

Anexos 7

7.1.....150

7.2.....151

7.3.....152

Anexos 8

8.1.....152

8.2.....153

8.3.....156

Anexo 9

9.1.....160

9.2.....160

9.3.....162

9.4.....162

Anexo 10

10.1.....163
10.2.....164
10.3.....165
10.4.....165
10.5.....166

Anexo 11

11.1.....167
11.2.....168
11.3.....168

Anexo 12

12.1.....171
12.2.....171
12.3.....172
12.4.....173
12.5.....174
12.6.....174

Anexo 13

13.1.....175
13.2.....177
13.3.....178
13.4.....179
13.5.....180
13.6.....181

Anexo 14

14.1.....182
14.2.....182
14.3.....185

Anexo 15

15.1.....185
15.2.....186
15.3.....187
15.4.....189
15.5.....189
15.6.....190

Anexo 16

16.1.....190

Anexo 17

17.1.....192
17.2.....193
17.3.....194
17.4.....194

Anexo 18

18.1.....195
18.2.....195
18.3.....196

Anexo 19

19.1.....196
19.2.....197
19.3.....198
19.4.....199
19.5.....202

Anexos

Anexo 1 – Juana Lucero (Augusto D’halmar – ed. 1969)

Anexo 1.1

¡Los domingos! Deseaba que llegasen nada más que por esa hora en que partían a la Catedral, a la misa mayor, y se volvían después con pasitos cortos por la calle del Puente hasta la de Santo Domingo.

La misa cantada era un buen recuerdo para los seis días de trabajo, porque durante ese tiempo seguía viendo con la memoria la iglesia vetusta, las vidrieras moradas y verdes y rojas que teñían los mantos de sus distintos reflejos; las naves de los lados interminables y oscuras, en cuyas baldosas resonaban las pisadas, ostentando misteriosos confesionarios de trecho en trecho; en el medio, la nave principal, el presbiterio todo refulgente como un ascua de oro por las arañas llenas de velas, los sillones de los canónigos, el trono del señor arzobispo encortinado de regia púrpura y al fondo, bajo el ábside, el altar mayor sosteniendo la cruz entre los seis candelabros de plata maciza. Allí celebraban los oficiantes el santo sacrificio revestidos de casullas magníficas y dalmáticas deslumbradoras.

Los cantores confundían desde el coro sus voces suaves y altas y con sus notas profundas. Las sotanas rojas de los acólitos corrían de un lado para otro haciendo oscilar en un argentino chac-chac de cadenillas, los pesados incensarios, sahumando a los fieles con oleadas de perfume, y al llegar la hora de la consagración, cuando el prelado y los oficiantes, el venerable cabildo, el colegio de canónigos y los monaguillos; el rutiferario, el que lleva la naveta, el que sostiene la mitra y el que cuida del báculo y los que portan los cirios y todos, humillaban hasta el polvo sus frentes; mientras el pueblo, como una sola masa, arrodillábase llenos de solemne silencio, sintiendo todos pasar sobre sus cabezas el frío soplo de la presencia divina, el sacerdote alzaba lentamente la hostia blanca entre el ruido ensordecedor de las campanillas y el tronar apocalíptico de órgano, cuyo prolongado tremolo conmovía el tempo hasta sus más altas cúpulas con el rumor sordo de los terremotos. En aquel augusto momento, ante tan formidable majestad, nadie dudaba que Dios mismo descendiera desde la Gloria del paraíso para llenar de su inmensa grandeza aquella pequeña oblea transparente, santificando así ese acto instituido por El en una noche de humildad y de angustia.

A la vista atónita de las gentes que fraternizaban en una sola creencia, se repetía el milagro de la transubstanciación. Entre los dedos con que el ministro católico sostiene la sagrada forma, tiembla la propia carne de Cristo, palpitante de tortura y de amor, y en el áureo cáliz, que elevado por sobre la frente del sacerdote y sobre el sollozo de las plegarias, resplandece como un sol, envuelto en las nubes incienso –las nubes cándidas aprisionadas en las opulentas bóvedas hasta no hallar por donde ascender hasta el invisible cielo azul-, en el cáliz de oro, están contenidas algunas gotas de la sangre generosa que manó del costado del apóstol, cuando Longinos –la humanidad ciega sólo logra ver a su redentor al hacer un mártir de él- lo traspasó con su lanza, recobrando la vista sólo con lavar sus ojos sin luz, en aquel tibio manantial de caridad.

Pero en la memoria de Juana vibraban más bellas estas sensaciones de color y de misticismo; porque, si bien desconocía el nombre de los paramentos o el significado de los ceremoniales

litúrgicos, causando solamente sus impresiones el total de armonía, brillantez y perfume; por ello mismo, no pudo vislumbrar tampoco el oropel ni la piedra falsa. Toda la gloria de la visión es aquel misterio con que la rodea siempre la fantasía enfermiza.

A la salida formaban calle filas de caballeritos, uniformados por la corbata dernière, la flor de la moda, o los puntudos zapatos de charol. Había miradas de inteligencia con las devotas, saludos ceremoniosos, risitas contenidas mordiendo el devocionario, y seguía desbordando la iglesia Metropolitana interminables filas de damas encapuzadas de negro, con pulseras llenas de chiches, cuta sonajero simpático recuerda los amuletos orientales.

Atravesaban la plaza. A la distancia, tras de los arcos del Portal, adivinábase el paseo ante las ventas de flores. Seguían andando para llegar a las esquina del Correo, donde una multitud ociosa entraba y salía alegremente, rompiendo los sobre de las cartas, deteniéndose para leer una noticia interesante sobre el vocerío de los suplementeros que metían por las narices sus papeles:

-¡Carril, La ley, La Revista Cómica...!

Después era la calle del Puente aturrida por el Chisgarabís de los pájaros exóticos, importados de países tropicales: con sus vitrinas de fotógrafos donde se exhibe a los políticos de actualidad. Al pasar ante el templo de los padres, como saliese la misa de diez desbordaba las aceras el mismo festival de campanas repicando desde lo alto de las torres. Primera seña... segunda seña... ¡Otra misa empezaría pronto!

Era la mañanita del día festivo un buen recuerdo para la semana entera. (p. 42-45)

Anexo 1.2

De cabeza, seguía devorando el curioso volumen, cuando sintió un cañonazo y el estrépito de las campanas soltadas a vuelo para espantar el silencio de esa hora.

El viento fresquito que corría trajo el eco de un prolongado fogueo y, al asomarse al patio, vio vagar en el espacio una constelación rojiza, verde, amarilla, violeta, que rodaba en lluvia de piedras preciosas, desprendiéndose del diáfano firmamento.

Sólo con seguir la efímera trayectoria de aquellos astros de algún carnaval chinesco, Juana volvió a verse pequeñita, aferrada a la pollera de su madre, estrechándose ambas entre la multitud informe que henchía la interminable Alameda, donde se refugiaran las sombras de la noche, mientras arriba, sobre la extensión azul corrían haciendo zig-zag los crespos luminosos de innumerables culebrillas de fuego.

A cada rato estallaban las granadas pirotécnicas y, al desparramarse por el cielo sus ramilletes, florecía la noche en miles de lucecitas con todos los colores del iris. Entonces semeja rumor de océano el ¡¡¡Ohaaahhh!!! De admiración que abre la boca de la confusa muchedumbre. Los voladores subían chirriando ¡¡¡Pshiiiiii!!! Y si se chiflaba alguno, sonaban en la negrura de la tierra grandes risas, frases hirientes:

-¡Bah, la vieja! ¡Bah, el chingado! –toda una indignación contra el pobre volador que no tuvo fuerzas para volar.

Mientras entre el estampido de las cureñas, que hacía estremecer a los niños, empezaron a encenderse las piezas de efecto, su madre la tomó en brazos, y sobre la masa del gentío, sus ojos maravillados ante ese espectáculo de magia, seguían con asombro las caprichosas volteretas de la serpiente que persigue mariposillas en un prado de amatistas, topacios y rubíes, o el chisporroteo ofuscante de un sol giratorio que da vueltas vertiginosas: tal si fuese la propia rueda de la fortuna que derramara pomposamente oro en polvo, lluvias de oro, todo un escandaloso derroche de riqueza. Y Catalina tuvo fuerzas para sostenerla en peso hasta que se encendió al final, la heroica alegoría patriótica: “Chile, 18 de septiembre de 1810!, en letras de bengala, con el escudo tricolor –“Por la razón o la fuerza”-; entrevisto todo a través de una misteriosa apoteosis de humo fosforescente, cual si ardieran los pebeteros de la hechicería.

Al reventón de algunos cohetes aislados y de una postrera castaña japonesa, empezó el desbande general. Los niños miraban caer del esqueleto feo y tostado por la pólvora, las últimas chispas, como diamantes que se desgranaran sobre un abismo insondable, y se decidían a caminar, arrastrando los pies con su poco de pena ante la obscuridad de las calles, después que ellos llevaban encandelillados todavía los ojos por aquella fiesta de hadas, que contemplaron medio soñando; por aquel cuento vivido de las Mil y una noches, cuyos cambiantes de prisma y cuta fantástica gloria de sol, deslumbraría sus sueños durante muchas noches... acaso durante una vida entera.

Volviendo a casa, de la mano de su madre, aún miró una vez más la inmensidad tranquila, donde ya sólo lucían las estrellas, luciérnagas del cielo, y al verlas pestañeando, a ella se le figuraba que no duermen por que les había espantado el sueño la zalagarda loca de tantísima primita multicolor.

Juana permaneció un rato en la puerta, soñando ella también, con los fuegos artificiales de la infancia... Sacudió la cabeza... ¡Año Nuevo...! “Año nuevo, vida nueva”: Era el 97 que empezaba: ¿qué misterioso destino le reservaría? ¿Seguir su existencia monótona o un cambio impensado? De todas maneras, las doce la pillaron sola, rodeada por la soledad, y a creer las supersticiones, el año entero sería para ella de tristeza y abandono

Experimentaba el loco deseo de ver a alguien, desear a cualquiera un feliz año, y con el corazón enviéle a él un voto ferviente de que la ventura lo acompañase. (p. 63-65)

Anexo 1.3

Al costado derecho de la Plaza Yungay, en una casa con gran fondo que hoy han dividido en dos, habitaba desde seis años la familia Caracuel López, perteneciendo, merced a su ancha posición, a lo mejorcito de aquel barrio que, por sus costumbres y su independencia federalista, constituye un pueblo aparte en la vida de la capital. Don Absalón ocupaba un alto puesto en la Sección Extranjera del Correo, ganga con que en el 91 recompensaban los **Opositores** la adhesión de esos empleados que traicionaron a Balmaceda, husmeando su caída, y ya una vez el Directorio de la Comuna quiso apoyarlo para que presentase su candidatura quiso apoyarlo para que presentase su candidatura municipal; confianza respetuosa que agradeció a sus convecinos, pero que modestamente negóse a aceptar, ya que, a despecho de su popularidad, le demandaría desembolsos, pues ni los votos se dan por patriotismo, ni los electores autónomos tendrán fuerzas para llegar hasta las urnas si no van lastreados con cerveza y sándwichs.

Misiá Pepa vivía de las pequeñas intrigas y comadreos que enemistan a las diversas familias del barrio. Algunas afirman en sus pergaminos el que el cura las visita. Otras (tales como las Rodríguez Verdugo) son relegadas injustamente, al **medio pelo**, solo porque las niñas ni tienen sino dos vestidos que lucir en las retretas del sábado, y como son casi gemelas, se turnan llevando una noche el traje rosado la mayor y la menor el celeste, y a la semana venidera la mayor el celeste y la menor el rosado; estos es querer mixtificar a los honrados vecinos, y por esa única causa, las niñas Rodríguez Verdugo son miradas en menos y tenidas entre ojos por la verdadera **high life** yungayina.

Martita Caracuel y López, el orgullo de la familia, a pesar de sus dengues y sus desprecios, tuvo fama de **polola** entre los elegantes de la localidad, y no fueron pocos los ramos de claveles y los pellizcos (sistema amoroso cuya propiedad exclusiva pertenece al barrio) que recibió de distintos adoradores en su no muy breve soltería. La niña rabiaba para casarse, y cuando pescó a Arturo Velázquez, un calavera que pasábase jugando en el “**Casino Yungay**” (porque Yungay tiene su casino como toda metrópoli, donde se vende cerveza doble, limonada al natural y dulces chilenos petrificados) no quiso soltarlo, a pesar de los consejos de su papá. Apoyada por su madre, de la cual hacía cera y pabilo, encaprichóse hasta creerse enamoradísima; se dejó de frescuras, y, todos los sábados, los concurrentes a la retreta, gozaron el sabroso espectáculo de ver pasearse a la desdeñosa aristócrata, sin quitar la vista de sus fututo, materialmente enganchada a sus verdes ojos.

Estas retretas presentan un aspecto provinciano para los verdaderos santiaguinos que, de puro ociosos y aburridos, suelen emigrar a esa aldea salvaje, desde la capital propiamente dicha, que ellos circunscriben en dos cuadras a la redonda de los portales y la Plaza Independencia; pero, en realidad, son encantadoras.

Cualquier extranjero al barrio, se hace notar por su desembarazo de maneras y su sencillo vestir, al lado de la afectación cursi de las **jeunesse doree yungayina**, y en cuanto a las infelices señoras que, ignorantes de las costumbres bárbaras de aquellas gentes, tuvieran la desgracia de ir con sombrero a la Plaza, serían, sin escapatoria, objetos de irrisión y escándalo. ¿Por qué...? Solo porque las naturales de allí se pasean a cabeza descubierta, indiferentemente con “chasquilla2 o con “moño japonés, como pudieran hacerlo por la acera de su casa.

Las colas de los vestidos que levantan densas polvaredas, unidas al escaso alumbrado, dan un aspecto peculiar a esa concurrencia, quien siguiendo sabe Dios qué misteriosa moda, llena un solo costado del paseo. El rumbo del gran mundo yungayino es esa cuadra única: arriba y abajo, abajo y arriba. Y, mientras la charanga militar ejecuta **En un tiempo feliz...** o bien **Olas que al llegar...**, oprimiendo con sus notas quejumbrosas el romántico corazón de esas “Julietas” rurales, los otros tres costados permanecen desiertos en absoluto, propicios al amor libre de la mesocracia y sobre todo de los plebeyos.

Los **dandys** hacen calle a las damas, parados en fila, y, dándose aire en el estío con sus abaniquitos **Murray y Lamman** o **Emulsión Scott**, les dirigen un repertorio de galanterías arrebatadoras: -“Dios la guarde”. -“Que requetebonita!” -“¡Ninfa!” u otras de orden semigastronómico: -“Me la comería”. -“Calme mi sed de amor”. -“¡Qué dulces son sus ojos!” Ellas sonrían, los bajan ruborosas, mirándose la punta del no muy pequeño pie, y, a la vuelta, vuelta a empezar.

Mariquita Caracuel se volvía loca por esas sabatinas. Como estudió en el luminoso ejemplo de su hermana primogénita y como sus dignos progenitores la consentían (ignorando la causa que tuviesen para ello), llegó a figurarse que lo natural era que las chiquillas ocuparan su vida pololeando, y, difícilmente, a su edad, podría encontrarse una chiquilla más **chinchosa** y más **templada**. En el liceo Amunátegui sucedían reyertas diarias por ella, verdaderos torneos en que muchos y esforzados amadores trataban de asegurarse a moquete limpio, la preferencia en el corazón de su **prenda**.

La fama de sus hermanas prestaba cierto prestigio a Daniel, quien igualmente, con su apellido, su primer año de leyes, sus veinte años de edad, su prólogo de bigote, y la suerte loca que gozaba entre las sirvientas de mano, hacía suspirar en lo más íntimo a muchas señoritas solteras.

Todos los jóvenes notables del distrito eran amigos suyos; rodeábanlo, agasajándole, para contagiarse de su buena estrella, y cuando desfilaba triunfalmente escoltado por Joaquín Rodríguez Verdugo (**amateur** de poeta que algunos de sus compañeros consideran como la más frondosa esperanza de América) y Desiderio Botarro, “A. de Botar” (nuestro decadente conterráneo que parece, por su melena, hijo putativo de Bécquer, a quién dedicó Rodríguez en **Peñolas y Cuartillas**, periódico doméstico, un soneto, llamándole “Intelectual poeta”), semejaría, a poco fantasear, un príncipe florentino, rodeado por su corte de vates. Hasta la Cruz, dueño de la cantina, aventuróse más de una vez, al extremo de abrirle cuenta por dos pesos máximum, crédito que sólo obtenían los mayorazgos de familias muy relacionadas.

Esto y aquello y lo de más allá, le dieron a nuestro héroe un aplomo y un atrevimiento singulares a sus años.

El domingo sí es alegre en Yungay, con un sano regocijo de villorrio en descanso.

A la puerta de las casas se ve a los chiquitines, vestidos del concho del baúl; los grandes; los grandes lazos de sus corbatas tornasolan a la luz, semejando a las de picaflores, y sus bastoncitos golpean impacientes, apurando a las mamás que, después de haberlos trajeado, se arrelingan y emperifollan de carrera.

Una procesión de mujeres, vestidas de luto, cubiertas por el “velo de monja”, no tardan en invadir las calles. Parecen así, vistas por conjuntos, órdenes de religiosas caminando a sus oficios; todas levan grandes rosarios que golpean al andar, como las cadenillas ciliciarias.

En la parroquia, después que repicaron la tercera **seña**, empiezan a **dejar**.

San Saturnino con sus muros de ladrillo al descubierto y su gradería de mármol blanco, semeja un antiguo castillo, y la idea se completa, ya que pudiera ser su parque esa plaza, tan natural, tan fresca, tan verde, ¡tan encantadora... a pesar de su ridículo tabladillo, de su grotesco pedestal al “Roto”, de su **boj** desaparejo, de sus árboles a la buena de Dios... o tal vez por ello mismo!

La gente llena los bancos: hombres graves y muchachos festivos, revisando diarios con el cigarrillo en la boca, establecen allí su salón de lectura y su **fumoir**, en tanto que los vendedores de periódicos apuestan carreras. Cubriendo el acantilado de la iglesia están los santeros con sus

imágenes y escapularios. Frente, en el medio de la calle, los rifadores de barquillos y sus cambuchos cilíndricos pintados de rojo; los dulceros con sus delantales blancos, sus manteles blancos, y sus plumeritos papel volantín: ahí, a sus pocillos de loza, convertidos en cajas de fondos, van a parar los ahorros que reúne en una semana el colegial, y con un fúnebre sonido de despedida, caen los quintos dados por el abuelito como un premio a la dedicación en la escuela, a la buena conducta en la casa.

Pronto se entra al templo, claro y alegre en la esbelta elegancia de su estilo gótico; iluminado rabiosamente por altas ventanas ojivales con vidrieras policromas que durante la noche, al fulgor taciturno de los lampadarios, tan pronto se incendian rojizamente sobre las calles oscuras, como apáganse en vaguedades de violeta, cual si encerrasen el misterio de una leyenda medieval. Allí sobre los cristales emplomados, se transparentan en pintura los apóstoles coloradotes y las vírgenes anémicas, sosteniendo enormes báculos o pequeñas palmas de un martirio; sirve de pedestal a la desproporcionada figura un edificio de muñecas liliputienses, que, por su atrio y su media naranja, debe ser, cuando menos, la basílica de San Pedro, complemento invariable de cualquier **vitraux** eclesiástico.

Presidiendo la nave grande de San Saturnino, brilla el altar con la hermosa torre plateada de su tabernáculo, y, a ambos costados, el del **Señor de la Buena Esperanza** y el del patrón del curato, desnudo hasta medio cuerpo, inhumano de moretones y cardenales, con una inmensa aureola que simula el armazón de un paraguas. La misa empieza. Los fieles, de rodillas ante las hileras blancas, ya oran... ya fingen orar. Apoyado en las columnas abigarradas, llenas de arabescos, domina uno que otro joven que mira un confesionario, o más allá aún, donde debe hincarse una penitente jovencita quien por encima del “Manual” le atisbará amorosamente, atendiendo más al corte de su **jaquet** que a las ceremonias y latinazos del sacerdote. Afuera, cerca de la pila de agua bendita, están los tipos, los que hincan una rodilla en el pañuelito perfumado, los que cuidan de remangar el pantalón para que se luzca el calcetín de seda negra y filete rojo. Ellos cuchichean siempre, burlándose del huaso que con su poncho tricolor, amén de su pañuelo de hierbas en la cabeza, se golpea el pecho a puñadas, grita sus oraciones. Sus **¡mair de Dio!** les hace reír, como ríen del remendón que cumple aquello de: “En casa del herrero, cuchillo de palo”, con mostrar la planta del pie por los ventiladores de la suela; pero, ¡pueden bromearse cuanto quieran! Ambos no reparan en ello, pues que rezan sencillamente con fervor ingenuo. Mientras tanto, junto al baptisterio, las damas murmuran de un reclinatorio al otro su obligada **pela** a fulano o zutana, volando las vocecillas fingidas, como flechas ponzoñosas escapadas del divino arco de los labios, y en el silente misticismo del santuario bañado de inhalaciones de incienso –un perfume mareante que adormeciendo transporta a singulares éxtasis-, tienen extraño eco sus carcajadas diabólicas, contenidas por el encaje del pañuelo. Sin embargo, como acaban de cambiar el misal al lado del evangelio, hombres y mujeres se ponen de pie para no incurri en desgracia con el señor cura.

Resoplando a toda la orquestación de sus registros, en el armonium se suceden variadas meditaciones religiosas que deben ser muy tristes, pero que acá cosquillean las piernas cogiendo un zandungero tiempo de polca, para probar que nada guarda seriedad en la risueña atmósfera de esta parroquia. ¡Bien quisieran algunos reconcentrarse, más allí todo bulle, desde el rayo del sol que traspasa las vidrieras, y donde valsan grimillones de microbios irreverentes, hasta el grito de los suplementeros que anuncian en la plaza **La Ley**, precisamente por estar excomulgada, y el **¡ti-rrri-rrin!** De las monedas al caer en el platillo de cristal que pasea por las naves, el auriga del

señor cura, convertido los domingos en pordiosero... ¡Pobre Eleodoro! relavado, con el pelo relumbroso de aceite, trasciende, no obstante, a heno y bandolina, a guano y agua florida.

Aguarda la repartición del pan divino y no se separa del comulgatorio, la vieja fanática, besucona de suelos, enemiga de **judíos** que sólo doblan una rodilla en los momentos de **alzar**. Más allá sigue el viejecito meticuloso, preocupado de sacudir el pantalón después de hincarse; la costurera endomingada; el tosedor infatigable, el bobo cuyos ojos vagan de la cúpula tachonada de estrellitas negruzcas como arañas, al piso, del altar ala puerta, convertida al abrirse, en un boquete de claridad; la madre que entre oración y oración da –para obligarla a atender- pellizcos subrepticios a su chica distraída; la guagua, chupa y chupa alfeñiques, sentadita en una punta de la alfombra; al galopín mañoso, entreteniéndose en clavarle alfileres a las beatas y apabullar sombreros; luego, el soldado de guantes blancos; el ricachón, pródigo en protectores saludos a derecha e izquierda; el trasnochador que cabecea; el borracho, alegrado con la mona, fiel compañera hasta el martes... y desde allí hasta el sábado; el observador indiferente... ¡En fin, toda esa anónima y heterogénea multitud, reunida ahí por la fuerza de la tradición, para rezar piadosa por sus necesidades o burlarse de la fe de los demás!

La misa ha concluido. Muchos se apresuran a salir porque el párroco sermonea de lo lindo a su grey. La gente arremolínase. Los niños compran dulce; las devotas, ramos de flores para cualquier **manda**. Frente a los canarios agoreros, rodeando al español que grita: –“a la suerte sacada por los pajaritos! ¡Un cinco, sólo un cinco!”-, los feligreses se codean, empujan, por ver al avecilla salir de la jaula y escarbar con el pico entre los boletos, para extraer uno que recibe con mano temblorosa quien consulta al oráculo. Ahí está la mujer del pueblo asegurando que aquellas profecías se cumplen al pie de la letra:

-Vea, no más: antes de casarme saqué la ventura seis veces, faltó una para el planeta; todas decían lo mismo: “Harás vida un año con tu marido, te dejará con familia, por una comadre traicionera, pero volverá al cabo de mucho tiempo”. Y me ha salido ciertito –concluye la infeliz, ingenuamente complacida.

¡Ah, nuestro pueblo! ¡Cómo palidece una muchacha silabeando la tarjetita azul que le escogió el canario!

“Tu amante te engaña. Te casarás... ¡para mayo!”

Fue en este barrio, en aquella casa, entre tal familia que iba a pasar Juana los dos o tres meses, mientras durase el veraneo de misiá Loreto. Después volvería la antigua existencia, los quehaceres diarios, los rezongos de la Socorro, la misa mayor... y sobre todo, volvería a verle a él; muy de tarde en tarde, pero a verlo, siquiera alguna vez.

¡Tres meses, son tan cortos! (p. 76-84)

Anexo 1.4

Con ninguna prisa, sin apartarse de la sombra de los árboles, rodearon el óvalo donde maniobran las tropas en septiembre, mientras la pampa de esa vasta elipse, caldeada por el sol, era un

desierto que, para acortar camino, seguían fatigosamente un hombre de manta roja y una chiquilla, quien arrastrando los pies, levantaba un tierral con sus zapatos.

Llegando a la laguna, por el puentecito pudieron pasar al islote. (...)

Los botes, al cruzar el agua resplandorosa del lago, imitaban con el golpe de sus remos un aleteo de monótona suavidad. Tendidos al borde, sobre una media pendiente, veían los trajes enfiestados de los bogadores, las sombrillas de las damas como grandes flores en un jardín flotante. Hasta esas rocas donde se albergaran, llegaban risas cortadas, chillidos nerviosos, y rieron de la ocurrencia de un pillastre que condujo su barquilla, precisamente debajo del juego de agua y ahí la inmovilizó unos minutos, mientras sus tripulantes se sometían a la impotencia, guareciéndose bajo los quitasoles, de aquel inesperado baño de lluvia.

(...)

Eran las cuatro y media y aún no hacía once. Desplegaron sobre el césped las servilletas que servirían de mantel. Galantemente se cambiaban aceitunas o bocados de jamón, en la punta de los tenedores.

(...)

Vació el canasto hasta el fondo, lanzaron al agua los mendrugos de pan, las cáscaras de queso, el huesito de las aceitunas, que hacían surcos, agrandados en ondas, hasta lo infinito. El vino lo concluyeron, él arrojó solemnemente unas gotas a los ojos de su huésped, asegurando que eso era bautizo de regocijo.

Ya se ponía el sol, ardiendo como brasas las nieves en los picachos de la cordillera, cuando se decidieron a pasar al continente. Una campanita distante tocó la oración. Por las desiertas avenidas corrían silenciosamente las victorias, los dog-carts, en cuyos cojines se apoltronaban aristócratas, arrojando bocanadas de humo. Saludaron ceremoniosamente a unas damas copetonas, y en tanto el coche perdíase bajo los árboles, las risas de la pareja parecieron perseguirle.

Las densas masas del follaje, que participaban de los colores del cielo, apenas permitían adivinar, recostándose en cerros, tras de los que se ocultó el sol, como una centelleante custodia de fuego. Sobre ellos, antes que dominase en todo lo alto el celeste palio, repetíase el morado, esta vez casi carmesí, resplandeciendo en toda su extensión una aislada estrellita verde.

(...)

Iban por un camino bien solo. Un ciclista acababa de adelantarlos, y los rumores del paseo llegaban traídos por el eco. Como soñando habló sin interrumpirse... (...)

Apoyada en un árbol, de espaldas a la cordillera cuyas nieves se apagaban en la inmensa serenidad del crepúsculo, Juana lloró silenciosamente, oyendo como algo lejano, los insultos de su amante. Arriba la victoriosa bandera azul se desplegaba, conquistaba el espacio, obligando a la áurea lontananza a refugiarse tras la mancha pizarra de los cerros, y ciñendo de una larga banda esa extensión carmesí, que ya empalidecía, pero donde brillaba, cada vez con más intensidad, el diáfano solitario.

(...)

Pasó velozmente otro carruaje con los faroles encendidos, porque ya la noche se dejaba caer encima. La luz se sumergía, embebíase en aquel creciente misterio de sombras. Solo vagaban a lo largo de los caminos, náufragos retazos de una claridad lívida, enredándose en jirones a las ramas oblicuas de los árboles. Las primeras tinieblas de la noche hacían invisible el rostro del hombre; mientras que ella, de cara a la última fulguración del sol, parecía vestirse con la impalpable vaga túnica de toda la blancura que aún flotase. Risas discretas partían de varios senderos y de la laguna, donde quedaban algunos navegantes intrépidos.

-¡Mira que se hace tarde! –gritaron desde el muelle.

Los de la chalupa entonaban una barcarola.

¡Oh, que triste,

Qué salada

Es la espuma

De la mar!

(...)

Por el canasto tuvieron que subirse a la imperial. En el firmamento despuntaban ya centillones de estrellas. Alrededor de ellos se hacían proyectos alegres o repetíanse chistes con la voz fatigada de los que habiéndose divertido mucho ya no tienen fuerza para reírse... ¡Pequeña baraúnda, un poco melancólica, con que los obreros se despiden del breve domingo para recomenzar su larga semana de trabajo. (p. 143-149)

Anexo 1.5

Bibelot porfiaba que el aspecto de la ciudad era distinto por la mañana, y debía creer que todos despertaban recién o que el alba acababa de despuntar, sólo porque ella tuvo el heroísmo de levantarse antes de las diez para acompañar al centro a Juana. Ambas vestidas de negro, pareciendo, bajo sus mantos, dos beatitas un poco mundanas.

(...)

Después daban una vuelta por el portal, por la calle de Huérfanos, por...

-Como hoy es sábado, pasea tanta gente, que no está lejos que nos topemos con Lavalle.

Juana, sintiendo vergüenza de esta exhibición, pensó que fuera mejor no lucirse, mas temía contradecir a Bibelot...

(...)

-Fíjate en el vestido azul de la señora que va por la otra vereda.

(...)

Bajaron por Agustinas dejando tras ellas la masa verde y los rojos ladrillos de fortaleza del cerro Santa Lucía. Delante la angosta calle se ensanchó, frente al Teatro Municipal, en una plazoleta ceñida por cadenas, donde grandes cartelones anunciaban para esa noche el estreno de la Gabbi con **Mefistófeles**.

(...)

-Este es San Agustín, donde antes hacían la misa de una, a la moda –dijo Bibelot, deteniéndose a señalar el templo-. Pasemos por la sombrerería de la calle Estado y después doblamos para la Casa Francesa.

Cuando se desocuparon de sus compras, condujo Bibelot a Juana a esa cuadra de joyerías y grandes tiendas donde se da cita mañana y tarde la **crème** santiaguina. Eran las once, hora sacramental del paseo y del aperitivo, y mientras su acera norte se hacía estrecha para contener a las señoritas vestidas de trajes mañaneros, que se apartaban con asco visible de las dos mujerzuelas, y los grupos de elegantes que recorrían la manzana, satisfechos de ser bonitos obstruyendo también los umbrales de **Kirsinger** y **Garreaud**, la del frente se llenaba con el murmullo de pajarera desbordado de **lo de Gagé**, restaurante profano, alegre de todos los tiempos, que fue **rendez-vous** de conspiradores durante la Revolución y que parece una **cocotte** entre dos viejos verdes: el Banco de Chile, donde salen o entran gentes atareadísimas, y el vetusto caserón del obispo Larraín Gandarillas, muestra en pie de esa sólida arquitectura colonial.

-¿Viste aquéllas que nos miraron de alto abajo? Las conozco, porque Tiberio suele visitarlas. Son de esa medio aseñoradas que, bajo el amparo de la mamá, reciben hombres para poder vivir; pero como no se dejan más que abrazar y besar, tienen derecho a despreciarnos. No es raro que una de éstas se case bien; ¡se está viendo todos los días, pues son las que se llevan la suerte!

Al atravesar triunfalmente entre los grupos, no dejó Bibelot de recibir saludos y manotones. – ¡Adiós, valiente! -¿Cómo te fue con la Cristina la otra noche?- Todos se hacían un honor en conocerla, sonrientes y orgullosos, fatuos de vicio, si a su vez eran reconocidos. Sin embargo, la compañía de Juana obscureció algo su triunfo, pues desde la figurita caprichosa y desenfadada de la muñeca japonesa, las miradas furtivas fueron a detenerse en esa niña alta y esbelta. Su aire de distinción, sus manos aristocráticas, aquellos rebeldes rizos rubios que desbordaban del manto, sobre la frente pensativa y blanca, la pureza de los celestes ojos, la sonrisa de cortedad de los labios frescos, la nariz fina, un poco transparente, hasta el temblor nervioso que levantaba las cejas, cerca de las sienas lechosas surcadas por venitas azulejas, todo era aquilatado en su justo mérito.

-¡Mira, hombre, aguaita! Hay que ir donde la Adalguisa.

-Si yo la vi en noches pasadas; pero el segundo alcalde tuvo el monopolio... Parece nueva...

-¿Cómo se llama?

-¡Quién sabe, pues, hombre!

Debía ser una imagen de su vida mundana, esa rápida vuelta, a través del Santiago elegante que no se dignaba reparar en ella sino para despreciarla; entre el insolente cuchicheo de los libertinos, quienes se preocuparon apenas en averiguar su nombre, seguros de su fácil posesión. Desde ese momento hasta el fin, fue esclava de la corte de amadores que iba reclutando su pobre hermosura, y el efímero recuerdo que de su paso por el centro **quedó** en aquellos calaveras, es el mismo que ha dejado al cruzar la existencia.

Habían torcido por Ahumada y entraron al portal. Bibelot miró el reloj de la Intendencia:

-Las once y media. Daremos esta vuelta no más; cortamos por el pasaje Matte a comprar guantes y después podríamos descansar en el Casino.

Las ventas de flores y frutas se sucedían a lo largo del Fernández Concha, embalsamando la atmósfera en una confusión de olores: vaguedades de violetas precoces, las primeras de la estación, agrio de piña, fuertes amargos de los crisantemos que se erguían sacudiendo al viento su flecadura exótica. Se fabricaban también liras de botones de tosa, tal vez para alguna bailarina, y Juana no pudo resistir a comprarse un ramillete.

-Tiene facha de señorita –dijo el vendedor a un gomoso, mirándola alejarse.

-Sí, fíate no más. ¡Cuando menos habrá estado en el hospital! Estas que empiezas más temprano son las más culpables de que ande mal el setenta por ciento de los hombres.

En la continuada galería de espejos, Juana se contempló infantilmente, pareciéndole que no era suya esa imagen que le asomaba al paso. Veía en aquella una desconocida altivez, algo como amargo gesto de revancha que desafiaba a los insolentes, manteniéndola erguida junto a su compañera.

(...)

-¿Vamos a tomar helados?

Al entrar en el Casino, llevando de una mano a un chico, tal vez su nieto, y con la otra una espadita de juguete, salía un pulquérrimo veterano, con facha de Napoleón III después de Sedán y otros desastres.

-Adiós linda –murmuró al oído de Juana.

-¡Vean qué Matusalén! –dijo Bibelot, sentándose frente a una mesita de mármol-. Es capaz de volver a que le soples tu dirección. Estos son los que le encantan a la Juana (Cotapos)... ¿De qué tomas helados?

-De los que quiera.

-Dos bocados, José.

(...)

-Oiga, ¿tiene buen carácter mi tocaya?

-¿La mosquita muerta? –la muñequilla hizo como si concentrara sus ideas, y se largó a despellejarla-. ¡Esa era una hipocritona que hasta en su casa los engañaba! La creían una niña ejemplar, un santo mocarro, y de la noche a la mañana se las jugó en regla. Lavando sus platos o cosiendo la ropa del hermano, una vez reparó en que su madre no hacía otra cosa que golpearla y se detuvo a pensar en lo futuro. Aquello era caer de las brasas a las llamas, pues aun si tuviera suerte, lo más que podría esperar era casarse con un obrero, darle larga prole y seguir fregando ollas o zurciendo trapos sin otra retribución que una tanda de palos cada sábado, cuando el hombre volviese ebrio y sin jornal. Esto variaría al crecer los hijos, pues los hombrecitos, a emborracharse como el padre, a buscar esclava que los soporte, y las hembras, al barro detrás de alguien que les dé una tunda semanal. Así vio Juana Cotapos el porvenir, mientras contemplaba en un pedazo de espejo sus hermosos ojos, pensando que si fuese esa su existencia no había para qué tener unos ojos tan bonitos. Y como lo que viera del mundo por el agujero de la llave no la asustaba, largóse a rodar tierras, al principio con un cualquiera, luego lo despidió y se fue con otro, no tardando en hallar colocación. Pero seguía siendo solapada sin confiarse ni de su amiga Graciela. Hará carrera porque calcula, es avara, busca su conveniencia y no guarda escrúpulos ni cariño por nadie, ni por su hermano, que la quiso tanto. El está en la orquesta del Politeama... ¡Otro helado, José!

-¿Y la Graciela?

En dos rasgos quedó trazada la nueva biografía, porque era otra que tal. Vivía solita con su madre, atendiendo una cantina que pasaba llena de pijes. Ellos, despechados en sus pretensiones, le pusieron **la mujer de hielo**; pero de repente vino un fulano, más fogoso que los demás, derritió el hielo y voló con la mujer.

-Lo que yo no comprendo es por qué no quiso ir al hospital, aunque le avisaron que su madre, en las últimas, la llamaba. ¡Es muy orgullosa, llena de mitiquerías porque dice que tiene neurastenia y para distraerse canta, desde que amanece Dios, hasta que anochece...! Págate, José...! ¿Vamos?

Se arreglaron los mantos frente al espejo; Bibelot rechazó el vuelto con un gesto despreciativo:

-para cigarros, José.

Cuando salieron al portal, pasó un jovencito que las miró con mucha atención.

-Ese hostigoso que disimula la cojera, estuvo enamorado de mí, y le pasó una mano... Como es poeta me dijo que era primerizo en amores; yo lo consolé diciéndole que también era primeriza... ¿Observaste de qué manera lleva la corbata? Estos artistas andan desarreglados para hacer creer que no se preocupan de la tierra; pero yo no me la trago, porque viví con uno y sé que ese desorden fingido les cuesta más que nada.

Hacía rato que a Juana le preocupara el antojo de que pasasen a la Catedral un momento. Recién sonaba el cañonazo de las doce... Después de cotejar su relojito, Bibelot accedió:

(...)

Penetrando al templo helado y solitario, se arrodillaron sobre la tarima de un altar. En el fondo de la nave, bien distante, veíase la opuesta mampara de colores que da a la calle Bandera y que, al abrirse, dejaba entrar un golpe de luz. Juana trató de abismarse en la oración, pero no halló su piedad antigua; quiso llamar a Dios para que la socorriese, mas su corazón rebosante de amargura, no subió hasta El y ella pudo sentirlo vacío de fe... “Dios está en todas partes...” ¿se desdeñaba pues de habitar allí, ese Dios que por los humildes fue escarnecido en una cruz? ¿No sería que el tabernáculo santo estaba vacío también, y que, tras de esas celestes capas de éter que los pobres llaman cielo, tras ese enorme ojo azul que, ni llora sobre los desgraciados, ni se ilumina para consolarlos, no existe sino el vacío infinito, aterrador, que sólo es capaz de llenar el fantaseo infinito y el inagotable deseo de misterio que nace y muere con el ser humano?

Volvióse a media para observar envidiosa a Bibelot que cuchicheaba avemarías y padrenuestros, con un fervor nada fingido. Entonces trató de evocar su niñez, los domingos de antaño, y por primera ocasión acudió a su memoria el recuerdo del Ahijado; mezclaba aquel fantasma lejano con el incienso, los cantos, el órgano, el ruido de las campanas y la salida a la plaza hecha un mar de fuego al rojo blanco. Pero ninguna emoción subía a su garganta, ni ninguna lágrima acudió a sus ojos. ¡Qué sola quedaba sin esa fe llena de promesas, cuya esperanza consuela a los míseros y les hace soportable la vida! ¿Quién había agostado en su alma marchita esas únicas briznas refrescantes? ¿Qué le dejaron en cambio del pequeño oasis donde se refugiaba, si no era aridez y amargura? ¡Oh! ¡Maldito fuese quien abandonándola con sus dolores, extremó su crueldad hasta arrancarle la última ilusión, indudablemente la más loca de todas las ilusiones, pero también la más consoladora! (p. 212-223)

Anexo 1.6

El día de difuntos, Santiago entero va en romería a la Necrópolis. ¿Quién no tiene un muerto querido? ¡Oh! ¿Feliz ese que no ha visto alumbrar bajo su techo los cirios amarillos! Mas ¡Qué perpetuo sobresalto debe ser su existencia! La muerte ha sido clemente con él, pero la muerte, como la desgracia, también se encarniza y hiere por junto a los felices.

De todos los barrios acuden gentes hacia el barrio blanco. ¡Es la pascua de los muertos! Este día los arbustos son despojados de todas sus flores y las frías lápidas parecen florecer, humedecerse, aromarse. Sólo tienen flores vivas los jardines del camposanto, aunque nadie se atreve a arrancarlas, pues se han nutrido en fecundo seno de la muerte. Ante la morada de una doncella, florecen las acacias blancas. Oculta casi el nombre de un artista, un enmarañado matorral de rosas, rojas erizadas de espinas. Los naranjos dan azahares, junto al tálamo de una novia. En las junturas de la piedra que cubre a una buena vieja, la cual sufrió mucho, entre la indiferencia del mundo, brotan violetas. Se atropellan los **No me olvides** para embellecer el sepulcro de una madre y por todas partes muy mentirosas siempre vivas, irónico escarnio a la fragilidad humana.

¡Es la pascua de los muertos!

En cambio quedan otras tristes fosas, sobre las cuales no puede plantarse sino el árbol negro de la cruz, y todavía, para que el viento no lo derribe, los cardos tienen que apoyarlo. ¡Pobres tumbas, apartadas casi siempre en los extremos, en los rincones inexplorados, como si amasen aún la soledad y sintieran pudor de acercarse a los palacetes opulentos, a los pulidos mausoleos, a las sepulturas frecuentadas! Cuando más estas negras cruces sostienen en sus brazos una corona

seca. ¿Por qué no podría ser que la única criatura que hubiera preferido a todos ese rincón, durmiese ya en sitio lejano, sin tener siquiera sobre la Tierra que la abriga a ella, un despojo de flores marchitas que acusen un recuerdo olvidado por la vida, o un cariño extinguido por la muerte...? El cielo del norte, más piadoso, se encarga de cubrir aquellas tumbas con blancos copos de nieve. Heladas rosas, que representan un símbolo, un emblema...

En los alrededores del panteón, el negocio había levantado sus carpas para lucrar a merced de la devota procesión. Vendíanse empanadas, licores y mujeres; se oían cantos, ruidos de guitarras, y todos trataban de sumergir en la borrachera su conciencia, para desechar la angustia, las ideas lúgubres.

Naná traspasó la verja, arrastrada por esa avalancha humana que venía a turbar la quietud de la ciudad incommovible. ¡Cuanta irreverencia, cuánta falsedad y futilidad, cuánta pequeña miseria, lleva consigo hasta ese lugar mismo la multitud romera! Basta mirar las caras, para comprender el móvil de cada cual. Unos obedecían a **la moda**, otros a las apariencias, los más a la costumbre. Las muchachas miraban, esperando descubrir al **pololo** apostado en una esquina, tal vez junto a la casa solariega de sus mayores; las mujeres hermosas lucían su elegancia y su belleza; los viejos, con un triste mohín, eran como el chico a quien echan a acostar en medio de la fiesta y se acerca sin sueño a la cama, sintiendo que los otros sigan divirtiéndose; alguna viuda, aparatosamente inconsolable, acompañábale de cierto amigo que la ayudaba a transportar la corona, demasiado pesada, que trajo a su finado; alguna visita de ceremonia entró para dejar su tarjeta y volver a salir... Y todas las vanidades o pasiones, atravesaban con ruidosa insolencia esa puerta que, en un día irremisible, deberán cruzar perennemente calladas.

Naná trató de orientarse, pero aquella ciudad laberíntica, con sus calles a cordel y sus casa parecidas todas, o lo menos niveladas por la democracia de una cruz y un **Requiescat in pace**.

Se veía que aquella vagaba sin rumbo, buscando una persona que la guiase, parábase a leer las inscripciones, a admirar los adornos, las colgaduras de terciopelo franjeado de plata, las guirnaldas, las coronas, las flores deshojadas, con que ese mes, y particularmente ese día, se decoran los monumentos tubulares; seguía andando, tornaba a detenerse... Así desfilaron antes sus ojos nombres y nombres, casi todos de vivos, porque aquella por donde iba era una comuna nueva, de recientes construcciones, la de categoría, donde se reunían por un postrer orgullo, que divide en clases la misma república de la muerte, los apellidos que retumba juntos en las crónicas del gran mundo: Tocornal... Cerda y Ossa... Pereira Iñiguez... Valdés Cazotte... Riesco Errázuriz... los abonados a la ópera, las que llevan más costosos **toilettes** en los bailes, los oradores de banquetes, los miembros del Congreso, las damas de la beneficencia. En ese perpetuo carnaval que les exigía su alcurnia, en ese correr de mascarada en mascarada, arrastrando como cadena su propia pompa, tenían una sola previsión verdadera: la de disponer el lecho de paz donde, más tarde o más temprano, venir a dejarse caer, hastiados de farsas, rendidos de placeres... Y escrito con lápiz sobre una columna, era su **Consumatum est** aquel pensamiento que Naná descifró trabajosamente:

¡Oh, cuánta lucha con la suerte en guerra

Para hallar, cuando todo ha concluido,

Una mísera tumba que se cierra

Con un poco de tierra

Y otro poco de olvido...! (Isaías Gamboa)

[Un sepulturero le ofrece ayuda]

El calor era sofocante; los árboles quedaban largo tiempo inmóviles; solamente leve brisa venía a despertar las hojas amodorradas. Naná, de cuando en cuando, hacía alto para respirar y maquinalmente descifraba los epitafios: versos malos, versos cojos, versos necios; muy a lo lejos una que otra inscripción sentida.

JULIA URBISTONDO, DE 18 AÑOS

1870

Eso hablaba de una virgencita que las flores hicieron cautiva en la batalla de la Primavera, y a quién mantenían desde muchos octubres, cargada de cadenas olorosas. Pero lograba evadirse siempre que algún poeta se detuviera a leer su epitalamio funeral y resurgía perennemente joven, bella y amorosa, como si el tiempo-centinela, embriagado de perfumes, se hubiese dormido custodiando el calabozo:

Esta es la tumba de tierra

Que todo lo humano encierra,

¡Belleza, amor, juventud!

Cae en su abismo profundo

Lo frágil, lo que es del mundo;

¡Todo, menos la virtud!

¡Sí, eso era lo único que quedaba de tanta bambolla; lo que persistía a través del tiempo y de la muerte!

-Camínele, pues, señorita.

Las gentes daban su paseo por las avenidas plantadas de cipreses. Nuevo corso, como el de la Alameda o el del Parque. Un hombre, caso común, la rozó intencionalmente al pasar, pero lo raro es que a Naná no le fuese desconocido: ¿Dónde lo había visto? ¿En la tertulia...? No, no... ¿Quién era entonces...? Iba y venía el esquivo recuerdo... ¿Sería el vecino espiritista, aquel don Pedro González...?

El guarda la encaminaba siempre a través de la cosmópolis; luego llegaron a sus interminables muros acribillados de troneras que son nichos y siguieron recorriéndolos. ¡Cuán fría, cuán igual era aquella morada común, más triste si es posible que las demás, con sus diez mil comportamientos a medida distancia, muy vecinos por cierto! -¿Qué vecindad me tocará a mí? -

pensaba en tanto andaban a lo largo de ella. Y a Naná iba pareciéndole un enorme conventillo mortuorio.

[El caballero le dice que esta requebonita usted]

¡Cómo! ¿Hasta allí, donde venía a cumplir una santa obligación habían de perseguirla las brutalidades del hombre? ¿Qué maldición llevaba consigo para que lo que en todos se consienta y respeta –traer una flor a sus muertos- también se le negara? ¿Hasta el pie del nicho de Catalina debían acompañarla las palabras groseras y las proposiciones infames?

[No estaba en el 368 por el paso del tiempo]

Naná reanudó su marcha. Era tarde ya. A lo lejos, un reloj de torre tocaba las siete, las vibraciones nadaban, se expandían en ondas, dilatábanse hasta el confín, como los círculos progresivos que se ensanchan en el agua donde ha caído una piedra... Casi era mejor que volviera otro día. Continuó adelante, sin embargo. Por ese lado, el camposanto estaba desierto, y no había un alma cuando arribó al potrero de los pobres de solemnidad, apartado de los demás como un cementerio de leprosos.

Penetró, entonces, llegándose al fondo, donde están las fosas rellenas, con una simple cruz; ni flores ni nada, ni siemprevivas, ni cardos. ¡Nada más que el fatal árbol de la cruz que arraiga en toda tierra por estéril que resulte, en todo Gólgota, por árido y abrupto que parezca...! ¡Para fortalecerse no pide sino un riego de lágrimas o de sangre... indistintamente!

¡Una... dos... diez... veinte cruces! Veinte agujeros llenos hasta el topo (sólo uno descubierto aún, esperaba que lo completasen, dibujándose el bulto de los cadáveres bajo una capa gris de tierra), y luego, otros maderos santos y otros hoyos. Catalina, confundida con todos los infortunados, estaba en alguno de esos resumideros, de esos basurales humanos donde sobrenadaban flacas tibias y una que otra calavera de cuencas vacías y nariz mutilada, con mandíbula idiota y dentadura floja.

Cráneos amarillentos, pelados huesos ¡he ahí la belleza física, los modelos del filósofo escultor que desecando el lago insondable de esos ojos donde tantas almas se suicidan, poniendo igual mueca en las bocas dolorosas o sonrientes, raspando las cabelleras brunas o rubias, las manos blancas y finas, acariciadoras o místicas, se complace en igualarlo todo, en volverlo **a la sola expresión verdadera**. ¡Nada de narices griegas, labios frescos, ni formas impecables! Su furioso cincel las desbastas y, al convertirlas en polvo sutil que el viento más perezoso levantaría, es como si tomase revancha de la carne soberbia que gobierna al mundo.

En el firmamento chispeaban las primeras estrellas. Naná se arrodilló y mientras oraba una oración desconocida a un Dios que no es de todos, sino infinitamente más grande por ser de paz, de misericordia y de justicia, esparcía sobre las fosas, con movimientos amplios de sembrador, su fresca cosecha de violetas, perfumando con unas cuantas flores la hediondez repugnante de esos despojos humanos. Era aquella la playa de la vida. Cuanto resto de naufragio arroja la ola, estaba allí, asilado, revuelto y anónimo, y sobre ellos lanzaba Naná sus flores azules, arrancándolas a manojos de la corona. Recuerdo en común que hacía una mísera, de todos los miserables igualados en la definitiva promiscuidad del polvo.

Llegaba ya la noche, las sombras se descolgaban para encortinar la tierra. Se puso de pie entonces y bajo el despertar parpadeante de los astros que exploran el vacío con sus indiferentes pupilas luminosas, rodeada por el silencio que engrandecía la soledad, pronunció en su corazón las últimas palabras de la plegaria.

(...)

Como sombra de las sombras salió de aquel recinto, volviendo a deslizarse a lo largo de la pared de nichos. Conservaba en sus manos unas cuantas violetas y ya no sentía ni la noche que le echaba sobre sus hombros su manto de tinieblas, ni el miedo a la muerte que antes la martirizara. La temible era la vida que le aguardaba afuera, pero salía a afrontarla, confortada y serena, después de su plegaria inmensa.

Para desandar el camino bajó por la misma calle de nichos, tratando de distinguir sus letreros. La luna llena, apareciendo tras los cerros de la costa, fue el enorme lampadario de plata que manos invisibles empezaron a suspender sobre la bóveda azul del camposanto, tachonada por las cabezas refulgentes de innumerables clavos de diamante; a su luz difusa, como de amanecer, que amortaja el paisaje, descifrábanse apenas los nombres. En lo lejano, la salmodia quejumbrosa de las ranas, con su voz cantante y sus masas corales, evidenciaba el sombrío mutismo de la noche, que parecía premeditar o esperar algo. Casi instintivamente se detuvo... Sí, allí era... “Juana Lucero...” allí era.

[Despedida de su yo anterior]

Atravesó todo el plantío de las cruces en cuyas hendiduras juegan al escondite fuegos fatuos, cual pequeñas almas infantiles. Tras ella la luna se elevaba cada vez más, persiguiéndola de cerca. Su lividez azulosa, sacando de sombras al vasto cementerio, prestábale la desolación de una estepa nevada y solitaria.

Sobre la arenilla luciente, el calvario que protegía un crucero dibujaba una silueta de horca. Apresuró el paso... había visto algunas formas que huían... un guardián la miró con sospecha... iban a cerrar ya; la muchedumbre se había ido y sólo quedaban algunos rezagados; sin embargo, en un banco pudo percibir una pareja de amantes unidos estrechamente.

El viento estaba quieto; con impregnación de rosas frescas la atmósfera, y producía mareos el penetrante olor de los naranjos en azahar, entre cuyo follaje había aleteos y graznidos. Pero nada de eso turbaba la severa expectación del gran silencio. Jadeante se detuvo un momento. A lo lejos, parecía rezo de viuda el gorgoreo del agua. Reuniendo sus fuerzas siguió su ruta casi a la carrera.

Ahora estaba en el distrito aristocrático. Bajo el místico resplandor del plenilunio, entre las negras alamedas, los mármoles y los senderos adquirían en su helada blancura, el misterio de una fantástica ciudad vista en los sueños.

Sobre los palacios mudos y las tumbas anónimas, la Virgen de la Compañía, con los brazos extendidos hacia los abismos impenetrables, alzaba acaso una imprecación religiosa, implorando redención para todos los martirios, justicia para todas las víctimas, consuelo para todos los dolores.

En el amplio firmamento, aquel bronce se destacaba gigantesco, como una angustia infinita, como una plegaria inmensa, como una esperanza eterna de toda esa humanidad que dormía confundida en el polvo, pero que en un tiempo alimentó también amores o sufrimientos.

Y chocaba que aquella augusta imagen arrojara espectro funesto, proyectando sobre el esplendor del camino la odiosa sombra de un enorme vampiro con las alas abiertas.

Naná pisó sobre él, llena de terror sagrado. (p. 260-271)

Anexo 2 – Palpitaciones de vida (Fernando Santiván – ed.1969)

Anexo 2.1 Primavera

Él pareció no oír estas palabras i siguió abstraído delante de la ventana mirando con atencion el desfile de los transeúntes en la acera próxima, el tráfico de los carruajes i jinetes sobre el asfaltado pavimento de la calle i el mas lejano trajin bajo la majestad de los retorcidos olmos de la alameda. (p. 137)

Mientras tanto, el miraba ávido lo que pasaba en el exterior. Americanos con los cristales corridos, limpios como si tuvieran profundidad de lagos en su reflejar sereno; coupées lijeros, hundidos en sus propios muelles, dando impresion de blandura, de recojimiento, i junto a estos elegantes carruajes, otros mas democráticos; los coches de plaza, derrengados, maltrechos, con rocines flacos i súcios; carretelas, carritos de mano, todos mezclándose con apresuramiento febril, deslizándose unos junto a otros sin rozarse siquiera. De vez en cuando cruzaba tambien un tranvía repleto de jente o un automóvil trompeteando i escurriendo su ágil coraza de reptil a traves del jeneral movimiento.

Santiago a la caída de una tarde de invierno. Este Santiago que parece mas intenso, mas concentrado que en otras ocasiones, talvez por la irrupción que hacen en él los artistas de lejanas tierras, que vienen a dejar en nuestro ambiente un poco del pensamiento o la vibracion de hombres de otros cielos, o talvez porque las jentes, al arrojarse, del frio parecen vivir mas en sí mismos.

A Marco Antonio le gustaba esta mareadora batahola de gran ciudad que se percibia en las tardes a traves de los cristales desde el abrigado gabinete i no pareció dispuesto a ceder a las repetidas instancias de su mujer. (p. 138-139)

“movimiento febroso de la alameda” (p. 141)

Afuera, en la alameda, habian ido ensombreciéndose poco a poco los colores, i algunas luces comenzaban a apuntar en la oscuridad naciente. A lo lejos, se veian las pupilas de fuego, de los coches, que se aproximaban vacilando i agrandándose, mientras los transeúntes cruzaban presurosos bajo los arboles ajigantados por la sombra (p. 147).

se oía en la calle el traqueteo sordo del trotar de los caballos cocheros i un rumor mas grande, mas poderoso, aunque mas vago: el hervidero humano de la ciudad... (p. 149)

Anexo 2.2 Días grises

Por fin el cura los llama desde la capilla. Es pequeña, sombría i misteriosa. Los mismos vidrios de colores que en la galería, en una pequeña claraboya del techo, dejan penetrar la indecisa luz del crepúsculo. Hai angulosidades suaves, muebles viejos, de barniz oscuro, todo bañado en penumbra de reposo i con un tenue perfume que no se sabría decir si proviene de los muebles, de restos de incienso o de ese leve perfume que dejan las mujeres a su paso. (152)

La capital misma, con su traqueteo mareador, sin duda iba a influir desastrosamente en su ánimo. El contacto obligado con las jentes, los convencionalismos, el natural embarazo del que ha pasado largo tiempo calzando zapatos ferrados i sombrero de corcho, todo contribuiría a desorientarlo i empedalearlo. (p.160)

Anexo 2.3 El amor al campo

-No, jóven... La ciudad es un producto de la civilización. Si no hubieran ciudades ¿qué sería de nosotros? ¡Estaríamos como en el tiempo de los salvajes, amigo mio!.. Tenemos teatros, paseos, comercio, industrias ¿que nos falta? ... ¡I se pasa aquí tan bien! ... Mire Ud. este lujo, esta elegancia, este refinamiento! ¡Quiere usted buena música?... ¿quiere usted charla sensata, alegre, correcta? ¿quiere usted buenas maneras? (p. 191-192)

Un dia me contó qué él i sus “amigos” habian cojido en la noche anterior una borrachera de champagne. “¡Eso sí que se llamaba gozar! Comida de treinta cubiertos, una cantidad de platos con nombres raros i rios de vino jeneroso!”...

-Por lo demás, el campo, joven -me decía- Es aburridor, tonto. No comprendo como puede usted pasar la vida soñando con irse a vejetar en una mala casucha, rodeado de arboles i de insectos dañinos. Ir de veraneo, pase...Sobretudo, cuando nos acompañan muchachas bonitas, buenos compañeros. ¡Pero irse a vivir al campo! ¿Que haría usted por las noches en que no cruza un alma por los caminos? ¿leer?. . . ¡pisch!. . . ¡I el invierno, i los dias de lluvia!. . . Solo en pensarlo me hace bostezar, amigo! (p. 193)

-Si, abomino de la ciudad... es una maldita vida la de ciudad.

Mi amigo se detuvo, estupefacto. Sin duda que no podía comprender semejante absurdo. ¡Aborrecer todo lo bello, todo lo amable de la existencia!

-¿Se ha vuelto loco? habla usted en serio?

-¡En serio!

Entonces, por primera Vez hablé de lo que ardía en mi contra la falta de aire, de horizontes, de sencillez, de grandeza, en las ciudades. Le espresé mi odio por esta superficialidad que flota en todo i por todo, este egoísmo creciente de las grandes poblaciones; el ansia por surjir, la pecha inconsiderada, salvaje, irracional. La corrupcion de los espíritus en una atmosfera malsana; el vicio, la molicie, la indiferencia, la crueldad creciendo a costa de los mas pobres, de la mayoría, de aquellos que no ven ni los teatros, ni los paseos, ni las suntuosas mansiones, ni las sectas, ni los buenos libros. No conocen las bellas mujeres, ni mucho menos saben del aire puro i de los amplios horizontes.

-I la ciudad es la culpa de todo. Ella es la que desarrolla la vanidad, la lujuria: todos los vicios! Ella la que nos quita la paz i el amor por los ideales puros... ¿La ciencia? ¿El progreso? No crecerían mas sanos en medio de los arboles i las flores, en una sola gran ciudad que se extendiese a través de todas las campiñas sin esta aglomeración de inquietudes i enfermedades? (p. 194-195)

Ciudadifobia (p. 196)

¡La adorable niña! Ella i yo éramos los caballeros andantes del amor, de la juventud, de la frescura campestre; los enemigos de la groseria, de la degradacion social i de los gordos satisfechos de champagne i de vicio! (p. 206)

Anexo 2.4 Pascua amarga

-“Que se puede esperar de la amistad i del amor? ¿No *es* todo una Falsedad con que se reviste el egoismo? ¡Si alguien sintiera verdadero interés por alguien! iverdadero interes! Pero cada cual vive para si mismo, para el goce de su espiritu. Tú me das tanto i yo te doi tanto. Tú me das afectos i te devuelvo afecto, o tú me das odio i te devuelvo cariño. Son los diversos disfraces...llamese amor, odio u abnegacion, nadie satisface otra cosa que su egoismo”. (p. 211)

Una vez en la calle caminó erguido i como medio ebrio por la novedad de su situación. Acercóse hasta un puesto de frutas i compró un ramo de claveles. ¡Para ella! Se lo ofrecería galantemente en cuanto la viera aparecer ... Entonces apresuró el paso. (p. 215)

Por las calles notábase una agitacion de Pascua; en las puertas de algunas casas pobres colgaban farolillos de papel i algunas jentes se agrupaban en la acera frente a las puertas. Un conocido, al pasar, le gritó: ¡adios, Sebastian! i éste se volvió apénas para responder al saludo... Un poco mas allá, como el trafico de las jentes le impidiera caminar aprisa, llamó un coche. (p. 216)

Irian por la Alameda, despacito, picoteando en los puestos de frutas una que otra cosa, pasarían luego por el centro a probar los helados de Camino, para terminar con un paseo en el Forestal.

La noche estaba deliciosa; de todas partes, al cruzar las calles, llegaban olores de albahaca i claveles, i ya en la Alameda, los olores de yerbas i frutas se hicieron mas intensos. Sebastian no sabia cómo marchaba, estirado junto a sus compañeras miraba en torno suyo, distraído, obligado a seguir el camino caprichoso de la marea de jente que pululaba entre las ventas al aire libre. Colgaban de los árboles cientos de farolillos, Como ojos de todos colores, mui abiertos, que miraran atropellarse aquella turba inquieta, sedienta de novedades.

Voceaban los vendedores sus mercancías olorosas: ¡los damascos, los pelados, los nísperos, las lúcumas, las chirimoyas!... Mas allá surjían voces broncas: ¡horchata con helados! ¡las piñas, las chirimoyas!

Era la fiesta de los frutos maduros. Madura el fruto de los rústicos de Nazareth, maduran los frutos de los árboles de climas templados ... ¿I los frutos de Sebastian? ¿que era de los frutos de Sebastian? Inclinábase este sobre la graciosa cabecita de su compañera para murmurar alguna que otra frase hueca, sin hallar qué hacerse de sus manos, i de su baston, i de todo su cuerpo raquífico de hortera trasplantado.

-Señorita, señorita...-murmuraba con el mismo tono meloso con que recomendaba sus trapos en el mostrador.

Al llegar a la calle Ahumada hubieron de trastornar parte del programa. Traficaba por allí ménos jente, pero era ésta mas curiosa, mas frívola i elegante, i como se comparasen secretamente ellos, tan inespertos, con estos otros, empaquetados i seguros de sí mismos, por acuerdo tácito se escabulleron por una calle estraviada para llegar directamente al Forestal.

Allí el efecto era sereno i magnífico. Rodeadas de tinieblas las aguas movibles se veian surcadas por las serpientes de fuego que proyectaban los farolillos de las embarcaciones. La gran lancha a vapor que pasea en torno de la laguna tenia luces de colores que subian, escalonadas, desde proa i popa hasta el tope del palo mayor. Un confuso murmullo se elevaba entre los paseantes agrupados en torno del pequeño casino, refulgente de luz, i de los agrupados en el desembarcadero. Silbaba el pito del vapor; los muchachos gritaban con voces descompasadas, uno que otro vendedor ambulante gritaba su mercancía. (p. 217-219)

Sebastian cree percibir que las aguas del lago abren su ancha boca para sepultar todos los falsos ruidos del mundo (p. 222)

Anexos 3 – El crisol (Fernando Santiván – ed. 1913)

Anexo 3.1

Todo el país es liberal –decía- porque ha comprendido que es el único partido de base científica. Para mí existen sólo tres divinidades: la Ciencia, la Patria y el Hogar. El hombre que ama la Ciencia, será buen patriota, buen ciudadano e hijo de familia. Los deberes cívicos ante todo. Cuando fuí Ministro de la Guerra me preocupé especialmente de que el soldado conociera bien sus deberes cívicos. Hasta hoy se descuidaba ese ramo por encontrarse el pueblo en manos del clero.

Bernabé sintió vaga sensación de molestia y no quiso seguir escuchando. Una de las sirvientas le sirvió el té y una señora ofrecióle pastelillos:

-¿Se sirve, señor?

Bernabé se sirvió y dio las gracias.

-¿Es Ud. extranjero? –preguntó la dama.

-No, señora. Soy del país: de “la frontera”.

-¡Ah! –dijo ella con gesto de decepción-. ¡No sé por qué me había imaginado que Ud. era el Ministro del Ecuador, que acaba de llegar! No lo había visto nunca en Santiago –continuó-. ¿Sin duda estudia en la Universidad?

-Soy alumno de la Escuela de Artes.

La señora entendió mal y exclamó:

-¡Ah, es artista! ¡Muy bonito el Arte!

-Se equivoca, señora –exclamó el joven-. ¡soy herrero fundidor!

-¡Ah!

La señora lo miró un instante, y luego se retrajo en su asiento como si temiera un contacto impuro. Dirigiéndose a su vecina, le volvió la espalda sin la menor consideración. (p. 92-93)

-¡Ah, con que fundidor!... Muy bien, joven. Precisamente ahora que existe escasez de brazos, aportará Ud. un contingente necesario a la Patria. Los deberes cívicos más elementales nos aconsejan no desperdiciar elementos populares nacionales. En vez de traer a Chile innumerables inmigrantes de dudosos antecedentes, debemos cultivar nuestros rotos, que tan bien supieron portarse en la campaña del Pacífico, regalándonos las salitreras, riquezas incalculables que no hemos sabido aprovechar muy bien.

Se dirigía a don Augusto, recitando sin turbarse, con seguridad matemática, el editorial que aquella misma mañana publicara un diario liberal. Se desentendía de Bernabé, a quien volvía a medias la espalda, sin dignarse dirigirle una sola mirada, y había en sus palabras, en su idiosincrática idiotez, algo de irritante que crispaba los nervios.

-Yo soy optimista –continuó el ex Ministro-. Estudiando científicamente los problemas sociales del país, se llega a la conclusión de que todo aquí nos permite asegurar un porvenir de grandeza. Basta volver la vista al pasado para poder gritar sin titubeaciones: “¡Sursum Corda!”

Sin darse cuenta, había ido levantando la voz, arrastrado por su propia elocuencia, a tal punto que al llegar a la frase final de su período declamatorio, su tono adquirió la sonoridad de un discurso pronunciado en la tribuna. Sólo faltaron los aplausos. Algunas personas volvieron la cabeza y pudieron verlo aún con la cabeza echada atrás, los inmóviles ojos bovinos engarzados como una piedra en los párpados, la mano en alto señalando el cielo. (p. 94-95)

-Y qué me cuenta, joven, de la Escuela de Artes? ¿Todavía está el buen Polanco de director?

Bernabé se puso de pie y respondió fríamente:

-Sí, todavía...

-Es buena persona –murmuró Becerra- yo lo recomendaré si alguna vez lo veo. ¿Ud. se recibe este año, según me dijo Blume?

-Este año –respondió Bernabé, mirándolo con ojos acerados.

-Bien, muy bien. Si no tiene para entonces ocupación diríjase a mí. Yo siempre necesito mecánicos en las trilladoras del fundo. Es un puesto que muchos codician. Ciento veinte pesos y la comida; pero la comida de los empleados... Si hay vacantes, ¡lo preferiré!... ¡Oh, sí!...

Bernabé se acercó a él y mirándolo fijamente, murmuró mordiéndose las palabras:

-Gracias, señor, gracias. ¿Y sabe Ud. si hay vacantes en el hospicio?

Desconcertado, Becerra murmuró:

-¿Por qué me lo pregunta?

-Porque sería bueno ofrecérsela a ciertos ex Ministros que andan por ahí...

-¿Qué dice?

-Digo que Ud. es un imbécil...

Estaba muy pálido Bernabé. Sus facciones se mantenían rígidas y los ojos fulguraban de odio.

-¡Insolente! ¡Cómo se conoce que Ud. no tiene idea de educación!

-¡Educación! –murmuró Bernabé, mirándolo de reojo por encima del hombro-. ¡A mí con deberes sociales!... ¡Lo que sé es que si sigue hablando, aquí va a dejar de existir un Ministro!... con lo cual haría “obra de patriotismo”, “de civismo”, de “altruismo”, y cumpliría con “mi deber” y con “mi conciencia”.

Tomó su sombrero y salió de la habitación con pasos decididos, y luego sin cuidar de despedirse de nadie, se dirigió a la calle.

Toda su sangre araucana se agitaba en convulsiones de odio contra el imbécil que acababa de abofetearlo con su altanería. Su rabia se hacía extensiva a Adriana, a su padre, a la señora Juana María, a toda la raza de aristócratas que desprecian con insolencia al pueblo, al pueblo sufrido de donde él venía.

Pero, se acabó; no soportaría más. Nada con ellos. Su vida, para odiarlos. Alguna vez lograría tenerlos bajo sus tacones. ¡Ah, entonces verían lo que vale un hombre!

En ese momento odiaba también a Adriana. Mujer vulgar como todas las de su clase. Hipócrita que, despreciándole en el fondo de su alma, fingió interés por el obrero, para dárselas de mujer elevada, sin prejuicios. ¡Que tonto, que tonto había sido, adorándola como divinidad! Pero la venda había caído de sus ojos y veía claro, muy claro... (p.114-117)

Anexo 3.2

“Hoy quedó demostrada la fuerza de la liga. Yo mismo estoy asombrado de lo que ha sido posible conseguir: ¡el doctor Eggers, el terrible ogro del purgante y el calomelanos, ha presentado su renuncia!”

“Las cosas pasaron muy sencillamente. Dirigimos una solicitud al director, pidiendo la renuncia del médico. Por supuesto, más nos hubiera valido ladrarle a la luna”.

“Entonces decidimos no asistir al taller mientras nuestra petición no fuese escuchada. En vano las amenazas, los gritos y aspavientos de los directores. Nosotros, firmes. Se nos dijo que se cerrarían las clases, que se expulsaría a la Escuela en masa. ¡Nada! No han podido conseguir que

un solo alumno se mueva de los patios. Ha sido tan inesperado el golpe que la dirección perdió el tino y hoy se nos comunicó que el doctor Eggers, “por su propia voluntad”, se retiraba del establecimiento”.

La guerra está declarada. La dirección busca pretextos para humillarnos y hostilizarnos. Pero se encuentra con que nunca como ahora el reglamento se cumple mejor... la sala de castigo está casi despoblada por falta de culpables. En las salas de estudio, en los patios, en los talleres, se observa la consigna de no dar el menor motivo para que se nos castigue...” (p. 138-139)

“Al pasar cerca del taller de herrería, alguien lanzó una piedra que fue a golpear una de las paredes, cerca de una ventana de cristales. Un chusco exclamó: “Pa tu maire”... Rieron los del grupo y yo también. Avanzábamos con lentitud, como en las procesiones. Doblamos al pequeño patio de las cocinas y fuimos a desembocar al callejón que está entre la herrería y las tapias divisorias de la Quinta. Al llegar al patio en que se guardan los motores estropeados y los fierros viejos, el alumno que marchaba a la vanguardia llevando el alto de la gritería, dio la voz de alarma:

-¡El director!

“Carlos Manzo caminaba a mi derecha, rígido y flemático como de costumbre, y me preguntó: “¿qué dice?” Un chiquillo alto y delgado que iba cerca de nosotros, dijo:

-El director está en la puerta de la Quinta, impidiendo la pasada...

“Cesaron los gritos del que marchaba adelante. Caminamos en silencio. Tan en silencio que se oía el ruido de nuestras pisadas y el acezar de las respiraciones en el callejón polvoriento. Poco a poco fueron acortándose los pasos, hasta que, cuando faltaban unos veinte metros para llegar a la puerta, el grupo se detuvo. Se miraban unos a otros las caras y murmuraban medrosamente:

-¡El director!... ¡el director!... (p. 185)

Anexo 3.3

Guardaron silencio. El coche torció por Matucana y después de corta peregrinación por la sucia avenida, saltando sobre el empedrado lleno de hoyos y de montículos de tierra, se detuvo frente a la puerta de la Quinta que enfrenta a la calle Catedral.

Aninat despidió el coche y avanzaron a pie por una de las avenidas que conducen al pequeño chalet que semeja un nido entre los árboles del parque.

Como era aún temprano para almorzar, fueron a sentarse junto a la laguna. Algunos cisnes nadaban gallardamente, evocando con su exótica elegancia, paisajes versallescos y delicados ensueños de marquesas de cuellos liliales.

Los inmensos árboles agrupábanse en grandes manchas majestuosas de verdura sobre los prados y sobre la manda quietud del estanque, como bondadosos dispensadores de frescor y de serena armonía.

-¡Qué bien se está aquí! –murmuró Bernabé, quitándose el sombrero. (p. 228-229)

Los dos amigos guardaron silencio, pensativos, con la mirada errante por los jardines solitarios, por las aguas tersas levemente removidas por los cisnes, como si desearan descifrar en su armónica belleza el enorme misterio de la vida. El agrupamiento de los árboles y del agua, de los edificios distantes y del cielo ligeramente empañado por nubecillas blancas, formaban delicioso conjunto propicio al ensueño y a la meditación. (p. 232)

Anexo 4 – Un perdido (Eduardo Barrios – ed. 1965)

Anexo 4.1.

Se metió aprisa los pantalones, se calzó y abrió de par en par el balcón.

La mañana era tibia y grata; la calle, limpia y regada, estaba olorosa; y en el cielo alto y azul, en la luz y en la sombra, temblaba cierto no se qué de alborozo infantil. Al acodarse Luis en el balcón, el trinar de un canario recorrió como un fresco calofrío la atmósfera de la plazuela. Ni tiendas ni tranvías; el habitual silencio de rincón olvidado. Por contraste con las mañanas de la Escuela, Lucho ansió saturarse de aquel ambiente “de paisano”.

Habitaba el cadete, por aquellos días ausentes de la Escuela Militar gracias a una prescripción médica, la casa de sus abuelos, única mansión moderna que exhibía su fachada gris, presuntuosa, burguesa, en la pequeña plazuela sin nombre que recorta una esquina de la calle Esmeralda, en ese regazo colonial y pintoresco, por milagro conservado en pleno centro de Santiago. El edificio formaba la esquina de la plazuela con la calleja que sale a las avenidas del río, y sus balcones caían hacia el rectángulo empedrado y tranquilo, donde todo se concierta en doméstica sencillez.

A esa hora se abrían ya las casas modestas al aire puro. Aquí flameaba una cortina humilde, hablando de mujercitas limpias y hacendosas; allá una criada pulcra, el pelo protegido por un paño, los antebrazos desnudas, descolgaba medio cuerpo fuera del barandal vetusto para sacudir trozos de alfombra, y huía luego rápida, por una puerta obscura, de la nube de polvo que pronto la brisa iba deshaciendo; en un piano invisible, ascendían hasta las más agudas notas los ejercicios de alguna colegiala.

(...) Hasta el carácter provinciano de la placita le conmovía; era un ritornelo del viejo pueblo de su niñez. (...)

A la derecha, desde el húmedo rincón de la plazuela hasta la calle Esmeralda, corría la fachada de un vetusto caserón, en cuya esquina había un almacén de comestibles, con pilar de piedra en el vértice y piso un peldaño más hondo que la acera. Las ventanas de su planta baja, desiguales, asimétricas, de historiadas y salientes rejas, negreaban a la sombra de largo balcón volado con arquería chata y muy tendida, blanca y polvorienta, y con flacas columnas que agobiábanse al peso de un tejado inmenso y negruzco. Por sobre su barandal sucio caía la melena verde, impalpable y constelada de albas estrellitas de una mata de jazmín. Qué olorosa debía ser. Frente a Luis, otra casona, mucho más ancha, pero vulgar y desabrida en su traza, asoleaba su pared

amarilla y sus puertas color chocolate. También tenía salediza baranda, en uno de cuyos extremos una vieja crinosa zurcía. Y por el flanco de la calleja cerraba la plazuela, sombreándola en buen trecho, una sucesión desigual de construcciones sin estilo, traseras de casas cuyos frentes lucían a la otra calle. Una de ellas empinábase muy alta y estrecha; el rojo tranquilo de sus ladrillos desnudos ardía en las ventanas con sangre de geranios. Desde allí el canario insistía en calofriar la quieta plazuela, y sus trinos tenían el saludable son de los surtidores de agua clara en las mañanas. (p. 150-151)

Anexo 4.2

Era la “noche triste”, según la llaman los cadetes, cuando las vacaciones acaban de llegar a su término y ellos véñese de nuevo en el patio desolado y oscuro, silenciosos como en un duelo, cabizbajos, apagados, opresos por sentir ya el encierro que les ha de sepultar un año más. Es fúnebre, más que triste, esa noche. Avaros de sus últimos minutos libres, los muchachos vienen recogándose muy poco antes de la hora reglamentaria. El patio se ha puesto tan sombrío como los ánimos. Apenas si los brazos de gas, distanciados a lo largo de los dos pisos de corredores que encuadran el patio enorme, aletean moribundos resplandores, con el viento, y no alumbran sino sus más próximos ladrillos. El resto parece una sima negra. Tan bajas están las cabezas y tan apartadas quedan aún las estrellas, que ni del cielo bajan los guiños amables de la luz astral. Intermitente, óyese por todo rumor el quejido metálico del mamparón de entrada, que se abre para dejar paso, bajo la farola de rayos débiles y verdosos, a un cadete, luego a otro, a otro después... aprisa todos, en brazos las bolsas con ropa y golpeándoles la pierna el yatagán que por un fugas instante se llena de reflejos. El cadete sube hasta la sala de su pelotón, por algún ángulo negro en donde hay una escalera, y vuelve al patio, en espera de la voz para formar y pasar lista. Y solo se distinguen desdibujadas siluetas que se encorvan solitarias moviendo sombras en la sombra. Porque tampoco se quiere luz, se evitan los grupos y las conversaciones; porque, de no toparse sorpresivamente al volver un pilar, ni se contestarían saludos. (p. 173-174)

Anexo 4.3

Pisar la Quinta un atardecer de verano es ya sentirse como nuevo, tersa la frente y sosegado el espíritu. Y aquel domingo corría una grata brisa que hacía hervir el follaje de los árboles y temblar los encajes de sombra que tendían las ramas en el suelo aún centellante de luz. Pero comenzaba la hora en que tras las arboledas oscuras y compactas se vela el disco del sol y los caminos amarillos toman irisaciones tenues de cobre. Los paseantes, pues, caminaban lentos; alguna muchachas pizpiretas, en filas de a tres, de a cuatro, de a seis, cogidas por los brazo, ponían bizarras pinceladas sobre los fondos verde múltiple; mas también ellas parecían caer en la serenidad con que la naturaleza lo armoniza todo, color, línea y espíritu, dentro de sus parques. Y volaban desde la laguna graznidos de ánades, y respondían a lo lejos los pavos reales con sus afligidos gritos, y, en los intervalos, el cascabel de mil sapos extendía un encantado manto musical que toda esa paz cubría blanda y ondulosamente.

(...)

Continuaron, entretenidos por el comentario de la infidencia. En la plazoleta del Museo, muchos niños, flores animadas y con voz, corrían de prado a prado; diríase que de prado a prado

cambiaban su lugar el esplendor de las rosas y la inocencia de las margaritas; mientras parejas plebeyas, desplomadas sobre los escaños, al amparo de los sauces, en silencio, más que reposar parecían sufrir el martirio del calzado nuevo.

(...)

Mudos, pues, a la larga en el suelo florido, pasaron mucho rato. Fue desmayando la tarde, muy poco a poco, hacia un crepúsculo rosa, manso y vibrante. Como un alma dolorida y discreta que su tortura encubriese, floraba el aire ondulado de matices y sonidos murientes. Porque había un piar de pájaros ya recogidos de sus copas, y sisear de invisibles insectos, y humilde rezo de aguas –las aguas que corren en la tarde-, y tal espiritualizarse del color y de la música rendía el alma con sedante flojedad y la desvanecía en un encanto y un misterio infinitos. Extáticos, los sentidos eran portales abiertos al paisaje amplio y oreado: arriba, indecisión del azul, el violeta y el nácar; del sepia y el verde abajo: palidez de contornos en las cordilleras; y saludable aroma de la tierra que refresca, y armonía perfecta de los seres que callan... (200-201)

Anexo 4.4

Ocupa la Sección Chilena una sala en el centenario edificio de la Biblioteca Nacional, sala que fue larga y angosta y que hoy tan sólo estrechez ofrece. Los anaqueles han debido multiplicarse hasta subdividir la estancia en pequeñas celdas, donde cada oficial se ahoga entre su mesa y los estantes repletos. La voz se apaga allí como dentro de un baúl, el olfato se asquea por el tufo de los libros polvorientos, y la luz, contagiada de vejez, adormece las retinas. Enrejadas ventanas, abiertas a la calle de la Bandera, dejan ver sólo a ratos los balconetes que como viejos acurrucados al sol negrean en la gris, venerables, grietosa fachada de los antiguos Tribunales; continuos, incesantes, pasando veloces como sombras, los tapan los tranvías. Sucede que amaina uno de éstos su marcha, por alguna congestión callejera; entonces las celdas se oscurecen, óyese jurar a los conductores, y los bibliotecarios miran aburridos, a través de los cristales sucios, la carga pringosa que, sudando bajo el sol, se apretuja risotera en la imperial (p. 230).

Anexo 4.5

Lucho se bebió esa mañana, con algunos amigos, tres o cuatro aperitivos, y, por no exponerse a perder en otro “cacho” los postreros cinco pesos, destinados al gasto menudo en aquella última semana del mes, huyó a esperar solo, en los jardines de la Plaza de Armas, la hora de almuerzo.

Llevaba ya buen rato en el escaño sombreado. La mañana se iba; iniciábase tórrido el mediodía; era el momento en que el brillo riente y fresco de las calles se trueca en un radiar candente que hace vahar el asfalto como un betún infernal. A la liviandad matutina, sucedía la fatiga para las gentes: comenzaban a jadear y arremolinarse por las esquinas, bajo algunos toldos, o bajo los arcos de los portales o entre las columnas del Correo, desde donde asaltarían a turnos los mil tranvías que substraen del centro por contados minutos a la multitud laboriosa.

En la Plaza, casi nadie quedaba en los bancos. Allá un caballero gordo, con gafas negras, leyendo el periódico. Cerca de Lucho, una mujer del pueblo, envejecida, silenciosa, con la inmovilidad tan frecuente en las hembras rendidas por la prole y el trabajo excesivos, parecía dormir a ojos abiertos; su falda prieta y su manto verdinegro cubríanse de moscas; un tarrito de metal colgábale

de los dedos reseco y endurecidos y daba chispas al sol; y a sus pies dormía, el hocico sobre una pata, un perrillo cerdoso, feo, sucio, otro ser que también vestía de harapos.

Lucho bostezó. Le ardían los párpados. El alcohol decíale en dulce vaguedad. Sus pupilas encandiladas miraban con pereza. El perro, por instantes, soñaba, ahogando ladridos que tras de sacudirle los ijares iban a inflar y desinflar cómicamente las jetas peludas. Sombras de pájaros pasaban veloces sobre las arenas calientes. Por encima de los prados verdes y recién regados, vibraba la atmósfera, visible cual líquida cortina.

En esto, sin que Lucho la sintiese venir, una muchacha sentóse al otro extremo del escaño.(...)

Lucho tuvo una emoción vibrante, observándola. Pero ella, ni siquiera pareció percatarse de su vecino. Y transcurrió un rato. Pasó un jardinero con una manguera a rastras: las gotas de agua caían de ella y rodaban por el sendero envueltas en polvo. Una langosta saltaba en el suelo, boba de calor, dándose cabezadas contra el banco. (p. 234-235)

Anexo 4.6

Cruzando los jardines hacia la calle 21 de Mayo, Lucho apeló a las advertencias para substraerse al silencio. Confortable no era, por cierto, aquello. Más bien, sórdido. Los pintores —porque a menudo comían allí artistas pobres, bohemios de la Escuela de Bellas Artes que balanceaban sus vidas entre el arte y la miseria— habían puesto a la cocinería “el figón”, a la francesa, como en un ensueño de Montmartre. Luego, no extrañarse si encontraba muchos obreros.

(...)

Entraron por una puerta baja, valetudinaria, entre un cubo de helados puestos sobre un banquillo y una vitrina llena de quesos, tocinos, picarones, chancacas, plátanos renegridos y mil comestibles más en hacinamientos repugnante. Luego se hallaron en un cuartucho oscuro, cuyo piso enladrillado desatentaba los pasos con altibajos inverosímiles. Allí, sentados a una mesa larga con hule negruzco por el desgaste, varios obreros sorbían un caldo con carne y legumbres. Pero antes que la vista distinguiera más en la penumbra, salió al encuentro de la pareja una mujer muy morena, flaca, plebeya; dábale de lleno en la cara la luz de la calle y se le veía sonreír con una boca de enrojadas encías claveteadas de raigones.

-¿Almuerzo? Por aquí, a la izquierda. Sírvanse pasar.

La siguieron a otro comedor, menos abandonado, que tomaba luz de la calle por dos ventanas desiguales, cuyos barrotes negros borraríanse al reverbero cegador de la muralla del Mercado. Esta habitación tenía más agobiador que la otra el techo, pues habíasele cubierto con un lienzo a modo de cielo raso. Las paredes, empapeladas y sucias, alegrábase con anuncios de licores y cigarrillos. Hasta ocho mesillas cubiertas de hule imitación madera y con frascos de sal en medio, a guisa de floreros, achicaban el cuarto. Desde una de ellas, repleta de bohemios, saludaron a Lucho. Estaba entre ellos, López.

(...) [Demoras en pedir]

Lucho meneó la cabeza, irónico. Hacia el interior de la casa, por una portezuela como la boca de una cueva, salióse a un patiecillo asoleado, en el que, apoyada contra una pared blanca con zócalo

negro, una vieja ciega comía en una escudilla de hojalata. Sus pingajos desteñíanse al sol y, mientras sus dedos llevaban continuamente a la boca la marmita, sus pupilas blanquecinas tiritaban a flor de piel, una piel color de tabaco y brotada de cerdas grises en la barbata. (236-237)

Anexo 4.7

Ya no toleró gemir, correr, rendirse de fatiga y caer por último desplomado... o muerto, mejor. Frente a un bar plebeyo de la calle de Eleuterio Ramírez, recordó el supremo anestésico, el licor. Penetró y apuró rápido varias copas. Luego el rebullicio de los beodos y de algunas rameritas soeces, el estrépito seudomusical de un piano eléctrico y el efecto irritante que producía tanta refracción de luces crudas le arrojaron fuera. Otra cantina le atrajo a pocos pasos, un cubil sombrío, para repelerlo también, esta vez por una presión estranguladora del alma, que flotaba en la penumbra espesa y maloliente. Fue recorriendo así, absorbido y rechazado alternativamente, en escala empecinada de sorbos alcohólicos, acaso todos los bebederos de la calle. Cuando alcanzó las alturas en que la vida canalla de esa vía cesa y cede a la decencia, regresó atrás. La dinámica vaga del hombre que pierde su gobierno le condujo adelante. Su conciencia se iba extinguiendo más y más.

(...)

Serían las dos de la madrugada cuando reconoció, por sus arbolillos, la calle de Tocornal. Habíase ido enardeciendo con el recuerdo de las filosofías del teniente Blanco; y siguiendo una enferma asociación de ideas, lindaba en lo frenético. Le asaltaban enormes ímpetus de destrucción. Retorcía y agigantaba sueños de loco: prender fuego a todos los edificios, a todos sin excepción; lanzarse a los aires en un aeroplano y soltar desde allá arriba bombas sobre la ciudad entera, y convulsionar la población, y una vez todos los habitantes en fuga y estrellándose por el pánico, caer él y ser aplastado: “¡Acabar con el tinglado de las miserias!” Le remecía el furor. Hablaba solo. (p. 284)

Anexo 4.8

-Al centro, a la Plaza de Armas –ordenó al cochero.

Y por el trayecto, ya tranquilizado, sus emociones de aquella noche se resolvieron en una tristeza vaga, oscura y pesada. ¿Dónde ir a meterse ahora? Porque del centro no saldría. Bastante con los peligros corridos. Recorrería calles, cualquier cosa haría..., menos volver a su casa. Pero eso sí que no sumaría fuerzas ya jamás. ¡Oh, si le rindiese la fatiga y se durmiera por allí, en cualquier escaño! (p. 287)

[Lo echan del banco de la galería san carlos, un barrendero]

Cogido por la neurosis de nuevo, sin prestar el menor juicio al barrendero, salió al Portal MacClure y de allí a la plaza. No tardaría en clarear. Iban a dar las cinco en el reloj de la Intendencia. Frente a la Municipalidad, una cuadrilla de la policía de aseo negreaba en arremolinado grupo. Varios cocheros ofrecieron a Lucho a voces sus carruajes; pero él les dio la espalda y anduvo un rato por la acera exterior del portal.

Minutos después, la gran campana de la Catedral empezó a tender sobre la ciudad, como una bendición a la vez animosa y solemne, sus ondas graves, lentas y de poderoso trémolo. Con aquellas campanadas, las tinieblas parecían despejarse y ceder a una leve claridad que borraba las estrellas.

Tiritaba Luis por el frío, ardíanle los globos de los ojos bajo los párpados helados y una sed horrible de estómago estragado le apretaba el esófago y la garganta. Redobló el paso, maquinalmente, hacia 21 de Mayo. El entumecimiento de sus miembros y cierta cólera de verse torturado por sus cuitas apenas abiertos los ojos, condujéronle aprisa. Al pasar por Santo Domingo, el tronar del campanario le envolvió, ensordeciéndole. Del convento de la Caridad salía un tibio y grato olor a pan caliente. Llegó al Mercado, entró, se bebió una taza de café y permaneció allí largo rato, junto al fuego de los hornillos; luego volvió a salir, impaciente. ¿Qué rumbo tomar? Cualquiera. Seguir adelante, cansándose, buscando en la fatiga y sólo en ella la manera de aturdirse y matar el tiempo hostil.

Cuando se internó por los jardines del río, todo lo alumbraba ya un resplandor lila de una suavidad maravillosa y en el que la algarabía de mil pájaros parecía titilar cual si el chispear de las constelaciones se hubiera hecho música. Solo aquél espectáculo por él nunca presenciado podía distraerle. Apenas entre algunos árboles de follaje permanente se rezagaba todavía en la noche, como un dolor agazapado. Poco a poco, un tinte de oro y nácar empezó a desleírse tras la ondulación suave y lejana de las cumbres y a reflejar del cielo a las nieves. En el perfil del San Cristóbal aparecieron dos siluetas humanas, distantes y diminutas, que en su ir y venir evocaban el trajín incomprensible de los insectos; algunos arbolillos recortábanse allí también contra el cielo y fingían hombres inmóviles a los cuales aguardaba la imaginación ver andando de repente.

Al fin radió la aurora en lanzas ardientes; asomó el sol, nuevo y fresco, magnífico y niño, y volcó sus lampos encendedores del rocío, de las fuentes y de las cúpulas. Un estremecimiento recorrió entonces los árboles, los cuarteles de flores, las aguas, los cristales de hielo y los cristales de los edificios; la luz cabrilleó en todas las aristas; deliró el pitar de los pájaros; y abrió el día.

Con el día vinieron otros sonidos y otros movimientos. Alzáronse negros bostezos de chimeneas; pasó una vieja con un nieto y una vaca lechera y fue a instalarse a esperar parroquia en una esquina; luego rodaron, sonoras de cascabeles, las carretelas de pan. Lucho evocó al griego, que de seguro no trabajaría esta mañana; y entristeció. Maldita memoria. Se desplomó en un escaño. La pasada noche, íntegra con sus penas y sus peligros, resurgía como aflictiva fantasmagoría de pesadilla. Además el frío era insoportable. Los charcos estaban helados. Se miró Lucho las manos: lívidas, con arrugas negruzcas en las yemas ateridas. Una súbita angustia le arrancó del escaño. Pero ¿qué hacer? (p.287-288)

Anexo 4.9

A prima noche solían reunirse Lucho y el pintor con un grupo de bohemios que se daban cita en un cafetín del Mapocho, taberna pintarrajeada y baja cuya clientela se componía en especial de conductores y motoristas de tranvía. Era un antro inmundo y rufianesco. Servían el café, los ponches y los licores mujeres horripilantes, a la vez camareras y prostitutas a quienes la hombrada borracha sentadaza sobre los muslos y manoseaba en forma tosca y obscena. La mansedumbre servil de aquellas hembras embrutecidas no encontraba para tales tratos sino

carcajadas grotescas, gritos y muecas que exhibían dentaduras podridas, con filos que tajaban los labios siempre inflamados por el alcohol. No sabía Lucho bien si esas bestias le inspiraban lástima o antipatía. Los bohemios permanecían insensibles al espectáculo; apreciaban aquello como tesoro de tipos y escenas utilizables en el arte, y nada más.

Un personaje había, sí, por todos aborrecido: el matón del establecimiento, el encargado de impedir las riñas y de arrojar a la calle a los parroquianos que, por haberse embriagado hasta el delito contra la ley, se convertían, de rumbosos consumidores, en peligro para el tabernero. Era un hombrote grueso y alto, cabeza erizada de negrísimas cerdas, rostro lampiño abotagado y color de vino, con ojos capotudos y de pupilas diminutas; el corpachón abrigado en largo poncho amarillo, los pies metidos en zapatillas frisadas y las manos sobando un látigo, rondaba sin cesar entre las mesas. Carraspeaba muy fuerte, muy insolente, y escupía después a diestro y siniestro.

Los bohemios arrinconábanse en la mesa más internada en el bar. Allí bebían con pobreza y derrochaban el regocijo de sus espíritus jóvenes. A la larga, resultaban superficiales y aun infantiles. Y acaso toda aquella alegría solo fuese la despensa desesperada que la mocedad hiciera contra la borra amarga que iba posando la miseria en sus corazones.

Porque la consigna parecía ser hablar sin tregua, en una especie de prurito aturdidor.

Si alguien tomaba en serio, por ejemplo, el tema de la muerte, uno acotaba pintoresco en seguida: -¡Caramba, grave cosa es la muerte! A mí me espanta. Imaginarme dentro del ataúd, rígido, imposibilitado hasta para levantar un dedo, en tanto los gusanos me andan por los labios, o me roen los lagrimales, o se me interna por los oídos hasta los sesos...

-Yo –intervenía otro en el acto- lo que realmente temo es morir un día que tenga diez pesos y no haya alcanzado a regalarme con una opípara comilona.

-Pues a mí me llena de anticipada vergüenza, me aterroriza, una idea: que me mate de repente un auto y no sea en un día de los que uno ha podido bañarse; que me recojan y me encuentren sin calzoncillo, con los calcetines con más ojos que un queso suizo y con el cuerpo mugriento...

-Oye, presumido –chigoroteaba cualquiera-, la comparación del queso podrías hacerla extensiva a otras cualidades de tus calcetines...

Y esto –y todo- despertaba grandes algazaras que concluían en risas espasmódicas.

Aquella tertulia, empero, no era la predilecta para López; gustábale más acudir con Lucho a casa de un retratista que vivía con una hermana tuerta y vieja en la calle de Teatinos, cerca ya de la estación del Mapocho. Allí el corro se aligeraba, espiritual, con mayores circunstancias jocosas y alegría más franca. Concurrían de ordinario literatos trasnochadores y, como satélites suyos, casi siempre algunos mozalbetes de campanudo apellido, que, según la sugestiva expresión de nuestra aristocracia, “se botaban a poeta”. Estos infelices aportaban dinero y, a título de “adorar la bohemia”, se instalaban días de días en la pobre habitación del retratista. Dichosos, con esa lamentable dicha del *snoob*, dormían sobre un jergón, costeaban las copas y las vituallas y se llevaban por fin, por toda honra, el comentario irónico de los artistas y algún boceto rápido que el retratista les hiciera. Más de uno tuvo necesidad de pedir a su familia dinero para volver al hogar, pues en su afán de bohemia había pignorado hasta la ropa que llevara puesta. Carvallo, el retratista les llamaba entre risas “sus banqueros”, como que en cada apuro les dirigía una cartita (p. 291-292).

Anexo 4.10

Mas de semejante arrabal, por desamparo que ofreciera, Lucho no quería salir. Le aterraba el centro. Sólo el día primero se propuso llegar a él, y de mañana, para ir al correo y cobrar el giro

de Charito que le aseguraba pensión en un rancho vecino y bebida en cierto *Bar Chile-España* situado en la Avenida Matta. Luego, ni pisar una calle central, donde los encuentros con los antiguos amigos habrían de humillarle. Observarían ellos las ropas raídas y sucias, el pelo crecido, la barba de varios días. Cada memoria recordaría el ridículo del cornudo manso; combinaría cada imaginación escenas de jocosa pequeñez; y él descubriría miradas compasivas, sonrisas irónicas, desprecio y lástima. Nada le importaba el mundo, verdad; pero tampoco apetecía costear a nadie la diversión con escarnecedoras comidillas entre aperitivo y aperitivo. Si alguna vez avistaba, durante una obligada salida, a cualquier conocido suyo, Lucho torcía la primera esquina o pasaba de largo, la cabeza gacha, inevitablemente rojas las mejillas, ocultándose bajo el ala del sombrero y apegándose a las paredes.

[TÉLLEZ] (...) o acompañado de Lucho emprendía caminatas. Solían bajar por la hondonada en derechura al Llano Subercaseux. Reposaban un momento junto a un gran horno para cocer ladrillo que recortaba su mole oscura sobre el cielo levemente sonrosado por el ocaso distante. Luego repechaban el terraplén de la línea férrea y descendían al llano verde. Bajo un espino hacían el postrer alto y después tornaban a comer, a la cocinería repleta de gañanes. Durante estos paseos, flotaba en el aire, como alma melancólica del atardecer, la música lejana y desvaída de una murga que anunciaba, rodando en alguna carreta, el circo del arrabal. Lucho se impregnaba de aquella vaga y dulce tristeza, y temblaba de imprecisos anhelos, y languidecía en una angustia que parecía distenderle el alma en ondas por el espacio infinito.

Los domingos dirigíanse los tres a la Avenida Matta. Eso era mortificante para Lucho. Cierta “Ola Giratoria” con su organillo gangoso y chillón infectaba el ambiente más aún que el olor a cebolla y comino de los “pequeneros”, que los miasmas de charcas cenagosas y cáscaras en descomposición esparcidas por el suelo, más que el polvo levantado por la multitud. Retorcíale los nervios aquel conjunto groseramente endomingado: pollitas plebeyas cuyas crines retintas se despeñaban sobre los vestidos de crudo azul, rosa iracundo, azafranado crema; torpes galanes que las perseguían descubriendo en la mirada el celo encendido por la primavera en sus extrañas bestiales; soldados; granujillas harapientos revoloteando en torno a los tranvías, para colgarse a las traseras... Todo aquello producía en Lucho una tristeza honda, sorda, colérica, y le devolvía solo a casa, descontento, rencoroso contra el mundo entero. (p. 296-297)

Anexo 5 – El roto (Joaquín Edwards bello – ed. 1990)

Anexo 5.1

DETRAS DE LA ESTACIÓN Central de ferrocarriles, llamada Alameda, por estar a la entrada de esa avenida espaciosa que es orgullo de los santiaguinos, ha surgido un barrio sórdido, sin apoyo municipal.

Sus calles se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno, cubiertas de harapos, desperdicios de comida, chancletas ratas podridas. Mujeres de vida airada rondan por las esquinas al caer la tarde; temerosas, embozadas en sus mantos de color indeciso, evitando el encuentro con policías... Son miserables busconas, desgraciadas del último grado, que se hacen acompañar por obreros astrosos al burdel chino de la calle Maipú al otro lado de la Alameda. La mole gris de la Estación Central, grande y férrea estructura, es el astro alrededor del cual ha crecido y se desarrolla esa rumorosa barriada.

Algún trabajo costó llevar el riel a la capital cerrada en sus murallas de granito, enemiga del mar. La influencia anglosajona, patente en la costa, no llega a Santiago, baluarte colonial, clerical y reaccionario, donde se conserva vivo el espíritu vanidoso y retrógrado de los mandarines que en 1810 hicieron acto de sumisión a Dios y al rey contra el gran Rozas. Un político santiaguino se opuso al ferrocarril: “Ese sistema de locomoción traerá la ruina de los propietarios de carretas”, decía en memorables sesiones: al sapiente Bello llamó “miserable aventurero” porque defendía el riel. A pesar de la oposición parlamentaria y los inconvenientes materiales, llegó la locomotora a despertar la Alameda apacible y franciscana, con sus acequias de pueblo. Los santiaguinos empezaron a transformarse; los primeros que fueron a ver el mar llevaron a la fonda colchones, frazadas y comestibles; en el tren iban comunicativos y desordenados como en los paseos en carreta.

El que fue extrarradio desierto, triste en el día y peligroso en la noche, con cruces y velas al borde de los caminos marcando el sitio donde cayeron los asesinados, ha llegado a ser un barrio hirviente, lleno del ruido de las máquinas, los motores, la gritería de los pilluelos y vendedores ambulantes.

Un poco de la vida de Europa, del ajeteo moderno, ha llegado con el riel desde Valparaíso a la capital amodorrada, catedralicia y apática. Actualmente la Estación Central es soberbia. Un reloj, colocado en el centro del triángulo que abarca todo el frente del edificio, marca las horas con la impasible constancia de las cosas mecánicas, en tanto pasan bajo él palpitantes locomotoras, transpirando vapor, sudando por sus poros de metal, enviando hacia el cielo en penachos esponjados el humo turbulento y espeso que parece ser el alma del barrio. Innumerables postes contrahechos, negruzcos, del telégrafo y alumbrado se destacan por todas partes sin simetría, cual si espontáneamente brotaran del asfalto ondulado. Los potentes pitazos y el estrépito que sacude las casas al rodar de los trenes arrancan un eco a la serenidad bucólica de los viñedos, potreros y arboledas, que empiezan en la Quinta Normal y más allá, por la Avenida de los Pajaritos. En la plaza y en las callejuelas vecinas hay multitud de pensiones o fondas sospechosas, a dos pesos el rato, o tres pesos la noche, con criadas jóvenes y complacientes que por las tardes se destacan en las puertas, sonriendo a los transeúntes de manera extraña.

Se adivina que el barrio es nuevo, de esos que brotan como setas en las ciudades de América; improvisado en una comuna rural donde no hace más de tres años triunfaban las carreras a la chilena, con su alborotado colorido de chupallas y chamantos. Se siente el campo; se nota que el contacto con la parte verdadera de la capital es escaso; está marcado ese arrabal por el roce incesante con los campesinos que llevan al amanecer las hortalizas a un mercado local, o las reses a una feria o Tattersall que está al otro lado de la plaza. La gente tiene un sello propio, característico; es recia y áspera como el ají verde y la cebolla cruda; con la piel tostada por el sol que preside las fiestas del buen chacolí, del rico mote y la fruta sabrosa. Los mocetones, como de bronce, las fisonomías rotundas y beligeras, las extremidades cortas y rollizas, tienen más de Arauco que de España; las muchachas, de grandes ojos bovinos, pasivos y sensuales, con el cabello espeso y cabrilleante reduciendo la frente, completan ese cuadro vigoroso de ciudad hispanoamericana pura, cerrada a la inmigración internacional. Pero a pesar de la vitalidad excesiva, del rápido progreso material que salta a la vista, se nota en ese barrio un no sé qué de fatalismo y fatiga, impreso en los semblantes y las cosas como si un velo de extenuación y tristeza lo cubriese todo. Puede dividirse en dos partes esa barriada: la nueva y la vieja. La nueva, con edificios de material ligero, construidos rápidamente a la sombra protectora de la gran estación: pura apariencia, como se construye en esta tierra de negociados, de especulaciones, donde las escrituras se hacen a la carrera en el mesón de un bar, donde la ley no se respeta y la

justicia está en bancarrota. Dos veces se han derrumbado en la plaza misma edificios en construcción, por las especulaciones criminales de los contratistas, trayendo al suelo, en la red de andamios quebrados, docenas de obreros cuya desgracia a nadie conmueve. Es como una cascarita de casas de tabique, una bambalina que continúa poco menos cínica por la Alameda, tapando la ignominia de los conventillos podridos y los prostíbulos que están detrás, a dos pasos, y que todos parecen ignorar. La parte nueva y la vieja se diferencian entre si de una manera cortante y simbólica, como el roto y el futre, la leva y el poncho: ese maridaje fenomenal que constituye la sociedad chilena.

Al lado de la estación, pero casi invisibles, como conviene en una ciudad que sólo tolera al roto en la fiesta patria, empiezan las sucias madrigueras; de las cocinerías y cantinas llegan a la calle acres emanaciones de humo y frituras y el rumor de voces roncas. En el interior mismo de los edificios altos de la parte nueva, con letreros llamativos en la fachada, empieza la tragedia de la mugre, del desorden y la miseria tapada con cemento y estucos. Por esos bodegones y cantinas con pianola, hay un movimiento –incesante de forasteros, maquinistas, cargadores, soldados y obreros que acuden a ese rincón sensual, apostado ante los rieles y los férreos talleres para dar descanso a sus músculos y expansión a sus naturalezas fustigadas por el calor de las fraguas y calderas.

La llegada y la salida de trenes pide alcohol, como la boda, el baile, el velorio, las carreras de caballos y todo lo demás; antes de pasar al andén los viajeros visitan un mostrador en un bar que comunica con la estación. Los viajes se hacen casi siempre a media mona; los vagones comedores son más bien tabernas rodantes. Biblias, tongos, ginsauer, martinis, gincocktail, toda la fantástica variedad de tragos conocida en Chile, todas las raras combinaciones de bebidas se sirven en los trenes de lujo y las cantinas de los andenes; los ricos beben el champán y el whisky en la estación y en el tren como en el club. En Llay-Llay, Los Andes y Rancagua, donde los expresos se detienen media hora, existen cantinas donde se bebe Moet Chandon y Veuve Cliquot sin ceremonias.

En el barrio de la Estación Central no hay más que dos fondas de aspecto decente, pero abundan las casas de huéspedes para todo, con taberna en el piso bajo; el servicio lo hacen muchachas gordas, descaradas. Encima de las puertas o en los balcones vense anuncios sugestivos para llamar al cliente. Tan sólo de mirar las angostas escaleras, grasientas, llenas de polvo, se adivinan los camastros estrechos, sucios, las ropas plagadas de manchas sospechosas y los parásitos y bichos nocturnos espionando el sueño pasado de la carne proletaria.

Es un arrabal bravío que se despereza en las mañanas al son de los pitazos de las locomotoras, las fábricas y la maestranza. Minutos después de llegar el expreso del puerto, al mediodía, se recoge y duerme un par de horas; la noche trae la remolienda que lo hace vibrar entero con toques de vihuela, zapateo de cueca, tamboreo y gritería destemplada. Desde el sábado al atardecer y todo el domingo es osado aventurarme por esos contornos donde flota la influencia asesina del licor. Los obreros pagan tributo a Baco, obedeciendo a un salvaje atavismo que les llama con fuerza ciega. Por todos lados se percibe el rumor de la orgía que arranca hombres y mujeres de sus hogares sórdidos donde se revuelcan los críos harapientos abandonados a su suerte.

Por las casas de préstamos de tercer orden, esas ferias piojosas de los barrios bajos santiaguinos, hay aglomeración de mujeres lamentables que empeñan zapatos, faldas, hasta colchones, para dar un mendrugo a la prole que chilla en la mugre de la covacha. Cuando las luces del alba clarean ese cuadro dantesco donde muere un rumor de orgía pobre, los policías empiezan a descubrir, entre los montones de estiércol, hundidos en los baches, hombres destripados, caldos aquí y allá

con un estertor de agonía aguardentosa, sin chaqueta ni zapatos en el charco de sangre que se convierte en barro.

La chiquillería da la nota riente de esas calles; de cinco a quince años se les ve, cínicos y traviosos, jugando, vendiendo periódicos o llevando maletas pequeñas hasta los coches; saltando sin sombrero ni zapatos, se ponen negros, los pies se les endurecen y alargan. La estación les llama, les atrae con fuerza; conocen los nombres de las locomotoras, se saben de memoria el horario de los trenes que llegan regularmente, envueltos en su calina, como a decir que son la razón misma de esa vida febril y enérgica que transformó a la ciudad. (p. 2-6)

Anexo 5.2.

Esmeraldo se escapó. La calle estaba sola y triste, oscura; noche de julio, con el aire mojado y un frío de la cordillera. Caminó de prisa y dobló la esquina, temeroso de que le persiguiesen. Lanzó un gran suspiro. Era la primera vez que se veía libre, solo. Avanzaba con ansias. Las calles eran cada vez más oscuras; no se distinguía nada a dos metros; la niebla se transformaba en llovizna menuda y persistente que hacía resbaladizas las baldosas y convertía en barro la tierra de la calzada. El invierno se adelantaba triste y monótono. Algún tranvía se escapaba por los rieles vacíos, como queriendo huir de la noche y de la humedad; el ruido ronco de su rodar se oía como desde la cama, recordaba la cama confortable y llamaba a ella. No se veía un alma. Esmeraldo caminaba como impelido por una fuerza misteriosa e irresistible. Los faroles iban haciéndose más numerosos a medida que avanzaba; al fondo se dibujaban unas luces empañadas, blancas, una, dos, tres, cuatro; algunos puntos rojizos: llegaba a la estación. El chiquillo miraba adelante; los recuerdos golpeaban misteriosamente en su alma. Cuando llegó a la plaza se detuvo en la esquina de la calle viciosa. La borrachera batía en pleno. Hombres ebrios salían de las cantinas, murmurando palabras innobles. Más lejos, en el Portal, se veían las sombras cuadradas de los coches, dispuestos a hacer la vida nocturna hipócrita y violenta, entre los Clubes de la manzana central y las calles Eyzaguirre y Santa Cruz. Todos los hombres en pie a esa hora estaban borrachos por obligación.

Contempló la calle con interés profundo. Vio a lo lejos, cerrado, el puesto de las Varona, las Venus pandemus, famosas entre esos rotos de estómago férreo y cuero duro. Recordó a la gorda de ojos verdes y a la Rebeca, alta y esbelta, con su cuello derecho. Amaba aquello, le gustaba todo aquello; sentíase dispuesto a fraternizar con ese mundo dado a la lujuria y la crápula; una racha eléctrica le venía por el cuerpo al sentimiento de su libertad. Se acordó de Lux y de los días pasados con él como de una tosa triste y extraña a su temperamento. ¡Si encontrara a la Raquel! Se detuvo un momento en la puerta del puesto a la derecha del mercado; todo dormía. Entró en la cantina del hotel Roma y pidió coñac, luego otro. Salió y la calle le pareció alegre; la llovizna era como una gasa fina tendida sobre la realidad. Bebió otras copas en otras cantinas y echó a andar frente a él sin saber donde iba. De pronto sintió que se encontraba en la calle de su niñez. Todo estaba cambiado, confuso, patas arriba, terremoteado, pero algo secreto le decía en el corazón que era su calle, la estupenda calle Borja. Se levantaba un viento frío; la bruma cedía a la llovizna, compacta ya; un telón sutil parecía subir mostrando poco a poco una decoración fantástica de barrio muerto, exangüe, plagado de sombras monstruosas ... Un sentimiento de pena y rabia le inundó. Pensó que le hablan llevado a la cárcel, que le habían alejado para, en su ausencia, arruinar y dispersar a los suyos. La ley había condenado la calle; habla ordenado tirarla, destruirla, arrasarla para sanear las espaldas de la Estación potente y voraginoso. De la noche a la mañana una nube de obreros habla despanzurrado la calle sinvergüenza, la madriguera infecta.

¡Qué fragilidad de tanto vicio! Las picotas hablan vaciado esas casas, de las cuales sólo quedaba la débil muralla exterior entre cuyas grietas el viento silbaba. La muralla exterior descarnada también, ¡frágil almacén de maderas torcidas, renegridas! Era como una ruina de batalla con la viruela del shrapnell y el humo de la pólvora; La Gloria, achatada, vaciada, permanecía gesticulante y grotesca, amenazadora, insultante, con la muerte tradicional del roterío. El Hospital mostraba su flanco abierto, sus costillas partidas, su cuerpo seco, sin entrañas. Dos vigas habían quedado enteras, señalando hacia arriba, como patas de esa osamenta, de ese cuerpo muerto reventado y destripado que fuera el prostíbulo a tres pesos. La llovizna hacía brillar esos tabiques y esos adobes con jirones de papel descolorido y grotescos colgajos. Parecían osamentas con restos carnosos. La vida se había ido de ese barrio rápidamente, como se va el agua de un cántaro que se rompe; no quedaba nada de toda esa bulla de esos colores chillones, de esas faldas crujidoras, de esos cromos y alfombras que la animaron; el rumor de la cueca, la gritería y el tamboreo hablan huido con ese mundo pintoresco y efímero, dejando la calle muerta. De vez en cuando un tren pasaba y estremecía como antes el arrabal con estrépito de ferralla... entonces esos desperdicios de ciudad volvían a animarse un momento...

Con las primeras luces del día siguiente caería sobre esos escombros la cuadrilla de obreros demolidores, los contratistas, arquitectos, martilleros y compradores. La vida iría a repartirse el cadáver. Los fuertes, los vivos, que se alimentan de los muertos, caerían sobre esos escombros, poniendo una nota sana y vigorosa en ese desastre urbano, pálido y mudo. Todas las mañanas llegaban hombres bien vestidos, limpios y fuertes, a examinar su presa. La carroña estaba vendida, dividida, subastada, adjudicada a veinte especuladores. El arzobispado se habla despojado de todo eso con horror. En la parte más alta, en el espinazo de la ruina, hablan plantado un letrero: Se venden materiales. El sitio donde estuvo La Gloria quedó en manos del señor Gatti, que levantaría un almacén. El Hospital se lo arrebató un alemán del Tattersall; la parte más grande fue adquirida por la casa Wilkinson Strand. El roto se iba con la sífilis y la viruela, borracho, cojo, tuerto, trágico, arrastrando el espectro de la ramera pobre, dejando en esos escombros lo mejor de sus energías, lo más fuerte de su alma y cuerpo. Se iba para otro lado, mudo y fatalista, sin preguntar a quién dejaba todo eso, abriendo cancha al burgués, al gringo y al futre que venían en nombre de la civilización y de Darwin. En las luchas de la vida, que eran nada más que una cacería en la cual el grande se come al chico para mejoramiento y continuación de la especie, el roto, fuerte, inteligente, audaz, temerario, sucumbía irremediabilmente por las condiciones en que vivía y la falta de educación. El extranjero y los nacionales que tenían más de extranjero que él, se lo iban quitando todo poco a poco. No podía ni siquiera culparles, pues generalmente le vencían con sus virtudes: su ahorro, sobriedad y organización del hogar ...

Esmeraldo se retiró para contemplar a sus anchas la ruina. El cadáver túmido y vultuoso de La Gloria le atraía la mirada. No tenía en ese momento más que una idea confusa y torpe de su pasado. No comprendía lo abominable de su cuna, lo torcido y triste de su suerte, pero la vista de ese desastre le sublevaba. Su madre canora, su hermana caliente y bonita... ¿dónde estaban? (Dónde El Pescante, la Etelvina, Julia, La Choca? ¿Dónde las rameras refajonas, medio huasas, medio beatas, con la aristocracia natural del indígena? ¿Y las cuecas vibrantes y las bandejas de vino? Hubiese deseado verles a todos reunidos en el patio como en los buenos tiempos, interesados con las diabluras del Harnero, para mostrarse de improviso y contar todo lo que él sabía, porque él habla cambiado y sabía mucho ... Esto era lo que dominaba en su pensamiento: el deseo de ver a su casa y los suyos tal como les conoció, para hacerse admirar. Pero sentía un odio creciente por Lux, por todos los que no eran de su casta. A pesar de su roce con burgueses él no podía execrar su rincón. Eso era todo su pasado, sus recuerdos, su niñez, su madre. No

comprendía por qué hablan arrasado esos tabiques. Lux no dijo nunca mal de su casa... Al pensar esto recordó ciertas frases, ciertas reticencias en las conversaciones de su protector espontáneo. ¡Lux era el causante de ese desastre! Consideraba fatal a ese periodista enclenque y blanco. Él hubiese deseado presentarse en el prostíbulo con gestos cínicos aprendidos del Pucho, para que le admirasen la camisa rayada, los zapatos finos y el traje de paño gringo; para sacar billetes del bolsillo y convidar oportuno. ¡No podía! Todo estaba deshecho. Aquello que le ligaba con más fuerza a la vida, que le amarraba a la tierra, había desaparecido vertiginosamente. No quedaban más que la Estación, la Alameda; la mole gris llena de estridores, envuelta en la calina, que liga pueblos y ciudades con sus venas brillantes y el paseo ancho que trae y lleva la vida santiaguina, remudando los barrios. Miró a la Estación con un suspiro; su sombra parecía agrandarse, estirarse para ampararle. Se fue lentamente. (p. 148-151)

Anexo 5.3.

LA CONVALECENCIA robusteció a Esmeraldo. Pasada la crisis se vio aumentado corporal y espiritualmente. Amaba su barrio, hasta en los menores recovecos: le parecía que no habría nada más bonito en el mundo. ¡Qué ansia de vivir sin trabas! Los pobres tienen su santa libertad, aunque no sea más que para poner una tetera con agua sobre dos piedras, y pensar y pensar pitando el humo acre. Le gustaba la noche, cuando las casas se revelan por dentro para el transeúnte; cuando las cantinas se cuajan de obreros; cuando la Alameda, inmensa y agitada, con sus evocaciones de la Colonia y la pugna de ser mejor, se llena de sombras que no se sabe do van; cuando los andenes de la estación se llenan de cocheros, de suplementeros y forasteros. Las calles sombrías que desembocan en el ancho paseo le atraían de manera extraña. Esas calles con casas de mampara donde se percibe el rasguear de una guitarra, el tamboreo y una voz femenina estridente; la calle llena de silbidos agudos y siseos donde el paco friolento parece dormitar. De su enfermedad salió con renovadas ansias; la evolución de la niñez a la adolescencia fue una explosión de fantasías y locos deseos. La fiebre le ensanchó el cerebro, le despejó la vista, aguzándole la imaginación. La ciudad se le apareció por primera vez con su aspecto verdadero; comprendía la fuerza de ese mar humano cambiante y caprichoso, que tuerce los destinos e impone a la historia. La ciudad, que conocía más que todo por su potente órgano digestivo que traga y vomita de la mañana a la noche, le llenaba de ansias. Comprendía su pequeñez en esa inmensidad. Caminando algún día por la Alameda había llegado hasta la parte donde están los jardines y habla tenido la sensación neta y súbita de otra vida mejor. Entonces habla comprendido el sentido de las cosas que hasta entonces contemplaba con indiferencia.

Las casas grandes y hermosas, con cúpulas y terrazas, le intrigaban sobremanera: creía adivinar en sus interiores la vida fastuosa de esa gente blanca, limpia y elegante, que pasea por la Alameda en la parte de los graciosos jardincillos. La impresión que le produjera un cromó, representando una cacería real, que viera en una tienda, estaba asociada a una informe idea de mejor vida. En medio de eso quedaba reducido a una pequeñez lamentable. Pero la comparación mental aumentaba su deseo de vivir.

Había dos grupos rivales por las calles populares del barrio: a uno lo llamaban los cobradores y al otro la pandilla de la calle Esperanza. Era gente recia, de anchos cuellos, con caras bestiales y dominadoras, con pantalones de pana, anchos sombreros y pañuelos de color en el pescuezo. Solían mostrarse por ahí, del brazo de sus mujeres, chiquillas menores, vestidas con una elegancia de pesadilla; casi todas ellas eran enfermas, gordas pálidas o delgadas sin dientes, escrofulosas y vendadas; ejercían, sin embargo, una atracción sexual por su extrema juventud y

su lascivo cinismo. Bailaban en las casas de la calle Maipú y Chacabuco y comían sin método por esas pensiones de las calles Manuel Montt o San Alfonso, donde se ocultan los rateros. Esmeraldo admiraba a uno de la pandilla que llamaban El Pucho. Era chato y cínico, con ojos estúpidos de toro; llevaba zapatos de tacón alto como los huasos y una faja azul y roja en la cintura. Lo que más le llamaba la atención al chiquillo era la gracia achulada que tenía para hablar con las mujeres; él hubiera deseado parecersele. Le atisbaba por las cantinas donde se bebe vinazo y ponches inverosímiles, y habla llegado hasta un chamizo lúgubre del extrarradio donde la pandilla celebraba tenebrosos aquelarres. Librado enteramente a sí mismo, capeando el colegio cuando podía, se hacía dócil y sumiso en la casa para no perder esa libertad que le entregaba la calle, la calle llena de novedades, de imprevistos; su calle sin vergüenza, sucia y cínica; la Alameda de dos fases, pretenciosa y cambiante, y todas las callejas que en ella desembocan (p. 32-33).

Anexo 5.4.

En la calle se notaba un pesado movimiento. En las bodegas, cantinas y almacenes, entraban los obreros descalzos y con espuelas; los de blusa, de los ferrocarriles; los cargadores, con pañuelos amarrados a la cabeza, con el pecho y las piernas desnudas. Mujeres sucias, de mantos verdosos, pasaban llevando cestas con fruta o huevos; entre el polvo y la porquería saltaban los chiquillos descalzos. Puestos de fruta, de mote con huesillos, de arrollado con ají. Bajo el cielo limpio de nubes, el sol daba al polvo transparencias rutilantes; los andrajos tenían gallardía de banderolas en esa luz. Nunca había parecido el cielo tan hermoso a la tocadora; ese aire del estío que se respiraba, cargado de gérmenes de vida, le hacía entrever una existencia feliz. Sin embargo, a pesar de esa exuberancia y del clima perfecto, la corriente humana, incolora, abatida, sin elocuencia rodaba automáticamente; los rostros impassibles revelaban cansancio y apatía. La naturaleza fuerte y optimista de Clorinda se contagiaba insensiblemente; se sentía invadida por esa gravedad fatalista que se diría estereotipada en las caras populares.

Después de cruzar las acequias pestilentes que corren paralelas por la Alameda, llegó a la Agencia de los caballos blancos, famosa casa de compraventa. Una mujer, tapada hasta las narices con el manto agujereado, empeñaba un colchón; otra llevaba envuelta en hule una máquina de coser; dos hombres descalzos esperaban apoyados en el mostrador, con las botas casi nuevas en la mano, haciendo chistes lentos y pesados. El fin de semana arrastraba por esos mostradores grasientos a la miseria del arrabal (p. 88).

Anexo 5.5.

El Centro habla sido hasta entonces una región impenetrable, de otra raza. Cuando estuvo frente a “El Mercurio” sintió en sus entrañas el vacío que había sentido en las puertas de los dentistas. La casa era espléndida y a la vez huraña. Casa de rico mal transformada en oficina y talleres de diario. En el vestíbulo con parquet, la luz se desparramaba desde la claraboya de colores. Las palmeras, el reloj y los altos frisos abaciales brillaban con insolencia. “El Mercurio” se había incrustado en el centro de la capital, entre el Congreso, los Tribunales y la estatua de Bello después de derrotar a “El Ferrocarril”. Era el faro indiscutible. Fundado en Valparaíso por el español Tornero, se acercaba a los cien años de existencia. Más tarde fue comprado por el millonario Edwards, influyente en las finanzas, en la marina, en política y en todos los órdenes de actividades. El ingreso de jóvenes de la clase media a un imperio como ese lo hizo irresistible. El

poder de absorción de la rama de Agustines Edwards tiene algo de magia. Los empleados más morenos, con sangre india, se mimetizan como camaleones. Física y mentalmente asimilan rasgos duros y metódicos de los bancarios Edwards. El diario se ha tragado a Chile asimilando pura sangre chilena.

Cuando el garitero entró en el hall eran las cinco. El miedo volvió a todo su cuerpo. El corazón de Santiago le producía siempre miedo. Se le cayó a los pies el coraje del vino. Sintió una araña en el estómago. Era un miedo a algo abstracto. Al fin Madroño era un cacique, un gran pólipo social. Él había sido su agente electoral. Habla matado a un hombre por orden de Madroño. Habla incendiado y se habla encochinado por él en un garito. De pronto le dejaba caer como trapo reglero. Así hizo con otros, pero ya vería. Tenía medios para denunciarle y librar a su patria de la garra de la bestia (p. 125).

Anexo 6 – El Socio (Jenaro Prieto – ed. 1988)

Anexo 6.1.

Olor a carboncillo, ir y venir de gente.

-¡Disculpe”

Una maleta que atropella; un gorro colorado que pugna por subir.

-Apúrate. ¡Sí cabe! Hay un hueco en la rejilla ¡Up!

En la ventanilla, el Nito, paliducho, abrazado a un paquete de galletas, y Leonor, tratando de alcanzar el vidrio y dando a Julián sus últimos encargos.

-No me echés en olvido. Mira, encima del “chiffonnier” quedó el reloj. Hay que mandarlo componer. Si va la Luisa, dile que el sábado sin falta tiene que mandar la ropa. Escíbeme... No dejes de escribirme, y sobre todo, pórtate muy bien. Nada de Davis, ¿me prometes?

Un pitazo, una manito de niño que aletea descompasadamente como un pájaro que trata de volar y un pañuelo blanco que se agita hasta que el tren se pierde en la atmósfera pesada y polvorienta. (p. 67)

Anexo 6.2.

Una neblina espesa cubría la ciudad. Los faroles rojizos, parpadeantes como ojos trasnochados, le hacían guiños en la sombra.

La soledad de la calle le hacía daño. Caminando, caminando, se había alejado del centro. Ahora marchaba a tropezones, por una callejuela del arrabal.

[Lo ven al pasar dos obreros, mientras iba hablando solo]

Julián los vio, indignado, perderse en la neblina.

Marchaba con la cabeza baja, como queriendo verse los zapatos perdidos en la sombra de la calle. De pronto se detuvo.

Una luz amarillenta, espesa, sucia, con olor a alcohol, a humo y pescado frito, se escapaba a través de una mampara, chorreaba por la piedra del umbral y corría como un cauce hasta la calle. El “Bar Mussolini”, abusando de la neblina nocturna, inundaba la acera con la impúdica indiferencia de un borracho...

Julián vaciló un instante, como con temor de vadear aquel charco luminoso que parecía humedecerle los zapatos. Negros, chatos y brillantes, semejaban dos cucarachas sorprendidas de

pronto por la luz. Las cucarachas de detuvieron un momento. Luego, como inconscientes del peligro, subieron una tras otra las gradas de piedra y, atropellando la mampara, fueron a colocarse al lado del mesón. Julián, con los ojos bajos, las miraba con visible repugnancia.

El cantinero, bigotudo, con el vientre de tonel aprisionado en las duelas azules de su “jersey”, alzó la vista, sin levantar los codos del periódico en que delectaban el último hecho policial. (p. 107-108)

Anexo 6.3.

Con ese aire de arrogancia exagerada que suelen adoptar los condenados al patíbulo, Julián entró a la Bolsa, azotándose la pierna con los guantes. La seguridad de su actitud contrastaba con la expresión de máscara de su rostro, en el que blanqueaba una sonrisa congelada de momia cordillerana.

Un grupo de corredores discutía acaloradamente en el pasillo. Al pasar él se callaron.

Más allá, frente a otro grupo que hablaba casi en secreto, creyó oír el nombre de Davis...

El timbre eléctrico, estridente, monótono, como un dolor de oídos, anunciaba el comienzo de la “rueda”.

Empujó con violencia la mampara y, abriéndose paso entre la multitud, se aferró con desesperación a la baranda que circundaba el recinto de los corredores.

A un paso de distancia veía la desgredada cabeza de Gutiérrez, repartiendo su extraordinaria actividad entre el teléfono, la libreta de órdenes y el papel de telegramas. Apuntaba, escribía, conversaba...

Algunas filas más adelante, casi en el centro del redondel, se destacaba la calva apergaminada de Urioste.

Frente al pupitre del director de turno un muchacho gordo, moreno, vestido de negro, iba anotando en una enorme pizarra las operaciones. Cuando escribía, el traje, el pizarrón y la cabeza se confundían, y sólo se divisaba el puño blanco. Parecía que escribiera con el puño.

El martillero, con voz de tenor, gritaba sin detenerse un instante:

-¡A 29 próxima se venden cien Lallaguas! ¡A 20 se compran!... (p. 111)

Anexo 6.4.

Davis se sonrió.

-¡Es inútil que dispare, mister Pardo...! ¡Usted mismo acaba de decir que me ha inventado, que soy un producto de su imaginación, “una creación del arte” –si no encuentra un poco petulante el nombre-. Y las creaciones del arte no muerte, mister Pardo. ¡Son los autores los que mueren! Consulte **su biblioteca**. No es muy abundante, pero le quedan aún algunos libros clásicos (...) Edipo, Hamlet, Don Quijote..., seres inventados que están libres del asesinato... Usted puede cometer otros delitos, puede quedarse con lo ajeno, puede falsificar una escritura...

Julián no pudo dominarse y disparó. Apuntó al pecho de Davis y la bala debió haberle atravesado; pero él continuó impertérrito su frase.

-Puede falsificar una escritura, puede calumniar, puede agredir... y no obstante, jamás podrá matar a un personaje creado por su mente... ¡Somos inmortales! Consulte su biblioteca. (p. 172-173)

Anexo 7 – La chica del Crillón (Joaquín Edwards Bello – ed. 1997)

Anexo 7.1

Me puse el sombrero y salí a la Alameda. Después de vagar sin rumbo por unas cuantas calles, el instinto animal que me dominaba me hizo recordar la casa donde nací y, sin saber cómo, de repente, me encontré en la calle Dieciocho frente a la verja y el jardín, tan conocido, de mi infancia; al fondo se divisaba la casa habitada por otros. Estaban comiendo. El jardín había cambiado, pero mi ventana, la enredadera, el banco de piedra eran los mismos. El perfume del jardín y de la casa me era conocido y agradable: una mezcla de pinos, de flores, de madera pintada y de hierba seca llegó a mis sentidos. Ahí estaba la enredadera de rosas que yo planté una mañana; hacía cinco años de eso. Ya cubría la muralla. En el quisco jugué muchas veces con las amigas, unas hijas de general. Jugábamos a las visitas, metiéndonos bajo los asientos como conejos en sus agujeros. Las cortinas permanecían corridas, pero la amplia ventana del comedor, abierta en esa noche cálida, permitía ver la silueta de las personas que en ese momento engullían sin demostrar otra cosa que la más placida bonanza. ¡Que desgraciada soy! Sola, sin padre ni madre, vagando a la ventura, en tanto la gente, los pobres y los ricos, terminaban de comer en agradable sobremesa. Tuve deseos de ir al otro lado de Santiago, donde vive Gastón. Al pensarlo, sentí un gusto amargo en la boca. ¿Y para qué? Anduve vagando por otras calles, mirando más el cielo que la tierra. La noche era estrellada, sin nubes; estrellas, estrellas, estrellas, y más lejos, polvareda de astros. Esta contemplación me reconfortó. Las ideas más extrañas, que no recordaba haber tenido jamás, comenzaron a afluir a mi cabeza cansada; en la plaza donde está la estatua de Ercilla, miré la bóveda estrellada, inclinando violentamente la cabeza hacia atrás, hasta sentir vértigo, y pensé: “Si todo fuera una ilusión, si no hubiera nada, nada, nada”. Pero una duda me asaltaba, diciéndome: “Siempre habría algo, porque hasta la nada es algo”. Y eso no tiene fin, por cuanto detrás de las estrellas hay otra cosa, y más allá otra, y otra, hasta no acabar jamás. ¿Para qué sufrir si no sabemos el objeto de tanto trabajo y miseria? ¡Si me suicidara! El suicidio es el fin y sirve para dignificarse y explicarse. ¿Si fuera al canal San Carlos, donde se zambullen las penas santiaguinas y me arrojara a esas aguas barrosas?

Al día siguiente todo Santiago hablaría de mí y nadie podría pensar en un accidente, por cuanto dejaría una carta a la Rubilinda, advirtiéndole que ocultara la noticia al papá. La gente comentaría el caso de mil maneras, y ya no me verían más, nunca más; el centro no vería pasar ya más este cuerpo anhelante y afiebrado. Cuando el jazz del Lido electriza a las parejas yo estaría hinchada y verdosa en las aguas del canal. Al día siguiente, un arriero descubriría mi cuerpo; llegarían los carabineros: “una mujer joven y al parecer decente”. Después sabrían mi nombre y los diarios publicarían mi retrato, el retrato de Sivar, y debajo las frases hipócritas y falsas de siempre: “Nuestra sociedad está de duelo con el fallecimiento de la señorita Teresa Iturrigoriaga, ocurrido ayer. La nobleza de su corazón, su extremada juventud y las bellas prendas de carácter que la adornaban hacen doblemente cruel esta muerte. Los funerales se efectuarán hoy”. El coche fúnebre saldría balanceándose, como he visto tantos otros, por la calle Romero. La cartonera, la Rubilinda, quedarían llorando, y detrás iría, en el coche negro, el tío Manuel solo, mordiéndose el labio con el tic de la familia. Los hombres, al pasar mi ataúd, se sacarían el sombrero. ¡Último paseo por Santiago, pasando por la Avenida de la Paz!

Al saber mi muerte las chiquillas Cepeda sentirían remordimiento. Toda la gente sentiría compasión por mí, al saber que alimentaba a un padre y a una sirvienta en el rancho de la calle Romero abajo. No teníamos baño por falta de plata.

Animada por este pensamiento, no dejé de vagar de un lado a otro durante la noche. Estaba segura de que nadie me haría daño al ver mi cara llena de algo así como la muerte. Los ruidos de la noche, que a veces escuchamos en la cama, tenían un valor centuplicado: crujidos de trenes, saliendo semidormidos; pitos que se responden en las encrucijadas; campanillas fúnebres; voces apagadas; platos que rompen los fantasmas en las casas solitarias, y un ronquido uniforme, igual, como el trabajo de un herrero distante. Automóviles pasaban de vez en cuando con gente cantando adentro, y balanceándose, más llenos de alcohol que de bencina.

Así anduve de un lado a otro de la ciudad. De pronto regaron las calles unos murciélagos municipales; el cielo rompió en claridad rojiza que se fue haciendo dorada hacia la cordillera; los focos eléctricos murieron suavemente, parpadeando sin dolor, y la calle quedó envuelta en leche de cielo. Un murmullo material se escucho en la ciudad; se abrió una puerta; silenciosa beata vestida de negro se deslizó a comulgar. La campana vibro; del cielo bajó una luz, pálida primero, dorada luego, y de fuego al fin, semejando un beso largo y ardiente de la atmósfera a la tierra. Era el beso de la aurora que cada día estremece al mundo y lo levanta. Pasó un tranvía haciendo retemblar los adoquines. ¡Otro día! ¡Otra vez levantado el telón sobre el escenario de la grotesca farsa! ¡La vida! ¡Otro día! Y yo, afiebrada, sin dormir ni alimentarme, vagando herida como un zorzal. Mire a todos lados y vi que estaba desembocando en el barrio de la Estación Mapocho. Las cimas dentelladas de Los Andes se divisaban en una pureza indescriptible; todo el barrio vibraba de vigor; mozos y mozas fuertes de la Vega llevaban hortalizas en las cabezas torunas; cocineras matutinas comenzaban a regatear y a sisar, murmurando de sus patronas; carretelas de mano, voceros, cachureros; hampa de alborada sacudía al barrio. Tanta actividad fue mi poderoso tónico, llenándome de ese dulce engaño que se llama esperanza: tuve deseos de campo, de mercados, de meriendas, y mis heridas cicatrizaban haciéndome amar otra vez el misterio de vivir. (p. 62-64)

Anexo 7.2.

Hemos salido a la calle hacia la estación, donde tomamos el tranvía. Me agrada llevar a la prima Carnera por estos barrios pobres; llenos de ojos atrevidos, en el centro, tal vez nadie la mirará con deseo, a ella, tan conocida y víctima del prejuicio. Aquí, los obreros admiran sus redondeces.

Muchas veces, en la calle, yo también he sentido el deseo anónimo que pasa y me roza, que se infla como una harina amasada, vergonzante; es el piropo callejero, es el estímulo a esta flor humana necesitada de riego. Pero este sol, esta agua de arrabales, no sirven para las flores del centro, condenadas a marchitarse en su envase, por el convencionalismo. Las convenciones de sociedad nos ordenan no escuchar los piropos de arrabal, o rechazarlos como ultrajes; sin embargo, crecen y fermentan, formando al fin un solo sentimiento de orgullo y ansia, por lo que llevamos de apreciable y codiciado.

Pero, al llegar a *nuestro mundo*, esos piropos terminan. Muchachas como yo y la prima Carnera están eliminadas del matrimonio *standard*, para cuya realización es preciso tener plata y ciertas medidas que acuerden con los peles matrimoniales. Carecemos de porvenir nupcial dentro de la medida santiaguina. La prima Carnera y yo seremos como esa campana de Moscú que no repicó nunca.

El muchacho de sociedad carece de juicio personal; es frío, sin imaginación, incapaz de esos impulsos naturales, algo morbosos, como creo que han de ser en el verdadero amor. A causa de eso, quedan sin casarse en Santiago las chiquillas muy gordas, las muy narigonas, las muy altas, las que pasaron los treinta, y todas las que están fuera del tipo nupcial estilo “Vida Social”,

aunque sean capaces de coleccionar piropos espontáneos de los hombres del arrabal, los que serían felices si les dijéramos “sí”. En esto he pensado mientras iba al cementerio con la prima Carnera. Ni ella ni yo somos aptas para el casorio conveniente (p. 84).

Anexo 7.3.

Era la hora en que las sirvientas lavan los vestíbulos de mármol en los palacios. La ciudad mostraba un aspecto desconocido y fascinante. Era otra, y hacía el efecto de una ciudad fabulosamente rica. Esos palacios de la calle Dieciocho, Ejército y Alameda producen gran impresión. No viendo ni escuchando a la gente, una creería estar en París. Fuimos a pie hasta la calle Ahumada y ahí cogimos el tranvía Cementerio, charlando como cotorras. Es un verdadero paseo, que nada tiene de triste. Los mismos entierros y la gente funeraria en el camposanto exhalan un aire de renovación. El sentimiento religioso me bañó de tranquilidad. Las tumbas, los árboles, las flores, todo en el pueblo de los muertos hablaba de renovar; el papá estaba tranquilo ya, todo lo tranquilo que se podía estar en la aparatosa tumba de los Iturrigorriaga, al lado de mi madre; marchita estaba en la enorme corona de la señora Ismenia, pero lo demás, todo cuanto lo rodeaba, era fresco, hasta las viudas y los deudos que se inclinaban al pie de otros mausoleos. Nada me daba más ímpetus para vivir que esas islas de los muertos. “No pierdas tu tiempo. ¡Apresúrate! Parecían decirme miles de susurros (p. 85).

Anexo 8 – La sangre y la esperanza (Nicomedes Guzmán – ed. 1985)

Anexo 8.1.

La cesantía en la zona del salitre era pavorosa. La capital parecía estremecerse bajo el peso de la humanidad mísera y hambrienta que los trenes arrojaban sobre su cuerpo duro y frío. Los harapos hacían muecas en las calles, muecas con sebo y piojos, con llantos de niños y tetas exangües de hembras aniquiladas. Los suburbios, bajo el otoño, frente a la mirada turbia del tiempo, arrugaban el ceño, estiraban su osamenta crujiente, abierto el pecho franco a las cabezas locas de los días. Al rescoldo rebelde de su corazón, los albergues mostraban su cuerpo horrible de falso hogar.

Fuera del Coliseo de los Tranviarios, en nuestro barrio, otro albergue, por Libertad adentro, abría su vientre oscuro y llagoso a la humillación de los trabajadores. Días de días y noches de noches, la angustia quebró allí sus estrellas calcinadas. Hombres, mujeres, madres, esposos, hermanos, hijos, en un solo haz de tiras y de mugre, de asquerosos parásitos y de organismos esmirriados, buscaban allí, paradójicamente, el lucero luminoso de un destino.

2

El guardia paseábase como un patrón omnipotente. Sus bigotes ralos, de punta, clavaban el aire. Y sus ojos oblicuos, de caliente y filosa mirada, hacían ver en su semblante el rostro agrío de un gato en celo. Sus pasos golpeaban en la vereda como los de un caballo desatentado. En la cuneta, frente al galpón de cara agrietada y de rota techumbre enmohecida, algunos asilados calentaban su miseria, entregándose a la mano piadosa de un cobrizo sol otoñal. Corrían los chiquillos aventando sus harapos y sus voces desorbitadas. Los más pequeños se arrastraban, gateando, alrededor de sus madres, embarrándose, con los cuerpos al aire, sucios de excremento seco, los trastes amoratados, recogidos como gusanos medrosos los pequeños sexos entumecidos. Un

viejo, de llagas piernas, se despiojaba la camisa. No mataba a los overos y crueles parásitos. Con un cariño anciano, con un cariño lento, casi con ternura, atrapábalos temblorosamente, y los abandonaba en la costra mojada, blanducha de la tierra.

-Ese viejo es loco -me habló Tito-, dice que los piojos son niños...

-¡Ja, ja, ja!

-Si es de veras, dice que los piojos son guagüitas, y les canta a veces!... ¡Ja, ja, ja!

-¡Ja, ja, ja!

La calle Libertad se estiraba, ancho el cuerpo de agua, barro, miseria y de ojos turbios de las viviendas jorobadas. Los conventillos abrían las bocas desdentadas con fetidez de angustia, de humanidad crujiente, de pueblo desharrapado, condenado a la esperanza inútil. El humo azul se deshilachaba hacia el cielo, buscando las heladas pezuñas del buen Dios. El interior del albergue ardía de movimientos. Se acercaba la hora del almuerzo, y muchas mujeres y chiquillos preparaban ya los tarritos y platos merenderos, para recibir los porotos con cochayuyo. Había entusiasmo en las miradas bovinas de las hembras, un entusiasmo cejijunto de poblacho sin sol. Sonaban las cucharas contra los tarros. El hambre lloraba ante su próxima y transitoria muerte. Lloraba el hambre con lágrimas de infelices piedras heridas.

3

La mañana estaba llena de comentarios. De alaridos. De interrogaciones. Las comadres corrían por la galería. Se dolían. Hablaban hasta por los codos. El crimen habitaba todas las palabras. Chillaban los diarios, arrugándose en las manos toscas y sebosas. Habían matado a un hombre. Lo habían descuartizado. Abandonada, sola, arrodillada, llorando por los miembros compañeros, sangrantes, se encontró una de sus piernas en un quiosco municipal. Luego se descubrió el tronco, tras una tapia, en camiseta, sin cabeza, sin ojos, sin brazos, sin piernas, y solo también, y peludo, con las lágrimas encadenadas a los sollozos fríos, muertos en medio del pecho.

La tinta de las imprentas tenía color de sangre. Olor de podrida carne humana. Con gusanos de infernales ojos. De apercancada ternura. El otoño rodaba. Los días rodaban. Y rodaba mi infancia acumulando fantasmas, y uñas, y colmillos en la bruma del corazón (p. 245-247).

Anexo 8.2.

El movimiento huelguístico se posesionó hasta de los más remotos átomos del viento. Rojas voces corrían por los ámbitos en procesiones de fe y esperanza.

-¡Viva la Federación Obrera de Chile!...

-¡Viva!...

Los mítines, las reuniones, llenaban las horas. Mi padre no llegaba a la casa. Su existencia de estos días se concentró, como la de todos los camaradas dirigentes, en el afianzamiento del triunfo. Ni carros. Ni carretones. Ni ruidos mecánicos.

Sólo hombres llenaban las calles. Y carabineros. Y lanceros.

El depósito, como en la huelga pasada, estaba resguardado por la policía.

La calle Mapocho, en toda aquella cuadra, apestaba a guano.

Las mujeres se inquietaron. Ellas no estaban con estas cosas. El aire revolucionario las atemorizaba. Las llenaba de miedo.

-¡Este hombre, Señor -se quejaba mi madre-, yo no sé qué irá a ser de él!... -mientras dividía una pelota de masa en trozos que más tarde se convertirían en panes.

Esto ocurría en todas las casas. No había pan. Y era preciso suplir su falta con sopaipillas, o con desabridos bollos cocidos en las cocinas sobre latas, o bien con duras tortillas doradas al rescoldo de los braseros.

El tifus y la viruela, por esos días, recrudecían. Los camiones de la Dirección de Sanidad saltaban por las calles, arrancando de los hogares a los enfermos. Los conventillos se vaciaban de habitantes, en desesperada huida. La inquietud y las lágrimas conquistaban dominios en mitad del pecho humano.

Pero encima de todo, por sobre todo, la inquietud, el dolor, la angustia, los brillosos carbones de la fe, la mística de la esperanza, derramábanse en gritos llenos de luz:

-¡Viva la Federación Obrera de Chile!...

-¡Viva!...

Las calles temblaban.

Un humo azul de rebeldía se desflecaba en los aires. Rechinaban los dientes. Se agitaban como rojas banderas los corazones, desnudando todas sus fibras ilusionadas. Un tiempo de lámparas, de soles que se disputaban el derecho a dispensar sus mejores tibiezas, barría con la bruma de las inquietudes femeninas, arrasaba con el ahogo de los enfermos, calcinaba los huesos de la cobardía.

2

-¡Los polvos olorosos!... ¡Los polvos olorosos!...

Ofreciendo a gritos sus mercancías y tocando su cornetín atravesaba por la galería el hombre vestido de faquir.

-¡Los polvos olorosos!...

El turco, tras él, chillaba por su cuenta:

-¡La feineta fa la yascona!... ¡Lo feine fa lo piojo!...

-¡Las bolsas olorosas!... ¡Las bolsas olorosas!... ¡A chaucha los ricos polvos!... ¡Las bolsas fragantes!...

Había huelga. Había tifus. Y había viruela.

Pero las niñas siempre se empolvaban. Y las bolsas, de manos del faquir, pasaban como por encanto a manos de las muchachas.

Era sábado. Día de pago de los obreros. La galería, en la tarde de este día, se invadía de charlatanes, de comerciantes. Los semanales, con sus lonjas de percalas y tocuyos, no descuidaban sus ventas. Y los agentes de novelas por entregas iban de pieza en pieza, repartiendo sus impresas mercancías.

-¡No sólo de pan vive el hombre, pues, señora!... -decía un agente espinillento a mí mamá-. ¡Vea usted, señora, esta es la novela más leída de este siglo!

A toda costa quería convencer a mi madre de que se suscribiera al folletín Abandonada en la Noche de su Boda. Le había dejado, días antes, el cuadernillo de muestra, con láminas de colores, por debajo de la puerta, y ahora ponía toda su capacidad persuasiva en el negocio.

-¡Si es una novela, una linda novela Laura!... -llegó alardeando la señora Lucha con el hijo más pequeño en brazos, sucio, de bucles tiesos de comida seca-. ¡Por esta porquería de huelgas es que Bernabé no me ha podido seguir leyendo!...

-¡Los polvos olorosos!... ¡Las bolsas olorosas!...

El faquir volvía con sus gritos y los sonidos destemplados de su cornetín. Los chiquillos, desharrapados, mugrientos, andaban a su siga, riendo, tironeándole los pantalones verdes, de abolsadas piernas. Un semanal volvía también, tras el turco de los peines.

Afuera, la huelga ardía. Los gritos braceaban en la calle. Las ventanas no rendían esta vez como otros sábados. Había un poco de desconsolación en los gritos mecánicos del turco:

-¡Lo feine fa lo fiojo! ¡La feineta fa la yasona!...

Lejos, se escuchaban la música de un organillo, golpeteos de bombo y tintinear de cascabeles.

La señora Lucha intentó evadirse al semanal. Hacía esto siempre, para evitar el pago de la cuota.

-¡No se esconda, señora, no se esconda, si ya la vi!... ¿Por cuánto le hago el recibo? ¿Por cuánto, señora?

-¡Hay huelga, casero, hay huelga!... -rió, cínicamente, la mujer.

-¡Pero, señora!... ¡Cómo es posible!...

-¡Sí, señor, si no hay plata! ¿No sabe que hay huelga?...

Y se metió en el departamento. El hombre guardó, desolado, el talonario. Y bajó la escalera con sus floreadas lonjas de trapos.

Era sábado. Los hombres discutían y gritaban en las calles, frente a las armas de la policía.

3

La noche llegó hosca, sin estrellas, llena de aristas, semejante a caprichoso desecho de cantera. El frío ejercitaba sus puñales. Mas los hombres no lo sentían.

Ardían los ánimos.

Recién se había disuelto un mitin organizado por los panaderos y los tranviarios ante las rejas del depósito. Los alaridos y las protestas ampulaban el viento de la calle. Remecían los harapos de los eucaliptos. Los carabineros y lanceros, prontos a cualquier ataque, afirmaban los pies en los estribos. Los caballos coceaban, tascando el freno. Los jinetes, odiosos, parecían también tascar sus instintos despiertos e insolentes al borde de su don de autoridad.

Los agentes se repartían por las calles del barrio, provocando. La traición del gobierno a sus propios electores era evidente. Se pretendía alterar los ánimos, romper con la serenidad de los trabajadores, alentar desmanes, para dar lugar a la represión sin tapujos.

Fue uno de esos agentes el que llegó detrás del Sebote. El muchacho delincuente tenía la obsesión de los tiras. Y más de alguna vez me topé con él, mientras subía a saltos la escalera, huyendo:

-¡Los tiras, cabro, los tiras!...

Esta vez no alcanzó a gritar. El primero de los cinco balazos por la espalda le decapitó la voz en un ahogo de sangre.

Fue la semilla.

Los tiras descontrolaron a los hombres.

-¡Mataron a un compañero, mataron a un compañero!... -gritó un civil.

-¡Carajo!...

-¡Compañeros, camaradas, nos provocan!

-¡Quieren boche estos mierdas!...

No había ya manera de contener la lucha. Los fogonazos acuchillaban la negrura de la noche. Resbalaban los caballos en la humedad de su propio excremento. Saltaban aullidos. Vociferaciones. Un grupo de maquinistas salía de la galería armado de machetes y palos.

Fue algo rápido. Fulminante. La batahola era infernal.

Huí como un gato huye de un perro, a esconderme. Abajo quedaron los tiros, las imprecaciones, la acción de las lanzas, de las carabinas, de los machetes, de los palos, de los puños.

Desde el cuarto se oía un tumulto ensordecedor, un río de gargantas humanas se precipitaba por las calles, potente, arrollador, brutal.

Mi madre se paseaba por el cuarto, gimoteando, mordiéndose. Martina lloraba. Elena no atendía a nada, aferrada a los barrotes de uno de los catres.

Cuando ya el tumulto de voces hubo pasado, y por la calle se oía sólo el paso de los hombres y sus insultos aislados, mientras huían, seguidos por la autoridad, llegó mi padre a golpes con la puerta.

-¡Laura, Laura, abre, mujer!...(p. 265-269)

Anexo 8.3.

La huelga había triunfado. El ánimo colectivo era propicio. Se prestaba el instante para que los albergados salieran a la calle, en exigencia de trabajo a los poderes gubernativos. La situación se hacía ya insostenible y los gremios organizados estaban dispuestos a coadyuvar la acción de los cesantes.

Aquella tarde, los albergues se vaciaron. Elemento de diversas entidades populares acompañarían en su empresa a los trabajadores en receso.

Por Bulnes, salió a la Alameda la caravana de albergados de nuestro barrio. La arteria principal metropolitana pareció ensancharse para soportar el alud de haraposos.

Hombres arrastrando el cansancio de sus largos días inactivos. Mujeres de rostros doloridos, de algodonosos pechos pesadamente saltones de doblegados moños, con los pequeños a la rastra, en brazos u ovillados germinando en el agrio cántaro del vientre. Chiquillos de terrosas cabelleras, de rostro ennegrecido por añejas mugres. Todos, en fila de parias, marchaban al encuentro de una palabra para encender su esperanza. Allí marchando, hablando, gesticulando, eran como extraños animales desnutridos, buscando una razón de vida. Volaban sus tiras azotando el rostro seco del otoño, bajo los árboles en orfandad de hojas. De los tranvías asomaban los rostros asombrados ante el macabro espectáculo de aquellos chilenos de la pampa en paso de desamparo.

Adelante, las mujeres se dieron de pronto al canto:

Cuando nacen las noches heladas
los palacios de luces se llenan
y los pobres se mueren de pena
en sus chozas sin lumbre y sin pan...

Era un canto triste, obscuro, desolado. Las uñas de una angustia auténtica de corazón se asomaban en cada verso, en lánguida y triste melodía:

Los burgueses habitan un mundo
por eternos fulgores vestidos,
y los pobres se mueren de frío
en sus chozas sin lumbre y sin pan.

Las voces dispares mutilaban la música. Mas el dolor y la amargura del verso se hincaban en los sentimientos como lancetas de abejas furibundas.

Los perros, flacuchos, pringosos, de pelaje roído por la tiña, trotaban a los flancos de la caravana. Olisqueando aquí y allá, al pie de los postes y los árboles, paraban la pata con desgano. Al final, algunos tranviarios charlaban.

Yo no me explicaba por qué mi padre me había traído al mitin. Mi madre se había opuesto.

No obstante, cedió luego a la determinación del hombre. Ahora caminaba yo, de su mano, achatado tras la fila de nortinos.

Los cantos abundaban. Pero no tardaron en reducirse a tumultos de gritos destemplados, que demandaban:

-¡Traaa... baaa... jooo!... ¡¡Trabajo!! ¡ ¡Trabajo!!!

Las voces subían y bajaban. El aire era como una balanza donde las voces disparejas de los manifestantes se disputaban la supremacía de sus valores.

-¡Queremos trabajo!... ¡Queremos trabajo!... ¡Queremos trabajo!...

-¡ ¡ ¡Trabajooo!!!

El sudor empapaba los rostros. Un olor espeso a orines, a excrementos, a transpiración añeja, emanaba de algunos cuerpos. Las voces se cruzaban de instante a instante.

-¡Trabajooo!... ¡ ¡Trabajo!! ¡ ¡Trabajo!!!

A los pies del monumento de Bernardo O'Higgins la muchedumbre movíase ya como un inquietante oleaje chispeando cantos y gritos. Los harapos mordían cruelmente los cuerpos y las pupilas. Extraños olores afloraban en el ámbito cernido de sol harinoso.

La columna de albergados acompañada del grupo de tranviarios se plegó a aquel oleaje. Alzábanse en medio los rostros rojos de algunos pabellones revolucionarios, con raras inscripciones.

-¡Compañeros, compañeroos!...

Subido en una tribuna improvisada junto al pedestal de la estatua, un hombre joven clamaba porque se le oyera:

-¡Compañeros, camaradas!... ¡Compañeros, vengo, vengo aquí, hasta ustedes, camaradas, en nombre de la Liga Pro Ayuda a los Trabajadores del Salitre!... No soy yo, camaradas, un hombre extraño a vuestros padecimientos, camaradas... Albergado como ustedes en otro tiempo, supe de la humillación tremenda que en cuerpo y corazón vosotros también, hoy, queridos camaradas, estáis sufriendo...

Habló de muchas cosas amargas. Las mujeres lloraban. Las lágrimas fundían su sal a la sal del sudor. Fuertes aplausos rubricaron las dolorosas palabras del hombre.

Fue entonces, después de los aplausos, cuando se anunció el discurso de Abel Justiniano. Miré a mi padre. Le costaba a él superar la fuerza de sus nervios. Palideció cuando el muchacho alzó su figura sobre la tribuna. Se mordía. Se mostraba rabioso entre toda esa multitud de hombres y mujeres de ojos y oídos expectantes.

-¡Camaradas, compañeros!...

Las palabras de Justiniano, a medida que llenaban los segundos, fueron serenando a mi padre. Fue vencido por ellas y terminó por ir asintiéndolas con leves movimientos de cabeza.

Sin embargo, un destino de fatalidad se estiraba como una boa, desperezándose, sobre las vidas allí conglomeradas. Empezaban a llegar gruesos piquetes de guardianes armados. Y aunque nadie se inquietó, porque su presencia era natural en todas las manifestaciones públicas, un hecho incomprensible estaba destinado a determinar la realidad de varios trágicos minutos.

Un alarido de mujer hendió de súbito el aire, barrenándolo violentamente. Y acto seguido, un disparo de carabina derribó del estrado al orador, con la frente rota. La policía comenzó a cercar a la muchedumbre. Desde el ala norte del tumulto, un grupo salió huyendo, en medio de gritos estridentes. Los disparos los siguieron. Cayeron algunos azotándose en los duros adoquines. Varios guardianes, pechando con sus cabalgaduras, se abrían paso entre la muchedumbre.

-¡Paso, paso, carajos; paso, desgraciados!...

-¡Rotos de mierda, den pasada!...

Chillaban las mujeres en la apretazón. Lloraban las guaguas. Rezongaban los chiquillos.

Rodeado el gentío, era casi imposible huir. Los que lo intentaban eran seguidos a culatazos. El miedo era como un dolor desesperante en medio de mi pecho. Hubiera llorado. Pero mi padre me asía fuertemente de un brazo. Y su vigoroso contacto me daba confianza y energía.

-¡No te sueltes, Enrique, estos mierdas quieren charquiarnos!... ¡No te sueltes!...
Los policías no dejaban de espolear a las bestias, abriendo brechas entre los albergados.

Gritos.

Alaridos.

Imprecaciones.

Nadie se explicaba la actitud de las autoridades. Algunos hombres desprendidos del tumulto trataron de huir. Pero cayeron ahí mismo con las cabezas despedazadas. La indignación alteró a los hombres. La intentona de masacre estaba en evidencia.

-¡Brutos, chanchos!...

-¡Maricones!... ¡Traidores!...

El odio deformaba las facciones esmirriadas. Los guardianes seguían en su labor de brutales taladros espoleando a las cabalgaduras.

-¡Dispersarse, desgraciados!... Dispersarse! ... -gritaban ahora, corriendo culatazos a granel.

Piafaban las bestias a los requerimientos salvajes de las riendas y las espuelas, pateando, atropellando.

-¡Dispersarse, dispersarse, rápido, mierdas!... ¡Rápido, desgraciados!...

Las mujeres aullaban, rodando con los hijos, estallando en llanto. El griterío, las vociferaciones, invadían los aires ensordeciendo. Por otro lado se oían nuevos disparos.

-¡Aquí, camarada!... ¡Aquí!... -gritó Rogelio a mi padre-. ¡Estos maricones nos quieren matar!...

Había un trecho descuidado por la policía. Mi padre me arrastró. Pero era imposible salir. No cesaban de chillar las mujeres, alzando a sus hijos, clamando piedad. Los culatazos llovían. Se doblegaban las cabezas de los chiquillos, convertidas en bolsas de sangre, a los golpes.

-¡Señor!... ¡Piedad!...

-¡Salvajes, chanchos!... ¡Traidores!...

-¡Desgraciados!...

-¡Que me matan, Señor!...

-¡Por Dios, estos salvajes!...

Un alud de hombres logró abrirse paso. Y huyó en masa, maldiciendo. Ahora sí mi padre pudo correr. Y me arrastró casi en el aire. Temía caer. Una bestia galopaba tras nosotros. Se oían sus duros cascos contra el pavimento. Se alzaba una carabina encima de nuestras cabezas. Sonó un golpe seco, horrible, en la espalda de mi padre. Se quejó el hombre, con una queja que fue un rechinamiento. Pero no se detuvo.

Lejos, junto a un poste, interrumpimos nuestra carrera. Allí estaba Rogelio.

-¡Compañero!...

Sostuvo a mi padre. Pálido, trémulo, el hombre se quejaba como un animal. Un borbotón de sangre le afloró en los labios.

-¡Desgraciados, maricones!... -aulló Rogelio.

La muchedumbre se dispersaba ahora. Se ensañaban los salvajes golpeando a las mujeres y a los chiquillos. No había piedad. En el suelo, sobre los duros adoquines, los cuerpos inocentes se desangraban con los cráneos abiertos, pisoteados.

Algunos albergados sacaban a relucir sus cuchillos. Un caballo se derrumbó con las tripas colgando. Allí mismo cayó el nortino, reventada la cabeza a golpes de culata. Un grupo de mujeres huía por el lado sur de la Alameda, desesperadamente. Los guardianes parecían gozarse en su persecución, enarbolando las carabinas. Dos o tres mujeres cayeron. Las patas de los caballos dieron trágica cuenta de ellas. Los disparos todavía atronaban el espacio: ¡Pum, pum!...

En ligeros minutos, el comicio fue disuelto definitivamente.

De los albergados y de los trabajadores que les acompañaban, no restaba más que una porción de cadáveres: entre guaguas, chiquillos mayores, hombres y mujeres con los cráneos despedazados, con los harapos empapados de sangre, próximo material de carga para el carro de la Morgue.

Los heridos fueron transportados, rápidamente, en ambulancia de la Asistencia Pública.

La autoridad y la traición habían triunfado. Y sus personeros estaban allí, sudorosos, limpiándose las frentes, satisfechos del deber cumplido, altos en sus cabalgaduras entornudantes.

Un nuevo borbotón de sangre, tras toses y quejidos ahogados, habíase precipitado desde los labios de mi padre.

-¡Me jodieron estos mierdas!... -habló apenas, tapándose la boca con el pañuelo.

Pero se negó a ir a la Asistencia.

En una victoria partimos hacía la casa.

Grupos de albergados merodeaban cerca del sitio del suceso. Su amargura y sus tiras eran como el símbolo de su esperanza desvalida.

Yo me sentía extraño, como en el aire. No lloraba. Estaba seco de lágrimas. Mas las pupilas se me desbordaban en imágenes de sangre, de infantes, de mujeres y de hombres miserables cobardemente masacrados.

La autoridad había triunfado. Era un bello triunfo. Podían reír ahora. Los guardianes podían alzar el pecho arrogantes, orgullosos de su gloria.

-¡Y pensar -habló sombría y roncamente Rogelio-, y pensar que fuimos nosotros mismos los que dimos poder a los que atropellan! ¡Traidores, malditos!...

Mí padre tosía. Los cascos de los caballejos que tiraban la victoria marcaban sobre los adoquines de la calle una música hueca de matraca.

-¡Sí traidores -habló mi padre, sosteniéndose el pañuelo en la boca-, traidores!... ¡Y creamos en la democracia, y apoyemos con nuestra fuerza a los maricones de la política!... ¡Se especula con nuestra honradez!... ¡Y nosotros siempre con late puesta en los que saben engañarnos con más bellas palabras!... ¡Traidores!...

Tosió una vez más mi padre.

-¡Sí, de veras -corroboró Rogelio-, se abusa de nuestra honradez y de nuestra sinceridad!... Gastamos nuestra fe creyendo promesas y programas... ¡Perdemos el tiempo, cuando lo único que merece nuestra fe es la Revolución!...

7

Al día siguiente, el barrio se atronó de alaridos:

-¡Abajo los comeaguas!...

-¡Abajo los comeaguas!...

Las mujeres se desparramaban por las calles, con sus tiras y sus lágrimas a la rastra, gritando a todos los vientos, para el oído de los asesinos y del mundo:

-¡Abajo los comeaguas!..

-¡Abajo los comeaguas!...

Y los vientos respondían a la aspiración de las hembras miserables, alistando sus más sonoros clarines:

-¡Abajo los comeaguas!...

-¡Abajo los comeaguas!...

Por muchos días, los guardianes no se atrevieron a andar solos por el barrio. Las mujeres albergadas habíanse convertido en fieras. Dispuestas al crimen para vengar el tremendo crimen.

Y más de una madrugada se supo de algún policía encontrado con las tripas al aire, tirado a la orilla de una cuneta (p 274-280).

Anexo 9 – Mañana los guerreros (Fernando Alegría – ed. 1995)

Anexo 9.1

Ella no se movió. Tenía y, de pronto, sintió hambre. Temblaba. Se levantó el cuello de su chaquetilla de gamuza verde, buscó los guantes en la cartera, se los puso y aguardó. Corría el peligro de que alguien se acercara tomándola por una perdida. Oyó pasos cerca de ella; se mantuvo en su actitud absorta, mirando fijamente al fondo de sombras en que, a esa hora, iba desapareciendo el Parque. Pasó otra pareja. Encendió un cigarrillo y comenzó a fumar ávidamente, consciente del temblor de sus dedos y de sus labios. La noche empezaba a aclararse y se iba estableciendo un lento accionar en las sombras: de un recodo surgían por un instante el cuello y los hombros de una estatua blanca. Y, después, nada. Y, luego, como el comienzo de un gesto, el oscilar de una rama agitada apenas por el viento, y, entre hojas de una densidad cobriza, algo o alguien, un animal, una reja de hierro, una débil lámpara sobre un pedestal de yeso, y el murmullo de voces que bajaba desde el Palacio de Bellas Artes, voces cortante, golpes de cinceles y martillos, o el chocar de las piedras en el río cercando. Y ahora un silbido y algunas risas sofocadas (p. 53).

Anexo 9.2

Desde las estaciones de ferrocarril, por los caminos provinciales, a lo largo de ríos y montañas, bajando de las pampas o saliendo de los desiertos y del corazón de valles y oasis, como una turbulenta pero silenciosa corriente humana, la corte de los milagros había empezado a invadir la ciudad: gruesas columnas avanzaban rodeando la periferia de Santiago; gentes de todas las edades, cubiertas de harapos, cargando enseres, arrastrando niños y animales. Todos en silencio: los hombres, con el ala del sombrero sobre el ojo, dobladas las espaldas, amarrados los pantalones con pitas, enseñando los dedos por los agujeros de los zapatos, el pelo largo y sucio formando melena sobre el cuello casposo del vestón, algunos fumando, otros calentándose las manos con el aliento; las mujeres preñadas, cargando gruesos atados de ropa al hombro, envueltas en chalecos de hombres o en chombas pisando torcidamente con sus zapatos sin taco; los chiquillos a pata pelada, aplastados en sus grasientas chaquetas de adulto, peludos, ojerosos, temblando de frío: moviéndose todos con oscura porfía, pero inseguros también, dejándose ir, llenando los anchos caminos, protegidos por el miedo que iban creando en las gentes.

Era una pesada marcha popular, sin banderas, sin voz; una lenta, caliente multitud que iba llenando todas las calles, todas las avenidas, todas las plazas, los terrenos baldíos, los edificios de escuelas, los regimientos, los hospitales, los estadios, todos los espacios que alguna vez fueron libres en la ciudad, poniendo en ellos y en el aire, en el suelo, en los muros, en cuanto tocaban o miraban una marca de espanto y repugnancia: porque esos miles de ciudadanos, además de harapos, de sillas rotas, de cacerolas, de escobas viejas, iban cargando con millones de piojos exantemáticos. A la hora del crepúsculo esa multitud reverberaba y no se sabía si era a causa del resplandor rojo del sol que encendía las orillas de sus andrajos y creaba turbios reflejos en los ojos, o si era una queja de todos –hombres, mujeres, niños, perros- que nacía sin fuerza, flotaba un unos instantes algo como un llamado de hambre, o de rabia, que los hacía temblar ligeramente y se pasaban de unos a otros, uniéndose. O tal vez reverberaban porque los piojos se movían

sobre ellos, no en lugares precisos, sino escondidos, o en números tan grandes que se confundían con el color de las ropas y del pelo, cubriéndoles como una movable pátina, una réplica oscura de su propia marcha, dándoles la apariencia de cañas agitadas imperceptiblemente por un peso ajeno. En la noche, alumbrados por velas, esa reverberación se hacía más fuerte; el temblor era ya un sacudirse a golpes y empujones; la queja, un alarido. Se había quedado el sol entre ellos, un moho colorado, nauseabundo, que como una borra se asentaba en el estómago y desde allí extendía sus sucios dedos afiebrándolos hasta poseerlos enteros y derribarlos entre escupideras y tarros, muertos de una muerte fea, creación de los piojos.

La ciudad entera se rascaba ahora, En todas partes, en cualquier circunstancia. Se veían los piojos, pero no siempre. La comezón era, sin duda, exagerada y no correspondía a las estadísticas. Las gentes en un tranvía se miraban con desconfianza, rehusaban tocarse, establecían un ambiente de repugnancia general, buscaban el piojo en el cuello de los otros, en los hombros, en las manos. No los veían, pero se rascaban disimuladamente y huían a sus casas a revisarse, a bañarse, a fumigar o quemar la ropa. Ocurría esto también en las oficinas, en las tiendas, en la calle, en los teatros. Los periódicos de la tarde –los escandalosos- atizaban el fuego de la alarma: en gruesas columnas daban el número de muertos diarios. En rincón subrayado, la noticia siniestra: un político distinguido, un gerente de Banco, un sacerdote, una señora respetable, comunicaban a la policía que, pasando cerca de un lazareto, los refugiados les habían tirado piojos por la ventana. O alguien lanzaba piojos desde la galería de los teatros. Esto, lógicamente, aumentaba la nerviosidad.

Se rascaban las autoridades, el Presidente, los ministros, los jueves y magistrados, los altos jefes de las fuerzas armadas tanto como la tropa, los médicos, los profesores, los estudiantes, los artistas, los obreros. Se rascaban las familias, se rascaban los perros. El gobierno no trataba de ocultar la gravedad de la situación; acaso la exageraba, indicando que en los esfuerzos por aplastar la epidemia, la ciudadanía debía abandonar los prejuicios políticos y unir sus fuerzas en misión patriótica. Pero la prensa de oposición revelaba hechos alarmantes: la epidemia del tifus exantemático, con ser gravísima, no lo era tanto como para justificar las medidas que tomaban ahora las autoridades: en realidad, decía, La Opinión, parece que el gobierno hubiese decidido acabar con la cesantía aprovechándose de la epidemia.

En los fríos de agosto caían unas tras otras las familias, pero no siempre víctimas del tifus, sino de la influenza: si eso ocurría en los conventillos del suburbio, cargaban con ellas a un hospital o a un regimiento de tifosos. Desde los barrios populares arrancaban en la noche las ambulancias repletas de pseudotifosos, los chiquillos llorando, las mujeres maldiciendo, los hombres callados, la bocina aullando. Por la Avenida de la Paz, a todas horas del día y de la noche, desfilaban los entierros. Se apretaban los ataúdes, cuatro o cinco en cada furgón: se aglomeraban los deudos, se empujaban los enterradores, y por las solitarias avenidas del cementerio, esas filas negras moviéndose deliberadamente en la noche, desde todas direcciones, parecían nuevas columnas de piojos y más piojos.

Los que no sucumbían al contagio se encerraban ahora en sus casas a rascarse y cerraban sus puertas y ventanas a remache. Se los veía salir en la madrugada y deslizarse solapadamente por las calles vecinas al Mapocho en dirección a la Vega o al Mercado Central: allí compraban sin pausa, sin regatear; llenaban sus sacos y volvían a esconderse. Clavaban hasta los tragaluces, temerosos de que los cesantes echaran por allí piojos en pelotas de trapo. No se veían niños en la

calle, tan sólo monstruos afiebrados, cargando un bulto al hombro, que llenaban con basuras rescatadas de los tarros de las cocinerías y restaurantes. Hombres, mujeres, niños y perros, venidos del sur y del norte a rascar las paredes, a quemar papeles a la orilla del Mapocho en el frío atardecer de invierno, a calentar un brasero que no ardía más, a chupar un hueso cada vez más blanco y filudo, un hueso que era la columna vertebral del país. Hombres de saco, aguardando su turno, dejando caer unas papas mohosas en el fondo de un tarro (p. 146-149).

Anexo 9.3.

(...) Y salió el funeral desde la Universidad y en las avenidas heladas los cesantes le abrían paso y se llevaban la temblorosa mano al sombrero y dejaban que el viento volara las cenizas de sus tarros, y al otro lado del puente se unieron al cortejo hombres y mujeres que portaba estandartes rojos, y los estudiantes desengancharon los percherones negros de la carroza y comenzaron a tirarla, avanzando despacio, cantando La Internacional, y, en esos momentos, empezó a llover: una lluvia muy fina primero y después una lluvia gruesa, lenta. Los estudiantes descubiertos iban chorreando agua; las banderas empapadas; los caballos de los carabineros resbalaban en el asfalto, y de la montaña de flores que cubría el ataúd mojado se levantó un intenso aroma, como de madrugada en el campo, y, entonces, comenzaron a hablar los oradores y flamearon los estandartes una vez más, y cayó rápidamente la tarde. Se dijo que el piojo estaba en retirada.

El 21 de mayo chileno es frío y gris. Se tapa el cielo de espesos nubarrones, sopla un viento que anuncia lluvia, miran las gentes con desconfianza hacia la cordillera nevada y la ciudad entera se contagia y aguarda insegura. Y van pasando las horas: por las calles vacías cruza un auto con su banderita flameando y, al rato, otro, y los niños miran esas banderas y tratan de reconocer los colores, mientras que las casas polvorientas, mudas, mueven también sus emblemas y esperan.

La ciudad, que es de por sí angulosa –en cierto modo cuadrada–, se contrae, alinea sus mansiones, forma sus puentes, sus chimeneas, sus visos luminosos y, en posición firme, se dispone a unirse al desfile. Por las calles del centro, entre filas de carabineros, detrás de los cuales se agolpa la multitud, pasa el ejército marchando al son del *Séptimo de línea*, pasa la banda de jóvenes cadetes con sus penachos rojos y blancos, pasa el orfeón haciendo sonar sus campanillas y pasan a caballo los timbaleros y, después de rígidos batallones de marinos, de aviadores, tropa andinas y lanceros, viene el cortejo presidencial: al trote de los briosos potros colorados, va deslizándose la carroza Daumont: en las manos enguantadas del cochero ondula con elegancia la larga fusta y se trenzan las relucientes bridas de cuero oscuro. Hundido, junto a su Ministro del Interior, va el León, pálido, muy abrigado, reconociendo con desgano los gritos de sus partidarios y sus enemigos. Hay cansancio en sus ojos, profunda melancolía en el sombrero de copa que descansa sobre sus piernas, voluntad empecinada en su voluminosa cabeza, muy visible entre sus hombros ya cargados. (150-151)

Anexo 9.4.

¡Ha triunfado el Frente Popular! ¡Ganó Aguirre Cerda! A las nueve de la noche pareció encenderse la ciudad en la súbita llamarada. Miles y miles de personas salían del suburbio con antorchas en alto, gritando el nombre victorioso, invadiendo calles y avenidas, arrasando plazas,

convergiendo como un ejército hacia La Moneda. Se cerraban los negocios, se abrían las puertas de los conventillos. Remachaban sus ventas los fieles del Mago y se quedaban a la expectativa, rifle en mano, o murmurando, o rezando, o simplemente esperando. Y las masas pasaban junto a ellos sin prestarles atención, en carrera desenfrenada, llenando todo espacio libre, cayendo sobre el centro de Santiago como una enorme, tremenda marea agitada.

-¡Al centro! ¡Al centro!

Y el roto que no iba al centro sino para la Pascua y el Año Nuevo, corría ahora por el medio de la calle, el pelo revuelto, la chaqueta al aire, deslumbrado, con un inmenso grito de victoria en la garganta, arrastrando de la mano a la mujer y a los chiquillos, seguido por la imagen del conventillo, como un perro, mordiéndole los talones.

-¡Al centro! ¡Al centro!

Y al centro fue Aguirre Cerda, fumando su puchito, en brazos de la multitud.

Y al centro partieron Elías, y el panadero, y el gáster, y el maestro, y el estudiante y el jubilado (...)

Aguirre Cerda subió al balcón de la radio de El Mercurio y, volviendo su rostro moreno hacia la noche sembrada de antorchas y banderas, fue dejando caer las palabras que millones aguardaban para lanzarse a defender su triunfo.

Abajo, en la calle, en los jardines del Congreso, hacia la Plaza de Armas y la Alameda, la multitud se hinchaba, oscilando en la noche. Crujían las puertas, se balanceaban los postes, caía una reja, se quebraba la vitrina de una tienda, sonaban disparos. Un grito patente iba buscando el eco de los contrafuertes cordilleranos, atravesando el valle, buscando la pampa...

(...)

Y la multitud seguía creciendo, y bajo las palabras del líder aumentaba su presión, se alzaba en poderosas olas y comenzaba a desplazarse como una mar gruesa. Las gentes reían y cantaban, formando cadena con las manos (p. 247-248).

Anexo 10 – La derrota (María Elen Gertner – ed. 1965)

Anexo 10.1

Una mañana en que Trinidad se dirigía al Mercado, lo divisó en un bar de la calle Bandera, bebiendo con unos individuos; y, de pronto, reaccionó de manera totalmente insospechada, como si otra mujer, aletargada dentro de su piel y de sus huesos, despertara rompiendo la delicada máscara de su rostro y la armonía de los gestos sometidos a una rigurosa disciplina a través de generaciones. Una voz rústica, vulgar, rasgó su garganta, y cruzando los brazos sobre el pecho, actitud que con el correr de los años se hizo muy suya, entró en el bar y chilló:

-¡Sal de aquí, desgraciado! ¿Así es que mientras yo me mato para alimentarlo, el precioso se emborracha? ¿Con quién crees que te casaste, infeliz? De hoy en adelante vas a trabajar, ¿me oyes? ¡Estoy harta! ¡Harta! ¡Harta! (p. 18).

Anexo 10.2.

El resto de los inquilinos fue menos estable que la señora Berta, que aún la seguía, de casa en casa, de barrio en barrio, lloriqueando siempre, y a quien ya no alzaba el alquiler y había logrado estimar con los años. Vagamente podía reconstruir los rasgos de algunos de estos huéspedes que llegaban y partían: los de la cantante de un teatro de variedades cercano a la casa, una morena de caderas voluminosas y busto opulento, pero que según reconocía ahora, “se portaba como una verdadera señorita”, los del estudiante de Chillán, que nunca se supo a qué horas estudiaba, porque dormía el día entero y salía de noche; los del matrimonio Hinojosa..., “él era flaquito y muy chico, y ella se vio igual que si estuviera embarazada durante trece meses”; los de Carmencita, la farmacéutica de la botica de la esquina, y los de la miss Zuñiga, profesora del Chilian College.

Cuando Trinidad se trasladó a la casa de Quinta Normal, necesito rematar la mitad de sus muebles, y comprar con ese dinero lavatorios, espejos, ropas de cama y roperos nuevos, y sus pensionistas, salvo la señora Berta, fueron otros. Luego, para efectuar la mudanza a la calle Recoleta y las reparaciones que el destartado inmueble exigía, subastó casi todos los objetos heredados de su madre. Su metamorfosis en lo que la gente reconocía como “la clásica dueña de pensión” se había completado en esos años. (...)

(...)

Trinidad no tenía nada grave que reprochar a sus pensionistas ni a sus criadas, y si, de acuerdo con el criterio de la Brígida, hubiera sabido contentarse con llenar el estómago, dormir en una cama limpia, e ir de paseo los domingos, quizá habría descubierto, interiormente, esa serenidad, esa aparente armonía que trasuntaba su figura revestida de tibias adiposidades, sus grandes pechos y sus caderas prominentes, la blanca curva de su vientre, sus lacios cabellos que encanecían. Pero Trinidad, la dueña de la pensión, era la hija de doña María Isabel Chazarreta, que desde el cielo u otro lugar semejante estaría observándola horrorizada; la pariente pobre de aquellas señoras que figuraban en la páginas de vida social de algunos periódicos; la bisnieta y tataranieta de ciudadanos ilustres, cuyo recuerdo perduraba en la Historia, y que, plantados en las plazas de las capitales provincianas, con sus efigies de bronce o de yeso cercenadas a la altura del pecho, permanecerían acusándola a través de los siglos; la madre de Isabelita, quien no estudiaba en el colegio más importante de Santiago, sino en un liceo fiscal, y hablaba, y se peinaba, y reía, y caminaba como las muchachas de esa clase social de la que compartía todas las aficiones, a la cual la familia Isazmendi CHazarreta denominaba “siuticos” o “gente de medio pelo”. Y por más que sus inquilinos fuesen irreprochables y tuviera conciencia de ser injusta, Trinidad despreciaría siempre a doña Estefanía y a Zoraidita, porque sí, por ser como eran; detestaría a don Evaristo cuando recitaba, y a Mirtha Bell por entonar ritmos afrocubanos debajo de la ducha; experimentaría profunda irritación en contra del señor Rodrigo Díaz por el atrevimiento de llamarse así.

Pesadamente se incorporó. El pitazo estridente que anunciaba las trece horas en una de las fábricas vecinas, resonaba en el barrio. Se asomó a la ventana. Isabelita estaría por llegar; los demás empezarían a reclamar el almuerzo dentro de unos minutos, y ella aún no terminaba de limpiar la sala (p. 35-38).

Anexo 10.3.

Como anoche..., ¡qué espanto! Estaría dispuesta a continuar afrontando la miseria, metida en este arrabal, si pudiera guardar siquiera un mínimo de pureza y no convertirme en una vieja corrompida. Si hubiera sido una suelta, una zafada, caramba que habría surgido, sin necesidad de arrendar piezas, y mi hija se estaría educando en un buen colegio. Dirían que su madre es una diabla, claro, pero nos convidarían a todas partes, y no me quitarían el saludo, porque una señora, aunque sea un señora diabla, es siempre una señora; de mi prima Paz hartas cosas feas se han corrido, y la gente vive haciéndole reverencias; en cambio la dueña de una pensión de tercer orden no merece el menor respeto. Pero yo no quise transigir, prefería ser fiel a los principios, a la moral que me inculcaron en la infancia, mantenerme íntegra..., ¡era tan soberbia! ¿Y todo para qué? Las privaciones, mi juventud malgastada, los desdenes que he sufrido..., ¿para qué? ¿para terminar en amoríos con un ciego muerto de hambre? ¡Ah, no, qué indignidad! (p. 48-49).

Anexo 10.4.

La Avenida Pedro de Valdivia se alargaba solitaria bajo los árboles. (...)

(...)

Una sensación de frescura, de rejuvenecimiento, aplacó su inseguridad a medida que avanzó por la avenida, a la sombra de los plátanos orientales. Más arriba de las copas de éstos se desplegaba un cielo limpio, incontaminado, sin humaredas ni hollín, cortado a trechos por nubes color malva, translúcido por el sol en el poniente. Altas rejas de hierro forjado, cercos de macrocarpas, enredaderas tupidas, separaban de la acera los parques silenciosos; adentro, serpenteando en medio del follaje, varios surtidores regaban las extensiones de césped, produciendo un murmullo ululante. De pronto, un pájaro descendía hasta la superficie de una fuente, agujereando la inmovilidad del agua, rebotando con la violencia de un guijarro. Perfumes de retamos y aromas nacientes, olores que traían la visión del amarillo deslizándola a través del olfato hacia los ojos, aromas volátiles, ondeaban en la tarde. Una que otra hoja seca se despedía de las ramas, anunciando un otoño prematuro o protestando contra un impasible verano. Promediaba marzo y aún los días eran largos, soleados, tibios, y Trinidad oscilaba entre la indecisión y la pereza, entre la angustia y el estatismo.

(...)

Ahora presentía que ese paseo y el pretexto de ver a Paz Isazmendi no obedecían sino al anhelo de reencontrar a la Trinidad intacta del pasado y enfrentarla con la Trinidad vencida del presente; oponer la fresca avenida, con sus aromas y sus mansiones, al paisaje impuro de la calle Bascuñan, aplastado por techumbres grises y casuchas malolientes, y derrotar así a Rodrigo. Caminó sin prisa. En el fondo de un jardín brillaba la primera luz artificial; el ventanal iluminado se destacaba al final del sendero trazado con piedras multiformes, junto a la pileta recubierta de azulejos, mostrando la habitación que era sala de música y biblioteca. Divisó las paredes con

estanterías repletas de libros; los cuadros con sus gruesas molduras de oro viejo, “óleos de Lira o Valenzuela Palma, en todo caso cuadros auténticos..., nada de reproducciones ni copias bastardas”, anotó; el piano de media cola, soplando en sus oídos fragmentos de Schumann y Scarlatti, devolviéndole el recuerdo de sus manos jóvenes y ágiles recorriendo un teclado; encima de una mesa de arrimo, el vaso de opalina transparente, verdeazul, más allá el *bouille* de ébano y bronce; sí, ella sabía que era de ébano con incrustaciones de bronce, y la lámpara en el rincón preciso dando la luminosidad precisa, y la chimenea en torno a la cual se celebrarían largas reuniones invernales. ¿Podía ver esos objetos desde la distancia en que se hallaba? Quizás no, pero estaban allí, e ignorando quiénes eran los dueños de esa casa, era igual que si los conociera. Conocía sus aficiones, sus costumbres, sus pensamientos fundamentales; podría empujar cualquiera puerta cerrada adivinando lo que había al otro lado; sentarse en los sillones y sentirse perfectamente cómoda; coger uno de los volúmenes alineados en los estantes, y, aunque el contenido le pareciera hermético, acariciar confiadamente las tapas empastadas en piel y telas oscuras, las albas páginas, como en los años en que penetraba a escondidas en el escritorio de su padre, escapando de la siesta a que estaban condenados los niños, y se unía al reposo de esos muebles amplios, mullidos, al misterio de los anaqueles que olían a maderas barnizadas, a papel y a tinta de imprenta. Apresuró algo el paso, temerosa de quedar atada a esa atmósfera, prendida a una red sutil, ligera, envuelta en la telaraña que ella misma iba tejiendo.

Repentinamente se detuvo; se encontraba en la esquina donde habitaba Paz. Vio un automóvil estacionado ante el garaje; tras la reja, húmedos prados, rosales plantados en forma simétrica; tras los muros, ninguna voz; cortinajes gruesos preservando el secreto de los balcones. Un hálito de agresividad fluyó en la quietud de aquel jardín impidiéndole acercarse, golpeándola en el pecho. Se aproximó, recelando, con el corazón asustado, y retrocedió sin poder atajar un grito. Dos perros policiales enormes saltaron, encaramándose en la verja, asomando las negras cabezas y los hocicos abiertos y los colmillos relucientes; sus ladridos atronaban, frenéticos, brutales.

(...)

Los faroles empezaban a encenderse, y el día se encogió asido a los flancos de la cordillera. A espaldas de Trinidad se cerraba la Avenida Pedro de Valdivia; la casa de Paz Isazmendi se levantaba inexpugnable, con fosos de sombras y ladridos resguardando el acceso. No quiso volver la cabeza y echó a andar hacia los climas ásperos. Llevando auestas su condición de extranjera, rechazada para siempre del clan familiar, se dirigió hacia su mundo de cielos cubiertos por el *smog*, hacia el desierto gris del asfalto caldeado, hacia el sol que agujereaba latas y la luna disecada por brumas densas, hacia las estrellas opacas y el hedor pestilente del gasógeno. (p. 100-105)

Anexo 10.5.

La tarde mostraba el rostro ocioso y melancólico de los domingos. Los ancianos sacaban sus sillas de mimbre a las aceras, intentando calentarse los huesos bajo el sol que bostezaba, perezoso, ni siquiera tibio; un enjambre de chiquillos jugaba con pelotas de trapo, trozos de madera y piedrecillas, alrededor de los árboles raquíticos alineados a los costados de las veredas; un organillo soltaba a tropezones su estrujada melodía, y el mono tití danzaba en el hombro del organillero. Las voces y las risas producían un murmullo hueco, sin respuesta, rebotando contra

el muro alto e invisible que cercaba las calles desprovistas de horizonte. Trinidad observó a las parejas compuestas por esos hombres y mujeres que en los días de trabajo caminaban solitarios: se desplazaban, ellos metidos en los trajes de lustroso casimir azul marino, y ellas, en las faldas que apretaban sus nalgas rollizas, en las blusas con el colorido estridente de los volantines; y pasaban a su lado con un andar retador, como si esas ropas destinadas a los días festivos y el hecho de ir emparejados, arrastrando niños de la mano, les confirieran una especial arrogancia, el matiz de dignidad que se les desintegraba durante el resto de la semana, en la soledad de los cuartos malolientes y las cocinas sucias, en la soledad del andamio de construcción o en la soledad acompañada de la cantina. Pero ese sentido de superioridad de la familia reunida en domingo no excluía a otros núcleos sociales; Trinidad recordaba haberlo advertido también entre sus amigos y parientes. Pelusa Isazmendi y su marido tenían el mismo aire solemne al dirigirse a misa de doce o al acomodarse en las butacas de un cinematógrafo; la gente que comentaba los amoríos de él con una viuda, sin embargo, en domingo todo se acallaba. Y la prima Paz olvidaba al galán de turno, el que la desvelaba de lunes a sábado, y junto a Jorge, llevando a los niños al Jardín Zoológico, o batiendo cocteles frente a los leños de la chimenea, empuñaba el cetro de la respetabilidad dominical. EL domingo era un parche de veinticuatro horas remendando el equilibrio de los hogares, un nudo corredizo que se estrechaba restituyendo la unidad matrimonial. “Un mal día para las relaciones ilícitas”, concretó, evocando a Rodrigo, que no iba con ella, que la aguardaría en su habitación, y echaría llave a la puerta cuando los demás durmieran, y se desvestiría en silencio... (p. 144-145)

Anexo 11 – Patas de perro (Carlos Droguett – ed. 1979)

Anexo 11.1

Me empleé en el juzgado, estuve siete años copiando decretos, exhortos, diligencias, citaciones a viejos delincuentes, a viejas alcahuetas, a niñas pintarrajeadas apresuradamente por el susto, a adolescentes huesudos y altos que peinaban fieramente su cinismo y que se iban delgados y púdicos por las calles sombreadas del barrio estación, entregue notificaciones y compulsas, pegué estampillas de impuesto, iba prendiendo, sembrado sellos en ellas, llevaba con delicadeza los expedientes de un escritorio a otro como recién operados que pudieran vaciarse, afuera, hacia los vidrios altos de la galería, sonaban palmadas, los porteros llamaban a los litigantes, se escuchaban medidos gritos, risas cuidadas y legales, pasaban fríos, aires que se cortaban de filo por las mamparas, que bajaban en el ascensor privado del presidente del tribunal, sonaban relojes, sonaban relojes a cuerda, despertadores, viejas máquinas de acompasado péndulo, corrían tacos femeninos, se apresuraban botas de agua, afuera estaba lloviendo, se veía desgranarse el barro en los anchos pasadizos, entre el aserrín, la lluvia sonaba libre arriba, los expedientes se entreabrían con un marcado olor a humedad y a antigua hembra, sonaban impermeables, sonaba un ministro, corría una rata, corría un secretario, chillaba una dactilógrafa y sollozaba una mujer gorda vestida de luto, pasaban gendarmes trayendo presos que olían a cadenas y a cordeles, huasos miserables deslumbrados y abiertos, pijes lentos y desvaídos brillando tenues entre sus zapatos y sus bigotes, aristócratas furiosos y desolados esgrimiendo guantes, sacando grandes apellidos del bolsillo, sacando fondos, chacras, sementeras, aserraderos, escándalos, caídas de agua, engranajes, suegras, amantes que sollozaban, queridas que lanzaban carcajadas, silencios, silencios... (p. 38)

Anexo 11.2

Claro que en momentos de calma, en las tardes antes de comer, los domingos por la mañana cuando regresábamos del matadero, me contaba su preferencia por los perros, por mirarlos, por verlos caminar, por observarlos cuando, al encontrarse una piara de perros vagabundos en la calle, se huelen con fruición, con verdadera ciencia y verdadero arte, abarcándose totalmente, reconociéndose, recordándose, sin gruñir, sin mostrarse los dientes, sólo esgrimiendo los olfatos como una lupa para buscarse y encontrarse y recordar calles, plazas, basurales, conventillos, zaguanes, cementerios, huertas, mendigos, ciegos, refugios, hospitales, líneas de tren, orillas de río, casas cerradas, puertas cerradas, ventanas cerradas, cerrojos, candados, cadenas, alambradas, espinares, collares, lazos, bozales, balas, botas, laques, cuerdas, horcas, insultos, escándalos, maldiciones, trozos de pan duro, toses, llantos, aullidos, nubes, lloviznas, barro, ciudades, aldeas, humos que se van volando, humaredas, llamas que se arrastran, gritos, insultos, alaridos, rezos, procesiones, banderas, lavaza, ollas, huesos, huesos, huesos, hocicos abiertos, colas que se van huyendo, patas que se van cojeando, tarros, vidrios, sangre, ropas mojadas, ropas duras, esqueletos, arañas, gallinas, gallos violentos, hombres furiosos, mujeres lúbricas, dormitorios, espejos, leche, leche, leche, papeles, papeles oliendo a carne, papeles oliendo a pescado, papeles oliendo a remedio, vino, borrachos, pacos, pitidos, sirenas, bomberos, escombros, derrumbes, ayes solitarios, gritos sin boca, cuerdas sin perro, balas sin revólver, zapatos, zapatos, zapatos, pies desnudos, gatos, gatos engrifados, viejas engrifadas, escobas, moribundos, camisas de dormir, duelos, guitarras, bailes, guaguas en el suelo, guaguas en medio del agua, guaguas en el cementerio, frailes, frascos, luces, campanas, campanillas, palmatorias, velas encendidas, velas apagadas, cerros, cerros, cerros, calles solas, árboles, árboles rotos, árboles aplastados, potreros, ahí se separan, unos tornan a la ciudad, otros tornan a las patadas y los gritos, se van aplastando, se van solos, siempre solos, me explicaba Bobi y decía que los comprendía y que comprendía también que, no obstante lo tristes y desesperados que parecían, no cambiaran de vida. (p. 79)

Anexo 11.3

Bobi se cogió de sus manos, el propio Bobi, venía corriendo y ahí estaba, mirándome con rostro desconocido, sucio, flaco, acarralado, parecía afiebrado y, sin embargo, había cierta seguridad en sus gestos, en su fiebre, en el modo que tuvo de coger del brazo a Horacio y llevárselo caminando, los miré irse, lleno de estupor, de sorpresa, de presentimientos, los seguían dos, tres perros, que se miraban, uno de ellos vino a olerme, me olió con minuciosidad los zapatos y después la bastilla del pantalón, miró a los otros y trotó tras ellos, un carabinero se paseaba en la vereda de enfrente, indiferente, fatigado, como soñoliento, ¿por qué no había corrido detrás de Bobi, por qué no había tocado el pito, llamado a los otros carabineros, a las patrullas, a los automóviles, a las motocicletas? Caminé hacia la esquina, pasaba ahora mucha gente, obreros, empleados, mujeres de las fábricas, de la fábrica de géneros, de la fábrica de zapatos, empleaditas de las calles San Pablo y San Diego, cesantes, jubilados, jubilados arrugados y amarillentos, ajustados en ropas conmovedoras y viejas, tosiendo, tosiendo y lagrimeando ahí dentro, pasaban ciclistas, camiones, autobuses, iban con lentitud, porque ahora venía la gente por el medio de la calle, empujando, empujando su silencio, su ensimismamiento, su congoja, mirando el cielo nublado y enemigo, mirando el parpadeo de las luces de aquella tarde de invierno, se escuchaban

músicas, tambores, acordeones, cornetas, alguna guitarra melancólica, los niños gritaban, los vendedores de fruta ofrecían naranjas, los suplementeros voceaban los diarios de la noche, pasaban banderas, banderas rojas, viejas sufridas, hechas guiñapo, letreros, enormes letreros de letras blancas en su conocido fondo rojo, se escuchaban voces, voces mesuradas, firmes, constantes, cansadas, dignamente cansadas y encallecidas, avanzando en olas, en tímidas potentes suaves prometedoras olas, venían desde muy lejos, desde 1939, desde la guerra civil española, desde la campaña presidencial del año 20, desde las primeras matanzas de obreros en Iquique, en Valparaíso, en Lonquimay, carabineros verdes, verdosos, desteñidos, destiñéndose, mirando eso, escuchando eso, se alzaban bocinas airadas de autobuses, gritos de chóferes, gritos nerviosos de pasajeros, preguntas llenas de angustia o de simple novedad, gritos, vivas, viva la clase trabajadora, vivan los mineros del cobre y del salitre, viva el partido comunista, abajo la oligarquía abajo la reacción mueran los ricos mueran los banqueros mueran los industriales, viva el obrero en el fondo de su taller, viva el pampino en el fondo del desierto, viva el tuberculoso en el fondo de su camastro, vivan los niños en el fondo del conventillo, abajo el invierno, abajo la lluvia y el temporal, parecían gritar mirando el cielo inclemente, como sentado, escuchándolos, escuchándolos gritar inútiles y desechados, pasaban zapatos, zapatos gastados, zapatos viejos, zapatos rotos, zapatos rompiéndose, zapatos hinchados por la enfermedad, zapatos secos por el abandono, zapatos que iban cansados, trasijados, cayéndose, zapatos que iban vertiginosos, como huyendo, zapatos desmoronándose, quedándose en el camino, rompiéndose, abriéndose, desfigurándose, se alzaban cantos, se alzaban cantos que empujaban esos pantalones grises, esas polleras mancilladas, niños que iban llorando, perros que iban ladrando perros perros perros y entonces los vi a ellos, a Horacio el ciego y a Bobi, iban silenciosos por el medio de la calle, los veía muy bien porque iban solos, la gente se había abierto, se había quedado callada para mirarlos pasar y para sentirlos como pasaban, se habían callado los tambores, las cornetas, los acordeones, en alguna parte, alguna nota de guitarra hacía subrayar ese silencio, los perros se quedaban ahí en el suelo silenciosos y humildes y trotaban suave, trotaban oliendo el silencio, asustados, adormecidos, escuchando las respiraciones de la gente, mirando esos pies silenciosos que se deslizaban misteriosos, sin sacar ruido, las banderas, los pendones, los estandartes, se habían bajado, tocaban el suelo, los perros se acercaban y los olían, estaban ahora oliendo las letras de los grandes carteles que se iban arrastrando, como recogiendo, como barriendo los pasos, todos los pasos que iban pasando y los que venían detrás, como barriendo el silencio y la miseria, sólo se escuchaba ese viento expectante que impregnaba el desfile y más allá de eso, más allá de esa pureza sin estridencias, más allá, mucho más lejos, el tamizado ruido de la ciudad, las bocinas que se alejaban murmurando, rezongando, los humos que se alzaban y desmenuzaban, triturando el ruido y las luces y sirenas lejanas, voces muy lejanas detrás de esos pasos, más abajo de ellos, parecía que ellos iban pisando fuerte sobre ellas, deshaciéndolas y, en cierto modo, uniéndolas, Horacio y Bobi caminaban con naturalidad, casi con indiferencia, sin apuro, como si no debieran llegar jamás, Horacio iba sonriendo, sonriendo con nobleza, con verdadera timidez y aristocracia, se sentiría un poco avergonzado y violento con tantos ojos que sabía lo estaban mirando, recordando un poco otros desfiles, desfiles de estudiantes, de huelguistas, de revoltosos, cuando estaba en el Instituto Pedagógico en 1919 y conoció a Pablo Neruda, cuando estaba desterrado en Parral en 1927, cuando lo tomaron preso en la imprenta Ja madrugada del 13 de agosto de 1938 y hacía frío y había silencio, un silencio puro en el cual caminaban los pacos, en el cual gritaban obscenidades los pacos y decían que iban a disparar y estaba la madrugada luminosa en la cordillera y él pensaba. La María se habrá quedado dormida con la ventana abierta. Hablaba con Bobi ahora, hablaba despacio, con medida, como dándole instrucciones o impresiones, como

pasándole un poco de susto, fumaba, iba fumando, es decir llevaba la pipa apretada en los dientes y ella humeaba leve, Bobi no lo miraba, no miraba a nadie, sólo adelante, las cabezas, las espaldas que les iban abriendo camino, oteando el cielo negro, la ciudad que se apartaba radiosa y distante, sonó un leve tambor y calló en seguida, lloró un niño y calló en seguida, pareció que una mano enorme se había apretado a su boca hasta apagársela, alguien lloró, alguien sollozaba, se encendieron las luces, los focos que los iban iluminando, uno recto hacia la cara de Ploracio, hacia sus ojos cerrados, él sonrió con agradecimiento o con alivio, estaba sonriendo verdaderamente, se quitó la pipa de los labios y se la echó al bolsillo para sonreír con comodidad, el otro hacia Bobi, hacia sus piernas, hacia sus patas de perro, y él sentía ese calor y sentía esa compañía y su rostro pálido se ensombrecía adquiriendo una decisión y una fuerza y una madurez que no había tenido antes, no hablaba, no respiraba, caminaba con fiereza, casi con odio, cogido del brazo de Horacio o, más bien, arrastrándolo, y la gente miraba, miraba los ojos del ciego, miraba las patas de perro y murmuraba suavemente, murmuraba no para protestar ni escandalizar, sino más bien para acompañarlos, para solidarizar con ellos, con esos ojos terminados, comidos, devorados, saqueados por una edad injusta, con esas piernas proletarias, hijas de la miseria, hijas y nietas y bisnietas de la miseria, hijas de un borracho y de unas lágrimas y que querían vivir, como los ojos deseaban ver, y que no podían vivir porque no las dejaban y que no podían ver porque habían sido saqueados, pulverizados, extraídos de raíz, y que ahora querían encerrarlas en la casa de locos, amarrarlas a la muralla y al cemento, como los ojos los habían amarrado a la soledad y a las tinieblas, y ellos se deslizaban serenos, caminando sin apuro, sin ir huyendo desde muchos años antes, desde muchas noches antes, iluminados, señalados, exhibidos ahí, en medio de la soledad y del silencio, sin voces que proclamaran su abandono, sin discursos que subrayaran su miseria, sin canelones, frases, consignas, micrófonos, oradores, diputados, huelgas que juraran gritaran insultaran su espantosa total miseria, las motocicletas sonaban solamente, las motos que iban portando los focos que los iluminaban y alzaban, alguien lloraba, una mujer sollozaba entre las botas, entre el ruido acuoso de los caballos que venían y entonces se alzaron las banderas y los estandartes y entonces se desplegaron los cartelones y los gritos y ladraron los perros, pero callaron otra vez y ellos corrían ahora y sonaban sables, sonaban disparos, rodaba el humo, Bobi corría y había soltado a Horacio y lo llamaba para guiarlo, para que por sus gritos se fuera caminando, y ahí estaba el profesor Bonilla, cogiéndose la garganta dolorida y mirando el cielo lluvioso, y ahí estaba Cruz Meneses sonriendo descomedido, incrédulo, con su sombrero de Panamá y su cara transpirada y grasosa, ahí estaba la ambulancia, las ambulancias, las camionetas, el teniente, el teniente delgado y afligido que me miró sin verme y había desnudado la espada para iluminarse, para no perderse y encontrarlo, salió corriendo, metiéndose por entre la multitud, apartándola para encontrar los focos, sintió sonar las motocicletas, sintió las voces y los gritos, gritos de alerta y de dolor, pero no de batalla, vio a Horacio que iba atravesando la calle solo, completamente solo y grotesco, ahora sin luces, ahora total y definitivamente opaco como un fuego artificial ya apagado y Bobi pasó corriendo a su lado, sin conocerlo, sin desear conocerlo y como si ahora lo odiara, pasó muy cerca mío, respirando fuerte, creí que le corría sangre. ¡Bobi, nos cambiaremos!, le grité estúpidamente, como si aquella noticia pudiera servirle de algo ahora, como si él me pudiera oír entre los disparos y los gritos, y salí de la multitud, la veía deshecha y triste, ella toda apagada, ella toda abandonada por aquellos ojos ciegos y aquellas patas de perro que habían caminado en silencio en medio de las tinieblas, iluminados sólo ellos, los ojos, las piernas, pero alumbrándola en realidad a ella. Torné a la casa, que había dejado abierta. Ahora comenzaba a llover. (p. 239-244)

Anexo 12 – Novela de navidad (Enrique Lafourcade – ed. 1988)

Anexo 12.1.

A seguir arrastrando los pies. Maicillo regado. Muros. Por allí hasta la gran terraza. Por allí hasta cruzar la puerta fortificada. Por allí, apegado a los ladrillos corroídos, ladrillos comidos por las ratas y los enamorados, paso a paso, dolor a dolor, gota a gota de sus clepsidras sanguinolentas. La terraza desierta. Los bancos desiertos. Las barandas de hierro. La ciudad abajo, durmiendo. Don Jaime, encorvado, se apretaba la barriga. Era grande su angustia. Su barriga. Nunca había padecido algo semejante. A escapar ahora. Iba a descender por el otro lado, hacia Jose Miguel de la Barra con Merced. Ya verían los malditos. Paso a paso, hacia los senderos zigzagueantes. Subir aún hasta donde las piedras se reunían, y hacían pórtico y se pasaba a otros lugares. Arrastrando las piernas. Otra vuelta. Aún más arriba. El cuerpo gritaba. Se rompió los labios tratando de contener un alarido. Se metió un pañuelo en la boca. Otro sendero. ¿Dónde estaba la condenada puerta! ¿Condenada? ¿Abierta? ¿Se la habrían llevado? Luego, bajar. Bajar no era tan difícil. Allí, por último. Las rocas afirmadas unas contras las otras. La puerta bajo el mirador. ¡Al otro lado! Nadie lo iba a detener, ahora. Conocía esa parte del cerro mejor que nadie. Al otro lado... ¡Al otro lado! (p. 187)

Anexo 12.2.

El Cocoliso los miró alejarse. Treparon por las piedras hasta el puente; menos mal que el Ñato no le pegó. Y ahora que estaba solo... ¿Dónde andarían el Juanito y el Alelí? Tenía más sueño... Iba a irse al Forestal, y allí, al sol, a dormir se ha dicho... Ese día era viernes. Buen día. Siempre se hacía algo el viernes... Una vez pescaron una carterera con cuarenta lucas. Le dieron la mitad a don Jaime, y se gastaron el resto... Comieron chocolates como dos días seguidos..., ¡Qué tiempos! Fue un viernes, como ése... A lo mejor. Primero iba a dormir, aunque tenía más hambre... Miró entre los sauces pensando. Una vez habían guardado por allí una lata de sardinas. La enterraron y luego no supieron donde... a lo mejor se la había llevado el río en la crecida...

El Cocoliso subió hasta el puente, y cojeando, se alejó por el Parque Forestal, en busca de un sitio donde dormir hasta la tarde.

Le despertaron los gorriones y zorzales. Era la tarde y los condenados pájaros tenían un griterío en las ramas de los álamos blancos, entre las encinas y plátanos, acomodándose, en disputa sonora, entre los huecos, cruces, oquedades suaves, estableciendo sus fronteras de plumas. Las ramas aéreas, suspendidas en el aire rosado del día poniente, envueltas en nubes púrpuras de crepúsculo.

El Cocoliso abrió los ojos. ¿Dónde? ¿Qué era lo primero que iba a contemplar? Hojas de árboles... Ya el pasto estaba helándose, el pasto verde, tibio, fragante. Maldita noche que venía. ¡A despertar! Seguro que el Juanito, en algún otro lugar, estaba en las mismas. Y el Alelí. Ese tonto prefería el puente Purísima, a pesar de que la banda del Chano le había pegado dos veces por invadir “su puente”. El Cocoliso se dio varias vueltas por el césped. Estaban llegando las parejas, mientras se iban las empleadas con los coches y los estudiantes. Pronto se juntarían un buen grupito de enamorados. Había que irse hacia el centro, mejor. A la entrada de los cines.

Siempre caía algo. Como un día que estaba frente al Rex, y llegó una señora que se bajó de un auto elegante y se le quedó entre el auto y la vereda una pulsera de piedras brillante... ¡Nunca había visto tan contento a don Jaime! A pesar de que el viejo era harto difícil de contentar... Se puso a chupar las piedras. Después les dio un mordisco, no sabía para qué. Y después le dio al Cocoliso unos billetes y un trago de vino. Y les aseguró a los tres que con dos cositas como éstas el bote iba a estar listo antes de lo que se imaginaban.

Comenzó a arrastrarse, cojeando, del césped a los senderos de maicillo, ojo alerta al parque, a los árboles. Andaban los carabineros como moscas, en esos días. Como era casi la primavera, los “verdes” se iba a los parques detrás de las empleadas. Andaban “tiras” también, viendo si pillaban a una parejita, o a uno de ellos. Malditos... Un día, cuando fuera grande... Don Jaime les había prometido una pistola, claro que al Juanito, que era el mayor. Con una pistola ningún “tira” se atrevería ni a mirarlo. Contuvo un escalofrío. Ya iba, cada vez más, ennegreciéndose el Forestal. Al centro, a lo mejor a los juegos Diana, o al Rex, o qué sabía él... A mirar por las calles... A veces aparecían moneditas... o billetes... Tenía más hambre... El Juanito, seguro que andaba cantando por ahí... Le había dado con la lesera, y pasaban con el Alelí, dale que dale, debajo del puente, y como el Juanito sabía leer, tenía un cancionero, y venga una y otra vez la historia... Claro que el Juanito cantaba apenas medio ronco, con la voz ronca, y el Alelí tenía una voz de pito; voz de tarro y voz de pito. Pero estaba aprendiendo. Y se turnaban. Un día él anduvo también metiéndose, pero el Alelí se comenzó a reír. Todo porque eran más grandes, y no tenían la cabeza que tenía él... “Cabeza de genio” le había dicho don Jaime... ¿Qué crestas sería lo que quiso decir? *Te acordás, mi chinita..., del puente Pezoa.* El podía ser tan bueno como el Alelí, que con la cuestión del puente se daba una facha... Andaban trabajando en la línea El Golf-Estación Central, que era la que más rendía... Seguro que si se iba a la Alameda, y esperaba una micro, iban a pasar la parejita, más orgullosos, todo porque eran artistas. Como la Rapuncel, que trabajaba sola, claro que como era bonita... Y tenía algo de voz la Rapuncel... Y sabía montones de cosas... Una cosa con una pera madura que cantaba moviéndose como un gato, y todos se reían y recogía que era un gusto... Y el Juanito, que andaba como tonto detrás de la Rapuncel. Era más el Juanito. Había días en que ni se acordaba del bote. Y cuando don Jaime iba por el puente Pío Nono, y se afirmaba arriba, en los fierros, mirándolos, el Juanito comenzaba a transpirar, porque, cuando don Jaime se enojaba... Y eso que don Jaime nunca había bajado al río. Porque era tan gordo, seguro... Ya lo veía él bajando, con esa guata más grande que... “Ningún caballero –decía- baja a...” ¡Caballero! No porque tuviera reloj con cadena..., que además se lo había levantado el Alelí a un viejo a la salida del Restaurant Santiago..., y el tal don Jaime, en vez de venderlo, para el asunto del bote..., se lo había dejado... Como si todos no estuviesen trabajando por lo mismo, por “la causa” decía don Jaime.

El Cocoliso saltaba. La pata dura tenía no sé qué. Un hormigueo... Por suerte ahora iba a comenzar el calor... Porque, lo que es el invierno... Puchas que dolía, a veces... (p. 36-39)

Anexo 12.3.

El día siguiente era domingo. El homero se daba cuenta de ello porque aparecían los vendedores de lobos en el Parque, y las iglesias se llenaban de gente. Era bueno instalarse a la salida de la iglesia de Los Leones, aunque el Rubí, que era muy tonto, les tenía miedo a los leones de hierro, y no les quitaba los ojos de encima. Quién sabe dónde habría visto leones antes. Y allí, a la salida de la misa e once o doce, cuando empezaban a tener más hambre, era un gusto. Las niñas más

bonitas, rubias como el Homero, coloradas como el Rubí. Y unos caballeros elegantes, y todos con unos libritos negros. Era asunto de instalarse allí, tomados de la mano. Y todos los rodeaban, se reían, decían... ¡Pobrecitos! ¡Cómo permiten que...! ¡Mira, si son dos guaguas! Y venga plata. Uno que otro billete, monedas... Y el Rubí corría, gateaba, recogiendo. Y todos reían, las niñas con el pelo rubio, limpio, dorado. Los caballeros, vestidos de negro. Y la lluvia de monedas duraba como cinco minutos, hasta que se iban dispersando todos, se metían a los autos, o se alejaban, a pie... Y ellos, contando las monedas. De allí salía siempre, de la misa de once en la iglesia de Los Leones, el almuerzo. Pasaban al Roma, y compraban un pan bien grande. Y más allá, pasteles. ¡Cómo le gustaban al Rubí los pasteles, los dulces chilenos! Compraban leche, y todavía sobraba algo... De repente veían pasar, en un autobús, al Juanito y otro, canta que canta. (p. 48)

Anexo 12.4.

Medianoche del viernes. Viernes transfigurado. Primavera otra vez. Ciruelos en flor, ciruelos inundando de pétalos las veredas, ciruelos de día envueltos en abejas, de noche tiernos y débiles. Ciruelos del parque Forestal, de Santa María, de Quinta Normal, de Pocuro, de la plaza Los Guindos, ciruelos en las colinas de La Reina, advertencias rosadas y blancas del tiempo nuevo. Se van las lluvias. ¡A las cloacas las lluvias! Flores de la Gran Avenida, de Pedro de Valdivia Norte. A veces, un ciruelo, uno solo, singular, estrangulado en el cemento, en una calle oscura y húmeda; un ciruelo en la calle Herrera. Uno en Alonso Ovalle. Un ciruelo aplastado en Mapocho abajo. En el patio de una escuela nocturna, el cadáver de un ciruelo. Itinerarios. Seguir el vuelo de la abeja para el descubrimiento de la integridad de la primavera de Santiago, de la abeja, del patio nocturno, de las flores apenas entrevistadas, integras corolas por entre las junturas de los edificios de departamentos, resplandores en medio de las grietas, balanceándose en lo alto del cerro Santa Lucía. Ciruelos en un sitio eriazado, entre ladrillos rotos y hombres abandonados. Noche del viernes. Huella del pie desnudo. Medianoche. Majestas, señorío de la luz eléctrica, amarilla y cálida, o blanca, espectro mercurial. Señorío del aviso neón. “¡Sí, no! ¡Sí, no!” ¡Completo, incompleto! ¡Rojo, celesta, nada! ¡Rojo, celeste...! Por el aire, cuánta luz ardiendo. Cuánto olor ardiendo. Chocolates, carne asada, vino, papas fritas, longanizas, cerveza. Cantan en El Rey de las Papas Fritas. Tangos en el Black and White. El mismo tango cantan –medianoche de la coincidencia del viernes de primavera- en El Rey y en el Black, y en el Pollo Dorado. Un vendedor de casimires, de joyas flacas, una manicura uruguaya, un japonés con su orquesta de japoneses. “*Tengo miedo del encuentro con el pasado que vuelve... Hiroshima, mon amour... Quilicura, mon amour...*” Dos pétalos, sépalo, dos pétalos caen en la ciudad. Al topar el suelo, exploran. Cae un pétalo en la plaza Garín. Cae uno en Vitacura. Dos explosiones. Dos hombres explotan al mismo tiempo en la gran ciudad. ¡Se van, se van!... ¿Por qué? ¿Por qué?... ¡Adiós! Dos gritos... Alguien despierta en el sueño... (...) En dos mil quinientos bares juegan cacho... En tres mil uno repite, entre hipos y estertores vinosos, por décima vez que “Como Colo Colo no hay...” Soledad. Grandes noches. Grandes ciudades para la soledad. Grandes horas sin nadie. En un cuarto de San Diego abajo, en un banco en la plaza Yungay, en la Estación Central, en la plaza Brasil. Un café de Macul... (...) EL carabinero aprieta a la empleada contra el muro. “¡No, no, por Dios, no me apriete usted así!” Doscientos carabineros violan a doscientas empleadas en los barrios de la ciudad. Automóviles a la carrera. Niñas a la carrera. Gritos a la carrera. Un alarido que recorre cuatro calles. Velas, vigiliadas, pasos. (p. 83-86)

Anexo 12.5.

A mediodía andaban aún temblando. Las mañanas eran fuertes a pesar de que la ciudad se llenaba de flores. Escarcha, a veces. Y cuando no conseguían irse a una mejora de algún conocido, donde don Lucho, en Matucana abajo, o por Ñuñoa, tenían que dormir en río, debajo de algún puente, con los perros. Y, en invierno, los perros andaban flacos y gélidos. A pesar de que era primavera, todavía los perros se helaban y los helaban a ellos... Pero, cuando sonaba el cañonazo de las doce en el cerro Santa Lucía, el sol se ponía a calentar que era un gusto. Y dormían de cara al sol, en algún parque, o sobre un banco, o apoyados contra el marco de una puerta. Dormían mientras la ciudad pasaba junto a ellos, mientras los autobuses, camiones, automóviles, transeúntes, vendedores ambulantes, colegiales, obreros, pasaban junto a los niños en éxtasis. El Juanito era de la idea de que lo mejor era dormir de día. Darse vueltas toda la noche, por allí, por allá, por el Negro Bueno, o por los bares de la Estación Central, o por San Diego abajo, entrar, de uno en uno, con los ojos abiertos, oler las carnes asadas. A veces algún curadito los invitaba a tomarse un vaso de vino, o a comer algo. Errar la noche larga, por la calle Bandera, o por Recoleta. Por algún sitio iluminado. Pero, como a las cinco de la mañana, venía lo triste, porque los bares y restaurantes y los sitios de bailes, y hasta las casas de prostitución, se cerraban, y todos se iba a dormir, y ellos quedaban dando bote, desde las cinco, o seis de la mañana, con un frío yegua, mientras pasaban los camiones de la municipalidad, tirando agua y barriendo, o sacando la basura antes de que pudieran siquiera registrar los tarros, a ver si había algo pa'l desayuno, y el sol apenas se asomaba por las montañas oscuras, y los niños, arrastrando los pies por las veredas de las calles más solas y frías, hasta que aparecían los lecheros de "Soprole" y "Delicias", con sus carros, y llegaban las empleadas, pero aún nada de sol, porque la primavera se había demorado más..., y con las manos hundidas en los bolsillos, y unas chalinas tiesas de mugre, y echando humito por la boca, se paraban en las tapas de fierro, en los respiraderos de ventilación de algún edificio de departamentos, por donde salía aire caliente y hediondo. Y recogían diarios para forrarse bien forrados, pecho y espalda, y se buscaban unos a otros. El Juanito y el Alelí dormían, de vez en cuando, en la Plaza Italia; levantaban la reja de un depósito subterráneo, donde había transformadores eléctricos, y se acurrucaban junto a los transformadores que hacían un suave runrún toda la noche, y allí sí que se dormía bien, bien caliente, toda la noche, y cabían hasta seis en el hoyo, y la gente pasaba por encima de la reja, y nadie se daba cuenta de que esos bultos grises, aplastados, eran ellos, unos niños con frío... Sólo los verdes sabían hasta el último escondite, los condenados verdes, y muchas veces los sacaron a palo limpio... Pero, en la noche, era difícil que los pillaran los verdes, porque la ronda se iba por ahí a dormir, y... Lo peor era "el Pije Jimenez" y el Ñato, con sus amigos... Cuando no encontraban donde pasar la noche, se iban de hacha a donde lo del Juanito. Y los sacaban a patada limpia... Eran más... Pero no siempre, por suerte. (p. 97-99)

Anexo 12.6.

-Ya, terminamos y a trabajar...

Los niños comenzaron a subir por el puente. Entre todos ayudaron al Rubí, tomándolo de una mano, de una pierna, llevándolo por el aire, pasándose los unos a otros, entre chillidos, carcajadas, gritos de terror. La tarde, otra tarde. La ciudad comenzaba a encenderse. Los bares a llenarse de empleados públicos, los cines, de estudiantes. El centro de Santiago era la gran aventura, miles de personas concentradas, observando tiendas, mujeres con sus carteras colgando, restaurantes

donde comenzaban a asar carne, a freír pescados, pastelerías olorosas. Los niños atravesaron los jardines del parque Forestal, a saltos, entre las hierbas húmedas, como conejos, empujándose unos a los otros. Caminaron por Miguel de la Barra hasta el cerro Santa Lucía, y allí se entretuvieron un largo rato corriendo por los senderos, sorprendiendo parejas que se besaban y acariciaban en las penumbras de los pimientos. El Aristeo había arrebatado, al paso, un largo pan dorado que llevaba un panadero. Iba con sus panes en la bandeja y ésta sobre la cabeza y se dio cuenta tarde, cuando el Aristeo corría hacia el cerro. Se rieron un largo rato observando al hombre que les gritaba desde abajo. Mordisquearon el pan. Hicieron bolitas con la miga, derramaron su pulpa blanca y tibia en tren las hierbas. Partieron el pan en dos porciones y se dieron con ellas en la cabeza, a manera de cachiporras. Gritaron como “Tarzanes”. Se dejaron caer por unas escalinatas de piedra, o rodando “vueltas de carnero” hasta los suaves prados, desparramando migas, seguidos por los gorriones, y los grandes zorzales de oído fino. Entre las sombras, en medio de los acantos verdes, del aroma amarillo y fragante, jugaban los niños. (p. 110-111)

Anexo 13 – Frecuencia modulada (Enrique Lafourcade – ed. 1977)

Anexo 13.1.

Un día el parque Japonés se lleno de viento y de volantines. Fue un miércoles, como a las cinco de la tarde. De todas partes comenzaron a acudir niños. Parecían haberse concentrado, pero no, era el viento y la abundancia de volantines. Santiago estaba lleno de ellos, de genero, pintados de rojo, azul, verde, unos pájaros, unas águilas brasileñas que agitaban amenazadoras las alas. Todo comenzó cuando don Seferino Retamales, que vive en el paradero catorce de la Gran Avenida, y que siempre ha hecho cometas, pero de papel de seda, con varillas de coligue y cola, don Seferino se encontró con un brasileño, un mulato de melena crespa que amaba los volantines y el mulato le pidió que le arreglara unas águilas que tenían rotas las alas. Y el viejo vio como se hacían estas águilas y copio una. Al principio –como cualquier precursor- se reían de don Seferino. Volantines de verdad, y no esas armazones de madera y genero. ¿Cuándo se había visto un volantín de genero! Pero cuando lo observaron volar como un pájaro vivo, se les entro el habla. ¡Que lindura cómo volaba! Y se podían hasta escuchar sus aleteos púrpuras. Cuando mostró los primeros pájaros todos quisimos tener uno. Costaban diez veces el valor de un volantín de seda. Pero duraban eternamente, nos había dicho don Seferino. Resistían a la lluvia, las ventolinás, las ramas de los árboles. Don Seferino iba al Parque Japonés con una docena de volantines. Yo lo imaginaba en sus velas, allá al fondo de la gran avenida, en sus vigiliás juntos a los tarros de pintura, amarrando las costillas a las águilas brasileñas, mientras se aplastaban en los vidrios de la única ventana las narices ávidas de los niños. Los niños del Parque Japonés que un día crecieron. Todos crecimos. Todos comenzamos a vivir en un barrio triste de esta ciudad, con un Chino y un Ñato y una señora Juanita y el grito del “casero” a las once, con su carrretela de atados de apio y zanahoria, y las mujeres barriendo su pedazo de mundo y nosotros al colegio en medio de la lluvia con nuestros grandes sándwiches de huevo duro o de dulce de membrillo abultándonos la chaqueta, muy de mañana, con las orejas rojas, con los bordes rojos de las orejas, golpeando con un palo las rejas metálicas de la calle Seminario o tocando algunos timbres que nos hacían avanzar mas rápido, hacia un odiado colegio amarillo. Teníamos que pasar junto al Parque. A la laguna. A los bosques de arrayanes y peumos, a los prados de amapolas, de violetas... Desde el

fondo de las encinas, mullido de hojas, salía un humo azul, alguien descansaba sobre las hojas suaves, asando bellotas, mientras la ciudad se llenaba de agua, allá en lo hondo, en la gruta, el viejo reía echando nuevas castañas que semejaban piedras de color. O era el verano, en que las flores daban vueltas y vueltas. Era la laguna, llena de botes. Veleros finos. Hacíamos nuestros barcos, y pasábamos las tardes mirando el agua. Era el verano o el invierno, era el colegio, en la noche, era mi infancia, era Ginebra, y mi padre que se reía – a veces reía-, y que cortaba sombreros hasta muy tarde y que salía rápido con sus grande paquetes y vendía y traía cosas, pequeños regalos. Era mi madre, Camelia, con su moño negro, y su andar suave, casi como pidiendo disculpas. Camelia, escurridiza por el piso de las baldosas. Era una música, algo especial, los tangos de Hugo del Carril y Libertad Lamarque, o el clandestino carraspeo de los zapatos rasguñando las tablas enceradas del salón, el rumor de los tangos que se bailaba en las casas del barrio, y que salía por las ventanas, por las junturas. Era una infancia llena de volantines, de los frágiles y quebradizos y las eternas y enormes águilas de don Seferino. Eran los “sábados bailables” de los Gambi, cuando volvían de las carreras co dinero y se ponían a matar pollos y el barrio Santa Isabel se llenaba de una nube de olor a pollo asado, una nube que flotaba sobre las casas. Y después, los altoparlantes para las rumbas y los tangos, y los niños Gambi que eran unos danzarines consumados, y allí iba Ginebra si podía, si la dejaban, allí iba a entregarse a los brazos de los Gambi y de otros, y las muchachas del barrio se ponían como tontas de ganas de ir donde los Gambi, y todas se levantaban el pelo y comenzaba a planchar sus vestidos y pedían prestadas cintas, pañuelos, collares. Y, de repente, alguien se llevo la nube de pollo asado, y el perfume de Ginebra que era algo como el olor de las varas de la margarita doble, mezclado con no se que, aunque lo reconocería si lo oliera, reconocería a ojos cerrados a Ginebra, si la oliera. Alguien se llevo a la señorita Juanita y a los Romeros que andaban siempre corriendo por los techos de la manzana y mi padre se desesperaba porque rompían las planchas de zinc –según él- y cuando volvía el invierno caía una enorme gotera sobre el lecho conyugal. Y los Romero, que al principio corrían de “puros diablos”, cuando niños y cuando nosotros, cuando todos nosotros corríamos con ellos apedreando gatos o corriendo simplemente, después los romero corrían por que detrás de ellos dos tiras, dos detectives que eran buenos para correr, y los Romeros tuvieron que dar saltos y huir por las azoteas secretas para caer finalmente con el aliento roto, cortado, en la falda de la señora Juanita, que era una viejita flaca y seca, de pelo blanco. Y ella los cubría con sus plumas. Y ya no había en el mundo detective o carabinero que se atreviera. Además en la casa del fondo del conventillo todo estaba permitido, nadie entraba allí, era el santuario, nadie osaba tocar la custodia. Doña Juanita estaba hecha de oro, y de otros metales preciosos y sagrados.

Entonces nos concertamos sin palabras y el Parque Japonés se llenó de volantines. Recuerdo que uno de los Botinelli, que tenía tres águilas de las de don Seferino, puso al Checho en la armazón diciéndole que no se soltara ni por nada. Y tenía buen cordel, grueso, y como el Checho pesaba muy poco porque estaba flaco y enfermo, y el águila era regrande, y hacia viento... ¡Como nos reímos viendo volar al Checho García! Entre todas las amapolas, ese gran pájaro. Los niños llenaban el cielo con sus manchas, movían las manchas y cambiaban los grandes paisajes, y en medio el Checho flotando mientras el pájaro ondulaba y el Checho daba unos alaridos agrios como si el Águila quisiera bajar a poner huevos, o a picarles la cabeza a los niños. Por suerte al Cesar Botinelli no se le ocurrió subir muy alto al Checho porque se habría hecho pedazos de un porrazo. Cuando se vino abajo –alcanzo a flotar algo-, se vino con pájaro y todo, y cayó sobre el pasto. Estaba tieso, como muerto. Nos reíamos. ¡Cómo nos reíamos viendo al Checho García

hacerse el muerto! No se había soltado ni un minuto de los huesos del águila. Era una gritería enorme y le cielo se multiplicaba, y los rojos se unían a los violetas y mas de alguno perdió su mancha, se fue flotando hasta la cordillera, un rectángulo entre rectángulos, probando teoremas alados.

Entonces llegaba el sol corriendo por los techo y el día tan limpio, azul, con los pajaritos en los álamos, y daban ganas de ponerse a llorar de gusto porque en las tardes, en esa tarde que venia a horas vistas, en ese trafico de resplandores, llegabas tú corriendo, Alicia” (p. 54-58).

Anexo 13.2.

A veces lo encontraba afuera de la casa, eso en el último tiempo, en sus últimas horas, fuera de la casa, sentado en una silla, en la más humilde de las sillas de Santiago. Una de paja y madera de álamo blanco que venden en la Vega, una silla gastada y pobre, donde se sienta la mitad de Chile, donde salen a tomar el fresco o la fresca del verano, en los barrios de Santiago, las nobles señoras de grandes manos, las comadres y lavanderas y cocineras, y mujercitas, rodeadas de sus niños como viejas y robustas gallinas. Pero ayuda a crear una atmosfera. Allí, en ese sitio de pobrecitos, solía ver a mi padre con sus ropas casi harapientas, manchadas de grasa y aceite, rotas en los codos, y su camisa de franela a cuadros. Una ropa presta, flotando en su cuerpo. Allí se iba a sentar. Allí llegaba yo corriendo, el corazón palpitando en el pecho, feliz, el corazón lleno de felicidad, allí llegaba tarde, cuando Alicia había desaparecido en el puente y me quedaba horas, muchas horas por delante para repasar la imagen de Alicia, una a una sus palabras, y sobre todo para prever en mis más dulces previsiones, lo que iba a ser el día siguiente, cuando la viese de nuevo, y yo llegaba entonces retrocediendo hasta la casa de mi padre y estaba en la silla, los ojos fijos en el aire, tan ausente de su casa, flotando en la nada de la calle, donde jugaban unos niños con una pelota, donde dormía el Lucho, en la acequia, sus docenas de pilseners, una calle llena de accidentes, con carretelas y muchachas, automóviles, camiones, camiones, matrimonios que pasaban corriendo, dulces viejecitas de negro que saludaban a diestra y siniestra, perros y gatos, bicicletas, traficantes, una calle de un barrio fuerte, bravo, humano, lleno de olores. Y mi padre frente a esta gran totalización de objetos y vida balanceaba la cabeza con los ojos cosidos en la nada, la vista caída hacia lo hondo, seleccionando algo especial de ese universo ciego. Era como si estuviese mirando el cielo, la Vía Láctea, y en esa variedad de inmensidad, hubiese sorprendido un hueco, una estrecha puerta al vacío, y allí se fueran sus ojos en demanda de refugio, esos ojos cansados de mirar sombreros inconclusos, se iban en actos libre de mirar sin ver, y en ese pozo, en ese aire sin cosa alguna del cielo de la calle Santa Isabel, Allí se quedaba en éxtasis, moviendo suavemente la cabeza, esperando, sin mucha angustia, vigilando algo, una presencia, el rostro secreto, un toque de dedos.

Otras veces sacaba su automóvil que dormía acrecentando herrumbre en un garaje. Su Mercedes Benz, desportillado, que echaba humo por todas partes, y al cual en el barrio llamaban con algo de burla, no exenta de respeto, “El Toro”. Pero ya no iba de paseo como antes, cuando yo era pequeño y mi mama preparaba el canasto con huevos duros y pan y frutas, y nos íbamos hacia Los Guindos, o por la Estación Central mas abajo, hasta donde aparecía el campo, y uno podía bajar del automóvil, mientras papa le echaba agua al radiador, que gemía, con un jarro blanco saltado, uno podía bajarse y clavar los ojos en una pequeña colina que estaba allí, al alcance de las manos, o agacharse un momento y cortar un gran dedal de oro, un enorme dedal de oro, de un amarillo naranja, que lucía como una joya dentro del automóvil, entre el olor nauseabundo del

petróleo quemado, un dedal de oro que se recogía como estrella de mar, echando un perfume agrio y muriéndose. Papa sacaba su automóvil y se quedaba dentro de él, frente al negocio, así llamaba a su sombrerería, así la llamábamos todos, sin nunca pensar siquiera en el significado de la palabra, dentro de esa pequeña fortaleza alemana de latas, se quedaba más escondido que en la silla, se quedaba mirando de nuevo y era ese mismo lugar, sin duda esa misma ventana, la que mantenía sus ojos amarillos abiertos y su boca silenciosa. Hasta que mamá lo iba a buscar, lo tomaba de un brazo, remeciéndolo, sacándolo de su sueño –era un sueño- y le decía viejas palabras, algo como “se va enfriar la sopa”. Y él se incorporaba y descendía del Mercedes Benz, lento, con fatiga, con dolor –ya estaba enfermo- y se iba medio encogido, del brazo de mamá, hacia el comedor iluminado (p. 60-62).

Anexo 13.3.

Todavía Santiago preservaba estas mezquitas con olor a liebre asada entre el vinagre, la zanahoria y el laurel. Retiros olorosos, cocinas enormes, ollas negras con caldo de cabeza, fuentes de cholgas, altos de erizos, cebollas colgando entre jamones. Arrollados de chancho picantes y quesos blancos. Cuartos azules, con sillas de Viena, a donde llegaban las rondas nocturnas de carabineros a tomar un blanco, con sándwiches de salame y ají. Mesas de reservados con manteles de hule y ceniceros de conchas de loco. Parrones. Clanes radicales llenos de corvinas y patos de pico rosado. Centros deportivos donde la chicha corría por el suelo. Había vitrinas con cerdos pelados, la boca llena de perejil. Vitrinas con ostiones y picos que agitaban sus bocas espinudas, sus labios como garra. Vitrinas con palomas muertas, o con huevos duros. Botellas de etiquetas amarillas, ocres. Y Lavinio Silva Ventura, Pincky, conocía la ciudad, ese Santiago de su vida errabunda, conocía todos los bebetorios y manducatorias, las cocinerías subterráneas, la de la Vega; conocía a doña Julia Matamala, en la calle Lastra, que preparaba un pastel de choclos y unas humitas, el cabrito al horno... Comerse, al amanecer de una noche de invierno, en medio de la lluvia, ir a comerse donde doña Julia Matamala, unas humitas recalentadas olorosas a albahacas, con la hoja del choclo chamuscada en las brasas, y comerse una fuente de humitas, con vino tinto áspero, entre los braseros de Doña Julia, en el vapor del amanecer, mientras afueras se escucha el estrépito de la lluvia golpeando unas canales de desagüe, cayendo dentro de un barril, y hay gatos que lloran... los clandestinos donde preparaban sopa marinera, o pantrucas en caldo de lengua, o chanfaina hecha con mandíbulas de cordero, ojos, pedazos de pulmones o corazón, y en medio de la grasa amarilla, con ají gruesa. O donde don Manuel Pizarro, por San Ignacio, a comer chanchito a la chilena, a tomar los vinos pipeños. Lavinio *sabía* su ciudad. Era toda ella una exaltación de la existencia y de la muerte, del furor y de la paz. Un correr de vida humana, no la heroica ni hazañosa, sino la que viven en horas y horas, hecha de levantarse y acostarse, de bautizo y de cumpleaños, y de ir al dentista, o de ir a la Caja, y de recibir la carta de la hija, o del trabajo, o de andar, buscando trabajo, o del club de fútbol, o de las carreras, hecha para hombres duros esa ciudad de Santiago, dura y fea y viril, con la fealdad de un hombre de la Vega, nervudo y cuadrado. Allí, al fondo de una calle, en el suelo, los cargadores comían tomates partidos por mitades, envueltos en aceite y sal. Una mascada de tomate. Una de Ají verde. Un sorbo de blanco. Allí, en las paredes astros –excrementos, orines- de los muros del Tatersall, entre la nieve de la esperma de las animitas, en los muros negros, las viejas encendían braseros para derretir queso, o asar castañas. Llegaban las carretelas. Al amanecer llegaban las carretelas, desde Quilicura y Colina, por la Panamericana. Desde Talagante, El Monte, Isla de Maipo. Llegaban de Renca y Pudahuel. De la reina y Lo Barnechea. Venían de Conchalí al fondo, las carretelas. Y la

ciudad se llenaba con olor a caballos sudorosos, a alcachofas y acelgas, a lechugas y berro, a espárragos, cebollas y betarragas. Y el alba hacía salir a las viejitas envueltas en sus rebozos gruesos, unas viejecillas pequeñas, que salían con una escoba y comenzaba a barrer, desplazando el polco, los excrementos, las latas vacías, las hojas y las cáscaras, o una rata muerta, de un lado a otro, echándole los desperdicios a aquella que aun no saltaba de su camastro porque estaba enferma o porque se había muerto. Y barrían las viejas, en Chuchunco abajo, en la Quinta Normal, en Recoleta, en las poblaciones callampas del Cerro Blanco, barrían las viejas, en Conchalí y Vivaceta, ellas barrían, en Matucana, en Pila del Ganso, en Matadero, en San Miguel, en las Hornillas, las viejas alzaban en nube de polco el velo de la noche. Y entonces comenzaba el desayuno de los chacareros, cuando la ciudad se llenaba de perros ladrones y la Virgen del Cerro San Cristóbal apagaba su aura y una claridad azulina aparecía en el borde las montañas oscuras que tapaban el valle. (...) Allí, en el bar, una noche, golpearon al poeta y abogado, hasta deshacerle el cerebro, en el cual había antologado pacientemente, en días y meses, los nombre de Dios.

(...)

Correr al bar La Tranquilidad, en José Joaquín Pérez, al cuatro mil. Ir al Casino Miguelito, en San diego. O al Barrio Nuevo, frente al Hipódromo, a donde llegaban esos jinetes finos como espárragos. Al café El Abanico, en San Diego; al restaurante Súper Club, de doña Amelia Cerón Céspedes... Ir a buscar en el vino blanco, en el vino tinto, en el chacolí y en el pipeño, en la chicha rosada, en el pisco, ir a buscar los anillos que comenzaban a moverse, y lo iba llevando hacia adentro, y las caras se ponían borrosas, y de pronto saltaban como un botón de azahar que se abre o se rompe, saltaban los versos, y veía las pirámides, su novela, la gran novela chilena, *El fondo del vino*, no cualquier relato, no una narración rectilínea, progresando capítulo a capítulo, entre jadeos, sino el mundo vivo del hombre nacional, Santiago por los poros, por los cuatro costados, la ciudad vinagre, con sus nieblas, y sus soles, y sus montañas, y sus prostíbulos como La Democracia, en la calle Maipú, donde iban con Filoteo a leerles a las putas versos de Jacques Prevert, y ellas lloraban y se ofrecían gratis (288-292).

Anexo 13.4.

Vivía en la ciudad, en la gran ciudad, en algún sitio, en los hoteles, en los departamentos arrendados por semanas, por horas, por minutos, en las anchas casa de pensión, en las residenciales, vivía solo o con tías y primos, con hijos, con mujeres de una noche, vivía en el fondo de una barraca, vivía en un Club Social, en cualquier sitio de Santiago, por allá vivía, allá y acá, en medio de la noche, entre los puentes, o en las Fuentes de Soda, en la Estación Central, en La Guitarra, donde iban a beber café con sopaipillas los carrilanos, a tomar una pilsener en La Flor llena de mesas azules, y unos inválidos que no soltaban sus botellas de vino, inválidos papeleros, expertos en papeles que de otro modo se habría llevado el viento. En los restaurantes hondos, húmedos, con olor a orines, a chicha, a vómitos, a humo de cigarrillos, a grasa frita. Vivía en cites llenos de macetas de flores donde pululaban las guaguas en algarabía, al sol, las guaguas, las abejas, los vidrios de colores. Vivían en casas de demoliciones, o con un anticuario a medio derruir, a medio demoler, entre vitrales alcobas con doseles de quemados damascos, y pesados napoleones de bronce. Donde un padrino muy viejo, barnizado, con las sienes llenas de barniz y unos bigotitos rubios, y una flor en el ojal, un padrino que tenía una casa larga, allá al fondo, en general Velázquez, o en Renca, en las colinas, una casa llena de corredores y flores de

la pluma, un padrino con polainas y bastón, que salía el domingo a leer El Mercurio a la plaza, a mirar a las muchachas. Vivía donde El Perejil, antiguo delincuente, que soñaba con asaltos a casa alhajadas, mientras ponía medias suelas en su banco de zapatero, en la calle Cóndor, sueña que cose... Vivía en los cerros, en el cerro Blanco, en la mejora de doña Zorobabel, que tenía hasta refrigerador, y cuatro matas de zapallo... Vivía en un garaje, en Vitacura al fondo... ¿Dónde Andaba, donde podía encontrarse a esta Rosario? Una vez en Santiago, por Mapocho abajo. Otra... O en la Plaza Bogota, donde no iba nadie (p. 109-110).

Anexo 13.5.

-¿Crees que vamos a tener bastante gente?

-Sí, estoy seguro –Pablo Castilla lo miró serio, grave-. Hay solamente en el Pedagógico unas cien personas... Fuera de las otras Escuelas Universitarias... Y de Valparaíso viene Rosales con su grupo. Creo que llenamos, doctor...

-Con la mitad de la platea me conformo. ¡Qué idea la tuya de arrendar el Baquedano! Es un potrero.

-Mire, ahí viene Rosales.

Se detuvo un autobús. Bajaron unas cuarenta personas, muchachos y muchachas. Algunos, con banderas chilenas y letreros de cartón.

- Salud, compañero Rosales!
 - ¡Doctor! ¡Brigada Valparaíso, presente! –aseguró Rosales, cuadrándose como un militar
 - Es temprano Rosales... Hay un grupo que viene marchando desde Ñuñoa.
 - ¿Y el Recaredo?
 - Anda en la camioneta. Me iba a visar cualquier cosa. Viene por Yrarrázaval, a la altura de Manuel Montt. A buen paso, media hora más...
 - Tomen colocación, compañeros...
 - Me ponen nervioso estas reuniones. ¿Tienes el permiso, Sigfrido?
 - Sí, aquí está. Todo en orden. Lo saqué ayer a última hora en la Intendencia. Menos mal que el subsecretario había sido compañero mío de universidad. Quedó de mandar un camión de verdes, por si las moscas...
 - No. No hay que mezclar a los carabineros en esto.
 - Sí, doctor. Hay que tener algunas garantías. Los camaradas están furiosos. Y supe anoche que a lo mejor se nos deja caer la Brigada Juvenil del Partido Comunista. Y entonces, ¿Qué hacemos? ¿Cree usted que con el Vicentito vamos a poder defendernos? ¿contra ochenta o cien?
 - Tenemos la defensa de la razón,. Somos los mejores, Pablo Castilla. En este cisma de la iglesia revolucionaria, la voz verdadera... ¡Los únicos!
 - Media hora por lo menos, doctor. ¿por qué no vamos al bar del Oriente y nos tomamos un traguito, ah? Creo que viene bien un traguito... Y unas anchoítas... Y unas aceitunitas...
- (...)

Sentados, paladeando sus alcoholes ligeramente verdes, con el toque de vermouth y la aceituna, y el sol golpeando las copas, sentían llegar camiones, autobuses, automóviles. Gritos. Ruidos de muchas voces.

[Sistema de células organizadas. Se hablan temas de logística, y de cómo se va a hablar, si orando o leyendo...]

Debe leer, doctor. Debe tener el control sobre lo que dice. El entusiasmo juega malas pasadas. Recuerdo que en la última concentración de Spartaco fuimos todos a parar a la cárcel. ¿Y por qué? Por dos frases tuyas, producto de una buena oratoria, que arrancaron aplausos, dos frases improvisadas.

(...)

Pagaron, salieron. Las doce del día. Veinte o treinta carabineros afuera del teatro. Dos periodistas, un fotógrafo. Escoltado por Pablo, Sigfrido y Don Chuma, que no se despegaba de él, y que se había tragado cuatro cañas de blanco y una empanada, avanzaron por un pasillo hasta la puerta que llevaba directamente al escenario.

[Mesa de honor. Palabras de castilla, de Sigfrido, y mucho viva Spartaco, y “el aire justo, la atmosfera que necesitaba, aire eléctrico”]. (214-220)

Anexo 13.6.

Los dos niños corrían por la noche. Cubiertos de barro sin soltarse de las manos, iban atravesando calles, pasando por plazas desiertas. Inmóviles, un instante, viendo a los gatos escarbar en los tarros de basura. Aterrorizados, otros, cuando en la distancia, recortada en el aire, se divisaba la silueta ancha, oscura, el garrote en la mano, la imagen perturbadora del carabiniere. El exterminador de niños. O los automóviles que lanzaban sus luces, y sus gritos, en las esquinas. Los mellizos comenzaron a cansarse. Hacia dos horas que caminaban. Avenida Providencia, Alameda, avenida Portugal, Avenida Matta. Calles, callecitas, plazas. Unos cafés. Una mujer llorando en una esquina. Viejos, viejos harapientos, buscando harapos en los rincones. Música en algunos restaurantes, música en las puertas entornadas de los bares. Inválidos. Un mendigo tras ellos. Llegaron a una vieja casa de la calle Castro, casi esquina de Alameda. Subieron por la escalera. Un corredor, arriba. Unos cuartos oscuros. Una pieza. Un quejido. Una enferma en su lecho. Una pequeña lámpara. Un grito. La enferma: “¡Me voy a morir!”, afirmó, incorporándose. Los dos niños se aprietan la mano, ese lazo, el puente que vincula y reserva a los mellizos, y la observan dulce, gravemente. La observan con seriedad. (...) Bajan en silencio. Llegan a la Alameda. La noche sigue. Automóviles, camiones. Transeúntes que apenas los ven, o cuando los ven, se quedan inmóviles, estupefactos, con miedo, con un terror que les llega a las raíces de los pelos. Van por el Parque Japonés. Encuentran un coche abandonado, un coche de guagua, de grandes ruedas, con almohada y cojín. Un coche que espera a alguien. Uno sube al coche y duerme. El otro, empuja. Siguen a lo largo del parque. Toman la avenida Costanera. Uno adentro, durmiendo. El otro, empujando. Hacia la casa. La noche es cada instante más débil. En las montañas, al fondo, se nota una línea blanquecina, una luz, y comienzan a separarse las montañas, se separa el cielo negro de las nubes, se abren y por allí, por esa línea, entrará volando los pájaros para anunciar la iluminación de cada día (p. 169-170).

Anexo 14 – En el fondo (Enrique Lafourcade – ed. 1973)

Anexo 14.1.

El sol aparece. Baja desde el muro lamiendo la pizarra gris, se anuncia anaranjado y de pronto cae desde lo alto de las montañas sobre el valle de Santiago. Enciende sucios edificios de departamentos, campanarios roídos que en cualquier instante se derrumbarán doblando a muerto, plazas y parques brumosos, calles rotas, llenas de parches y vendas. El sol confiere rango al olor del pan, la ciudad despierta. Los autobuses con obreros que cuelgan de sus puertas. Colegialas y estudiantes. Las vendedoras de flores, gordas, blandas, entre sus coronas. Calcetines rojos o azules. Muchos chalecos. Entre risas y cantos lanzan agua contra sus rosas y jacintos. Ordenan los fardos de alelís, de ilusión, de gladiolos, que bajan de los camiones. Sale el tren ordinario hacia Valparaíso. Se prepara el lento y extenso tren al sur. Los cabritos lloran. Los trajeron de noche. Vivían en Til-Til, junto a sus padres, comiendo pastos dulces, la raíz nueva del espino. Lloran como niños, como cabritos. No entienden nada. Van a ser sacrificados. Sus hermanos cuelgan de una pata, de un garfio de acero enterrado en el cuello, abiertos y sangrantes. Reparten la leche. Los diarios. En el Mercado corren con cajones, abren erizos y almejas. Cambian las guardias en las comisarías. Las prostitutas se van a dormir. Unos atletas pasan corriendo por la Panamericana. Se descuartiza una gallina. Una lavandera da a luz entre begonias y manilas, destruyendo los poderes cerosos de la flor de la clepia, empujando a las clemátides hacia lo alto. El sol entra en los cuartos de los pobres y ayuda a calentar el té, el mate, la tortilla de rescoldo. Mezcla la arena y la cal. El sol hace cantar a las empleadas que sacuden alfombras, que hacen camas, que lavan platos, que desgranar habas. Es el sol de la primavera. Bajó desde el muro para azucarar las chirimoyas del valle. Ordena inauguración de rosas. Y hasta la más pobre de las casas tiene un dedal de oro, un ojo amarillo, ciego, perfumado. Suben las cortinas metálicas. Limpian vidrios. Llegan las cajas. Los bancos apagan sus luces.

El loco aguarda.

A las nueve en punto cambia sus billetes en monedas. Y sale con sus dos maletas. ¡Un nuevo día! ¡Al trabajo! Cada hora cuenta, cada minuto. La ciudad vive. Bocinas, martillazos, ascensores, camiones, y en la ciudad, cada uno tiene que hacer su parte. Prohibido quedarse fuera del mundo. (p. 11-12)

Anexo 14.2.

Eudora Guzmán conocía ese cerro desde pequeña. Una noche su tía Francisca se puso a llorar. Eran tiempos en que todavía tenían la casa en Dávila, la casa que les dejara la mamá de Eudora, una casa pequeña, con un largo corredor lleno de maceteros de aspidistras y begonias. Y, Eudora, después del colegio, se iba con algunas amigas a explorar el cerro. Y una vez le vieron, de verdad. Era el viejo del saco. Tenían terror de subir hasta la cumbre porque les habían dicho que allí vivía el viejo del saco. Y, de repente, un viejo rodeado de perro, en lo alto de una roca, sucio, con unos sacos, y fumando pipa. Entre la Escuela Pública de Recoleta y la iglesia de la Viñita, y las vecinas de enfrente, y la Eudosa y la Fresia y el “casero” y las muchas amigas de la tía, y el mes de María. Pero, esa noche en que lloraba tía Francisquita el mundo se derrumbó. La casa se derrumbó. Algo terrible estaba pasando. Y cuando regresó del colegio estaba todo afuera. Los catres, los maceteros, las frazadas, y la mesa del comedor... Ya era grande ella, ya estaba leyendo

María. Y las vecinas la tuvieron un tiempo, la mamá de la Fresia y de la Eudosa y el párroco de la Viñita. “No tenemos nada... no sé cómo vamos a vivir... Lo único que teníamos era la casa... y vivíamos arrendando piezas... y ahora...” Y la tía Francisca sollozaba en la sacristía. “¿Y no supo nunca que la casa había salido a remate?” “¡Qué iba a saber, padrecito! ¡Ni idea tenía!” Después, se murió la tía Francisca y la pobreza la fue envolviendo. Todas crecían. Y el cerro comenzó a llenarse de pobladores. Un día vio cómo levantaban una casita, en dos horas. Con una amiga, tan desgraciada como ella, concibieron la idea. Y el párroco las ayudó. Abajo, casi mirando Recoleta. Iban a vivir allí, a tener un taller de costura. “Si las echan, vienen a hablar conmigo.” Y es claro que dos veces los carabineros las hicieron salir. Y volvían. Eudora quería ese lugar. Todos tienen un sitio en el mundo, y ella pensaba que ése era el de ella. Les habían regalado latas de zinc nuevas, y mucha madera, y las ayudaron. Y no supo cómo pero el párroco, antes de morir, poco antes de morir de viejo, les arregló el permiso para que las dejaran tranquilas y les regaló algunos muebles. Entonces, ellas plantaron unas matas de zapallo, un girasol, muchas malvas, enredaderas de suspiros azules, y ricinos. Y pusieron algunos maceteros de aspidistras y begonias que les quedaban, y el retrato de su mamá. “Las modistas”, ese fue su título. Rosita era magnífica cosiendo y ella aprendía rápido. Y con la Singer, que era lo único de valor que le dejó la tía Francisquita. Un primo que trabajaba en construcciones, con dos amigos, les mejoraron el rancho. Dos piezas bien hechas, fuertes, abrigadas. Y un retrete afuera. Un hoyo con una casucha, comunicado por un alero con la casa. No había agua, pero se las daban allí, muy cerca., No había luz, pero podían comprar velas. Y, después, tuvieron lámparas de acetileno. Los primos le hicieron una ventana grande, y allí Eudora, en las tardes, cuando el calor acosaba a las modistas, se ponía a mirar la avenida Recoleta. A veces pasaban unos pajaritos. Y tenían ya algunos amigos. Una noche tres borrachos estuvieron golpeando el rancho, y Rosita y Eudora casi se mueren de miedo. Eran *los Lalos*, unos hermanos pendencieros y enamoradizos. A los dieciocho años Eudora era muy alta, de piernas largas, morena. Demasiado hermosa para el lugar. Su cara en la ventana ponía tristes, o más bien ansiosos, melancólicos, a los transeúntes. Los muchachos del cerro solían pasearse frente al rancho. Le llevaban flores, regalos. Don Rafael, que tenía un almacén en la calle Dávila, comenzó a visitarla, y como a la cuarta visita –en que les llevó de regalo un cajón de tallarines Carozzi, “surtido para familias”- le preguntó si no quería vivir mejor... que él le ponía la casa... que podía cambiarle la vida... que aunque era casado y con varios chiquillos, él podía ayudarla y... Don Rafael tenía fama de ser hombre adinerado. Rosita trató de convencerla. Un día Eudora descubrió que don Rafael le había dado plata a Rosita para que tratara de ayudarlo. Se enojó con su amiga. Eudora volvía a la ventana, después de su jornada. “¿Qué estás esperando? Tienes que aprovechar ahora... Después, te vas a poner vieja, fea... Y uno de *los Lalos* está como loco por tu. Anoche se quedó hasta las tres de la mañana afuera, sentado en una piedra... Dice que se va a matar si no le haces caso.” Eudora sonreía. A hurtadillas tomaba María para releerla. Sabía capítulos completos de memoria. “Espero a alguien”, le decía suavemente a Rosita, mostrándole sus dientes blancos y parejos. Entonces, comenzaron a llegar los carabineros. La ronda de la tarde primero. Ya se sabía, ya era famosa en el cerro. “La bella Eudora.” Una noche pelearon por ella *los Lalos* y el menor le dio dos puñaladas en la barriga al mayor y vino la madre a insultar a las muchachas. “Eres desesperante, Eudora... Si no le haces caso a alguien, una noche nos van a asaltar, entre todos.” “¿Y por qué no tu?” “¿Yo?” “Sí, tú... ¿Por qué no tú?” “¡Yo soy fea, horrible!... ¿Tú crees que alguien le gusta una mujer que ha tenido la parálisis con una pierna mala?” “¿Por qué no? Siempre hay alguien para alguien.” “No, nadie me quiere a mí... Nadie me querrá nunca... Y mientras esté contigo, mucho menos... Tu eres tan bonita, Eudora... Te pareces a la Virgen María...”

Estaban allí las costureras cuando los carabineros llegaron con camiones, a medianoche. Habían también unos hombres de civil, de abrigos oscuros. Estaba lloviendo y ellas no se querían levantar de miedo, pero los gritos eran terribles. Y después, golpearon en la puerta del rancho. “¡Nos están sacando, vecinitas!”, les gritaron. Y salieron a ver Abajo, en Recoleta y Dávila, habían como ocho patrulleras de carabineros. Y muchos camiones y autos, y luces. Y estaban echando a los pobladores. La gente corría por el cerro como conejos. Niños, perros. Hasta que *los Lalos* se pusieron a tirar piedras y entonces todos comenzaron a tirar piedras, hasta ella, hasta Eudora, porque sintió de pronto que la sangre se le iba a la cabeza, sintió que el corazón se le llenaba de rabia, cuando vio a los niños desnudos perdidos en el barro gritando por sus madres, y a los carabineros echando abajo las paredes de los ranchos y *los Lalos* arriba, llamando a los hombres para defenderse, y Baquedano, multiplicándose, el pastor, corriendo a calmar a los hombres, tratando de hablar con los carabineros, hasta que se lo llevaron preso. Y desde arriba seguía la lluvia de piedras. Y entonces, los carabineros comenzaron a disparar, primero al aire, y el alboroto creció y llegaron vecinos. “¡Calma! ¡Calma!”, les gritaba un oficial, envuelto en su impermeable. Y la batalla continuó, porque los carabineros y los hombres de negro que iban a desarmar los ranchos se pusieron a perseguir a *los Lalos* y a como cuarenta otros hombres y ellas corrieron a encerrarse en su rancho y la Rosita se puso a rezarle a la Virgen de Luján... y Eudora se sentó en una silla envuelta en la frazada, a esperar. Fue una larga noche. De repente más balazos. Fue una noche peor que ésa, seis meses atrás, cuando *los Lalos* se tiraban contra la puerta y ellas adentro ponían muebles para afirmarla. Volvieron a salir cuando llegaron los bomberos. Al fondo ardían dos ranchos. Ya estaba amaneciendo. Llegaban más y más carros bombas, ululantes. Después dijeron que fueron los pobladores, aunque éstos acusaron a los carabineros. Con la luz los ánimos empezaron a serenarse. Abajo quedaban como ocho camiones, cuatro carros bombas, seis autos y muchas camionetas, Tomaron presos a *los Lalos* y a varios más... Algunas ambulancias, para llevarse a un carabinero con la cabeza rota de un peñascazo, y a don Astudillo con dos balas en los pulmones, y a la señora Flamínea con una pierna despedazada.

Luego, periodistas, fotógrafos. La televisión. Más carabineros. Después, los políticos, los diputados y senadores, el ministro de no sé qué cosa... Muchas visitas al cerro. Alcanzaron a desarmar ocho ranchos y a quemar dos... Pero los pobladores estaban allí. Y, ahora, por primera vez, comenzaron a hablar de hacer cosas. Apareció Baquedano a media tarde. La iglesia, el Sindicato, una cooperativa... La escuela... Quiénes propusieron hacer un Club de Rayuela. Finalmente, se organizó el Club de Rayuela.

En los últimos tiempos había llegado más gente. Las casitas ya formaban un poblado miserable. “Éste es nuestro lugar, Rosita –le decía Eudora-. Vamos a vivir aquí...” Y don Baquedano parecía un hombre tan bueno. “Y anoche llegaron dos más, nuevos.” Rosita reía. Y Eudora ya estaba acostumbrada a esa risa. Desde la mañana a la noche, Rosita, arrastrando su pierna rota, reía y cantaba tangos viejos. “Tenemos que bajar al centro, un día viernes... ¿Cuánto que no bajas al centro? Vamos a ir a un rotativo y después te convidó a comerte unos pasteles... Nos ponemos esos trajes que tenemos guardados. Si no, se nos van a pasar de moda...” Y Eudora no se decidía. “Eudora, Eudorita... hace como cuatro meses que nos vamos al centro...”

Los Lalos volvieron. Baquedano las visitaba hablándoles de su iglesia. Pero ellas eran católicas. Conocieron a Macabeo y a Tomasina. El cerro quería que Eudora fuera la reina del

Club de Rayuela, pero no hubo modo de convencerla. Era una “parada”, decían. Pero, igual, en las tarde, los muchachos se paseaban junto a su rancho. (p. 87-90)

Anexo 14.3.

La calle era oscura. Ciega. Tres focos de alumbrado. Casa raídas, con sus fachadas de madera y latas a medio desprender, el estuco roto, rayado con nombres, cubierto de afiches. En el día era lugar de venta libre de carne, de conejos, pollos y patos, de verdura y pescado. Quedaban unas carretillas en las aceras, cajones, cáscaras. Un arroyo. Allí pululaban ahora perros y gatos sin amo. En el fondo, en la acera, borrachos en éxtasis. Cloaca, putrefacción. El suelo resbaloso, gelatinoso. Golpearon tres veces en una puerta, la última, la flanqueada por los hijos de Baco, y abrió una viejecilla que los hizo pasar en silencio. La casa era enorme, helada y negra. En los corredores, en el suelo, más hijos. Atravesaron dos cuartos, un patio, otra pieza, un enorme desván lleno de lavatorios y tazas y baños rotos, cocinas y refrigeradores destripados, camas con sus crines y pellejos al aire, un collage de multiplicados objetos domésticos. Olores, de nuevo. Excremento y humedad. La vieja los dejó frente a una puerta casi escondida entre los artefactos y las sillas y los armarios. Adentro, se oían voces. Pero había que bajar. Había que bajar una larga escalera de ladrillo, entrando al subterráneo, una bodega inmensa, de paredes que chorreaban humedad, que tenía salida a otra calle, y en la que alguna vez se guardó trigo. Ahora, en su extensión, enormes barricas de vino, mesas húmedas y ásperas, y cuatro ampolletas colgando de sus hilos negros. Apenas se veía. Las sombras, contra los muros, eran enormes.

-Esto es... ¡El Hoyo!

Lavinio se paseó unos instantes entre las barricas llenas de vasos, y los ebrios de pie, aferrados unos a otros, que gritaban y cantaban. Abrió los brazos en un gesto de admiración.

-¡Regio! ¡Goya puro! –exclamó. (p. 180)

Anexos 15 – Santiago cero (Carlos Franz – ed. 2008)

Anexo 15.1.

Una sombra del extrovertido director pasaba sin saludar a un compañero que se lo cruzaba en cierto punto remoto de la ciudad. Una sombra abstraída, madurando minuciosamente algún dilema. Sólo un espacio habría podido seguirlo cuando se colaba de vuelta en la escuela semidesierta del horario vespertino, con unas revistas de cómics que se iba a leer en los entretechos.

Los entretechos eran el lugar más misterioso del edificio. Se comentaba que bajo los aleros existía un gigantesco e inexplicable estanque coronando el silo de la biblioteca; que algunos fumaban yerba allí y ciertas parejas se quedaban escondidas de noche para hacer el amor en grupo; que alguien había encontrado un feto momificado...

(...)

(...) Esa tarde te encontraste subiendo tras él por las monumentales escaleras de mármol, enceradas diariamente hasta convertirlas en trampas mortales para el que no supiera el secreto de ascenderlas. Los seguiste hasta el quinto piso, frente a las prohibidas puertas de la sala de profesores. Sebastián había desaparecido tras ellas como si tuviera un pase libre al interior mismo del poder. Titubeaste un largo minuto. Después, entraste.

Había un pequeño hall aséptico y desnudo, a no ser por el silloncito de felpa vieja que tiritaba de frío y los peldaños de una escalera de caracol que colgaba de un boquete en el cielorraso. Trepaste por ella hasta que una ráfaga de vientos encontrados te infló la camisa. Estabas en lo más alto de la torre del reloj. La maquinaria desgranaba un pesado tic-tac. Asomando la cabeza a través de los números romanos calados en la esfera de metal, podía dominarse Santiago. La ciudad demasiado diurna, el río color chocolate, la estrella de avenidas que convergían en la plaza, en el monumento al soldado desconocido. Esa estatua insignificante, de tintero, puesta sobre la vacía tumba del héroe. Atrás tuyo, un portón corredizo comunicaba con los vastos entretechos.

Te orientaste con la ayuda de los pocos rayos de luz polvorienta que se filtraban entre las planchas de zinc. La rigurosa arquitectura del edificio se transformaba aquí arriba en un laberinto de viguetas, muebles caducos, banderas apolilladas. Quizá era cierto que esos profesores antediluvianos, que un día faltaban por única vez a clases, se venían a morir acá entre las rumas de sus libros obsoletos. Casi esperabas encontrarte los sarcófagos de los sabios, con sus inútiles lecciones indescifrables.

Te hundiste más y más en la oscuridad. Pasaste por un laberinto de vacilantes anaqueles, que ya reventaban bajo el peso de miles de legajos polvorientos. No eran textos desechados, sino algo peor: manuscritos que no habían llegado a ser libros, atados de a cuatro con cuerdas de cañamo. Cada diez o veinte pasos, a la luz de un fósforo, unas borrosas tarjetas te iban retrasando en el tiempo: “Año 1943”, “Año 1916”, “Año 1898”...

Lo encontraste en el centro de ese laberinto. En un sector donde el techo se levantaba en diagonal formando un altísimo alero, adosado al estanque de agua. Dos cinturones de hierro oxidado rodeaban la mole cúbica llena de grietas y accesos, impidiendo que los muros revenidos terminaran de abrirse. Alguien había pintado sobre ellos un graffiti, un verso de Dylan: “Ven a tocar en las puertas del cielo”. Sebastián estaba recostado sobre un rollo mohoso de colchonetas de gimnasio.

-Bienvenido al cielo –te saludó-. Aunque nadie te haya invitado (p. 48-50).

Anexo 15.2.

Pasabas horas escondido en el cerro Santa Lucía frente al edificio de Raquel, imaginando lo que estarían haciendo arriba, sólo para atisbar cuando ella bajaba a despedirlo y se besaban en la puerta.

Los seguías. No les perdías pisada. Sin prever que en ese juego de esquinas oscuras, salidas cubiertas y puntos fijos, te ibas a convertir en agente de una causa mucho más secreta que la tuya. Ignorando, hasta que fue tarde, que era imposible en esos años seguir a alguien por Santiago, con los motivos que fuera, sin entrar inadvertidamente en una red. En un sistema de

seguimientos y vigilancias en el que tú mismo terminarías acechado por otro y éste por uno más, hasta llegar a quién sabe qué vigilante central que los seguía a todos.

En la pensión universitaria –que también quedó vacía por esas fechas-, Rubén trataba de alentarte sin entender nada ni sospechar tus abismos. Te conseguía novelas difíciles de encontrar. Te presentó una amiga, fea pero muy caliente. Y cuando veía que a pesar de todo el tren negro de la noche se te venía encima, lograba sacarte a rastras a la calle.

Lo acompañabas en su ronda nocturna por los bares de la Alameda. Con una Polaroid terciada al pecho, Rubén sorprendía parejas enamoradas y les ofrecía la instantánea que iba revelándose en sus manos. Rara vez se resistían a pagar.

Cuando juntaba algo de plata te invitaba sopaipillas y vino navegado en el Fortín. Otro bar que bajaba la cortina durante el toque de queda, pero no cerraba. Tomaban hasta el alba. (...)

Entonces, a pesar de su muleta y de que iba tan borracho como tú, Rubén te cargaba de vuelta por las calles que clareaban. (p. 71-72)

Anexo 15.3.

»Mira que es loco esto. El día que me atreví a hablarle a la Raquel, la seguí por el parque con el verso de la nueva ciudad. La que iba a estar llena de parques como ése. Pero ella mi hizo poner la cabeza de lado para mirar los faroles de mayor a menor achicándose a la distancia.

»»¿Qué ves?», me preguntó. Y era como si nos cayéramos juntos desde arriba de una escalera hasta la estación, el último peldaño entre el humo del fondo. Y siguió diciendo que le daba vértigo pensar que todo Santiago es así. Como un pozo. Un agujero perdido en las cordilleras, tajeado por una acequia. Sentí que se me venían abajo las estanterías. ¿Y el Santiago que podría ser, el que debería ser?

»»No lo veremos», así me dijo. ¿Cómo te explico el golpe? Mira, cuando a uno le han quitado el sur, como me pasó a mí, lo busca para siempre. Quisiera que me cacharas... Anda agarrando oxígeno porque sé que no es fácil. Cuando a la una y media sale de clases la turba, con hambre, cada niñito para su casita, yo antes me iba parque abajo graneando los síntomas del futuro. La luz del invierno que viene de los hielos, el viento polar barriéndome la cara. El humo se levantaba y aparecía la nueva ciudad. La del próximo milenio, el nuestro, compadre, ahí a la mano. ¡Un Santiago mucho más hermoso de los que éste podría ser o soñar! Pero aquí mismo, lleno de cafés y jardines, de fuentes y de teatros. Toda la urbe construida sobre terrazas en las laderas de los Andes y el valle libre, surcado de canales navegables, sembrado molinos y bosques de macoña hasta el mar...

»Ahí aparecía siempre, en mitad de mi vuelo, ella. Aunque todavía no tenía rostro ni nombre, porque yo no conocía a la Raquel. Se levantaba mirándome iracunda y olímpica. La reina blanca envuelta en un aura frágil. Y crecía, crecía como una estatua gigantesca sobre aquella ciudad y yo quedaba enano penca entre sus piernas de mármol poderoso y suave. Su pelo flameaba ocultando el sol... bandadas de pájaros. Yo la esperaba para afilármela hasta morir. ¡¿Qué importa?! Si ella iba a ser tan potente que pariría sola una nueva raza de hombres felices...

»¿Te podés figurar lo que era el aterrizaje después de eso? ¿La mierda en las paredes de Santiago? ¿El humo negro? Tenía que abrirlo a tajos para respirar. En la oscuridad pedía a gritos un cuchillo. Cerraba los dedos sobre mi mano vacía hasta que me sangraban las palmas.

»Pero cuando conocí a la Raquel, ¿te cuento la firme?, fui feliz y al mismo tiempo terminaron de romperse los cojones. Fue la propia tarde esa en el parque, cuando de entrada me bajó todos los bonos. No, compadre, ni yo ni nadie puede esperar como quieren los discursos de los dos frentes. Nos quedaríamos pelados antes de que crecieran los árboles de los nuevos parques. Ahí fue cuando me pegué la vacilada auténtica con Santiago. Es como me decía la Raquel: van a quedar puras deudas para los herederos del futuro, para nosotros. Cuando bajamos por Merced hasta su departamento, cuando me aguantó un beso en el ascensor, cuando se desarrugó la falda esperando que la enfermera del papá abriera la puerta, a esas alturas ya estaba listo para ponerle la firma: con Santiago nica... Habíamos visto un perro hinchado que pasó flotando por el río. Todo mi verso se fue con él. Y ella mirándome con su desamparo, como diciendo: “Ahora que te he botado a la basura, si eres capaz de levantarte, por favor dame una ilusión re-al, y soy tuya”.

»¿Pero cómo cachar lo que necesitaba? Empecé a vivir para ella y no fue bastante. Hubo una edad dorada, me decía, pero no habíamos nacido para vivirla. Se volaba con los años cincuenta, soñaba con esa época cuando sus viejos fueron felices. ¡Tenía la nostalgia de la juventud de ellos! ¿Te dai cuenta? Su padre fue un médico famoso, parece. Ahora se lo pasa todo el día arrastrando las patas por el departamento, dando saltitos como si tuviera las bolas pinchadas. Una tarde estábamos en la pieza de ella y entró: “¿Tiene cerrada la ventana, mijita?, mire que la gente está muy mala”. Y revisó los pestillos cagado de susto. ¡En un sexto piso, mámate esa!” Y ella también estaba muerta de miedo. Traté de explicarle que la sangre de él está agotada. Pero que ese cansancio no se hereda. En vez de cachar empezó a llevarme al cine-arte a ver películas apolilladas. Tú sabes: en blanco y negro pero bien celestes. Historias cartuchonas de amores imposibles. ¡Los fósiles nos estaban poniendo la horma! Y lo más que yo lograba sacarle era un queso einsteniano lleno de hoyos. Se sentía atrapada en Santiago y métele Jung y Fromm y hasta Ortega. Puros manoseos abstractos. Que era un problema de tiempo y espacio, que la técnica moderna en conflicto con el espíritu del hombre, que la vida en otros planetas, que el nuevo cine alemán...

»Así que yo también le chanté la moto, como ella había hecho antes conmigo. En una de esas que estaba masoqueándose, diciéndome que la cosa está color de hormiga, que no teníamos salvación, que sólo quedaba madurar y conseguirnos un trabajo y que somos reos de nosotros mismos, yo le dije: ¿y por qué no nos vamos? Así de simple.

»¡Y que se metan el país por el culo, compadre! No se puede vivir donde el ser que amamos no es feliz.

[Cuenta que le contó de su amigo que se había ido a europa]

»Con su amor entendí que este país, por mucho pino que le pongamos, está en su punto muerto y tiene pena para rato. En Santiago: negro es la palabra, y el número... yo sé por qué te lo digo, es cero. (p. 83-86)

Anexo 15.4.

Esa red invisible tendida sobre Santiago, en la que habías entrado sin darte cuenta, se cerró sobre ti una tarde de lluvia.

Habías pasado varias horas en tu atalaya de la azotea, aguardando que Raquel y Sebastián salieran para uno de sus paseos. Como a las seis los viste partir abrazados bajo un paraguas y doblar por Rosales hacia la cordillera. Pero en lugar de seguirlos de inmediato como hacías siempre, te quedaste hipnotizado esperando que la figura obesa, cuyos zapatos puntiagudos se habían asomado todo el día en el umbral del edificio del frente, se pusiera en movimiento primero. Llevaba un impermeable verde y un sombrero tirolés con una pluma en la cinta. Recordaste haber entrevisto mil veces esa silueta en tus acechos sin prestarle atención, ocupado como estabas en tu pequeño espionaje. El hombre cruzó en diagonal la calzada de adoquines brillantes y fue tras ellos.

Tomaste tu abrigo y bajaste los cinco pisos saltando de descanso en descanso. Tuviste que correr varias cuadras para divisar la maciza silueta verde que seguía al paraguas de Raquel y Sebastián. Te pusiste a seguirlos con el corazón en la boca, pero al torcer en Arturo Prat perdiste de vista a los tres. Paró de llover. El sol se ponía licuándose en una tinta rojiza. Las cúpulas de la iglesia de los Sacramentinos flotaban sobre la calle envueltas en esa niebla. Las puertas principales en lo alto de las escalinatas estaban cerradas. Pero las puertecillas de bronce de los costados se entreabrían sobre el pozo de una escalera. Al fondo encontraste un inmenso templo chato, construido sobre las catacumbas del otro. Estaba en tinieblas a no ser por la débil lamparilla de un confesionario. Hasta el candelero donde debía arder la perpetua llamita morada estaba apagado. De pronto te entraron unas ganas inexplicables de confesarte, sin saber exactamente de qué (p. 90-91).

Anexo 15.5.

Saliste a la calle delirando. “Se va. Raquel se va. En un par de meses cuando mucho, partirá con Sebastián. Y yo me quedaré aquí para siempre”. Ni siquiera iba a restarte la posibilidad de seguirlos, de tramar absurdas zancadillas a su amor y esperar que algún día cayeran, para correr a recogerla.

Mientras cruzabas el centro, tropezando con la gente cenicienta y agotada que salía de las oficinas, dos palabras doblaban a muerto en tu cabeza: “Nunca más. Nunca más”.

Aunque alguna vez volviera, sería otra. Totalmente cambiada, porque iba a realizar sus sueños. Parado frente a un río de luces y bocinas, de pronto tuviste la certidumbre de que esa era la auténtica diferencia que siempre había separado y separaría a tu especie de las demás.

No había ni razas ni religiones, ni pobres ni ricos, ni viejos ni jóvenes. “Sólo existen dos bandos: los que realizan sus sueños y los que no lo hacen”.

Te recostaste abrumado contra una vitrina luminosa llena de maniqués sonrientes. Raquel y tú habían pertenecido al bando de los que sueñan y no viven. Los que se quedan. Al partir, ella se uniría al otro bando; habitarían para siempre hemisferios distintos, en los lados opuestos del

mundo. Junto a ti, en la calle, la corriente humana pareció escindir-se: los maniqués por tu vereda y al frente... (p. 113)

Anexo 15.6.

-Pero si yo no le echo la culpa a las personas. Yo lo que odio es el país, compadres, ¿van cachando? ¡Aquí aprendí a odiarlo! Sobre todo a Santiago, su Alameda gris, las fuentes de soda con aserrín en el piso, los jardincitos del barrio alto... Aquí aprendí a odiar a toda esta ciudad plana, que huele a gas licuado y perdición. Sueño que destruyo Santiago, que la bombardeo... (...)

(...)

-(...) Me paseé la noche en vela oyendo a la ciudad desde aquí arriba. Santiaguito habla dormido. ¿No me creen? Se oían clarito sus pesadillas. Dos gritos, un disparo, la sirena de una patrulla, la explosión a lo lejos que al amanecer nadie sabrá si fue un sueño. (p. 124)

Anexos 16 – La secreta guerra santa de Santiago de Chile (Marco Antonio de la Parra – ed. 1990)

Anexo 16.1.

Unas cuadras más allá algunos pelucones, degradación de la última hornada de posibles hippies criollos, pegando carteles con engrudo para anunciar el recital de un conjunto nacional de rock urbano. A lo lejos los carabineros que se hacían los lesos cubriendo las esquinas alrededor de la inmensa torre del edificio Diego Portales. Cuando pensó en el nombre se acordó fugazmente de haber estado en su interior, antes de que lo enrejaran, cuando se llamaba Gabriela Mistral (...), Le había gustado con frenesí una estupenda muchacha comunista. No pudo dejar de sonreír al pensarlo. La castaña muchacha enfundada en su blusa granate sentada en un café subterráneo que daba a la plaza donde estaban las esculturas abstractamente eróticas que ahora nadie mira, solo los guardianes del orden y la paz citadina paseándose entre ellas, distraídos por las consignas de cada mañana (...) y él atravesando los hoyos del Metro aún no habilitado para entrar en ese café de difuso estilo”

“¿Dónde estaría esa muchacha? Fuera del país, seguro. Se le ocurrió de repente que quizás estuviese muerta y le dolió el pecho. Vago, pasajero, ese ahogo que era como un hábito de hacer memoria. Era como si, de repente, hubiera entendido otra cosa, más allá de la tranquilidad de la ciudad, fría, iluminada sin piedad en todo ese trecho. Apretó el paso sacando la mirada del edificio, dejando en él el origen de tantos malos ratos. Las rejas lo irritaban, le decían que un fragmento de su pasado ya no estaría más allí, ya no habría cómo ir a buscarlo, cómo reconstituirlo. Había sido barrido y no quedaba nada. El estaba entonces muy enamorado (...) ¿estaría menos enamorado? Ya no escribía poemas, ya no cruzaba a pie la Alameda abajo como ahora que iba con viento este suavemente bordeando el cerro Santa Lucía. Pensó que si no fuera medianoche habría tomado el Metro. Pensó que ahí se habría sentido en una película de espías. A medida que entraba al centro se cambió a la vereda norte buscando una utópica serenidad. Pero los rostros no apaciguaban a nadie.

Una pareja se abrazaba extrañamente en un rincón junto a un kiosco cerrado, haciendo algo remotamente parecido al amor. Una gorda absolutamente ebria bailaba una especie de danza negra frente a las vitrinas enrejadas y ciegas de los Almacenes Paris. Por la cabeza de Tito pasó una lejana compra de uniformes colegiales. Vendedores rezagados sobrevivientes de las redadas de los carabineros voceaban cortaúñas, juguetes de plástico, cassettes en ediciones piratas, paraguas, guantes, dulces de manjar blanco. Lo observaban con ansiedad a Tito, el único transeúnte con posibilidad de ser mercado objetivo de tal cantidad de ofertas irresistibles. El último comprador que podía salvarlos de la desgracia de esa mendicidad enmascarada dándoles sentido con su dinero. Temió estar tan débil que les iba a comprar todo. Los vendedores se quedaron mirándolo voceando en murmullos su mercancía, directamente hacia él. Se le acercó un enano jorobado agitando un cortaplumas en miniatura bajo la nariz, imitación de los de la guardia suiza. Cien pesos, patrón, cien pesos. Tito levantó la cabeza: los otros se acercaban. Callados, sólo el gesto, los objetos agitándose entre las sombras. El silencio se extendía como una señal incendiaria entre los últimos ambulantes. Venían hacia él. Cien pesos, patrón, cien pesos, doscientos, cincuenta, ciento cincuenta, para sus hijos, para la patrona, para usted. No tengo plata. Lo tomaban de las solapas, de la ropa, lo tenían semiinmovilizado. Un ciego le cantó un bolero en la oreja. Por el amor de Dios, una limosnita por favor. ¿Es este el cosmos cuyo equilibrio he de salvar? ¿quién me salva a mí? Cien pesos, patrón, cincuenta por ser usted. EL cortaplumas se agitó en el espacio, la respiración del grupo como los bufidos de un rebaño ansioso. Sí, bueno, ya, lo que quieran. Buscó la billetera, les haría un cheque, cualquier cosa. De pronto algo inquietó a la marea. A lo lejos venía una pareja de carabineros.

El terror cundió entre los vendedores callejeros. ¡Los pacos, los pacos! Como una bandada de langostas levantaron el vuelo al segundo en una carrera desesperada. Tito contagiado empezó a correr. Lo que era un pelotón vivo, una especie de cuerpo único gimiente ahora se mimetizaba con los edificios, desaparecía entre las rejas bajadas de las tiendas, entre los árboles escuálidos de la cuneta. Miró hacia atrás viendo como a alguien lo agarraban. Tuvo la sensación de que lo estaban apaleando. No, los carabineros no hacen esas cosas. Empezó a dolerle el bazo. Un tirón lo llevó hacia su derecha. Rodó entre los pilares del Banco del Estado. La misma imagen imponente con que ilustraban las libretitas de ahorro cuando niño, el buzón alcanzaba con que cada niño de la clase media chilena era recibido. El ahorro como base del estado. Eran otros tiempos. Ahora él acogido a sus pies, a su lado el bufante enano de los cortaplumas miniatura.

Sacó cien pesos, no, mil pesos. Se quedó con un manojito de cortaplumas con cubiertas de acrílico entre sus dedos. El enano corrió, cantando, escondiendo el billete. Se perdía por Bandera hacia el norte. ¿Qué iba a hacer ahora? Estaba más solo que cualquiera de sus perseguidores. Todos tendrían algún lugar, la cárcel incluso. El no, él estaba amparado bajo la protección de un pilar donde en cualquier instante vendría a vararse un borracho o un mendigo o una pareja de miserables. Miró a la Alameda, la iluminada Universidad de Chile, la estatua de Andrés Bello que mantiene baja la mirada, con vergüenza. Una mirada floja sobre el escaso tránsito. Creyó ver un coche plateado deportivo. Había cruzado recién delante de sus ojos trazando una línea diáfana entre las luces de las lentas micros nocturnas y los naufragos taxis hambrientos de pasajeros perdidos. Lo había visto hace poco. ¿Pero dónde? Tragó saliva. Ordenó en sus bolsillos el montón de cortaplumas antes de levantarse. Se asomó con temor a la vereda. ¿Lo estarían siguiendo? Ya no entendía qué podía pasarle, de donde vendría algún peligro, en quién confiar. Le quedaban algunas cuadras para llegar a Cienfuegos. Se sonrió al pensar que mal que mal ya se

podía decir que estaba armado, podría ofrecer algún amago de resistencia. ¿Pero quién era su enemigo? Tratando de disimular el suave e incómodo temor alojado en el epigastrio empezó a caminar. Trataba de ubicar la marcha más inadvertida: ¿la del paseante nocturno? ¿la del apurado con las solapas levantadas de vuelta de un amorío clandestino? ¿la del que va a su turno de noche? ¿la del curado que perdió el sentido de la orientación y vaga confundiendo los faroles con las lunas de Saturno? ¿la del cliente de prostitutas que se desilusiona con su pesca milagrosa? ¿la del aterrado del toque de queda que no soporta las sirenas que lo hacen acordarse de largos días preso en el Estadio Nacional? La propia, mejor es la propia, la que no se vea desentonada en su aspecto, en su facha. La única marcha posible era la del miedo. La Alameda se ponía cada vez más oscura y peligrosa. Habría sido mejor en micro, claro que sí, y menos riesgoso. Pero miró dentro de las amarillentas ventanas de la locomoción colectiva y las cabezas inmóviles, fijas como maniqués, como patitos del tiro al blanco de los *Juegos Diana*, le parecieron tanto o más amenazantes. Mejor caminar.

Cruzó la avenida Norte- Sur con la boca seca y empezó a respirar algo mejor. Ya venía Cienfuegos y estaría a salvo. ¿A salvo? ¿Existía realmente algún lugar de esa ciudad donde se pudiera sentir a salvo? No supo cómo pero una especie de sonrisa resignada se le vino a posar en el rostro. Se reía de su ocurrencia. Como si pudiera estar a salvo. Pensando en eso fue que enfrentó el letrero en blanco y negro señalando que estaba en la esquina de Cienfuegos con Alameda. No pudo evitar mirar hacia todos lados antes de doblar. No había nadie, auténticamente nadie. O por lo menos, eso creyó Tito Livio. Suspiró, por un minuto imaginó a su padre recibéndolo. Se vio niño esperando que él abriera la puerta, la mampara de la casa que tuvieron alguna vez en la calle Maruri, para ir corriendo y rastrear algún regalo: un trompo, un volantín, una regadera de lata, un carro de panadero en miniatura. Era una imagen casi olvidada. Temió fuese un invento, una fantasía aliviadora de lo que ahora más necesitaba: alguien que fuera más poderoso que él, que viniese de afuera de ese mundo amenazante a cubrirlo con su gran abrigo de tweed seboso, a ponerle sus enormes piernas por delante de esconderse, para sentir que nunca más tendría frío ni miedo ni hambre ni aburrimiento, que nunca más tendría que huir despavorido, que nunca más caminaría por Cienfuegos con esa palidez brillando en la oscuridad delante de edificios sombríos de entidades de lo más diversas: la Fuerza Aérea, una orden de sacerdotes, el club deportivo Colo Colo, hasta llegar a la tercera cuadra.

¿La habrían demolido? ¿Serían tan añejos los recuerdos de Lili Salomé? No, era a este lado. Una de las casas más próximas a la calle siguiente. Claro que sí. Tomó aliento, lo necesitaba. El miedo había sido reemplazado por la emoción y ahora la emoción por el miedo, otro, distinto, ya no el miedo a quien estaba a sus espaldas sino a lo que viniese por delante. Tengo que preguntar por mi padre, pensó, y empezó a andar despacio, cambiando el ritmo, hacia la casa que suponía era la indicada” (p. 129-134).

Anexos 17 – Mala onda (Alberto Fuguet – ed. 1992)

Anexo 17.1.

Estoy en la Alameda. Hay micros, taxis y colectivos. En el segundo piso de una fuente de soda, llamada Indianapolis, hay una luz roja y del interior aflora *Ntght Fever* de los Bee Gees.

Civilización, pienso.

Un taxi se acerca y un gordo me dice:

—Te llevo. Te hago un precio.

—No, gracias.

Cruzo el bandejón central y llego al Paseo Ahumada. Un camión cisterna lava los adoquines y banquetas. Está casi todo cerrado.

Camino.

Un grupo de niñas harapientas juguetea y revisa los tarros de basura. En otra fuente de soda, los garzones barren y colocan las sillas sobre las mesas. Entro a un Delta que está a punto de cerrar. Ya no venden fichas. Hay puros hombres. El olor a cigarrillo es insoportable. Miro cómo un tipo joven, con facha de obrero a pesar de las zapatillas Adidas impecables, juega Pac-Man. Hasta que un viejo de abrigo empieza a mirarme fijo, de manera obsesiva.

Decido irme. Salgo y sigo caminando, rumbo a la Plaza de Armas. En Agustinas, varias putas en franca decadencia conversan entre sí y murmuran a mi paso: «¿Estás solo, lolo?».

Esto es grave, se me ocurre: es más que tarde, no puedes volver a casa, no tienes a quién llamar y en esta calle hay de todo menos algo que te sirva. En la esquina de Huérfanos hay estacionada una patrulla militar con dos milicos que la custodian.

Miro mi reloj: faltan cuarenta minutos para el toque.

Corro hasta Compañía y hago parar un taxi. En eso veo un inmenso letrero de neón rojo, empotrado verticalmente en un edificio: CITY HOTEL (p. 252-253).

Anexo 17.2.

[21 de Mayo]. El barrio éste es infinitamente más antiguo y dejado de la mano de Dios que el resto del centro. Miles de personas llenan la calle, transformándola en un bazar. Hay vendedores ambulantes que gritan y gente que acarrea bolsas llenas de fruta y víveres adquiridos en el Mercado Central, que se halla bastante cerca.

(...)

Me voy a comprar un sombrero, decido. Para eso tengo plata. Y harta. Inmediatamente después del desayuno, salí a la calle y respiré la niebla matinal que se había apoderado del Paseo Ahumada. La calle se veía repleta de gente y me emocionó eso de estar viviendo algo que no me corresponde, ya que esa hora, la mejor, la hora de los negocios y las transacciones, siempre transcurre cuando estoy en clases.

En un quiosco pregunté dónde quedaba el Banco de Chile más cercano y me dijeron que en la otra cuadra. Y ahí estaba: imponente, con más facha de biblioteca que de banco. Entré por esas puertas giratorias y, una vez más, dejé atrás 1980 para incorporarme a un documental de la BBC sobre la quiebra de Wall Street o algo así.

A diferencia de los demás bancos que había visto en mi vida, las cajas pagadoras estaban escondidas en una rotonda de madera tallada que me recordó un carrusel sin pintar. Más que un banco, la bóveda de mármol, con columnas y cristales, parecía una estación de trenes; en vez de depositar dinero, la gente que se acercaba a las ventanillas parecía dispuesta a comprar boletos. Bajo un reloj inmenso con números romanos, una de las cajas permanecía oculta tras una ventanilla con marco dorado (p. 261).

Anexo 17.3

En Ahumada y Huérfanos aún está la patrulla militar de anoche, ahora con refuerzos: un carro lanza-agua y más pacos de los necesarios. Hay además un quiosco donde se venden diarios del exterior, me fijo. Está O Globo, el de Rio, y varios de Argentina y uno que se llama El País, de España, con una foto de Pino-chet con anteojos oscuros en primera plana.

Prefiero quitarme los míos. No quiero meterme en problemas. También me quito el sombrero de gángster John Belushi que no pude resistirme a comprar. El sombrero le hace juego, por cierto, a mi nueva chaqueta italiana, de paño negro, que vi en la vitrina de una tienda bastante elegante en la galería Crillón. Entré, me la probé, la mina me dijo que me veía increíble y que debería vestirme en tonos oscuros. Le pagué al contado y le dejé la chaqueta de tweed de mi madre de regalo.

(...)

Miro el precio norteamericano: 65 centavos. Pero me da lo mismo. Hubiera pagado mucho más. Agarro el diario, lo enrolló un poco y, con la bolsa de mi sombrero y la gorra de cazador colgando en la otra mano, enfrento algo más seguro el Paseo Ahumada.

La calle está repleta, ahora sí. El cañonazo del Cerro Santa Lucía anuncia las doce. Respiro tranquilo: el bombazo es solo una tradición, ningún atentado terrorista. Pero los pájaros no lo tienen del todo claro y arrancan histéricos con el estruendo, perdiéndose en el smog y la neblina habituales.

Entro al Burger Inn con sus mesas de plástico y los afiches con estrellas del cine americano. Pido un Rover y una malteada de chocolate y me instalo en un nicho de un rincón, lejos de los ventanales que dan al caos de los vendedores ambulantes en Ahumada (p. 264-265).

Anexo 17.4.

Salgo y el Paseo Ahumada sigue repleto. Un diariero grita anunciando la aparición de La Segunda, que titula Lista de militares sentenciados por Radio Moscú. Increíblemente, un montón de gente la compra.

(...)

El centro está en tensión, me fijo. Hay demasiada gente y todos miran a todos. Por el tipo de mirada, uno sabe quién vota SI y quién NO. En todas las esquinas hay pacos. Y perros policiales que olfatean. En el suelo, hay panfletos pisoteados: Vamos mal, mañana peor; Frei vende patria; NO al fascismo, SI a la justicia.

En el Portal Fernández Concha, frente a un puesto que fabrica harina tostada, un tipo vende la nueva Constitución. Es un librito azul, de papel, que dice Constitución de 1980. Faltan aún veinticuatro horas para que se apruebe y ya está impresa. Ni siquiera dice «proyecto» o algo así.

Vuelvo a Ahumada y camino entre los pacos y un grupo de viejas con abrigo que solo golpean las palmas de sus manos. En la esquina con esa cagada de calle que es Bombero Ossa, un viejo me pregunta si deseo lustrarme los mocasines negros. Los miro. Están sucios con toda la tierra de esa población en la que anduve perdido (p. 271-272).

Anexos 18 – Oír su voz (Arturo Fontaine Talavera – ed. 1992)

Anexo 18.1.

La gente se apretuja y debo avanzar muy cuidadosamente. Los gritos de los vendedores ambulantes ofreciendo sus mercaderías de entrelazan volviéndose incomprensibles. Un hombre de camias celeste y manga cortapega su grueso brazo a mi traje. Soy la única persona de cuello y corbata en toda la cuadra. No me gusta la idea. Y eso que estoy en pleno centro. Sorteó un trapo azul con encendedores. Sobre el trapo de al lado, lápices a pasta, de esos que tienen en la parte de arriba un mujer que se desnuda. Me abrocho el botón de la chaqueta y doblo el brazo izquierdo para protegerme la billetera.

-¡No he venido a lucirme ni a impactaros con mi palabra!

Lo oigo, no lo veo.

-¡No venido a conseguir vuestro aplauso o admiración. He venido a advertiros para que el día del Juicio no os coja de he sorpresa!

¡Ahí está! Junto al puesto donde venden claveles. Parece estar dándole gritos a un piño de animales. Ojos enajenados. No espera reacción alguna de la gente. Esa indiferencia le convence más, seguramente. Es urgente continuar sus admoniciones proféticas. Viste de negro y lleva el pelo muy corto y engominado. Sujeta con ambas manos una Biblia de hojas de canto dorado, refulgentes a ese sol, y que agita inútilmente por enfatizar sus advertencias.

-¡Para que el día del Juicio no digáis: Señor, Señor, por qué no nos hiciste saber con signos claros lo que a nosotros nos esperaba!-

Una nube de humo negro de aceite quemado se difunde y contorsiona encima del bus. Es increíble lo que cuesta avanzar por el centro a esta hora. Adelaida estará tendida en la arena o nadando en el mar. ¿Me llamará? Abajo, las crenchas negras de un vendedor que arregla a gatas su mercadería sobre la vereda: collares y correas para perros (p. 75-76).

Anexo 18.2.

Stolichnaya, Croft Fine Tawny Port, Vsop Courvoisier... Dejó de leer porque quiso palpar de nuevo la cubierta de la barra. Era el imán ancestral de la madera. Aunque esté trabajada y sobada hasta ser una simple cubierta de bar. Siguen estando los vestigios del árbol-casa, pensó Pelayo, de

la madre, del fruto prohibido y de la serpiente que se mimetiza con un brazo del árbol. Es el animal que hiere dentro del árbol-nido y camuflado con él. La bestia ante la cual se es más vulnerable, la enviada del demonio que tienta con su palabra y traza con ella la situación imaginaria, un paraíso más allá del paraíso cuya consistencia es de pura habla y ficción, y que hacer olvidar o disimula que lo es. Hay que ver la fuera que tienen estas vetas. Aun aquí, urbanizadas y horizontales en un bar del centro de Santiago, es imposible que dentro de uno no se yergan y ya verticales busquen la luz, pensó Pelayo (p. 134).

Anexo 18.3.

Pasa una moto de policía y a los pocos segundos se oyen gritos y la explosión, luego, de una botella de cerveza sobre el capot de una micro. ¿Bencina? ¿Una molotov? Mempo está en el cuarto piso y la visión es completa. Dos buses detenidos, algunos autos y bocinazos y más bocinazos. Un grupo de manifestantes destruye rápidamente el techo de un paradero de micros para emplazarlo en la calle como barricada. Trasladan rejillas, piedras de alcantarillado y trozos de concreto. Una pedrada rompe el parabrisas del bus que quiso pasar. Los jóvenes encapuchados gritan “Y caerá, y caerá”. Los transeúntes retroceden y se paran a observar a distancia. Empezaron los pitazos y el taco. La gente se baja de las micros y empieza a huir. Hay un bus en llamas. En medio de los bocinazos, mientras los jóvenes intentan que el público se una a sus gritos, aparece un fotógrafo, luego otro y dos camarógrafos.

Francisca le contó en la mañana que por la radio habían anunciado el asesinato de dos carabineros en una población. Otro caso de terrorismo anónimo. Pero esta protesta, por las pancartas, no tiene que ver con eso, sino con los despidos.

Un camionero se baja y pateo una, dos, tres piedras grandes para despejar el camino. Le llega un botellazo por detrás. Gira. Está blandiendo una enorme llave inglesa. La gente se arremolina. Parece que hay un bulto en el suelo. Un taxista abre la puerta de su vehículo e intenta avanzar, sin embargo, alguien lo agarra por el cuello de la casaca y cae tragado por el tumulto. Se detiene una moto BMW blanca, de policía. Otra detrás. Luces rojas pestañeando. Están a media cuadra del conflicto. El oficial de botas negras, de montar, se está comunicando por radio. Alguien grita. Mempo no puede oír qué. Se protegen junto a un kiosco. Los han descubierto. Llega una pedrada. Otra. El oficial sigue transmitiendo su mensaje. Al otro lado se ha detenido una camioneta pick-up blanca. Es una luv. Descargan de ella neumáticos y tambores de bencina. Los motoristas desaparecen seguidos por las piedras. Encienden los neumáticos. La calle es de los manifestantes.

-¿Cómo? ¡Ah sí! Mira, eso yo lo estoy evaluando todavía. Espérate que me llamen unos tres gallos más para proponerme el negocio y me meto. ...Claro, en el fondo es un seguro. ¿De comercio exterior? Bien. Tranquilo. No (p. 311-312).

Anexos 19 – La patrulla de Stalingrado (Radomiro Spotorno – ed. 1994)

Anexo 19.1.

-Está bien, Maestro, pero putas que es fea esta ciudad...

-Especialmente el centro viejo, todos estos horribles edificios y la gente horrible que transita entre ellos...

-¿A ti tampoco te gusta, Aníbal?

-Ni a mí.

-Bueno, Nene, pero a ti no te gusta Chile entero.

-No, Maestro, eso no es así, a mí sí me gustan los campos chilenos, el desierto del norte...

-Sí, huevón, las empanadas y el vino tinto.

Las calles estrechas, flanqueadas de altos edificios y trazadas a escuadra a intervalos de 127 metro por el alarife Gamboa, que trajera el fundador, don Pedro de Valdivia, de pronto se abren y dan lugar a una amplia explanada, del tamaño de tres manzanas en línea. En medio una sobria construcción de dos plantas: La Moneda, casa de los Presidentes de Chile. A los bordes de la explanada los edificios son de la misma altura y época, la década de los treinta, todos de ventanas iguales, desprovistos de cualquier adorno y del tono grismarrón con que la contaminación atmosférica pinta los viejos edificios capitalinos. Se trata de ministerios y reparticiones de la administración del Estado, salvo el Carrero, el antiguo gran hotel de la capital, que es por donde la Patrulla accede al conjunto, conocido como Barrio Cívico.

-Señores: ésta es la Plaza de la Constitución.

-Siempre que veo el Palacio de la Moneda lo veo en llamas. Bajo severo castigo aéreo y terrestre”, como dijo algún generalote de la época.

-Atravesemos en diagonal...

Cruzan la explanada que muchos todavía Plaza de la constitución. Allí mismo se apostaron los tanques que, a cañonazos, derogaron la antigua Carta Magna... [El Nene se pone a cantar una canción, “Santiago de Chile”, hasta que llega un cabo y lo hace detenerse] (p. 30-31).

Anexo 19.2.

-(...) Por ejemplo, detengámonos un poco en este edificio. Aquí ocurrió la célebre masacre llamada “matanza del Seguro Obrero”...

-¿Cuándo fue eso, Maestro?

-Aquí en la placa conmemorativa lo dice: “5 de Septiembre de 1938”

-También dice “Murieron por el pueblo”... “No importa, camaradas, nuestra sangre salvará a Chile”... y están los nombres... Fueron un buen grupo, a ver, unas sesenta personas... ¿Fueron obreros, Maestro?

-Pero, Juan Pablo, querido, ¿cuándo has visto que las matanzas de obreros merezcan placas con sus nombres? A lo más alguna cantata o el nombre de una población que después cualquier régimen militar cambia por el de un oficial de méritos desconocidos. Pero lo frecuente es que los

obreros masacrados queden innominados. La matanza se llama así porque este edificio era la sede del antiguo Seguro Obrero. Aquí mataron a gente decente, fíjate en los apellidos: Zegers, Silva, Figueroa, White. Eran muchachos nazis, muchos universitarios, estaban armados y querían hacer una especie de putsch. Primero se fortificaron en la Universidad de Chile y desde allí se vinieron frente a La Moneda y se metieron a esta torre. Aquí un destacamento del ejército los sitió, y como el edificio tiene una sola escalera central, los fueron matando uno a uno, como moscas, por orden expresa del presidente Alessandri, el viejo, que sí tenía cojones. Los muchachos apoyaban a Ibáñez que, de algún modo, estuvo detrás de la intentona. Pero el escándalo obligó a Ibáñez a renunciar a su candidatura para las elecciones presidenciales del mes siguiente, lo que permitió el triunfo del Frente Popular y de su candidato Pedro Aguirre Cerda, en octubre de 1938.

-Muchas gracias, Maestro. Es una maravilla ir por la ciudad con usted. Es decir, si sumamos los del 11 de septiembre en esta plaza ha muerto un montón de gente.

-También hubo otros muertos en el pasado y es probable que los haya en el futuro. Esta plaza es el emplazamiento del poder, y el poder exige sacrificios humanos. Lo que antes se llamaba “el altar de la patria”... “dulce patria, recibe los votos, con que Chile en tus aras juró”...

-Altar: aras. Típica palabra de crucigrama. Mirar para arriba tanto rato me ha dado una sed espantosa. Nos metemos al Tabac de una vez. Veo en mi horizonte vital una pisolita salvadora de este atardecer triste, lluvioso y lleno de muertos... (34-36)

Anexo 19.3.

El taxi baja raudo hacia el centro de la ciudad, bordeando el Mapocho. Los integrantes de La Patrulla, las dos señoritas que los acompañan y el chofer, un oscuro picunche joven, con aspecto de soplón, permanecen en silencio mirando el desperezarse de la mañana gris, húmeda e invernal. Al pasar al lado de un parque de grandes y añosos árboles, el Maestro rompe el silencio:

-Fíjense cómo se parece el Parque Forestal a los Champs Elysées...

-Eso decía la Violeta Parra, que el Sena era igualito al Mapocho... Mañana del sábado, la gente que trabaja empieza a aparecer entre la ciudad que huele a despertar y a pan tostado...

El taxi pasa frente al Mercado Central, pero al otro lado de la avenida. Para dejarlos en la misma acera debe dar la vuelta dos manzanas más abajo.

-Señor, ¿los dejo aquí y ustedes cruzan caminando, o damos la vuelta por la cárcel?

-Dé la vuelta. No caminaremos un solo paso de más.

-Sólo caminaremos un paso adelante y dos pasos atrás... Ahí está la vieja cárcel de Santiago, una cárcel dentro de otra cárcel...

Ruth, más calmada, canta otra estrofa de canción:

-Tres puertas para el pobre están abiertas, la iglesia, la cárcel y el cementerio...

Aníbal, descargada ya la adrenalina, oscila en su estado de ánimo al extremo opuesto y pone una enternecida mano sobre la rodilla de Ruth.

-Bonito eso, mijita, me reconcilia con usted... Ni siquiera la terminaron, los ladrillos todavía están sin cubrir...

-Si la desdicha humana fuera una energía que pudiera utilizarse, el sufrimiento encerrado en ese edificio podría mover una turbina para alimentar de electricidad este barrio...

-Y varios barrios vecinos, Maestro...

El taxi se detiene a un costado del mercado Central.

-No sé si voy a ser capaz de comer algo. Bájense, yo pago este taxi. Por favor no se golpeen...

El Maestro se queda pagando el taxi y los tres amigos y las dos mujeres se bajan como pueden. Aníbal, enfundado en su gruesa casaca de cuero negro, da una mirada circular al panorama. El Mercado Central, hermoso ejemplo de la arquitectura en hierro de principios de siglo, recientemente restaurado, ofrece un variopinto espectáculo. Por sus altas y labradas puertas entran y salen trabajadores acarreando las cajas de pescado y de frutas, circulan policías de servicio, borrachos humildes y sempiternos, hombres bien vestidos e incluso elegantes, algunos en grupos, otros acompañados de mujeres de la vida, y aun algunos también del brazo de mujeres de largos vestidos de fiesta.

-Miren cómo está de concurrido el Mercado Central. Oye, esa gente debe venir de una fiesta, mira esas mujeres tan elegantas revueltas con esos roteques y esos mediopelos borrachos...

Aníbal y el Maestro, tomados del brazo, se introducen en el mercado seguidos por el Nene y Juan Pablo, acompañados de sus respectivas señoritas. Todo un pasillo lateral del Mercado está destinado a pequeñas fondas, donde la gente de pie, o sentada en taburetes desayuna con los mariscos recién llegados de la costa. Hombres y mujeres vestidos con delantales manchados invitan a grandes voces a consumir en sus fondas. Pero el Maestro y Aníbal no hacen caso y siguen hasta el fondo del pasillo.

(...)

Los amigos se introducen en el último de los restaurantes, más grande que los pequeños del pasillo, hay gente que grita y canta, aún con las energías de la fiesta que han celebrado. Otros comen silenciosamente de sus platos y, un poco más allá, algunas parejas se hablan bajito, como si estuvieran en una cafetería tomando el té de la tarde. Para que los seis se sienten a una sola mesa, el camarero junta rápidamente dos mesas pequeñas.

(...) [Comen sus respectivos mariscos y llaman a unos músicos que están el mercado para que les toquen unas canciones] (p. 124-126).

Anexo 19.4.

La noche vuelve a caer sobre la ciudad. El cielo enrojecido de contaminación crea un sombrío aire colorístico, una suerte de alegría apocalíptica contemporánea que se contradice con la

atmósfera apacible y antigua de las viejas mansiones de la ancha calle por donde La Patrulla enfila hacia Alameda. Las nobles casas, convertidas en establecimientos educacionales y vagas reparticiones militares, apenas lucen una que otra ventana iluminada. Es sábado por la tarde. Las farolas de las aceras, verdaderamente antiguas, iluminan el adoquinado auténtico manchado aquí y allá por innobles parches de alquitrán. De pronto uno que otro soldado pequeño, sosteniendo un enorme fusil ametralladora, se asoma subrepticamente a las puertas de algún palacete para vigilar al grupo parrandero, que se destaca en la calle solitaria.

-Yo alcancé a ver estas casas habitadas por las familias que las mandaron construir. -La voz del Maestro resulta extrañamente armónica con el paisaje de digna decadencia-. Mis abuelos paternos vivían en aquel palacete...

El Maestro, teatralmente, ha roto el silencio que mantenía La Patrulla durante un par de cuadras, justamente cuando pasan frente de un palacete de estilo neoclásico que alberga una institución parauniversitaria:

-Muchas veces vine a tomar once con otros primos, los días sábados, como hoy, a la enorme mesa de la abuela, servidos por mozos de guantes blancos. Después el chofer nos dejaba en nuestras casas, lejos de allí, en los nuevos barrio de Providencia y Ñuñoa. Esa era la parte más divertida, cabíamos hasta diez primos en el enorme coche negro del abuelo, que en esa época era ministro o senador, no recuerdo bien, pues fue las dos cosas. Era la mejor parte porque todos los primos nos amontonábamos en el asiento de atrás chillando y molestando a las primas. La casa de mis abuelos maternos estaba en la calle paralela a ésta, pero yo no alcancé a conocerlos. Mis padres se conocían desde niños y cuando se casaron a todo el mundo le debe haber parecido un matrimonio muy lógico...

-Pero, Maestro, ¿por qué la gente bien dejó estos magníficos edificios para amontonarse al pie de los cerros donde ahora se ahogan en contaminación?

-Porque esto es América, Nene. Esto no es Europa, donde las clases altas pueden permanecer por siglos en el mismo barrio, porque son las mismas familias, y tienen como motivo de orgullo el vivir en la misma casa que sus ancestros. Aquí las clases altas se renuevan con mucha rapidez y, por una parte, necesitan demostrar que ahora son los dueños, y por la otra, necesitan huir de los advenedizos que les pisan los talones y los suplantarán dentro de poco. La estructura de la ciudad es la expresión de esta huida continua de las clases altas, perseguidas por las clases inmediatamente inferiores. Y el resultado es una ciudad heterogénea y caótica, donde todos los estilos arquitectónicos tienen cabida, todas las ideas europeas de los últimos dos siglos encuentran expresión arquitectónica, incluido el indigenismo, pero sin que ninguna idea llegue a cuajar del todo, ordenando en torno a ella a la ciudad o, al menos, a un sector de ella, sino más bien las casas y edificios se yerguen aquí y allá, solitarios e inconexos, esparcidos desordenadamente a los anchos del valle de la Gran Depresión Central, conformando una especie de mercado persa de las ideas arquitectónicas y del pensamiento en general, como una gigantesca metáfora de la cabeza heteróclita e irresoluta de sus habitante...

El grupo se ha detenido en torno al Maestro, que, entusiasmado, ha dado rienda suelta a los adjetivos que se le agolpan en la boca cada vez que tiene público. Después de una pausa continúa, bajando a un tono más coloquial:

-Por eso cada recambio de clase necesita inaugurar un nuevo barrio. De hecho este mismo barrio fue construido en poco tiempo, casi de una vez. Acá llegaron las fortunas provenientes del salitre. Fueron los grupos que suplantaron, en parte, a los terratenientes y eran capas afrancesadas, laicas, iluministas...

-Técnicamente hablando, lo más cercano a una burguesía...

-Exacto, Nene. Las clases dominantes, desde el centro cercano a la Plaza de Armas, se expandieron hacia el oeste, a fines del XIX. A principios del XX terminaron atravesando la Alameda, dando lugar a este barrio, bien llamado "de los salitreros". Desde aquí se produjo una huida más radical, hacia las remotas casas-quintas de Pedro de Valdivia, de Providencia y Ñuñoa. Desde allí las clases dominantes siguieron huyendo, tenazmente perseguidos por los arribistas, hacia arriba, por el cañón del Mapocho: El Golf, Las Condes, Santa María de Manquehue y La Dehesa. Ahora han quedado arrinconadas, al pie del cerro. Se les acabó el valle. Lo irónico del caso es que todo el aire sucio de la ciudad se va sobre ellos. Al atardecer los niveles de contaminación de la cuenca alta del Mapocho son los mismos que hay en el centro de Santiago.

-Por eso todo el mundo está preocupado. Si la mierda se fuera hacia los barrios populares, al sur y al oeste de la ciudad, el problema de la contaminación no preocuparía a nadie.

-¿Y dónde van a huir entonces?

-Seguramente volverán al oeste, y al sur.

-¿Pirque?

-Sí, Pirque es un primer intento. Pero como el problema no tiene solución, es la ciudad entera la que está encerrado entre cerros, tal vez se vuelvan hacia el oeste y atraviesen el primer cordón de la Cordillera de la Costa para vivir en los valles de Casablanca, donde el aire definitivamente es otro. No sé para dónde huyan, pero huirán, de eso estoy seguro.

-Me preocupa mucho esta teoría suya, Maestro.... ¿Usted está insinuando que mi casa, por fin en Santa María de Manquehue, El Barrio Prometido, fatalmente se desvalorizará?

-No lo insinúo, querido Juan Pablo, lo afirmo y esto puede ocurrir muy rápidamente, en términos de la historia de la ciudad...

-Lo encuentro muy injusto para con los arribistas, que somos el sector más esforzado y dinámico de la sociedad, Maestro.

-Pero, Juan Pablo, si en los próximos veinte años juntas mucha plata y terminas verdaderamente de arribar, serás de los primeros en querer huir de los arribistas... y así...

El grupo, casi sin percatarse, ha llegado hasta la orilla de la Alameda Bernardo O'Higgins. Se quedan meditabundos, un poco asombrados del sorpresivo río de coches y microbuses que remontan la ancha calle, el eje de la ciudad de la que hablan. Juan Pablo se acerca al Maestro, lo toma del brazo y le dice, mientras cruzan la calzada, un poco burlón pero sinceramente:

-Bueno, lo que yo retuve de su conferencia, Maestro, es eso de la ciudad como una gigantesca metáfora de la cabeza heteróclita e irresoluta de sus habitantes... Esa fue una gran frase...

-Gracias, Juan Pablo, gracias (p. 151-155).

Anexo 19.5.

-Ha estado vacía la carretera.

-Ya vamos a llegar...

-Nene, ¿cuánto rato llevamos?

-Menos de una hora, Maestro. En este auto no se nota la velocidad... Cómo duermen éstos...

-Voy a abrir un poco la ventana, para renovar el aire...

-Mira ese avión, ya estamos al lado del aeropuerto.

-¿Para dónde irá?

-Lejos, en todo caso, lejos....

-¿A veces, no te dan ganas de partir otra vez de Chile?

-Todos los días pienso en volver a Europa.

-¿Y por qué no lo haces?

-Maestro, me faltan pelotas...

-La cordillera se ve impresionante...

-Y debajo de esa bruma confusa está Santiago...

-La ciudad sucia, caótica y sin esperanzas...

-“Sucia, caótica y sin esperanzas”... como nosotros mismos. Maestro, ¿no quiere que maneje yo?... digo... para entrar en Santiago-

-Nene, tú querías entrar en Santiago en un jeep capturado al ejército, lleno de “combas” kalishnikov en ristre, cantando canciones revolucionarias rumbo al Palacio Presidencial. No en un cívico mercedes, con dos cerdos atrás durmiendo su borrachera inconmensurable y dos cerdos carreteados adelante, tratando de no dormirse.

-Lo decía porque quizás usted estaba muy cansado.

-No, gracias. Yo estoy bien, en realidad estoy magníficamente bien... ¿y tú?

-Me duele un poco la cabeza...

-Pero en Stalingrado era peor...

-Infinitamente peor, Maestro. Allí muchos soldados ni siquiera tenían cabeza... (p. 207-208).